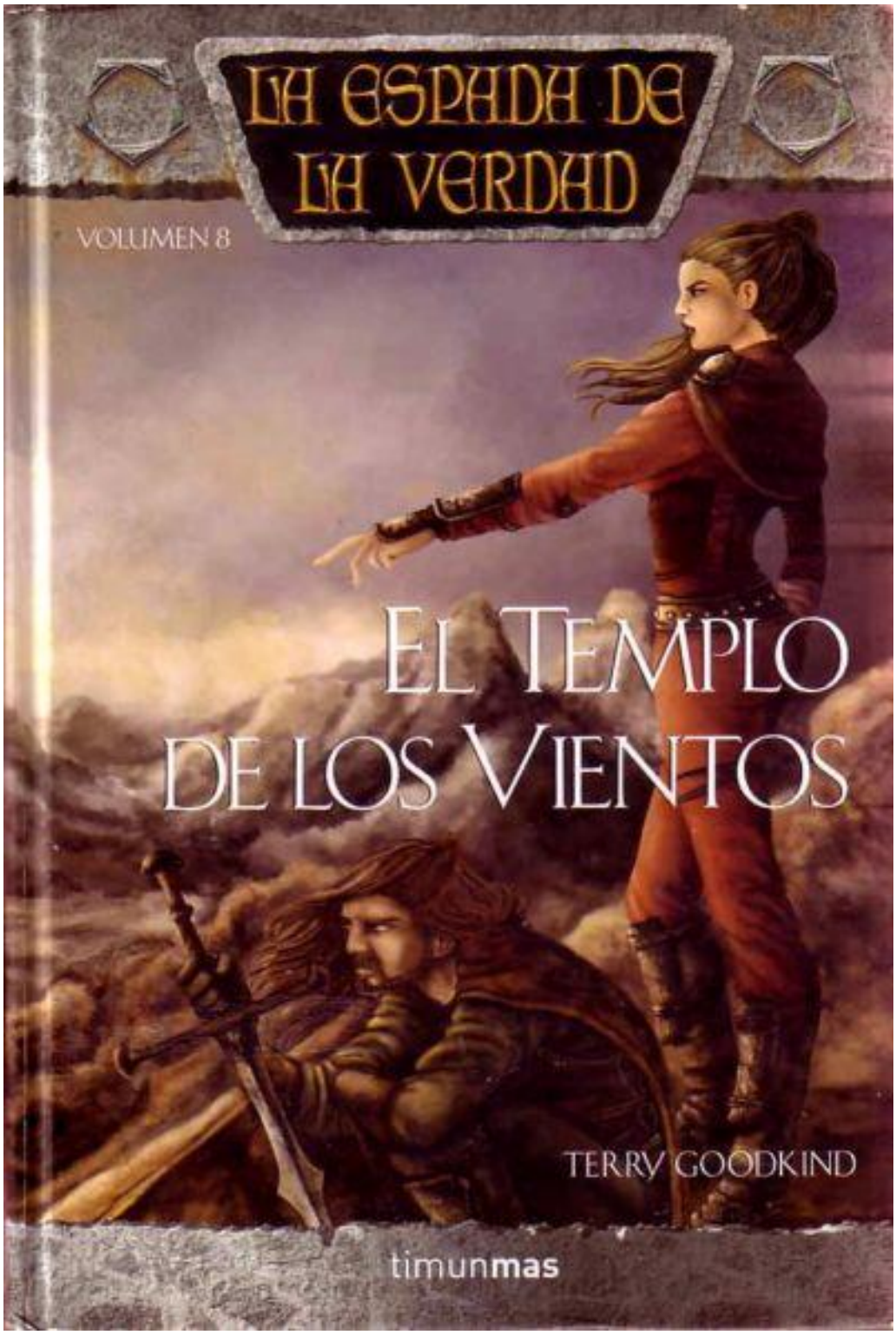

LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 8

El Templo de los Vientos

TERRY GOODKIND

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Valerio Viano
Ilustración de cubierta: Mercedes Palacios
Mapa: Terry Goodkind

Título original: *Temple of the Winds*
Traducción: Joana Claverol

©1997, Terry Goodkind
Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA

© Grupo Editorial Ceac, S.A., 2004
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.
www.scyla.com

ISBN: 84-480-3223-3 (Obra completa)
ISBN: 84-480-3231-4 (Volumen 8)
Depósito legal: B. 20.633-2004
Impreso en España por A&M Gràfic, S.L.

AGRADECIMIENTOS 6
1 7
2 14
3 23
4 33
5 42
6 51
7 60
8 69
9 73
10 80
11 84
12 92
13 97
14 105
15 114
16 123
17 129
18 132
19 139
20 145
21 151
22 158
23 164
24 170
25 177
26 186
27 191
28 199
29 208
30 217
31 226
32 232
33 241

A mi amiga Rachel Kahlandt, que comprende

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a mi editor, James Frenkel, por su ayuda y su paciencia, así como también a todas las personas que trabajan tan duramente en Tor. Gracias también a mi editora británica, Caroline Oakley por su perspicacia; a mi agente, Russell Galen, por su guía y apoyo; a mi amigo, el doctor Donald L. Schassberger por sus consejos expertos, y a Keith Parkinson por su inspirado diseño de cubierta.

1

A través del cálido vórtice multicolor, Zedd oyó a Ann gritar su nombre. Aunque estaban muy cerca, sonaba como una súplica muy lejana. Encaramado en la roca de mago y sumido en un flujo de poder, era como si esa voz procediera de otro mundo. Y en muchos aspectos así era.

Nuevamente sonó la voz de Ann: irritante, insistente, apremiante. Zedd no hizo caso y alzó los brazos hacia las volutas de luz que giraban. El mago distinguió ante él figuras de espíritus apenas perfiladas. Casi había pasado.

Súbitamente, el muro de poder comenzó a derrumbarse. Las mangas de la túnica se le deslizaron hacia los codos cuando Zedd retorció las manos y las elevó aún más para transmitir más potencia al campo mágico y estabilizarlo. Pero era como si subiera frenéticamente un cubo de agua de un pozo y lo encontrara vacío.

Chispas multicolores se extinguieron. El remolino de luz degeneró en una mancha de color turbia y sombría. Fue cayendo con velocidad creciente hasta hundirse por completo.

Zedd no daba crédito.

La curvatura en el mundo de la existencia que el mago había forjado con tanto esfuerzo se extinguió con un ruido sordo que hizo estremecer el suelo.

Zedd agitó los brazos en molinete mientras que Ann lo agarraba por el cuello de la túnica y tiraba de él hacia atrás para hacerlo caer de la roca. El mago se tambaleó hacia atrás, y ambos dieron con los huesos en el suelo.

Privada de la magia que le daba vida, la roca también se derrumbó. No fue obra de Zedd, sino que la roca de mago recuperó su estado inerte por sí misma. Eso acabó de desconcertar a Zedd.

—¡Córcholis, mujer! ¿Qué significa esto?

—No reniegues contra mí, viejo rezongón. No sé por qué me molesto en salvarte el pellejo.

—¿Por qué has interferido? ¡Estaba a punto de lograrlo!

—Yo no he interferido —gruñó Ann.

—Pues si no has sido tú... —Zedd lanzó una rápida mirada hacia las oscuras colinas—. ¿Quieres decir que...?

—De repente perdí el contacto con mi han. Trataba de advertirte, no de detenerte.

—¡Oh! —repuso Zedd con un hilo de voz—. Eso lo cambia todo. —Extendió un brazo, recogió la roca de mago y mientras se la guardaba en un bolsillo interior preguntó—: ¿Por qué no lo dijiste antes?

—¿Averiguaste algo antes de perder el contacto? —inquirió la mujer, tratando de atravesar la oscuridad con la mirada.

—No pude establecer contacto.

—¿Qué? —exclamó Ann—. ¿Qué significa que no pudiste establecer contacto? ¿Qué has estado haciendo tanto tiempo?

—Intentándolo —explicó Zedd mientras cogía una manta—. Pero algo fue mal, y no conseguí llegar. Recoge tus cosas. Será mejor que nos vayamos.

Ann cogió una alforja y comenzó a guardar sus bártulos de cualquier manera.

—Zedd, ésa era nuestra esperanza —dijo en tono preocupado—. Pero ahora que has fallado...

—Yo no he fallado —repuso el mago bruscamente—. Al menos, no ha sido culpa mía que no funcionara. —Ann le apartó las manos de un manotazo cuando la empujó hacia el caballo.

—¿Por qué no ha funcionado?

—Las lunas rojas.

Ann se volvió y clavó en él la mirada.

—¿Crees que...?

—No es algo que haga a menudo ni a la ligera. En toda mi vida solamente he establecido contacto con el mundo de los espíritus unas pocas veces. Cuando mi padre me entregó la roca me advirtió que únicamente debía usarla en situaciones muy graves, pues se corre el peligro de que espíritus equivocados crucen y, lo peor, que rasguen el velo. Siempre que me ha costado establecer contacto ha sido por una falta de armonía. Las lunas rojas son un aviso de un tipo u otro de desarmonía.

—Se nos están acabando las cosas que podemos probar. —La mujer se desasió bruscamente—. ¿Qué mosca te ha picado?

—¿Qué es eso de que no has podido tocar tu han? —preguntó Zedd con un gruñido.

Ann acarició los flancos de su caballo con una mano para que el animal supiera que se le acercaba por los cuartos traseros. El caballo levantó un casco delantero y relinchó.

—Mientras tú estabas subido en la roca, yo me dediqué a tejer hechizos de detección para asegurarme de que no había nadie cerca. De repente, cuando traté de acceder a mi han de nuevo, fue como si me cayera de bruces.

Con un giro de la mano, Zedd lanzó un hechizo sencillo para dar la vuelta a una piedra del tamaño de un puño que tenía a los pies. No sucedió nada. El mago tuvo la misma sensación de alguien que va a apoyarse en algo y resulta que no hay nada. Fue como caerse de bruces.

A continuación metió una mano en el bolsillo y sacó un pellizco de polvo de ocultación. Lo lanzó en la dirección por la que habían llegado. El polvo no centelleó.

—Tenemos problemas —susurró.

Ann se acercó a él.

—¿No podrías ser un poco más específico? —le retó.

—Deja los caballos y vámonos —ordenó Zedd, cogiéndola otra vez del brazo.

Esa vez la mujer no protestó cuando el mago la obligó a correr arrastrándola por un brazo.

—Zedd, ¿qué pasa? —susurró.

—Esto es la Tierra Salvaje. —Zedd se interrumpió, alzó la nariz y olfateó el aire—. Creo que se trata de los nantong —declaró, y luego señaló la tenue luz de la luna—. Por aquí abajo, al barranco. No deben vernos. Tenemos que dividirnos y tratar de escapar en direcciones opuestas.

Zedd extendió un brazo para ayudar a su compañera, que resbalaba sobre la hierba cubierta de rocío y la arcilla húmeda de las empinadas laderas.

—¿Quiénes son los nantong?

Zedd fue el primero en llegar al fondo. Colocó ambas manos en la ancha cintura de la mujer y la ayudó a bajar. Ann tenía piernas cortas, por lo que no podía dar zancadas tan largas como las de Zedd. Como ya no contaba con la ayuda de la magia, el peso de Ann estuvo a punto de derribarlo. Con una mano tuvo que agarrarse a las enmarañadas raíces de un arbusto espinoso para no perder el equilibrio.

—Los nantong son un pueblo de la Tierra Salvaje —explicó Zedd en un susurro—. Poseen magia propia, aunque no son capaces de realizar actos mágicos del mismo modo que nosotros lo hacemos, pero arrebatan la fuerza de nuestra magia. Es como si lloviera sobre una hoguera.

»Ése es el problema de la Tierra Salvaje. Aquí habitan muchos pueblos capaces de impedirnos usar la magia. Y existen otros seres y lugares que causan dificultades de modos que uno no espera. Lo mejor es mantenerse alejado de la Tierra Salvaje.

»Por eso me alteré cuando leí el mensaje de Nathan en el que nos decía que debíamos encontrar el tesoro jocopo. Verna nos informó de que los jocopo eran un pueblo que vivió en algún lugar de la Tierra Salvaje. Es como si Nathan nos hubiese dicho que debíamos meter la mano en las brasas para sacar un

carbón ardiendo. En la Tierra Salvaje hay peligros por todas partes; los nantong sólo representan uno de ellos.

—¿Qué te induce a pensar que son los nantong quienes interfieren en nuestra magia?

—Existen otras tribus de la Tierra Salvaje que causan ese mismo efecto: robar la magia del contrario. Pero el polvo de ocultación debería haber funcionado y no lo ha hecho. Los nantong son los únicos que conozco capaces de anularlo.

Ann extendió los brazos a ambos lados para mantener el equilibrio y no resbalar al cruzar detrás de él por encima de un tronco caído. La luna se ocultó detrás de las nubes. Zedd se alegró de que volviera la oscuridad, pues los ayudaría a esconderse, aunque resultaba casi imposible ver dónde pisaban. Si se caían y se rompían el cuello, estarían tan muertos como si sus perseguidores los atravesaran con una flecha envenenada o una lanza.

—Tal vez podríamos demostrarles que somos amistosos —susurró Ann a su espalda. La mujer se cogía de la túnica para seguir el rápido avance del mago por la oscuridad a lo largo de la orilla del arroyo—. Siempre presumes de tus dotes de convicción y exiges que te deje hablar a ti, como si gracias a la magia tuvieras un pico de oro. ¿Por qué no lo utilizas ahora para hablar con esos nantong y decirles que buscamos a los jocopo y les agradeceríamos que nos ayudaran? Muchas personas que en un principio parece que van a dar problemas al final son muy razonables si se habla con ellas.

Zedd volvió la cabeza para seguir hablando en susurros y que Ann lo oyera.

—Estoy de acuerdo, pero yo no hablo su lengua; no puedo convencerlos.

—Si los nantong son una tribu tan peligrosa, y tú lo sabes, ¿por qué has cometido la estupidez de ir directamente hacia ellos?

—No lo he hecho. He evitado su territorio por un amplio margen.

—Ya. Pues parece que te has equivocado.

—No. Los nantong son seminómadas, no tienen un hogar concreto y permanente, pero no abandonan los límites de su territorio. He procurado mantenerme alejado de su territorio. Probablemente se trata de una incursión de cazadores de espíritus.

—¿Una qué?

Zedd se detuvo y se agachó para estudiar el terreno. La oscuridad le impedía ver, pero detectó el débil aroma de sudor ajeno, tal vez transportado durante kilómetros por la brisa.

—Una incursión de cazadores de espíritus —repitió, acercando los labios a la oreja de Ann—. Es una larga historia, aunque la conclusión es que ofrecen sacrificios al mundo de los espíritus.

»Los nantong creen que los espíritus de quienes acaban de morir pueden transmitir peticiones a los espíritus de sus antepasados y presentarles sus respetos, para así ganarse su benevolencia. Las partidas de caza buscan víctimas para el sacrificio.

—¿Seres humanos?

—A veces. Si pueden lograrlo. Los nantong no son demasiado valientes cuando se topan con fuerte resistencia; prefieren huir que luchar. No obstante, no dudan en eliminar a los débiles o indefensos.

—En el nombre de la Creación, ¿qué clase de lugar es la Tierra Central, donde se permite que ocurran tales cosas? Pensaba que erais gente más civilizada. Pensaba que formabais una alianza en la que todos los habitantes de la Tierra Central cooperaban y buscaban el bien común.

—Las Confesoras venían aquí para asegurarse de que los nantong no asesinaran a nadie, pero éste es un lugar muy remoto. Ante una Confesora, los nantong se muestran siempre serviles, pues su magia es una de las pocas que los nantong no son capaces de alterar. Seguramente se debe a que la magia de las Confesoras posee un elemento de Magia de Resta.

—Si sabéis de qué son capaces, ¿cómo podéis ser tan estúpidos para permitirles que hagan lo que les dé la real gana?

Zedd la miró con ceño en la oscuridad.

—Una de las razones por las que se constituyó la alianza de la Tierra Central fue para proteger a los que poseen magia y que, de otro modo, serían exterminados por países más poderosos.

—Los nantong no poseen magia. Tú mismo has dicho que no son capaces de realizar actos mágicos.

—Como que son capaces de invalidar la magia y arrebatarle su poder, debemos considerar que poseen magia. Si no la tuvieran, no podrían hacerlo. Forma parte de su modo de defensa, son sus colmillos, para decirlo de algún modo, y la usan para defenderse de quienes poseen una magia poderosa y podrían someterlos o destruirlos.

»No interferimos con ningún ser que posea magia, humano o no, pues tienen el mismo derecho a existir que nosotros, aunque tratamos de asegurarnos de que no matan a inocentes. Es cierto que no nos gustan todas las formas de magia, pero rechazamos la idea de exterminar a criaturas del Creador para conseguir un mundo hecho a la imagen de los más poderosos.

En vista de que Ann guardaba silencio, Zedd prosiguió.

—Algunas criaturas pueden ser peligrosas, como los gars, pero no las cazamos y acabamos con ellas. Lo que hacemos es dejarlas en paz para que vivan su propia vida, que es para lo que el Creador las creó. ¿Quién somos nosotros para juzgar la sabiduría del Creador?

»Los nantong son timoratos frente a un rival fuerte, pero, cuando creen que llevan las de ganar, son temibles. Son carroñeros, como los buitres, los lobos o los osos. Tampoco estaría bien eliminar a esas criaturas, pues desempeñan un papel en la naturaleza.

Ann acercó el rostro para expresar su disconformidad sin tener que gritar.

—¿Y qué papel desempeñan los nantong?

—Ann, yo no soy el Creador, ni tampoco hablo con él de por qué creó determinados tipos de vida y de magia. Pero soy respetuoso y pienso que es posible que tenga sus razones. Yo no soy quien para afirmar que se equivoca. No soy tan arrogante.

»En la Tierra Central permitimos la existencia de todas las formas de la Creación y, si son peligrosas, nos limitamos a mantenernos alejados de ellas. Justamente tú, que tienes una visión tan dogmática del Creador, deberías simpatizar con esa política.

Pese a hablar en susurros, la réplica de Ann fue acalorada.

—Nuestro deber es enseñar a paganos como ésos a respetar a todas las criaturas del Creador.

—Dile eso al lobo o al oso.

El gruñido de Ann fue digno de cualquiera de esos animales.

—Se supone que las hechiceras y los magos son guardianes de la magia y que la protegen, del mismo modo que un padre o una madre protege a su hijo —dijo Zedd—. No nos corresponde a nosotros decidir quiénes son suficientemente buenos para tener derecho a existir; es decir, quiénes merecen vivir.

»En último término, ese camino conduce a la idea de Jagang sobre todo tipo de magia. Él cree que somos peligrosos y sostiene que quiere eliminarnos por el bien común. Parece que te estás poniendo del lado del emperador.

—Si una abeja te pica, ¿no le das un manotazo?

—No he dicho que no debamos defendernos.

—En ese caso, ¿por qué no os habéis defendido y habéis eliminado esas amenazas? En la guerra con el padre de Rahl el Oscuro, Panis, tu propia gente te llamó el Viento de la Muerte. Entonces, sí sabías cómo acabar con una amenaza.

—Hice lo que debía para proteger a personas inocentes que de otro modo habrían sido masacradas o, mejor dicho, que ya estaban siendo masacradas. Y si es preciso, haré lo mismo contra Jagang. Los nantong no buscan la aniquilación, no tratan de dirigir a otros mediante el asesinato, la tortura y la esclavitud. Sus creencias solamente causan daño a los intrusos desprevenidos.

—Son peligrosos. No deberíais haber permitido que esa amenaza continuara.

—¿Y por qué no has matado a Nathan para eliminar la amenaza que representa? —preguntó Zedd, apuntándola con un dedo.

—¿Comparas a Nathan con paganos que realizan sacrificios humanos? ¡Además, te aseguro que cuando le ponga las manos encima, lo pondré en vereda!

—Bien. Pero, mientras tanto, éste no es el mejor momento para debatir sobre teología. —Zedd se echó hacia atrás el pelo ondulado—. A no ser que desees transmitir a los nantong tus creencias, te sugiero que sigamos las mías y que nos vayamos enseguida de su zona de caza.

Ann suspiró.

—Tal vez tengas razón. Al menos, tus intenciones son buenas.

La mujer hizo un gesto como quien ahuyenta un bicho para indicarle que siguiera adelante. Zedd continuó caminando por el sinuoso desfiladero, tratando de mantenerse alejado de la perezosa corriente de agua que discurría por el barranco.

El desfiladero se dirigía al sudoeste. Zedd sabía que los alejaba del territorio de los nantong y esperaba que también los ocultara en la huida. Los nantong iban armados con lanzas y flechas.

Cuando la luna brilló a través de una brecha en las nubes, el mago extendió una mano para que Ann se detuviera y se agachó para echar un rápido vistazo a los alrededores aprovechando el intervalo de luz. Apenas vio nada más que paredes de dos o tres metros de altura a ambos lados y, más allá, las colinas casi yermas. En lomas lejanas divisó unos bosquecillos dispersos.

En el bajo valle que se abría ante ellos, el arroyo se perdía en un espeso bosque. Zedd se volvió para decirle a Ann que su mejor opción era ocultarse en la maleza y el bosque. Tal vez los nantong temieran que se tratara de una trampa y no los buscarían allí.

A la luz de la luna que aún brillaba vio detrás de ellos el par perfecto de huellas que habían dejado en el barro. Había olvidado que no podía ocultar su rastro. Con un gesto indicó a la mujer que mirara. Ann le hizo un gesto con el pulgar para decirle que debían alejarse del lodoso cauce.

En la distancia sonaron dos alaridos muy agudos e idénticos que rasgaron el silencio.

—Los caballos —susurró Zedd.

Los alaridos cesaron repentinamente. Les habían cortado el cuello.

—¡Córcholis! Eran buenos caballos. ¿Llevas algo con lo que defenderte?

Ann empuñó un dacra con un giro de muñeca.

—Llevo esto. Aunque la magia que posee no funcione, puedo usarlo a modo de puñal. ¿Y tú?

Zedd esbozó una sonrisa fatalista.

—Sólo mi piquito de oro.

—Quizá deberíamos separarnos antes de que me maten por eso.

Zedd se encogió de hombros.

—No te culparé si prefieres continuar sola. Tenemos un asunto importante entre manos. Tal vez sería mejor separarnos. De ese modo, aumentarían nuestras posibilidades de que, al menos, uno de los dos escapara.

—¿Qué quieres, que me pierda la diversión? Lo lograremos juntos. Estamos a bastante distancia de los caballos. Sigamos juntos.

Zedd le apretó un hombro.

—Es posible que tan sólo sacrifiquen vírgenes.

—Pero yo no quiero morir sola.

Zedd se rió suavemente entre dientes mientras seguía avanzando, buscando alguna senda ascendente que les permitiera salir del barranco. Finalmente, encontró un túnel que atravesaba la pared. Las raíces de nudosos arbustos colgaban a modo de melena y proporcionaban asideros. La luna se ocultó

detrás de una densa nube. En la oscuridad completa fueron trepando lentamente, a ciegas, buscando el camino a tientas.

Zedd oía algunos bichos que zumbaban alrededor y, en la distancia, la plañidera llamada de un coyote. Aparte de eso, todo era silencio y calma en la noche. Con un poco de suerte los nantong se habrían entretenido junto a los caballos, registrando las pertenencias de Zedd y Ann.

Al llegar a lo alto, Zedd se volvió y ayudó a Ann a subir.

—Ponte a cuatro patas. Avanzaremos a rastras o, al menos, agachados.

Ann asintió en voz baja y se reunió con él en lo alto del barranco. Sus figuras sobresalían una vez fuera del cauce del arroyo. La luna brillante apareció por detrás de una nube.

Justo delante de ellos, los nantong formaban un semicírculo y les bloqueaban el paso. Sumaban unas veinte personas. Zedd supuso que habría más cerca de allí; las partidas de caza de los nantong solían ser más numerosas.

No eran altos e iban casi desnudos; tan sólo se cubrían con un taparrabos rudimentario que ocultaba su masculinidad. Se adornaban con collares de hueso fabricados con dedos humanos. Llevaban la cabeza rasurada. Todos tenían brazos y piernas nervudas, así como una barriga pronunciada.

Los nantong se habían untado el cuerpo con ceniza blanca, excepto alrededor de los ojos, que se habían pintado de negro, lo que les daba aspecto de calaveras.

Zedd y Ann se fijaron en sus lanzas con puntas de acero equipadas con lengüetas que relucían a la luz de la luna. Uno de los hombres lanzó una orden. Aunque no la comprendió, Zedd se hizo una idea bastante aproximada de lo que quería decir.

—No uses el dacra —susurró a Ann—. Son demasiados. Nos matarían aquí mismo. Nuestra única oportunidad es seguir vivos y pensar en algo.

El mago vio cómo Ann se guardaba el arma en la manga. A continuación dirigió una amplia sonrisa a ese muro de rostros sombríos.

—¿Por causalidad alguno de vosotros sabe dónde podemos encontrar a los jocopo?

Inmediatamente notó el pinchazo de una lanza y un movimiento de ésta indicándoles que se levantaran. Ambos obedecieron de mala gana. Los hombres, que apenas llegaban a Zedd al hombro pero que eran más o menos de la misma estatura de Ann, los rodearon y comenzaron a acosarlos, empujándolos y pinchándolos débilmente. A continuación les cogieron los brazos a la espalda y les ataron las muñecas con fuerza.

—Recuérdame por qué habéis considerado más prudente que estos paganos siguieran con sus prácticas ignorantes —dijo Ann.

—Bueno, en una ocasión una Confesora me comentó que son buenos cocineros. Quizá nos den a probar algo nuevo y delicioso.

Los nantong empujaron a Ann hacia adelante. La mujer se tambaleó, pero pudo recuperar el equilibrio.

—Soy demasiado vieja para ir por ahí haciendo el tonto con un loco —rezongó dirigiéndose al cielo.

Una hora de marcha a ritmo rápido bastó para llegar al poblado nómada de los nantong, compuesto por aproximadamente treinta tiendas amplias y redondas. Eran tiendas bajas que apenas se elevaban del suelo, para protegerse mejor del viento. Cercados construidos con altas estacas albergaban todo tipo de ganado.

Los nantong, cubiertos de pies a cabeza con ropas muy sencillas para ocultar su identidad a las víctimas del sacrificio que iban a llevar sus plegarias al mundo de los espíritus, dejaban de charlar y se volvían para observar cómo Zedd y Ann atravesaban el poblado a punta de lanza. Sus captores, cubiertos por ceniza blanca y con los ojos pintados de negro, eran cazadores disfrazados de muertos. Así no corrían ningún peligro de ser reconocidos como seres vivos.

Zedd fue obligado a detenerse ante un corral mientras los hombres soltaban la cuerda que aseguraba la puerta. Ésta se abrió a la luz de la luna. Al parecer, todos los habitantes del poblado los habían seguido. Gritaban y chillaban mientras los prisioneros entraban en el cercado a empujones; deseaban entregar mensajes a los dos espíritus para que intercedieran a favor de ellos ante sus antepasados.

Zedd y Ann, con las manos aún atadas a la espalda, cayeron al suelo a causa de los empellones, sobre el lodo. Unas figuras se alejaron entre gruñidos. En el corral había cerdos. Con los hocicos y las pezuñas habían convertido el suelo del corral en un lodazal, lo que indicaba que la tribu llevaba asentada allí varios meses. La fetidez lo confirmaba.

La partida de caza de espíritus, casi cincuenta tal como Zedd había supuesto, se dividió. Algunos se dirigieron a las tiendas rodeados por niños jubilosos y mujeres serias. Otros tomaron posiciones alrededor del corral para montar guardia. La mayoría de los mirones gritaban mensajes a los prisioneros para que los llevaran al mundo de los espíritus.

—¿Por qué hacéis esto? —gritó Zedd a los guardias. Bajó la cabeza y la inclinó hacia Ann—. ¿Por qué? —Se encogió de hombros.

Uno de los guardias adivinó qué preguntaba. Tras indicarles por gestos que iban a rebanarles el pescuezo, señaló la sangre imaginaria que manaba de la supuesta herida y, con la lanza, apuntó a la luna.

—¿Luna de sangre? —preguntó Ann en un susurro.

—Luna roja —musitó Zedd, cayendo en la cuenta—. Por lo que sé, las Confesoras hicieron jurar a los nantong que ya no harían sacrificios humanos. Yo dudaba de que lo cumplieran. No obstante, nadie se acercaba a su territorio. Seguramente la luna roja los ha asustado y creen que el mundo de los espíritus está enojado. Probablemente ésa es la razón por la que quieren sacrificarnos: para aplacar la furia de los espíritus.

A su lado, Ann rebulló inquieta en el barro. Lanzó a Zedd una mirada asesina.

—Tan sólo rezo para que Nathan esté en peor situación que nosotros.

Pero Zedd tenía la mente puesta en otra cosa.

—¿Qué fue eso que dijiste antes sobre hacer el tonto con un loco?

2

—¿Qué te parece? —preguntó Clarissa.

La joven giró un poco a un lado y luego al otro, imitando una postura natural, pese a que se sentía muy poco natural. Como no sabía qué hacer con las manos, las juntó en la espalda.

Nathan estaba repantigado en la butaca más espléndida que Clarissa había visto nunca, con el asiento y el respaldo acolchados, tapizados con una tela a rayas marrones y doradas. Apoyaba despreocupadamente la pierna izquierda sobre uno de los brazos de la butaca, profusamente tallados, mientras que se recostaba con el codo sobre el otro brazo de la butaca. Estaba pensando, con el mentón apoyado en la palma de una mano. La vaina de la espada, de plata primorosamente trabajada, le colgaba de modo que la punta tocaba el suelo delante de la butaca.

La sonrisa del hombre expresó una satisfacción genuina.

—Querida, estás encantadora.

—¿De veras? ¿No lo dices por decir? ¿De verdad te gusta? ¿No estoy... ridícula?

Nathan se rió entre dientes antes de contestar.

—No, definitivamente no pareces ridícula. Deslumbrante sería un adjetivo más adecuado.

—Yo me siento..., no sé..., presuntuosa. Nunca había visto vestidos tan magníficos y mucho menos me había probado uno.

Nathan se encogió de hombros.

—Pues ya era hora.

El modisto, un hombrecillo delgado y pulcro, totalmente calvo excepto por un largo mechón de pelo gris, apareció de nuevo por la entrada tapada con una cortina. Cogía con nerviosismo ambos extremos de una cinta métrica que llevaba liada alrededor del cuello y le daba un movimiento semejante al de una sierra.

—¿El vestido es del agrado de la señora?

Clarissa recordó cómo Nathan le había indicado que debía comportarse. Se alisó el satén azul brillante a la altura de las caderas.

—No me queda del todo bien en...

Inmediatamente el modisto se humedeció los labios con la lengua y se explicó.

—De haber sabido que teníais intención de honrar mi tienda con vuestra presencia o si me hubieseis enviado vuestras medidas de antemano, habría hecho las alteraciones necesarias. —Lanzó un vistazo a Nathan. Nuevamente la lengua asomó entre los labios—. Podéis estar segura, señora, de que haré cualquier pequeño ajuste que sea necesario.

»¿Qué opináis vos, milord? —preguntó a Nathan, inclinando la cabeza con deferencia—. Si hiciera algunos cambios, ¿os complacería?

Nathan se cruzó de brazos y examinó a Clarissa como un escultor estudia la obra que está realizando. Entrecerró los ojos, pensativo, hizo rodar la lengua por el interior de la mejilla y emitió pequeños sonidos guturales, como si le costara mucho decidirse. El modisto jugueteaba con el extremo de la cinta métrica.

—Como dice la señora, es demasiado holgado en la cintura.

—No os preocupéis, milord. —El hombrecillo se situó rápidamente detrás de la joven y tiró con firmeza de la tela—. ¿Veis? Con un par de costuras quedará perfecto. La señora posee una figura exquisita. Muy pocas veces recibo a damas con formas tan perfectas, pero puedo tener el vestido listo en

pocas horas. Sería un honor hacerlo esta misma noche para entregároslo en... ¿Dónde os hospedáis, milord?

—Aún no he buscado alojamiento —repuso Nathan con un gesto displicente—. ¿Podéis recomendarme algún lugar de confianza?

El modisto inclinó de nuevo la cabeza.

—Casa Briar es la mejor posada de Tanimura, milord. Si lo deseáis, ahora mismo envío a mi ayudante para que prepare vuestra llegada y la de... la señora.

Nathan se enderezó en la butaca y se sacó una moneda de oro del bolsillo. Se la arrojó al hombre, seguida de una segunda y una tercera.

—Sí, gracias, os agradezco vuestra amabilidad. —Nathan frunció el entrecejo y lanzó al modisto otra moneda más—. Es tarde, pero estoy seguro de que podréis convencerlos de que no cierren la cocina hasta que lleguemos. Hemos viajado durante todo el día y no nos vendría nada mal una comida decente. Sobre todo —añadió, agitando un dedo hacia el hombrecillo—, que sean las mejores habitaciones. Que no se les ocurra meterme en una pocilga minúscula.

—Milord, os aseguro que Casa Briar no tiene ninguna habitación que se asemeje ni remotamente a una pocilga. Incluso vos quedaréis satisfecho. ¿Cuánto tiempo debe decir mi ayudante que pensáis alojaros allí?

Nathan acarició los volantes de la pechera de la camisa.

—Hasta que el emperador Jagang me llame, por supuesto.

—Por supuesto, milord. ¿Os quedáis con el vestido?

Nathan metió el pulgar en un bolsillo pequeño situado en la parte delantera de su chaleco verde, y la mano le quedó suspendida.

—Nos servirá para los días de diario. ¿Tenéis prendas más elegantes?

El modisto sonrió e hizo una reverencia.

—Permitidme que os muestre algunas para que les deis el visto bueno. La señora podrá probarse las que más os gusten.

—De acuerdo. Sí, eso será lo mejor. Soy un hombre con una amplia experiencia y de gusto refinado. Estoy acostumbrado a lo mejor. Mostradme algo que me deslumbre.

—Naturalmente, milord. —El modisto se inclinó dos veces antes de marcharse a la carrera.

Una vez solos, Clarissa sonrió, admirada.

—¡Nathan! Éste es el vestido más espléndido que he visto en mi vida, ¿y tú pides que nos muestren algo mejor?

Nathan enarcó una ceja.

—Nada es demasiado bueno para una concubina del emperador, para la mujer que lleva en su seno al hijo del emperador.

El corazón de Clarissa palpitó con fuerza al oírle decir eso nuevamente. A veces, cuando miraba los ojos zarcos de Nathan tenía la impresión de que el profeta estaba más que loco, pero no era más que una impresión muy vaga que tan sólo duraba un instante. Cuando Nathan sonreía con esa sonrisa serena, Clarissa recuperaba la confianza.

Nathan era el hombre más osado que jamás había conocido. Su coraje la había salvado de los bestias que atacaron Renwold. Y desde entonces, la valentía de Nathan los había sacado de situaciones que parecían totalmente desesperadas.

En esa osadía, que iba mucho más allá de la temeridad, tenía que haber un grano de locura.

—Nathan, confío en ti y haré cualquier cosa que me pidas, pero, por favor, ¿puedes decirme si no es más que una historia inventada para contar a los demás o realmente ves algo tan horrible en mi futuro?

Nathan bajó la pierna y se levantó. Era un hombre muy alto. Le cogió una mano a Clarissa y la colocó sobre el corazón de la joven, como si se tratara de una flor extremadamente delicada. Su larga melena plateada le cayó por delante del hombro al inclinarse hacia la mujer y mirarla a los ojos.

—Clarissa, no es más que un cuento para alcanzar mi objetivo. No es ninguna predicción. Mentiría si te dijera que no nos esperan peligros, pero, por el momento, estate tranquila y disfruta al máximo. Debemos esperar aquí un tiempo y quiero que te lo pases bien. Juraste que harías lo que debieras. Confío en tu palabra. Mientras tanto, no deseo nada más que hacerte un simple favor.

—Pero ¿no deberíamos escondernos donde nadie sepa quienes somos? ¿En algún lugar en que estemos solos y fuera de la vista?

—Así se esconden los criminales o los fugitivos sin experiencia. Y por eso los pillan, porque su comportamiento despierta sospechas. Si alguien los persigue, buscan en los agujeros más oscuros, pero no se les ocurre buscarlos en plena luz. Mientras tengamos que ocultarnos, el lugar más seguro es a la vista de todos.

»Nuestra historia es tan absurda que todos creerán que es cierta. Nadie sospechará que seamos tan temerarios para inventarnos algo como eso, así que nadie lo cuestionará. Además, no nos escondemos de verdad, ya que nadie nos persigue. Simplemente no queremos levantar sospechas. Si nos ocultamos, sospecharán.

Clarissa sacudió la cabeza.

—Nathan, eres un genio.

A continuación observó el corpiño del hermoso vestido, al menos lo poco que podía ver más abajo del pronunciado escote. El vestido le empujaba los senos tan arriba que casi se le salían. Tiró de una de las ballenas de hueso pegadas a las costillas por debajo del escote; nunca había llevado prendas interiores tan extrañas e incómodas y no conseguía imaginar qué función desempeñaban. Finalmente se alisó la falda de seda del vestido.

—¿Me queda bien? Quiero decir, en serio. Dime la verdad, Nathan. Soy una mujer fea. ¿No le queda ridículo a una mujer fea?

—¿Fea? —Nathan enarcó ambas cejas—. ¿Es eso lo que crees?

—Pues claro. No soy tonta y sé que no soy...

Con un gesto Nathan le impuso silencio.

—Tal vez deberías echarte un vistazo.

El profeta quitó la sábana que tapaba el espejo de pie. Se hallaban en un salón de pase para caballeros. Al aleccionarla sobre cuestiones de decoro y convenciones sociales, Nathan le dijo que en esos lugares los espejos raramente se usaban y que no debía mirarse en ninguno a no ser que se lo pidiera. En un establecimiento tan exclusivo como ése lo realmente importante era el aspecto que tenía a ojos del caballero, no su imagen en un espejo.

Suavemente, Nathan la tomó por el codo y la condujo frente al espejo.

—Olvida lo que ves en tu mente y contempla lo que los otros ven cuando te miran.

Clarissa jugueteaba con los vuelos fruncidos de la cintura. Pese a dirigir un gesto de asentimiento a Nathan, le daba miedo mirar al espejo y sentirse decepcionada por lo que siempre veía cuando se contemplaba. Nathan la animó con un gesto. Estremeciéndose ligeramente por la vergüenza, Clarissa se dio media vuelta para mirarse.

Lo que vio la dejó con la boca abierta.

No se reconoció a sí misma. Ella no tenía ese aspecto juvenil. Vio una mujer —una muchacha joven y veleidosa—, una mujer hecha y derecha, una mujer elegante y distinguida.

—Nathan —susurró—, el pelo... Yo no tenía un pelo tan largo. ¿Cómo ha conseguido la peinadora de esta tarde hacerlo más largo?

—¡Ah, bueno!, no ha sido ella. Usé un poco de mi magia para lograrlo. Pensé que tendrías mejor aspecto así. Espero que no te importe.

—Al contrario —musitó Clarissa—. Es precioso.

Llevaba el pelo de suave color castaño en forma de bucles y recogido con lazos de delicado tono violeta. Clarissa movió la cabeza. Los bucles saltaron arriba y abajo, y oscilaron de un lado a otro. En una ocasión, una mujer de elevada posición social visitó Renwold y llevaba ese mismo peinado. Clarissa jamás había visto un pelo tan bonito, y entonces el suyo tenía el mismo aspecto.

Se miró fijamente a sí misma en el espejo. Tenía una figura tan... curvilínea. Todas esas cosas duras y ceñidas que llevaba debajo del vestido cambiaban las proporciones de su cuerpo. Clarissa se sonrojó al contemplar los senos, que, impulsados hacia arriba, quedaban casi por completo expuestos a las miradas ajenas.

Desde luego siempre había sabido que las mujeres como Manda Perlin no tenían la misma figura una vez que se quitaban la ropa, y que, desnudas, eran muy parecidas a cualquier otra mujer. No obstante, jamás sospechó hasta qué punto debían su atractivo a los vestidos.

En el espejo, ataviada con ese vestido, con el pelo peinado de ese modo y el rostro maquillado, tenía el mismo aspecto que cualquiera de ellas. Tal vez parecía unos años mayor, aunque la edad, en vez de restarle atractivo y frescura como siempre había pensado, le añadía más porte.

Fue entonces cuando se fijó en el aro que le atravesaba el labio. Ya no era de plata, sino de oro.

—Nathan —susurró—, ¿qué le ha pasado al anillo?

—¡Oh, eso! Bueno, nadie se creerá que seas una concubina del emperador y que lleves en tu seno a su heredero si sigues marcada con un aro de plata. Todo el mundo sabe que el emperador solamente admite en su lecho a mujeres con el aro de oro.

»Además, se equivocaron al ponerte el de plata. Debería haber sido de oro desde el principio. Esos hombres estaban totalmente ciegos. Yo, por el contrario —declaró con un gesto grandilocuente—, soy un hombre de amplia visión. Mírate tú misma —añadió, señalando el espejo—. Esa mujer es demasiado hermosa para llevar un anillo que no sea de oro.

Los ojos de la mujer reflejada en el espejo comenzaban a llenarse de lágrimas. Clarissa se pasó un dedo por los párpados inferiores, temerosa de echar a perder el maquillaje que le habían aplicado en el rostro mientras le rizaban el pelo.

—Nathan, no sé qué decir. Es un milagro. Has convertido a una mujer fea en...

—Una belleza —remató Nathan por ella.

—¿Por qué?

El profeta contrajo el rostro en una expresión extraña.

—¿Eres boba o qué? No puedes tener un aspecto poco atractivo. Nadie creería que un hombre tan apuesto como yo fuese acompañado de una mujer menos que sensacional.

Clarissa sonrió. Nathan ya no le parecía tan viejo como cuando lo conoció, y verdaderamente era apuesto. Apuesto y distinguido.

—Gracias por tener fe en mí en más de un aspecto, Nathan.

—No es fe, es visión. Yo veo lo que otros son demasiado ciegos para ver. Ahora ya pueden verlo.

La mujer echó un breve vistazo a la cortina por la que había desaparecido el modisto.

—Pero todo esto es tan caro... Sólo este vestido cuesta casi todo mi sueldo de un año. Y está todo lo demás: alojamiento, carruajes, sombreros, zapatos, maquillaje y peinado. Eso cuesta mucho. Estás gastando dinero a manos llenas. ¿Cómo te lo puedes permitir?

En la faz de Nathan asomó de nuevo una sonrisa astuta.

—Soy bueno... haciendo dinero. Nunca podré llegar a gastar todo el que produzco. No te preocupes por eso; para mí no significa casi nada.

—¡Oh! —Clarissa se miró de nuevo al espejo—. Por supuesto.

Nathan carraspeó antes de explicarse.

—Lo que quiero decir es que tú eres más importante que asuntos tan nimios como el dinero. Las personas son más importantes que tales consideraciones. Aunque fuese mi último penique, no lo gastaría con menos entusiasmo o menos tranquilidad.

Cuando finalmente el modisto regresó con una selección de vestidos deslumbrantes, Nathan eligió algunos para que Clarissa se los probara. Ésta entró en el probador con ellos y, con la ayuda de la esposa del modisto, se los fue probando. Sola no habría sido capaz de atarse, anudarse y abrocharse ninguno.

Cada vez que aparecía ante Nathan con un vestido, el profeta sonreía y le decía al modisto que lo compraría. En el curso de la hora siguiente, Nathan seleccionó media docena de vestidos y entregó un buen puñado de oro al modisto. Jamás en su vida Clarissa había imaginado que existiera un establecimiento de tanto lujo, en el que los vestidos ya estuviesen confeccionados. Era otra prueba de lo mucho que su vida había cambiado junto a Nathan; sólo los muy ricos o la realeza podían permitirse comprar vestidos de ese modo.

—Haré los cambios necesarios y me ocuparé de que entreguen los vestidos en Casa Briar, milord. —Lanzó una rápida mirada a Clarissa—. Tal vez podría dejar algunos más holgados para que le quepan a la señora cuando comience a cambiar de forma a medida que crezca el hijo de nuestro emperador.

—No, no. Me gusta que tenga el mejor aspecto posible. Cuando sea necesario, encargaré a una modista que los ensanche o simplemente comparé otros que le vayan bien.

De repente, Clarissa se sintió muy violenta al darse cuenta de que ese modisto pensaba que no sólo era una concubina del emperador, sino también de Nathan. El anillo del labio, por muy de oro que fuese, indicaba que no era más que una esclava. Una esclava significaba poco para el emperador, pese a que estuviera embarazada y pese al anillo de oro.

Nathan se presentaba audazmente como plenipotenciario del emperador Jagang, ante lo cual todo el mundo se deshacía en reverencias y se mostraba servil. Clarissa no era más que una posesión que el emperador y su hombre de confianza compartían.

Finalmente, interpretó de manera correcta la mirada de soslayo del modisto. A sus ojos, ella no era más que una prostituta; una prostituta ataviada con elegantes vestidos y tal vez no por elección propia, pero prostituta al fin y al cabo; una prostituta que gozaba de que un hombre importante le comprara los mejores vestidos y la alojara en la mejor posada de la ciudad.

Lo único que impidió que saliera de la tienda corriendo, derramando lágrimas de humillación, fue que Nathan no pensaba lo mismo.

Clarissa se reprendió a sí misma. Ésa no era más que la historia que Nathan se había inventado para que no les pasara nada, la historia que impedía que los soldados con los que se topaban al doblar las esquinas se la llevaran a rastras a sus tiendas. Soportar las miradas de desprecio era un precio muy bajo a cambio de todo lo que Nathan había hecho por ella y del respeto con el que siempre la trataba. Lo que importaba era lo que pensara Nathan.

Además, ya estaba acostumbrada a las miradas de desaprobación, que en el mejor de los casos eran de lástima y, en el peor, de desprecio. La gente nunca la había mirado con simpatía. Que pensaran lo que quisieran. Ella sabía que estaba haciendo algo importante por un hombre digno.

Clarissa levantó la barbilla y caminó hacia la puerta dándose aires.

El modisto hizo una última reverencia cuando salieron a la calle oscura en la que les aguardaba el carruaje.

—Gracias, lord Rahl. Gracias por permitirme servir al emperador a mi humilde manera. Tendréis los vestidos antes de mañana por la mañana. Os doy mi palabra.

Nathan despidió al hombrecillo con un gesto brusco.

En el comedor en penumbra de Casa Briar, Clarissa se sentó frente a Nathan en una mesa pequeña. No se le escaparon las miradas subrepticias que le dirigía el personal. Se sentó más erguida y echó atrás

los hombros en actitud retadora, ofreciéndoles así una mejor visión del escote. Se dijo que, a la turbia luz de las velas y bajo todo el maquillaje que llevaba, nadie se daría cuenta de que se sonrojaba.

El vino la calentó y el pato asado finalmente sació el hambre que la atormentaba. Los sirvientes no dejaban de llevarles nuevos platos: ave, cerdo, ternera, todo acompañado de salsas y guarniciones variadas. Clarissa picoteaba de aquí y allí, pues no quería dar impresión de glotonería y, no obstante, se quedó satisfecha.

Nathan comía con ganas, aunque sin excederse en la cantidad. Quiso degustar todos los platos. Los sirvientes no se apartaban de su lado, le cortaban los pedazos de carne, le servían salsas y le cambiaban los platos y las bandejas como si él fuese incapaz de hacer nada. Nathan los animaba pidiendo determinados manjares, rechazando otros y, en general, comportándose como un hombre muy importante.

Clarissa supuso que realmente era así. Nathan era el plenipotenciario del emperador, es decir, alguien a quien no era prudente contrariar. Todos deseaban complacer a lord Rahl, y si eso pasaba por satisfacer las demandas de Clarissa, lo harían.

Cuando por fin los condujeron a sus aposentos y Nathan cerró la puerta, Clarissa se sintió profundamente aliviada. Se relajó por completo, libre por fin de la responsabilidad de actuar como una dama refinada, o tal vez una prostituta refinada, aunque dudaba de cómo debía interpretar el papel. Se alegraba de no sentir sobre ella todas esas miradas que la observaban.

Nathan recorrió ambas habitaciones, inspeccionando las paredes pintadas con molduras doradas que formaban enormes y amplios paneles con las esquinas curvadas hacia atrás. Espléndidas alfombras de vivos colores cubrían el suelo casi por completo. Por todas partes se veían sofás y butacas. Una habitación contaba con varias mesas, una para comer y otra, con un tablero inclinado, para escribir. Sobre el escritorio se habían dispuesto pulcramente cuartillas, plumas de plata y tinteros con la tapa dorada que contenían tinta de diferentes colores.

En la otra habitación estaba la cama. Clarissa jamás había visto nada igual. Cuatro columnas primorosamente torneadas sostenían un dosel de encaje y tela de un rojo subido con audaces dibujos bordados en oro, a juego con la colcha. Era una cama enorme. Clarissa no lograba imaginarse para qué querría nadie un lecho de esas dimensiones.

—Bueno —dijo Nathan, entrando de nuevo en el dormitorio—, supongo que tendremos que conformarnos con esto.

—Pero Nathan —se rió Clarissa—, se trata de habitaciones dignas de un rey.

—Es posible —repuso Nathan con una mueca despreocupada—. Pero yo soy más que un rey: soy un profeta.

—Sí —concedió Clarissa, muy seria—, eres más que un rey.

Nathan recorrió la estancia, apagando la mayoría de la docena de lámparas. Tan sólo dejó encendida una al lado de la cama y otra sobre el tocador. Se volvió a medias y señaló la otra habitación.

—Yo dormiré ahí, en un sofá. Te dejo la cama.

—No. Yo dormiré en el sofá. No me sentiría cómoda en una cama como ésta. Soy una mujer sencilla que no está acostumbrada a estos lujos. La cama debe ser para ti.

—Empieza a acostumbrarte —replicó Nathan, tocando la mejilla de la joven—. Quédate con la cama. No podría dormir sabiendo que una dama tan hermosa como tú duerme en un sofá. Soy un hombre de mundo, así que eso no me molesta. —En el umbral de la puerta hizo una ampulosa reverencia—. Felices sueños, querida. —Se detuvo con la puerta a medio cerrar—. Clarissa, te pido perdón por las miradas que has tenido que soportar y por lo que la gente ha pensado de ti por culpa de lo que he contado.

Nathan era todo un caballero.

—No tienes por qué disculparte. Ha sido bastante divertido, como si actuara en un escenario.

Cuando Nathan se reía, en sus ojos azules brillaban chispas. El profeta se echó la capa hacia atrás.

—Ha sido divertido fingir ante toda esa gente que somos otras personas, ¿verdad?

—Gracias por todo, Nathan. Hoy me has hecho sentir bonita.

—Eres bonita.

Clarissa sonrió.

—Es por los vestidos.

—La belleza surge del interior —la corrigió Nathan, guiñándole un ojo—. Felices sueños, Clarissa. He tejido un escudo protector en la puerta para que nadie pueda entrar. Puedes estar tranquila; aquí estás a salvo. —Dicho esto, cerró la puerta suavemente.

Con una agradable sensación producida por el vino, Clarissa se paseó por la habitación, inspeccionando todos esos objetos tan espléndidos. Acarició las mesillas de noche taraceadas de plata, el cristal tallado de las lámparas y, al retirar la colcha primorosamente tejida, aprovechó para palparla.

De pie delante del tocador, contempló su reflejo mientras se desataba el corpiño. Detestaba la idea de despojarse del vestido y volver a ser la Clarissa de siempre, aunque se alegraría de librarse de las incómodas ballenas que tanto le apretaban.

Una vez desatados los cordones por fin pudo respirar profundamente. Deslizó la parte superior del vestido por los hombros. Lo que seguía presionando por debajo mantenía el vestido cubriéndole el pecho. Clarissa se sentó al borde de la cama y trató de alcanzar los botones de la espalda. Pero no llegaba a algunos. Frustrada, decidió quitarse los zapatos nuevos de piel flexible y suave. A continuación, deslizó las medias hacia abajo para quitárselas y movió con gusto los dedos de los pies al sentirlos de nuevo libres.

Clarissa pensó en su hogar. Recordaba su cama, pequeña pero cómoda y calentita. Echaba de menos su casa, no porque allí hubiese sido feliz, sino porque era su hogar, todo lo que conocía. Por espléndida que fuese esa habitación, le parecía fría. Fría y también aterradora. Era un lugar desconocido, y ya nunca podría regresar a su hogar.

De repente se sintió terriblemente sola. Nathan le transmitía el calor de su confianza. Él siempre sabía adónde iba, sabía qué hacer y qué decir. Era como si nunca dudara. Pero, en esos momentos, sola en esa habitación, Clarissa se sentía abrumada por las dudas.

Extrañamente, echaba más de menos a Nathan que a su casa, y él se encontraba muy cerca, en la habitación contigua. Nathan se había convertido en algo parecido a su hogar.

Clarissa notó una agradable sensación en la planta de los pies al pisar la alfombra para dirigirse a la puerta. Suavemente golpeó el panel blanco con la moldura dorada. Esperó un instante y volvió a llamar.

—¿Nathan? —llamó suavemente.

Volvió a llamar y a pronunciar su nombre una vez más. En vista de que no recibía respuesta, abrió lentamente la puerta y asomó la cabeza. Sólo una vela alumbraba la silenciosa penumbra.

Nathan había caído nuevamente en uno de sus trances. Estaba sentado en una silla, con la vista perdida y respirando regularmente. Clarissa se quedó unos minutos en el umbral, observándolo.

La primera vez que lo encontró inmóvil y rígido, se asustó, pero Nathan le aseguró que era algo que había hecho durante casi toda su vida. Esa primera vez, cuando Clarissa lo zarandeó porque creía que le pasaba algo malo, él no se enfadó.

Nathan nunca se enfadaba con ella. Siempre la trataba con respeto y amabilidad, dos cosas que ella siempre había anhelado y que nunca había recibido de su propia gente. Finalmente, un extranjero se las daba sin esfuerzo.

Clarissa volvió a llamarlo por su nombre. Nathan parpadeó y alzó la vista hacia ella.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí. Espero no haberte molestado en la meditación.

—Nada de eso —la tranquilizó el profeta.

—Bueno, me preguntaba si podrías ayudarme a quitarme el vestido —pidió no sin timidez—. No alcanzo los botones de la espalda y no consigo salir de aquí. No quiero acostarme con el vestido puesto y echarlo a perder.

Nathan la siguió al dormitorio. Clarissa había apagado la lámpara del tocador para no pasar vergüenza. Tan sólo la lámpara colocada junto al lecho iluminaba a Nathan.

Ella se levantó el cabello con ambas manos para que no estorbara, mientras que Nathan con sus fuertes dedos le iba desabrochando los botones uno a uno. Era agradable notarlo a su espalda.

—¿Nathan? —susurró Clarissa cuando llegó al último botón, a la altura de la cintura.

En respuesta, el profeta emitió un ruido interrogador. Clarissa temía que fuese a preguntarle qué era ese ruido sordo que se oía, porque entonces tendría que contestarle que era su corazón.

La mujer se dio media vuelta, tapándose los senos con el vestido, que ya no se aguantaba solo.

—Nathan —repitió mientras hacía acopio de coraje para mirarlo a sus hermosos ojos—. Nathan, me siento sola.

El profeta frunció el entrecejo y delicadamente posó una de sus grandes manos sobre el hombro desnudo de la mujer.

—No tienes por qué, querida. Estoy en la habitación de al lado.

—Lo sé. Pero no hablo sólo de este tipo de soledad. Me siento sola porque tú... No sé cómo expresarlo. Cuando estoy sola empiezo a pensar en lo que tendré que hacer para ayudar a toda esa gente de la que me hablaste y entonces me imagino todo tipo de cosas aterradoras. Antes de darme cuenta, estoy empapada de sudor por el terror.

—Muchas veces resulta más aterrador imaginarse algo que hacerlo de verdad. Procura no pensar en eso. Trata de disfrutar de este enorme lecho y de esta espléndida habitación, si es que puedes. ¿Quién sabe? Quizá un día tengamos que dormir en la cuneta.

Clarissa asintió. Tuvo que desviar la mirada para no perder el valor.

—Nathan, sé que soy una mujer sin atractivo, pero tú me haces sentir especial. Ningún hombre me había hecho sentir hermosa y también... deseable.

—Bueno, tal como te he dicho antes...

Clarissa alzó una mano y le tapó suavemente la boca para impedirle hablar.

—Nathan, yo... —Volvió a levantar la vista hacia sus bellos ojos. Tragó saliva y cambió lo que iba a decir—. Nathan, me temo que eres un hombre tan apuesto que no puedo resistirme. ¿Te gustaría pasar la noche conmigo en esta cama enorme?

Nathan sonrió con un solo lado de la boca mientras retiraba los dedos femeninos.

—¿Apuesto yo?

—Sí, muy apuesto. —Clarissa notó cómo los bucles se le movían en todas direcciones al asentir.

El profeta le enlazó la cintura con ambos brazos, lo cual aceleró aún más los latidos de su corazón.

—Clarissa, no me debes nada. Te salvé de la masacre de Renwold porque me prometiste que me ayudarías. No me debes nada más que eso.

—Lo sé. No es eso lo... —Era consciente de que no se estaba expresando con claridad.

Se puso de puntillas, le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios. Nathan la estrechó con fuerza. Clarissa se abandonó en esos brazos y en esos labios. De repente, él se separó.

—Clarissa, soy viejo, y tú eres una mujer joven. Tú no quieres estar con alguien tan viejo como yo.

¿Cuánto tiempo había sufrido porque creía que era demasiado vieja para que la quisieran? ¿Cuánto tiempo se había sentido acongojada porque también ella era demasiado vieja? Y entonces ese hombre, ese hombre maravilloso, apuesto y lleno de vida le decía que ella era demasiado joven.

—Nathan, quiero que me arrojes sobre el lecho, que me quites este vestido tan caro y elegante, y que me hagas el amor hasta que oiga cantar a los espíritus.

Nathan la miró fijamente y en silencio. Por fin se inclinó, le pasó un brazo por debajo de las piernas y la cogió en brazos. Seguidamente la condujo a la cama, pero en vez de arrojarla sobre ella, tal como Clarissa había sugerido, la depositó suavemente.

El colchón acusó el peso de Nathan cuando se reclinó junto a ella. Con los dedos le acariciaba la frente. Ambos se miraban a los ojos. Nathan la besó con ternura.

Como llevaba el vestido ya desatado y desabrochado, éste se le deslizó fácilmente hasta la cintura. Clarissa le acarició la larga melena plateada mientras contemplaba cómo él le besaba amorosamente los senos. Sentía la calidez de los labios de Nathan en su piel. Por alguna razón, eso le pareció sorprendente y maravilloso. Se le escapó un suave gemido al sentirse besada de un modo tan masculino y apasionado.

Tal vez Nathan había vivido más que ella, pero a sus ojos no era en absoluto un hombre viejo. Era un hombre apuesto, valiente y atento y, sobre todo, la hacía sentirse hermosa. Al verlo desnudo, jadeó.

Ningún hombre la había tocado de ese modo, con tanta ternura y con la confianza de que alimentaba su pasión.

Los besos de Nathan fueron descendiendo lentamente. Cada beso la dejaba sin aliento y la inundaba de suave y sobresaltado deseo.

Cuando se puso encima, Clarissa se abandonó sin ningún reparo a su deseo. Se sentía acunada no sólo en esa cama con dosel, sino también en el ardiente abrazo de Nathan. Por fin, después de tanto tiempo, el cuerpo de Clarissa se tensó, lanzó un grito de liberación y pudo oír cantar a los espíritus.

3

Kahlan avanzaba silenciosamente y a toda velocidad, como un halcón en un picado, y, al mismo tiempo, se mantenía serenamente inmóvil como un águila en una corriente ascendente. Luz y oscuridad, frío y calor, tiempo y distancia ya no tenían significado y, no obstante, lo significaban todo. Era una confusión maravillosa de sensaciones, intensificadas por la dulce presencia de la sliph cada vez que Kahlan inspiraba ese azogue vivo, y no sólo sus pulmones, sino también su alma se llenaban de ella. Era el éxtasis.

Un abrupto estallido de percepciones le puso fin.

La luz invadió dolorosamente su visión. Sonidos de pájaros, de la brisa y de los bichos le estallaron en los oídos. La rodeaban árboles cubiertos con serpentinas de musgo, rocas con líquenes incrustados y recubiertas por una maraña de retorcidas raíces y plantas trepadoras, así como humedad y una oscura bruma que se acumulaba por todas partes. La presencia abrumadora de todo eso la aterrorizó.

«Respira», le dijo la sliph.

«No», pensó Kahlan, horrorizada.

La voz de la sliph atravesó su mente como un hierro al rojo. «Respira.»

Kahlan no deseaba abandonar el seno tranquilo de la sliph para entrar en un mundo estridente y ruidoso. Pero entonces recordó a Richard y lo que lo amenazaba: Shota.

Expulsó a la sliph de sus pulmones. La plata líquida se despegó de ella, pero sin dejarla húmeda. Kahlan hizo una profunda inspiración de ese aire extraño y cortante. Mientras la sliph la depositaba en el borde del pozo, Kahlan se tapó las orejas y cerró los ojos.

—Ya estamos donde deseabas viajar —dijo la sliph.

De mala gana, Kahlan abrió los ojos y bajó las manos. El mundo vivo pareció ir más poco a poco y recuperar el aspecto que Kahlan esperaba de él. La sliph retiró su consoladora mano de la cintura de Kahlan.

—Gracias, sliph. Ha sido un placer.

En la faz fluida de la sliph apareció una sonrisa.

—Me complace que haya sido placentero.

—Espero no tardar mucho, y luego viajaremos de vuelta.

—Estaré lista cuando quieras viajar. —La voz de la sliph resonó en la penumbra—. Siempre estoy lista para viajar si estoy despierta.

Kahlan pasó las piernas por encima del muro de piedra que conformaba el pozo de la sliph. Aún eran visibles partes de una antigua estructura, aunque su mayoría se había desmoronado en el bosque húmedo y enmarañado. Podía ver restos de un muro aquí, media columna allí, algunas losas en el suelo; todo eso cubierto por plantas trepadoras, raíces y hojas.

Ignoraba dónde se encontraba exactamente, aunque sabía que se hallaba en algún lugar de la sombría floresta que rodeaba el hogar de la bruja. Kahlan recordó haber atravesado ese bosque peligroso y misterioso cuando Shota la capturó y la condujo a Fuentes del Agaden para atraer a Richard hacia allí.

Cimas recortadas, semejantes a una corona de espinas, resguardaban el bosque turbio que se extendía en lo alto de la vasta cresta de las montañas Rang'Shada. A su vez, la floresta oscura y peligrosa rodeaba y protegía el remoto hogar de Shota. Ese bosque mantenía a la gente alejada de Fuentes del Agaden y de la bruja.

En el hedor estancado resonaban gritos, chasquidos y llamadas. Kahlan se frotó los brazos, aunque el aire era húmedo y cálido. El frío que sentía venía de su interior.

Gracias a los escasos y pequeños agujeros que se abrían en el dosel verde, Kahlan divisó el resplandor rosáceo del cielo. Debía de estar amaneciendo, aunque sabía que la llegada del día no disiparía la penumbra del bosque. Incluso en los días más soleados, en ese lugar hostil seguía reinando una deprimente oscuridad.

Kahlan caminaba con cuidado, mirando el suelo del bosque, las lianas y la bruma a la deriva, que ocultaba a seres que emitían una sucesión de chasquidos, siseos y sonoros gritos. En la superficie del agua estancada que acechaba bajo la espesa vegetación divisó ojos que apenas asomaban.

Dio otro paso con cuidado y se detuvo. El bosque no ofrecía puntos de orientación, y ella ignoraba adónde se dirigía. Era imposible saber dónde quedaba el norte, el sur, el este o el oeste. La espesura era idéntica en todas direcciones.

Además, tampoco sabía si Shota estaría en casa. La última vez que Richard y ella la vieron fue en la aldea de la gente barro. Shota había sido expulsada de su hogar por un mago aliado con el Custodio. Entraba dentro de lo posible que Shota no estuviera en las Fuentes del Agaden.

Pero no. Nadine la había visitado allí. Kahlan dio otro paso. Algo la agarró por un tobillo y la hizo caer al suelo. Kahlan aterrizó de espaldas con un fuerte golpetazo.

Una figura pesada y oscura saltó sobre su pecho, y la dejó sin respiración. Algo o alguien de fétido aliento emitió un siseo entre unos dientes afilados recubiertos de una capa de mugre gris y esponjosa.

—Hermosa señora.

Kahlan boqueó, tratando de recuperar la respiración.

—¡Samuel! ¡Bájate ahora mismo!

Unos dedos poderosos le estrujaron el seno izquierdo. Los labios exangües del ser se retrajeron para esbozar una malvada sonrisa.

—Quizá Samuel come a hermosa señora.

Kahlan presionó la punta del cuchillo de hueso contra los pliegues de piel del cuello de Samuel. Luego le cogió uno de sus largos dedos y se lo dobló hacia atrás, hasta que Samuel chilló como un animal y retiró la mano.

—Quizá te eche al agua para que las cosas que habitan en ella te coman —lo amenazó Kahlan, pinchándolo en la garganta—. ¿Qué te parece? ¿Quieres que te rebane el pescuezo? ¿O prefieres quitarte de encima?

La cabeza monda salpicada por manchas grises retrocedió. Dos ojos amarillos, semejantes a dos lámparas idénticas en la penumbra, la observaron con odio. Samuel rodó cuidadosamente a un lado para permitir que ella se pusiera en pie. Kahlan no dejó de amenazarlo con la punta del cuchillo.

Hojas muertas y desperdicios del bosque se adherían a la piel amarillenta de Samuel. Un brazo muy largo señaló un punto en la bruma oscura.

—Ama quiere verte.

—¿Cómo sabe que estoy aquí?

La grotesca faz esbozó una sonrisa siseante.

—Ama lo sabe todo. Ven con Samuel. —El hombrecillo se alejó saltando unos pasos y luego se detuvo para mirar por encima del hombro.

—Cuando ama acabe contigo, Samuel te comerá.

—Es posible que tenga algo para Shota que ella no espera. Esta vez ha cometido un error. Cuando acabe con ella, es posible que ya no tengas ama.

La figura chaparra la observó de la cabeza a los pies. Entonces retrajo nuevamente los labios exangües y emitió un siseo.

—Tu ama espera. Vámonos ya —dijo Kahlan.

Finalmente, la figura baja y fornida de brazos muy largos se puso en marcha a través de la maleza. Samuel evitaba peligros que Kahlan ni siquiera veía y a regañadientes le indicaba las cosas que debía eludir. Las enredaderas que Samuel sorteaba trataban de agarrarla al pasar, pero Kahlan se mantenía alejada. Las raíces que su guía evitaba se alzaban amenazadoramente para tratar de atraparla.

La baja figura vestida únicamente con unos pantalones que se sujetaba con tirantes miraba de vez en cuando hacia atrás para asegurarse de que Kahlan lo seguía. Un par de veces lanzó su extraña risa gorgoteante mientras avanzaba dando brincos.

Al cabo de un rato tomaron una especie de senda y, poco después, la luz que se filtraba por el enmarañado ramaje encima de sus cabezas se hizo más brillante. Con Kahlan siguiendo a la repulsiva criatura, por fin alcanzaron la linde de la oscura floresta y el borde de un precipicio.

Abajo, en la distancia, se extendía el verde valle en el que habitaba la bruja. La hermosura del paraje, uno de los más extraordinarios de toda la Tierra Central, no deshizo el nudo de ansiedad que se le había formado a Kahlan en el estómago. El valle estaba rodeado por imponentes montañas de cimas rocosas. Los árboles que crecían en el plácido valle, situado tan abajo que se veían muy pequeños, se balanceaban suavemente impulsados por la brisa matutina.

Parecía imposible descender esa empinada pared de roca, aunque Kahlan había estado antes allí y sabía de la existencia de escalones tallados en la roca. Samuel la guió a través de un laberinto de matorrales, árboles muy juntos y peñas cubiertas de helechos hasta un lugar que jamás hubiera encontrado sin un guía. Una senda escondida detrás de rocas, árboles, helechos y enredaderas discurría por el borde del precipicio, y los escalones bajaban hacia el valle.

—Ama —anunció Samuel, señalando hacia abajo.

—Lo sé. Sigue andando.

Kahlan descendió siguiendo a Samuel por el borde del precipicio. En parte era una trocha, aunque en su mayoría estaba constituido por miles de escalones tallados en la escarpada pared de roca. El descenso era muy sinuoso, hasta el punto de que en ocasiones los escalones inferiores quedaban exactamente debajo de los escalones superiores.

Muy abajo, en el centro del valle entre ríos, árboles enormes y campos ondulados, se alzaba el grácil palacio de Shota. En lo alto de torres y torretas ondeaban banderines multicolores, como si anunciaran un festival. Kahlan percibía el ruido de las distantes banderas que se agitaban en el aire. Le costaba reconocer que se trataba de un lugar verdaderamente espléndido, pues ella lo percibía como el centro de la telaraña, un lugar donde acechaba la amenaza que pesaba sobre Richard.

Samuel descendía la escalera dando saltos, contento de volver a la protección de su ama y sin duda imaginándose cómo cocinaría a Kahlan cuando su ama acabara con ella.

Pero Kahlan apenas reparaba en las miradas de odio que le lanzaban esos grandes ojos amarillos. También ella se había sumido en un mundo de odio.

Shota quería perjudicar a Richard. Kahlan no dejaba de pensar en eso; era la clave. Shota quería negar a Richard la felicidad. Shota quería que Richard sufriera.

Kahlan sentía cómo en su interior iba creciendo el poder de su furia, listo para cumplir con su voluntad y eliminar esa amenaza contra Richard. Por fin, había hallado el modo de vencer a Shota. La bruja no tenía forma de defenderse contra la Magia de Resta; la aplastaría.

La Confesora había descubierto el camino a través del laberinto de protección que rodeaba su magia y que protegía el mismo centro de su poder. Ese lado de la magia contaba con la protección de preceptos que regían su uso. Al igual que ocurría en el Alcázar del Hechicero, protegido por todo tipo de escudos, había un modo de llegar hasta él. Kahlan había descubierto el modo de atravesar el Alcázar y, tras mucho pensar, había encontrado una justificación que le abría paso por el laberinto de razones que vetaban el empleo de ese lado de su magia. Kahlan recurría a su antigua fuerza, a su poder destructivo.

Notaba cómo el poder le recorría todo el cuerpo y le bajaba por los brazos. Alrededor de los puños, la luz azul se retorcía y crepitaba. Era como si hubiese entrado en un trance en el que solamente importaba el propósito que la movía.

Por primera vez ya no temía a la bruja. Si Shota no juraba que iba a dejar a Richard en paz para que viviera su propia vida, la convertiría en polvo antes de que acabara el día.

Al llegar al pie del precipicio, Kahlan siguió a Samuel, que avanzaba a brincos por un camino que discurría entre colinas salpicadas de árboles y campos verdes. Las cimas cubiertas de nieve que rodeaban el valle atravesaban nubes dispersas. A medida que el sol se alzaba por encima de esas cimas, el azul del cielo se intensificaba.

Kahlan se sentía como si en su interior ardiera un poder suficiente para arrasar esas cimas. Bastaría con que Shota dijera o hiciera algo equivocado, que demostrara que representaba una amenaza para Richard, y dejaría de existir.

La senda ascendía por una suave loma desde la cual Kahlan podía ver las agujas del palacio a través de los árboles que se alzaban delante. Samuel echaba miradas por encima del hombro para asegurarse de que ella aún lo seguía, aunque Kahlan ya no necesitaba su guía; sabía que Shota la esperaba en el bosquecillo de abajo. Samuel se detuvo y señaló con uno de sus largos dedos.

—Ama —dijo. Sus ojos amarillos fulminaban a Kahlan—. Ama te espera.

Kahlan alzó un dedo con gesto admonitorio. Alrededor del dedo crepitaron hilos de luz azul.

—Si te cruzas en mi camino o interfieres, morirás.

La mirada de Samuel saltaba del dedo de Kahlan a sus ojos. Retrajo sus labios blancos para emitir un siseo y desapareció entre los árboles.

Envuelta en un capullo de magia en ebullición, Kahlan descendió por la ladera hacia donde le esperaba la bruja. Soplaba una cálida brisa primaveral, y el día era soleado y alegre. Pero Kahlan no sentía ninguna alegría.

Resguardada entre imponentes arces, fresnos y robles vio una mesa cubierta con un mantel blanco sobre el que se había dispuesto comida y bebida. Más allá, encima de tres plataformas cuadradas de mármol blanco, se alzaba un trono macizo con tallas en forma de enredaderas, serpientes y otras bestias cubiertas por pan de oro.

Shota la esperaba sentada majestuosamente, con una pierna cruzada sobre la otra en actitud despreocupada. Sus ojos almendrados eternamente jóvenes contemplaron a Kahlan mientras ésta se acercaba. Los brazos de la bruja descansaban sobre los laterales del trono, que eran altos y muy espaciados, y sus manos reposaban con arrogancia encima de gárgolas de oro. Éstas presionaban el hocico contra las manos de Shota, como pidiendo caricias. Un espléndido baldaquín cubierto por un pesado brocado rojo y adornado con borlas doradas protegía del sol de la mañana a la ocupante del trono, aunque la exuberante melena caoba de la bruja relucía como si la iluminaran los rayos del sol.

Kahlan se detuvo bastante cerca, bajo la mirada dura y penetrante de Shota. Los relámpagos azules gritaban pidiendo ser liberados.

Las uñas pintadas de Shota repiquetearon las unas contra las otras, y sus gruesos labios rojos esbozaron una sonrisa satisfecha.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Shota con voz aterciopelada—. Por fin ha llegado la niña asesina.

—No soy ninguna asesina y tampoco una niña —objetó Kahlan—. Pero ya estoy harta de tus juegos.

La sonrisa de la bruja desapareció. Apoyó ambas manos en los brazos del trono y se levantó. La suave brisa alzó parte del vestido, muy escotado y de tela fina multicolor. Sin apartar ni por un segundo la mirada de Kahlan, descendió graciosamente las tres plataformas de mármol blanco.

—Llegas tarde —le dijo, señalando la mesa—. El té se está enfriando.

Kahlan se estremeció cuando en el cielo azul apareció de repente un relámpago que golpeó la tetera. Sorprendentemente, no se hizo añicos.

Shota miró brevemente las manos de Kahlan y pasó de nuevo a sus ojos.

—Vaya, creo que vuelve a estar caliente. Toma asiento, te lo ruego. Tomaremos el té y... conversaremos.

Consciente de que la bruja había visto el ominoso relámpago azul, Kahlan devolvió la sonrisa confiada de Shota con otra idéntica. La bruja apartó una silla y se sentó; después, la invitó a sentarse con un gesto.

—Siéntate, por favor. Supongo que querrás hablarme de algunos asuntos.

Kahlan se sentó mientras Shota servía el té, sosteniendo la tapa blanca con la otra mano. La bebida humeaba; ciertamente estaba caliente. Shota alzó una bandeja con el borde dorado y ofreció a Kahlan tostadas. Recelosa, aceptó una rebanada crujiente y dorada. A continuación, la bruja deslizó sobre la mesa un cuenco que contenía mantequilla endulzada con miel.

—Bueno, bueno. Qué desagradable es esto —comentó Shota.

Kahlan sonrió sin poderlo remediar.

—Ni que lo digas.

La bruja cogió el cuchillo de plata, untó una tostada con mantequilla endulzada y tomó un sorbo de té.

—Come, niña. Se asesina mucho mejor con el estómago lleno.

—No he venido a asesinarte.

—No, supongo que has encontrado el modo de justificarte —replicó Shota con una astuta sonrisa—. ¿Qué es? ¿Penitencia? ¿Defensa propia? ¿Castigo? ¿Compensación? ¿Justicia? —La leve sonrisa se hizo más amplia, y arqueó las cejas—. ¿Malos modales?

—Enviaste a Nadine para que se casara con Richard.

—¡Ah!, se trata de celos. —Shota tomaba a sorbos el té recostada contra el respaldo—. Un motivo muy noble, si estuvieran justificados. Espero que te des cuenta de que los celos pueden ser un tirano cruel.

Kahlan hincó el diente en la tostada.

—Richard me ama, y yo le amo a él. Estamos prometidos.

—Sí, lo sé. Para tratarse de alguien que declara amarlo, esperaba más comprensión por tu parte.

—¿Comprensión?

—Pues claro. Cuando amas a alguien deseas que esa persona sea feliz. Deseas lo mejor para esa persona.

—Richard es feliz a mi lado. Me quiere. Soy lo mejor para él.

—Sí, bueno, no siempre podemos tener lo que queremos, ¿verdad?

Kahlan se chupó la mantequilla endulzada de un dedo.

—Sólo quiero saber por qué quieres hacernos daño.

—¿Haceros daño? —preguntó Shota con sincera sorpresa—. ¿Es eso lo que crees? ¿Crees que estoy siendo rencorosa?

—¿Por qué, si no, tratarías siempre de separarnos y hacernos sufrir?

La bruja dio un delicado mordisco a la tostada y por unos instantes se dedicó a masticar.

—¿Se ha declarado ya la peste?

La taza que asía Kahlan se detuvo a medio camino de sus labios.

—¿Cómo sabes eso?

—Soy una bruja y percibo el flujo de los acontecimientos. Deja que te pregunte algo: si visitaras a un niño enfermo de peste cuya madre te preguntara si su hijo se recuperará, y tú le dijeras la verdad, ¿serías la culpable de la muerte del niño porque la pronosticaste?

—Claro que no.

—¡Ah! Entonces sólo es a mí a quien se juzga según criterios distintos.

—Yo no te estoy juzgando. Simplemente quiero que dejes de interferir en la relación que tenemos Richard y yo.

—A menudo se culpa al mensajero por el mensaje.

—Shota, la última vez que hablamos, dijiste que si deteníamos al Custodio estarías en deuda con nosotros. Me pediste que ayudara a Richard. Pues bien, detuvimos al Custodio. Pagamos un alto precio, pero lo hicimos. Estás en deuda con nosotros.

—Sí, lo sé —susurró la bruja—. Por eso envié a Nadine.

Kahlan sintió en su interior el furioso oleaje de su poder.

—Se me antoja un modo muy extraño de mostrar agradecimiento: enviar a alguien para malograr nuestras vidas.

—Nada de eso, niña —la corrigió Shota con amabilidad—. Estás ciega.

Pese a que Kahlan tenía que averiguar todo lo posible para ayudar a Richard, en caso necesario se defendería a ella misma, y también a Richard. Mientras no fuese preciso, haría un esfuerzo por mantener esa conversación errática, pues tal vez la ayudaría a obtener las respuestas que necesitaban. Y las necesitaban desesperadamente.

—¿Qué quieres decir?

Shota bebió otro sorbo.

—¿Te has acostado con Richard?

La pregunta pilló a Kahlan por sorpresa, pero se recuperó rápidamente y encogió un hombro de manera despreocupada.

—Pues sí; de hecho, sí lo he hecho.

—Mientes —afirmó la bruja, alzando la vista de su taza de té.

Kahlan se sintió complacida por la furia que percibía en la voz de Shota.

—Es la verdad. Ahora eres tú quien la toma con el mensajero porque no te gusta el mensaje.

La bruja entornó los ojos y clavó la vista en Kahlan como quien coge un arco y una flecha, y apunta.

—¿Dónde, Madre Confesora? ¿Dónde has yacido con él?

Kahlan se sentía triunfante por el evidente desagrado de la bruja.

—¿Dónde? ¿Qué más da eso? ¿De repente has dejado de ser bruja para convertirte en una chismosa? Estuvimos juntos, y ésa es la verdad tanto si te gusta como si no. Ya no soy virgen. Me he acostado con Richard; eso es lo único importante.

—¿Dónde? —preguntó de nuevo Shota con una mirada peligrosa.

El tono era tan amenazador que Kahlan olvidó que no tenía motivos para temer a la bruja.

—En un lugar entre mundos —respondió. Se sentía violenta por tener que revelar los detalles—. Los buenos espíritus nos... condujeron allí —balbució—. Los buenos espíritus... querían que estuviéramos juntos.

—Entiendo. —La mirada de Shota se suavizó. Nuevamente esbozó una leve sonrisa—. Me temo que eso no cuenta.

—¿Que no cuenta? —exclamó Kahlan—. En nombre de todo lo que es bueno, ¿qué significa eso? Estuve con él. Es lo único que importa. Estás enojada porque es verdad.

—¿Verdad? No te acostaste con él en este mundo, niña. Éste es el mundo en el que vivimos. No estuviste con él aquí, que es donde de verdad cuenta. En este mundo, aún eres virgen.

—Eso es ridículo.

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Piensa lo que quieras. Yo me alegro de saber que no habéis yacido juntos.

—¿Qué más da si fue en este mundo o en otro? Hemos estado juntos.

La bruja frunció su lisa frente con alborozo contenido.

—Si ya os acostasteis en ese lugar entre mundos donde los buenos espíritus os condujeron, ¿por qué no lo habéis hecho en este mundo, puesto que, como tú misma dices, ya no eres virgen?

—Bueno, yo..., nosotros..., pensamos que sería mejor esperar hasta la boda, eso es todo.

La risa suave y exultante de Shota flotó en el aire de la mañana.

—¿Lo ves? Sabes que yo tengo razón. —La bruja sostenía la taza entre las yemas de los dedos de ambas manos y, entre sorbo y sorbo, se le escapaba la risa.

Kahlan estaba que echaba chispas, pues sentía que había perdido la discusión. No obstante, trató de parecer confiada mientras se recostaba y tomaba un sorbo de té.

—Si te gusta engañarte a ti misma con detalles puramente formales, por mí que no quede —repuso Kahlan—. De todas maneras, no entiendo por qué te interesa tanto.

La aludida alzó la mirada para contestar.

—Ya sabes por qué, Madre Confesora. Las Confesoras transmiten su magia de Confesora a su descendencia, sin excepción. Si engendras, será un varón. Ya os advertí a ambos que lo tuvierais en cuenta antes de yacer juntos. La pasión no permite pensar en las consecuencias.

»Por ser hijo tuyo, el niño sería un Confesor y, por ser hijo de Richard, heredaría el don. En el pasado, jamás se ha dado una combinación tan peligrosa.

Kahlan disimuló el terror que le había inspirado la predicción de Shota utilizando un tono paciente y razonado, con el que pretendía tanto tranquilizarse a sí misma como a la bruja.

—Shota, eres una bruja con mucho talento, así que tal vez sepas que sería un varón. Eso te lo concedo, pero no tienes manera de saber si sería como la mayor parte de los Confesores nacidos en el pasado. Tú no eres el Creador y no puedes conocer cuál sería su decisión, ni siquiera si realmente decidirá concedernos la gracia de un hijo.

—No necesito ver el futuro para saberlo. Casi todos los Confesores eran bestias sin ninguna conciencia. Mi madre vivió en una época de terror causada por un Confesor, y eso que no tenía el don. El hijo que naciera de vosotros no sólo sería un Confesor, sino un Confesor poseedor del don. Ni siquiera eres capaz de imaginar el cataclismo que eso produciría.

»Justamente por esa razón, las Confesoras no deben amar a sus consortes. Si la Confesora da a luz un varón, debe pedir al marido que mate al bebé. Tú amas a Richard y jamás le pedirías eso. Ya te he avisado de que yo poseo la fortaleza para hacer lo que vosotros dos no haréis. Y también te he dicho que no sería nada personal.

—Hablas de un futuro lejano como si ya hubiera sucedido, y no es así. Los hechos no siempre se desarrollan como tú pronosticas. No obstante, han ocurrido cosas distintas. Si sigues viva es gracias a Richard. Nos aseguraste que si Richard y yo conseguíamos cerrar el velo, impidiendo así que ni tú ni nadie cayerais en las garras del Custodio, nos estarías por siempre agradecida.

—Os estoy agradecida.

Kahlan se inclinó hacia adelante para replicar.

—¿Y demuestras tu gratitud no sólo amenazando con matar a mi hijo, si es que tengo uno, sino tratando de matarme cuando vengo a pedirte ayuda?

—Yo no he atentado contra tu vida —contestó la bruja. La frente le temblaba.

—Ordenaste a Samuel que me atacara y encima tienes la desfachatez de echarme a mí en cara que haya venido preparada para defenderme. Ese pequeño monstruo me tiró al suelo y me atacó. De no haber llevado un arma, a saber qué me habría hecho. ¿Es ésta tu gratitud? Me dijo que, cuando acabaras conmigo, le dejarías que me comiera. ¿Y esperas que crea en tus buenas intenciones? ¿Osas afirmar que te sientes agradecida?

—¡Samuel! —gritó Shota, mirando hacia los árboles y dejando la taza sobre la mesa—. ¡Samuel! ¡Ven aquí enseguida!

La figura achaparrada apareció al trote, ayudándose con los nudillos para avanzar dando brincos sobre la hierba. Corrió hasta Shota y le dio golpecitos en las piernas con la cara, como una mascota.

—Ama —ronroneó.

—Samuel, ¿qué te dije de la Madre Confesora?

—Ama dijo a Samuel ir a buscarla.

—¿Qué más te dije? —preguntó la bruja con la vista fija en Kahlan.

—Traerla aquí.

—Samuel... —dijo Shota en tono de advertencia.

—Ama dijo no hacerle daño.

—¡Me atacaste! —intervino Kahlan—. ¡Me arrojaste al suelo y saltaste encima de mí! Dijiste que cuando tu ama acabara conmigo, me comerías.

—¿Es eso cierto, Samuel?

—Samuel no hizo daño a hermosa señora —respondió él entre dientes.

—¿Es cierto lo que ella dice? ¿La atacaste?

Samuel dirigió a Kahlan un siseo. Shota le dio en la cabeza con un dedo. Samuel se encogió contra la pierna de la bruja.

—Samuel debe guiar a Madre Confesora hasta palacio. Samuel no debe tocar a Madre Confesora. Samuel no debe hacer daño a Madre Confesora. Samuel no debe amenazar a Madre Confesora.

Shota tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Me desobedeciste, Samuel?

Samuel escondió la cabeza bajo el borde del vestido.

—Samuel, responde inmediatamente. ¿Es cierto lo que afirma la Madre Confesora?

—Sí, ama —gimió Samuel.

—Me has decepcionado mucho.

—Samuel lamenta.

—Ya hablaremos más tarde. Ahora vete.

El sirviente de la bruja se escabulló entre los árboles. Shota miró de nuevo a Kahlan.

—Le ordené que no te amenazara ni te hiciera daño. Comprendo que estés alterada y creas que te quiero mal. Por favor, acepta mis disculpas. ¿Ves? —dijo, sirviéndole más té—. No tengo ninguna intención de hacerte daño.

Kahlan tomó un sorbo de la taza llena.

—Samuel es lo que menos importa. Sé que quieres perjudicarme a mí y a Richard, pero ya no te temo. Ya no puedes hacerme nada.

—¿De veras? —replicó la bruja, esbozando de nuevo su petulante sonrisa.

—Te aconsejo que no trates de usar tu poder contra mí.

—¿Mi poder? Todo lo que yo hago, todo lo que las demás personas hacen es utilizar poder. Respirar es utilizar poder.

—Estoy hablando de hacerme daño. Si lo intentas, morirás.

—Niña, nada más lejos de mi intención que causarte mal, pese a lo que tú piensas.

—Es muy valiente decir eso justamente ahora, que ya no puedes.

—¿De veras? ¿No se te ha ocurrido pensar que el té podría estar envenenado?

La sonrisa de la bruja se hizo más amplia cuando Kahlan se puso tensa.

—¿Tú has...?

—Claro que no. Acabo de decirte que no te deseo ningún mal. Si quisiera hacerte daño, podría hacer muchas cosas. Por ejemplo, poner una víbora a tus pies. A las víboras no les gustan los movimientos bruscos.

Si había algo que Kahlan odiara, eran las serpientes, y Shota lo sabía.

—Relájate, niña. No te he puesto ninguna víbora debajo de la silla. —La bruja dio otro mordisco a la tostada.

Kahlan respiró con alivio.

—Pero querías que creyera que tal vez hubiese una.

—Lo que quería es que te dieras cuenta de que no debes pecar de exceso de confianza. Supongo que te complacerá oír que siempre te he considerado especialmente peligrosa por toda una serie de razones. El hecho de que hayas descubierto el modo de usar el otro lado de tu magia no me inquieta en absoluto.

»De ti me asustan otras cosas, sobre todo tu útero y también tu arrogante seguridad.

Esas palabras enfurecieron tanto a Kahlan que estuvo a punto de ponerse de pie de un salto, pero de pronto recordó a los niños que se estaban muriendo en Aydindril. ¿Cuántos se debatían al borde de la muerte, temblando de miedo por sus vidas, mientras que Kahlan se empeñaba en discutir con Shota sobre defectos y atribuciones? Shota sabía algo sobre la plaga y sobre los vientos que perseguían a Richard. ¿Qué era el orgullo de Kahlan en comparación con eso?

Asimismo recordó parte de la profecía: «... el enemigo es inmune a cualquier espada forjada con acero o conjurada mediante hechicerías».

De un modo bastante parecido, de nada serviría batirse con Shota. No serviría para nada y, lo que era peor, no resolvería nada.

Kahlan tuvo que admitir para sí que había ido buscando venganza. Su verdadero deber era ayudar a las personas que estaban sufriendo y que morían. Si atacaba a Shota, ¿satisfaría eso algo más que su orgullo? Por su obstinación estaba poniéndose a ella misma y a su inseguridad por encima de vidas inocentes. Estaba siendo egoísta.

—Shota, he venido aquí muy dolida a causa de Nadine. Quería que nos dejaras en paz a Richard y a mí. Afirmas que no deseas hacernos ningún daño y que tu único deseo es ayudar. Yo también deseo ayudar a todas esas personas que están desesperadas y que se mueren. ¿Qué te parece si, por el momento, aceptamos la palabra de la otra?

Shota la miró por encima de la taza de té.

—Qué idea tan escandalosa.

Kahlan razonó con el miedo y la furia que la atormentaban por dentro. La angustia que le producía el comportamiento de Nadine alimentaba su deseo de atacar a Shota. Pero ¿y si no era culpa de la bruja? ¿Y si Nadine estaba actuando por voluntad propia, tal como había hecho Samuel? ¿Y si Shota decía la verdad y no les deseaba ningún mal?

Si todo eso era cierto, Kahlan había cometido una tremenda injusticia al querer eliminar a Shota. Shota tenía razón al afirmar que justificaba lo que no era más que venganza para acceder a esa parte de su poder que le permitiría matarla. Kahlan se había negado a escuchar.

Apoyó las manos encima de la mesa. Shota seguía tomando el té a pequeños sorbos, mientras contemplaba cómo el resplandor azul que rodeaba las manos de Kahlan se iba apagando y, finalmente, desaparecía. Kahlan ignoraba si sería capaz de conjurarlo de nuevo en caso de que la bruja la atacara, aunque ya no le importaba.

Si fracasara en lo que era su verdadero deber, tendría que pagar un precio demasiado elevado por su orgullo.

No podía hacer otra cosa si realmente quería tener una oportunidad para salvar su futuro, salvar a Richard y salvar a todos los inocentes que morían en Aydindril. Richard siempre le decía que pensara en la solución y no en el problema.

Tenía que confiar en la palabra de Shota.

—Shota —susurró—, siempre he pensado lo peor de ti debido en parte al miedo. Como tú misma me has hecho ver, he actuado movida por los celos. Te suplico que me perdones por ser obstinada e insolente.

»Sé que en el pasado has tratado de ayudar. Por favor, ayúdame a mí ahora. Necesito respuestas. Hay vidas en juego. Por favor, habla conmigo. Trataré de escucharte con la mente abierta, teniendo en cuenta que tú eres sólo el mensajero y no la causa.

Shota dejó la taza sobre la mesa.

—Felicidades, Madre Confesora. Acabas de ganarte el derecho a preguntar. Si tienes suficiente coraje para escuchar las respuestas, éstas te podrán ayudar.

—Juro que lo intentaré.

4

—¿Qué quieres saber? —preguntó la bruja, sirviendo más té.

Kahlan alargó una mano hacia su taza.

—¿Sabes algo acerca del Templo de los Vientos?

—No.

Kahlan se quedó inmóvil, con la taza en la mano.

—Pero dijiste a Nadine que los vientos persiguen a Richard.

—Es cierto.

—¿Me lo puedes explicar? ¿Qué querías decir?

—No sé si sabré explicar a alguien que no es bruja cómo percibo el flujo del tiempo, el paso de acontecimientos futuros. Supongo que podríamos decir que es algo parecido a los recuerdos. Cuando evocas un acontecimiento pasado o una persona, por ejemplo, te viene el recuerdo a la mente. Algunas cosas del pasado las recuerdas muy vivamente, y otras no puedes recordarlas.

»Mi talento funciona de manera parecida, con la excepción de que soy capaz de hacer lo mismo con el futuro. Para mí apenas hay diferencia entre el pasado, el presente y el futuro. Cabalgo sobre la corriente del tiempo y veo tanto el flujo hacia adelante como hacia atrás. Para mí ver el futuro es tan sencillo como lo es para ti recordar acontecimientos pasados.

—Pero a veces no puedo recordar algunas cosas —objetó Kahlan.

—A mí me pasa lo mismo. Soy incapaz de recordar lo que pasó con un pájaro que mi madre solía llamar cuando yo era muy niña. Recuerdo que se posaba sobre su dedo, y ella le hablaba con dulzura. Pero no recuerdo si murió o si se escapó.

»Otras cosas, como la muerte de seres queridos, las tengo muy frescas en la memoria. Recuerdo la textura del vestido que llevaba mi madre el día que murió. Incluso hoy podría decirte cuánto medía la hebra que se le había soltado en la manga.

—Comprendo —dijo Kahlan, clavando la vista en el té—. Yo también me acuerdo perfectamente del día en que murió mi madre. Pero, por mucho que lo intente, no consigo recordar ni uno solo de los horribles detalles de ese día.

La bruja apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—Así es para mí el futuro. No siempre veo los sucesos futuros y agradables que quisiera ver. A veces no puedo evitar ver cosas que aborrezco. Algunos acontecimientos los veo muy claramente, mientras que otros, por mucho que me esfuerce, no son más que sombras en la niebla.

—¿Qué me dices sobre los vientos que persiguen a Richard?

Shota sacudió la cabeza. Tenía la mirada distante.

—Eso fue perturbador. Fue como si pusieran en mi mente los recuerdos de otra persona, como si alguien me estuviera utilizando para transmitir un mensaje.

—¿Crees que era un mensaje o un aviso?

—Yo misma me lo he preguntado —respondió Shota, frunciendo el entrecejo—. Lo ignoro. Se lo dije a Nadine porque creí que, tanto si era una cosa como otra, Richard debía saberlo.

—Shota, los primeros afectados por la peste fueron niños que habían participado en un partido como jugadores o espectadores.

—Ja'la.

—Exactamente. El emperador Jagang...

—El Caminante de los Sueños.

—¿Lo conoces? —inquirió Kahlan, extrañada.

—De vez en cuando se me aparece en evocaciones futuras. Emplea trucos para tratar de introducirse en mis sueños, pero yo no lo permito.

—¿Crees que es posible que fuese él quien te transmitiera el mensaje de que los vientos persiguen a Richard?

—No. Conozco sus trucos. Créeme: no fue un mensaje de Jagang. Dime más sobre la peste y el partido de ja'la.

—Bueno, Jagang aprovechó su habilidad como Caminante de los Sueños para introducirse en la mente de un mago que envió para asesinar a Richard. Él estaba también en el partido; el mago, me refiero. Jagang vio el partido a través de los ojos de ese mago.

»Se enfureció porque Richard había cambiado las reglas del juego para que todos los niños pudieran jugar. Por eso empezó la plaga con los niños. Ésa es la razón por la cual creemos que Jagang es el responsable.

»El primer niño al que visitamos se hallaba al borde de la muerte. —Kahlan cerró los ojos y se los tapó con los dedos. Recordar reabría la herida. Inspiró profundamente para serenarse—. Mientras Richard y yo estábamos a su lado, arrodillados, murió. No era más que un niño. Un niño inocente. La peste le había podrido todo el cuerpo. No puedo ni imaginarme cuánto debió de sufrir. Murió ante nuestros ojos.

—Lo lamento —susurró Shota.

Kahlan hizo un esfuerzo por recuperar la compostura antes de alzar la mirada.

—Ya muerto, levantó la mano y agarró a Richard de la camisa. Sus pulmones se llenaron de aire, atrajo a Richard hacia él y dijo: «Los vientos te persiguen».

La bruja lanzó un suspiro atribulado.

—Entonces, yo tenía razón; no fue algo que vi, sino un mensaje.

—Shota, Richard cree que el Templo de los Vientos lo persigue. Tiene el diario escrito por un hombre que vivió hace tres mil años, durante la gran guerra. El diario cuenta cómo los magos de esa época depositaron en el templo objetos de mucho valor y muy peligrosos, y luego se llevaron el templo.

—¿Se lo llevaron? ¿Adónde? —preguntó Shota, extrañada.

—No lo sabemos. El Templo de los Vientos se alzaba en lo alto del monte Kymermosst.

—Conozco el lugar. Allí no hay ningún templo, sólo unas viejas ruinas.

—Lo sé. Es posible que los magos usaran su poder para hacer estallar una ladera de la montaña y sepultar el templo bajo una avalancha de rocas. Hicieran lo que hicieran, ha desaparecido. Basándose en el diario, Richard sostiene que las lunas rojas fueron un aviso enviado por el templo. Y también cree que «los vientos» es otro nombre para referirse al Templo de los Vientos.

Shota tamborileó con un dedo en la taza.

—Así pues, el mensaje podría proceder directamente del Templo de los Vientos.

—¿Crees que es posible? ¿Cómo podría un lugar enviar un mensaje?

—Los magos de antaño eran capaces de realizar hazañas mágicas que a nosotros nos llenan de asombro. Por ejemplo, la sliph. Por lo que sé y por lo que acabas de decirme, creo que Jagang ha robado algo mortífero del Templo de los Vientos y lo ha utilizado para propagar la peste.

Kahlan sintió un escalofrío de temor que le recorrió todo el cuerpo.

—¿Cómo ha podido hacer tal cosa?

—Es un Caminante de los Sueños y tiene acceso a una increíble cantidad de conocimientos. Pese a lo burdo de sus objetivos, no tiene nada de estúpido. He sentido su mente en sueños cuando sale de caza por la noche, y no es alguien que deba ser subestimado.

—Shota, Jagang desea acabar con todo tipo de magia.

—Ya te he dicho que contestaría a tus preguntas —repuso la bruja, enarcando una ceja—. No necesitas convencerme. Jagang representa para mí una amenaza tan grave como lo fue en su día el Custodio. Ha jurado eliminar toda la magia, sin embargo, para lograrlo usa medios mágicos.

—¿Cómo pudo robar la peste del Templo de los Vientos? ¿Lo crees posible de verdad?

—Lo que puedo decirte es que la peste no se ha declarado por sí sola. Tu suposición es correcta: fue iniciada por medio de magia.

—¿Cómo podemos ponerle fin?

—No conozco ninguna cura para la peste. —Shota bebió té otra vez y miró a Kahlan a los ojos—. Por otra parte, ¿cómo pudo empezar la epidemia?

—Mediante magia. —Kahlan frunció el entrecejo—. ¿Quieres decir que..., que si la magia la ha podido iniciar y aunque no sepamos cómo curarla, es posible que la magia pueda ponerle fin? ¿Acaso es eso lo que sugieres?

Shota se encogió de hombros.

—Tengo tan poca idea de cómo iniciar una plaga como de cómo curarla. Sé que ésta en concreto fue iniciada con magia. Y si la magia la empezó, es lógico suponer que la magia podrá detenerla.

—En ese caso, hay esperanza de que podamos pararla y salvar muchas vidas.

—Es posible. Si tuviésemos que reunir todas las piezas, yo sugeriría que Jagang robó magia del Templo de los Vientos para iniciar la peste, y que el templo trata de avisar a Richard de que ha sido profanado.

—¿Por qué a Richard?

—¿Qué crees tú? ¿Qué hace a Richard diferente de cualquier otra persona?

Kahlan se sintió paralizada por la leve sonrisa maliciosa de la bruja.

—Richard es un mago guerrero y posee Magia de Resta. Así fue como derrotó al espíritu de Rahl el Oscuro y frustró los planes del Custodio. Richard es el único con poder suficiente para ayudar.

—Tenlo muy presente —susurró Shota, hablando hacia su taza de té.

De pronto, Kahlan tuvo la impresión de que la bruja la estaba llevando por donde ella quería, pero lo desechó. Shota sólo trataba de ayudar. Hizo acopio de todo su valor para preguntar:

—Shota, ¿por qué enviaste a Nadine?

—Para que se casara con Richard.

—¿Por qué Nadine?

La bruja esbozó una sonrisa triste. Ésa era la pregunta que había estado esperando.

—Porque Richard me importa. Quería que fuese alguien en quien Richard pudiera encontrar, al menos, un poco de consuelo.

Kahlan tragó saliva.

—Pero eso ya lo tiene conmigo.

—Lo sé. Pero se casará con otra.

—¿El flujo del futuro te lo ha dicho? ¿Tus evocaciones... futuras? —Shota se limitó a asentir—. ¿No fue idea tuya? ¿No enviaste simplemente a otra mujer para que se casara con ella y no conmigo?

—No. —Shota se recostó en la silla y fijó la vista en los árboles—. He visto que se casaba con otra. Veo que eso le causa una profunda pena. He ejercido toda mi influencia para que esa otra fuese alguien a quien Richard conociera, alguien en quien al menos pudiera hallar un poco de solaz. Quería ahorrarle sufrimientos.

Kahlan se quedó sin palabras. Se sentía igual que cuando luchaba contra la corriente de agua que fluía por el drenaje cuando perseguía a Marlin. Recordaba el peso del agua y cómo le impedía moverse.

—Pero yo lo amo —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Lo sé —susurró Shota—. No he sido yo quien ha decidido que se casará con otra. Yo solamente he podido influir en quién será.

Kahlan pugnó por tomar aire, mientras apartaba la vista de la mirada intemporal de la bruja.

—No obstante, no tengo voz ni voto en quién será tu esposo.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —Kahlan clavó de nuevo los ojos en Shota.

—También tú te casarás, pero no con Richard. No he podido influir en absoluto en ello, y eso no presagia nada bueno.

Kahlan no salía de su asombro.

—¿A qué te refieres?

—De algún modo, los espíritus están involucrados en esto. Solamente aceptan una influencia limitada. Tienen sus razones, y esas razones no me han sido reveladas.

Kahlan notó una lágrima que le rodaba por la mejilla.

—Shota, ¿qué voy a hacer? Perderé a mi único amor. Nunca podré amar a otro que no sea Richard, ni aunque quisiera. Soy una Confesora.

Shota la contempló inmóvil como una roca.

—Los buenos espíritus nos han concedido todo lo que estaba en su mano al permitirme influir en quién se casará con Richard. Busqué y no encontré a ninguna otra mujer hacia la que Richard sienta ni siquiera la pequeña empatía que siente hacia Nadine. Ella es lo mejor que he podido encontrar.

»Si lo amas realmente, debes tratar de consolarte con el hecho de que tendrá a Nadine por esposa, una mujer a la que conoce y por la que al menos siente algo, por poco que sea. Tal vez con alguien como ella podrá ser feliz y amarla algún día.

Kahlan colocó las temblorosas manos en el regazo. Sentía náuseas, pero era inútil discutir con Shota. No era cosa suya, sino de los espíritus.

—¿Para qué? ¿De qué le servirá casarse con Nadine? ¿De qué me servirá a mí unirme a alguien a quien no amo?

Cuando habló, la voz de Shota sonó dulce y compasiva.

—No lo sé, niña. Del mismo modo que algunos padres eligen con quién se casarán sus hijos o hijas por muy diversas razones, los espíritus han elegido para ti y para Richard.

—No comprendo por qué los espíritus desean que seamos desgraciados. Ellos nos condujeron a ese lugar para que estuviéramos juntos. —Kahlan luchaba contra el peso de la corriente—. ¿Por qué quieren ahora hacernos esto?

—Tal vez porque tú lo traicionarás —susurró Shota.

A Kahlan se le formó un nudo en la garganta que impedía que el aire llegara a sus pulmones. En su cabeza resonó la profecía.

«... pues la de blanco, su bien amada, lo traicionará en su sangre.»

—¡No! —gritó, levantándose de un salto y con los puños apretados—. ¡Yo nunca le haría daño! ¡Jamás lo traicionaría!

Shota siguió tomándose el té con toda tranquilidad.

—Siéntate, Madre Confesora.

Luchando por reprimir las lágrimas, Kahlan se dejó caer en la silla.

—Yo no controlo mis revelaciones del futuro, como tampoco controlo las del pasado. Ya te avisé que necesitarías coraje para escuchar las respuestas. No sólo aquí —añadió, dándose golpecitos en la sien con un dedo—, sino también aquí. —Se golpeó con el dedo encima del corazón.

Kahlan inspiró profundamente.

—Te pido disculpas. Sé que no es culpa tuya.

Shota enarcó una ceja.

—Muy bien, Madre Confesora. Aprender a aceptar la verdad es el primer paso para controlar tu destino.

—Shota, no te lo tomes como una falta de respeto, pero la visión del futuro no da todas las respuestas. En el pasado me dijiste que descargaría mi poder contra Richard, y yo creí que eso lo destruiría. Por esa razón quise suicidarme: para impedir que tu predicción se convirtiese en realidad, para no hacerle daño.

»Pero Richard no me permitió que me matara. Al final resultó que lo que viste en el futuro era cierto, pero había más, y el resultado fue distinto del que creíamos. Sí, descargué mi poder contra Richard, pero su magia lo protegió, y mi poder no le hizo ningún daño.

—Yo no vi cuál sería el resultado de ese acto; solamente vi que lo harías. Pero esto es distinto. Veo cómo ambos os casáis.

Kahlan se sentía entumecida.

—¿Con quién voy a casarme?

—Solamente percibo una figura borrosa. No puedo ver quién es. No conozco su identidad.

—Tenía entendido que una bruja que ve el futuro es una especie de profeta.

—¿Quién te dijo eso?

—Un mago, Zedd.

—Magos —masculló Shota—. No tienen ni idea de lo que pasa en la mente de una bruja. Creen que lo saben todo.

Kahlan se retiró la larga melena hacia la espalda.

—Shota, acordamos ser sinceras la una con la otra, ¿recuerdas?

La bruja gruñó suavemente.

—Bueno, supongo que en el caso que nos ocupa los magos no van tan desencaminados —admitió.

—Las profecías no siempre se cumplen al pie de la letra. Los peligros graves pueden evitarse o alterarse. ¿Crees que existe algún modo de cambiar la profecía?

—¿Qué profecía? —inquirió Shota con ceño.

—La que mencionaste antes sobre traicionar a Richard.

El ceño de la bruja se intensificó, expresando suspicacia.

—¿Me estás diciendo que también una profecía lo predice?

Kahlan no pudo sostener la penetrante mirada de la bruja.

—Jagang, a través del mago al que poseía, me dijo que había invocado una profecía para atrapar a Richard. Esa profecía dice que yo lo traicionaré.

—¿Recuerdas la profecía?

Kahlan acarició con un dedo el borde de la taza.

—Es uno de esos recuerdos de los que hemos hablado antes: un recuerdo que una desearía olvidar y no puede. Dice así: «Con la luna roja se desatará el incendio. El que porta la espada verá cómo su gente muere. Si no hace nada, él y todos sus seres queridos morirán abrasados en las llamas, pues el enemigo es inmune a cualquier espada forjada con acero o conjurada mediante hechicerías. Para sofocar ese infierno, deberá buscar remedio en el viento. Pero en ese camino lo alcanzará el rayo, pues la de blanco, su bien amada, lo traicionará en su sangre».

Shota se recostó en el respaldo de la silla.

—Como has dicho, es cierto que los acontecimientos que predice una profecía pueden alterarse o evitarse, pero no en el caso de una profecía disyuntiva vinculante. Esta profecía es de las que atrapan a su víctima. La luna roja es la prueba de que la trampa ya ha saltado.

—Pero tiene que haber una manera de... Shota, ¿qué debo hacer?

—Te casarás con otro —susurró la bruja—, y Richard también se casará. Tal vez haya algo más, pero esto es lo que yo veo en el futuro.

—Shota, sé que dices la verdad, pero ¿cómo es posible que yo llegue a traicionar a Richard? Soy sincera al afirmar que preferiría morir antes que traicionarlo. Mi corazón no me lo permitiría. No podría.

Shota se alisó una parte del vestido que se había descolocado.

—Piensa, Madre Confesora, y te darás cuenta de que te equivocas, del mismo modo que te equivocabas al pensar que yo ya no podía hacerte ningún daño.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo podría yo hacer algo así, sabiendo que es del todo imposible que llegue a traicionarlo por ninguna razón?

—No es tan difícil como piensas —le explicó Shota pacientemente—. Por ejemplo, ¿qué pasaría si supieras que sólo hay un modo de salvarle la vida y que ese modo es traicionarlo, pese a que eso suponga perder su amor? ¿Sacrificarías su amor para preservar su vida? Dime la verdad.

Kahlan tragó saliva para deshacer el nudo que le impedía hablar.

—Sí. Si fuese para salvar su vida, lo traicionaría.

—¿Ves? No es tan imposible como tú crees.

—Supongo que no —repuso Kahlan con un hilo de voz, jugueteando con unas pocas migas que habían quedado sobre la mesa—. Shota, ¿cuál es el propósito de todo esto? ¿Por qué en el futuro Richard debe desposarse con Nadine y yo con otro hombre? Tiene que haber una razón. Va contra lo que ambos queremos, de modo que debe existir alguna fuerza que mueva los acontecimientos en esa dirección.

—El Templo de los Vientos persigue a Richard —contestó Shota tras unos segundos de reflexión—. Los espíritus están implicados.

Kahlan hundió el rostro entre las manos con gesto cansado.

—Dijiste a Nadine: «Que los espíritus se apiaden del alma de Richard». ¿Qué quisiste decir con eso?

—En el inframundo moran no solamente buenos espíritus. Todos los espíritus, tanto los bondadosos como los malvados, están involucrados.

Kahlan no quería seguir con esa conversación. Era demasiado doloroso hablar sobre la destrucción de todos sus sueños y sus esperanzas, como si fuesen piezas de un juego de mesa.

—¿Cuál es el objetivo? —murmuró.

—La peste.

—¿Qué? —exclamó.

—Tiene algo que ver con la peste y con el objeto mágico que el Caminante de los Sueños sustrajo del Templo de los Vientos.

—¿Quieres decir que lo que predices está relacionado con nuestra búsqueda de la magia para poner fin a la plaga?

—Eso creo yo. Tú y Richard estáis buscando desesperadamente un modo de detener la plaga y salvar la vida de infinidad de personas. En el futuro veo que os casáis con otros. ¿Por qué otra razón estaríais dispuestos a realizar tal sacrificio?

—No comprendo por qué sería necesario para...

—Buscas una respuesta que ignoro. Yo no puedo alterar los sucesos futuros, ni tampoco sé la razón que los motivarán. No nos queda más remedio que considerar las posibilidades. Piensa.

»Imagina que el único modo de impedir que toda esa gente muera por la peste sea que Richard y tú renunciarais a vuestra vida en común, por ejemplo, para demostrar que realmente habéis consagrado vuestra vida a la defensa de los inocentes. ¿Lo haríais?

Kahlan ocultó las trémulas manos en el regazo, debajo de la mesa. Había visto el dolor reflejado en los ojos de Richard cuando el niño murió, y también ella sufría por eso. Ambos habían visto a unos pobres niños enfermos condenados a morir. ¿Cuántos más perecerían?

Si la única forma de salvarlos era sacrificar su amor, y ella se negaba, jamás podría vivir con esa culpa.

—Claro que sí —contestó—. Incluso si eso representara nuestra muerte, ¿cómo podríamos negarnos? Lo que no comprendo es por qué los espíritus exigen ese precio.

De repente recordó cómo el espíritu de Denna había librado a Richard de la marca del Custodio y había decidido libremente sufrir en lugar de Richard el tormento eterno a manos del Custodio. El hecho de que al final Denna se salvara de ese terrible destino no importaba; Denna creyó que lo sufriría y sacrificó su alma para salvar a una persona amada.

Las ramas de un arce cercano chocaron entre sí mecidas por la suave brisa. Kahlan oía los banderines que ondeaban al viento en lo alto del palacio de la bruja. El aire olía a primavera. La hierba era de un verde brillante. A su alrededor, la vida comenzaba a renacer. Pero su corazón se había convertido en un montón de cenizas frías.

—En ese caso voy a decirte otra cosa —dijo Shota como si hablara desde una gran distancia. Kahlan la escuchó desde el fondo de un pozo de desesperación—. Aún no habéis oído el último mensaje de los vientos. Recibiréis otro, relacionado con la luna, y resultará en la comunión.

»No lo desestiméis ni hagáis oídos sordos. Tu futuro, el de Richard y el de todos esos inocentes depende de ello. Ambos deberéis usar todo lo que habéis aprendido para comprender la oportunidad que se os ofrece.

—¿Oportunidad?, ¿oportunidad para qué?

Kahlan fue incapaz de evitar la mirada penetrante de Shota.

—La oportunidad para cumplir con vuestro deber más solemne. La oportunidad de salvar la vida a todos los inocentes que dependen de vosotros, porque no pueden salvarse solos.

—¿Cuándo será?

—Sólo sé que no tardará mucho.

Kahlan hizo un gesto de asentimiento. Se preguntó por qué no lloraba. Acababan de comunicarle la peor tragedia personal que podría ocurrirle, perder a Richard, y, no obstante, era incapaz de llorar. Seguramente lloraría, pero no quería hacerlo allí, delante de Shota.

—Shota —preguntó, con la mirada clavada en la mesa—, tú tratarías de impedir que tuviésemos un hijo, ¿verdad? Me refiero a un hijo varón.

—Sí.

—Si tuviésemos uno tratarías de matarlo, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo sé que todo esto no es más que una conspiración urdida por ti para impedir que tengamos ese hijo?

—Tú misma tendrás que juzgar la verdad de mis palabras con tu mente y tu corazón.

Kahlan recordó las palabras que pronunció el niño muerto y la profecía. De una manera u otra, ella siempre había sabido que nunca se casaría con Richard. Era un sueño imposible.

Cuando era niña le preguntó a su madre si cuando creciera tendría un amor, un marido, una familia. Su madre se levantó —hermosa, radiante, digna—, pero con su cara de Confesora. «Las Confesoras no aman, Kahlan. Las Confesoras cumplen con su deber», le dijo.

Richard era un mago guerrero de nacimiento. Había nacido así para algo: para cumplir con su deber. Kahlan observó cómo la brisa arrastraba las migas de la mesa.

—Te creo —susurró al fin—. Ojalá no te creyera, pero sé que me dices la verdad.

No quedaba más que decir. Kahlan se levantó. Las rodillas le temblaban, por lo que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantenerse en pie. Trató de recordar dónde estaba el pozo de la sliph, pero era incapaz de pensar.

—Gracias por el té —se oyó decir a sí misma—. Ha sido muy agradable.

Si Shota respondió, Kahlan no la oyó.

—Shota —Kahlan se agarró al respaldo de la silla para mantener el equilibrio—. ¿Podrías indicarme el camino? No recuerdo dónde...

De pronto, Shota estaba junto a ella y la cogía por el brazo.

—Te acompañaré parte del camino, niña —le dijo en tono dulce y compasivo—. Así no te perderás.

Caminaron en silencio. Kahlan trataba de consolarse con la belleza de esa cálida mañana de primavera, que contrastaba con el frío que aún reinaba en Aydindril. Cuando ella partió estaba nevando. No obstante, nada lograba animarla.

Mientras remontaban los escalones tallados en la roca, Kahlan luchaba por recuperar el espíritu de determinación. Si ella y Richard conseguían salvar a toda esa gente de la peste, sería algo maravilloso. Incluso si casi nadie valoraba el sacrificio que ambos hacían, eso no mermaría la satisfacción que le transmitiría la risa de un niño o la alegría de una madre porque su hijo se había salvado.

No se acabarían las razones para vivir. Kahlan trataría de llenar el vacío con la alegría que vería reflejada en los ojos de su pueblo. Habría hecho algo que nadie más podía hacer. Ella y Richard habrían impedido que Jagang hiciera daño a toda esa gente.

Casi habían llegado al borde del precipicio cuando Kahlan hizo un alto en una revuelta de la escalera y contempló las Fuentes del Agaden. Era un paraje realmente hermoso, situado en un valle entre las cimas de escarpadas montañas.

Entonces recordó que el Custodio envió a un mago y a un aullador para matar a Shota. Después de escapar por los pelos, la bruja juró que recobraría su hogar.

—Me alegro de que pudieses recuperar tu hogar. Me alegro por ti, Shota. De veras. Fuentes del Agaden sólo te pertenece a ti.

—Gracias, Madre Confesora.

Kahlan miró directamente a los ojos almendrados de la bruja.

—¿Qué le hiciste al mago que te expulsó de aquí?

—Lo que dije que haría: lo suspendí por los pulgares y lo desollé vivo. Luego, me senté y contemplé cómo la magia abandonaba lentamente su cuerpo despellejado. —Se volvió y señaló hacia el verde valle—. Cubrí el asiento de mi trono con su pellejo.

Kahlan recordó que eso era exactamente lo que Shota había jurado hacer. No era de extrañar que ni siquiera los magos osaran aventurarse en las Fuentes del Agaden; Shota podía competir con cualquier mago. Al menos uno de ellos había aprendido la lección demasiado tarde.

—No te culpo. Después de todo, el Custodio lo envió para matarte. Si hubieses caído en las garras del Custodio... Bueno, sé cuánto temías que ocurriera.

—Estoy en deuda contigo y con Richard. Richard impidió que el Custodio se hiciera con todos nosotros.

—Me alegro de que ese mago no te enviara al Custodio, Shota —dijo Kahlan con total sinceridad. Sabía que la bruja era peligrosa, pero también le había mostrado una piedad inesperada.

—¿Sabes qué me dijo ese mago? Dijo que me perdonaba. ¿Puedes creerlo? Me concedió su perdón. Y luego me suplicó que yo también lo perdonara.

El viento le echó a Kahlan parte de la melena en la cara. La mujer se la retiró.

—Teniendo en cuenta todo, es extraño que dijera eso.

—Él lo llamó la Cuarta Norma de un mago, según la cual existe magia en el perdón. En el perdón que uno concede y, sobre todo, en el que uno recibe.

—Supongo que un esbirro del Custodio sería capaz de decir cualquier cosa para librarse del castigo que merece y escapar de ti. Comprendo que no lo perdonaras.

La luz desapareció de los intemporales ojos de Shota.

—Olvidó decir «sincero» delante de la palabra *perdón*.

5

Kahlan contempló a la bruja, que desaparecía en la tenebrosa floresta. Las lianas que colgaban de ramas nudosas trataban de rozar a su ama al pasar, mientras que tallos y raíces se estiraban para acariciarle las piernas. Shota se desvaneció en la bruma. A su paso sonaban los suaves silbidos y chasquidos de criaturas invisibles.

Se encaminó hacia la peña cubierta de musgo que Shota le había señalado, y justo más allá, descubrió el pozo de la sliph. Su faz plateada asomaba por encima de la pared de piedra circular, observando la aproximación de Kahlan. Una parte de Kahlan deseaba que la sliph no se hubiera presentado a la cita, como si pensara que si no regresaba, ninguna de las cosas que había averiguado llegaría a suceder.

¿Cómo iba a mirar a Richard a los ojos y no gritar de angustia? ¿Cómo se las apañaría para seguir adelante sin más? ¿Cómo encontraría la voluntad de vivir?

—¿Deseas viajar? —le preguntó la sliph.

—No, pero debo hacerlo.

La sliph frunció la frente, desconcertada por la respuesta.

—Si deseas viajar, estoy lista.

Kahlan se dejó caer al suelo, se recostó contra la pared del pozo y cruzó las piernas. ¿Se daría por vencida tan fácilmente? ¿Se sometería mansamente a los hados? No tenía elección.

«Piensa en la solución y no en el problema.»

De algún modo, la situación ya no le parecía tan desesperada como cuando habló con Shota. Tenía que haber un modo de resolver todo eso. Richard no se daría por vencido fácilmente. Lucharía por ella, y ella, a su vez, lucharía por él. Se amaban, y eso era más importante que cualquier otra cosa.

Kahlan se esforzó por disipar la bruma que envolvía su mente y le impedía pensar con claridad. No debía arrojar la toalla. Tenía que enfrentarse a ese problema con su habitual determinación.

Sabía que las brujas hechizaban a la gente, no necesariamente con mala intención, sino que era simplemente su naturaleza. De igual modo que otras personas no podían evitar ser altas o bajas, rubias o morenas, las brujas hechizaban, porque ése era el modo en que su magia funcionaba.

Shota había embrujado a Richard hasta cierto punto. La primera vez, solamente la magia de la Espada de la Verdad lo había salvado.

La Espada de la Verdad.

Richard era el Buscador, y ése era el tipo de cosas que hacía un Buscador: solucionar problemas. Kahlan estaba enamorada del Buscador. Él no se daría por vencido fácilmente.

Kahlan cogió una hoja y la fue desmenuzando mientras reflexionaba sobre todo lo que Shota le había dicho. ¿Cuánto se atrevía a creer? Todo se le antojaba un sueño del que acabara de despertarse. Era imposible que la situación fuese tan desesperada como le había parecido en un principio.

Su padre le había enseñado que nunca debía rendirse y que no dejara de luchar, que lo hiciese hasta el último aliento si era preciso. Richard tampoco se rendiría. El futuro todavía no había sucedido y, pese a las palabras de Shota, nada estaba aún decidido.

Notó una molestia en el hombro. Sumida en sus pensamientos, lo apartó con un gesto de la mano y siguió desmenuzando la hoja. Tenía que haber un modo de solucionarlo.

Cuando dio otro manotazo contra el hombro, los dedos chocaron contra el cuchillo de hueso. Estaba caliente.

Kahlan lo desenvainó y lo dejó en el regazo. El cuchillo estaba caliente. Era como si latiera y vibrara. Se puso tan caliente que empezó a molestarle.

Con los ojos muy abiertos observó que las plumas negras se enderezaban, bailaban y se retorcían en la brisa. No obstante, la melena de Kahlan caía inmóvil y no soplaba ni una brizna de viento. No había brisa. Kahlan se levantó de un salto.

—¡Sliph!

La faz plateada de la sliph estaba justo ahí, a su lado. Kahlan retrocedió un poco.

—Sliph, tengo que viajar.

—Ven, viajaremos. ¿Adónde deseas ir?

—Con la gente barro. Necesito llegar a la gente barro.

Los rasgos líquidos de la sliph se contrajeron. La sliph pensaba.

—No conozco ese lugar.

—No es un lugar. Es gente. Personas como yo. —Kahlan se señaló a sí misma.

—Conozco a mucha gente, pero no a la gente barro.

Kahlan se apartó el pelo de la cara. Trataba de pensar algo.

—Viven en la Tierra Salvaje.

—Conozco muchos lugares allí. ¿A cuál deseas ir? Dilo y te llevaré. Te sentirás complacida.

—Bueno, es un lugar muy llano. Es una pradera muy llana. Sin montañas como las que hay aquí. —Kahlan hizo un gesto, pero se dio cuenta de que la sliph tan sólo podía ver árboles.

—Conozco varios lugares como ése.

—¿Cómo se llaman? Quizá los reconozca.

—Puedo viajar a un lugar desde el que se domina el río Callisidrin...

—Al oeste del Callisidrin. La gente barro vive más al oeste.

—Puedo viajar al valle Tondelen, la falla Harja, las llanuras Kea, Sealan, la grieta Herkon, Anderith, Pickton, tesoro jocopo...

—¿El qué? Repite el último nombre. —Kahlan conocía casi todos los lugares que la sliph había mencionado y no estaban cerca de la aldea de la gente barro.

—Tesoro jocopo. ¿Deseas viajar allí?

Kahlan asió el cuchillo de hueso caliente, el cuchillo del abuelo. Chandalen le había explicado que los jocopo atacaban a la gente barro y cómo los espíritus de los antepasados habían enseñado al abuelo de Chandalen a defender a los suyos contra los jocopo. Según Chandalen, antes de que estallara el conflicto solían comerciar con los jocopo, por lo que ambos pueblos debían de vivir bastante cerca.

—Dilo de nuevo.

—Tesoro jocopo.

Al sonido de esas palabras, las plumas negras se agitaron y retorcieron. Kahlan volvió a guardar el cuchillo en la banda que llevaba arrollada alrededor del brazo y subió de un salto al borde del pozo.

—Allí es adonde quiero ir: al tesoro jocopo. Deseo viajar al tesoro jocopo. ¿Puedes llevarme hasta allí, sliph?

—Ven. —El brazo plateado la levantó de la pared de piedra—. Viajaremos al tesoro jocopo. Te sentirás complacida.

Kahlan apenas tuvo tiempo de inspirar antes de que la sliph la sumergiera en la espuma de azogue. Una vez dentro soltó el aire e inspiró a la sliph, aunque esa vez, angustiada por la idea de perder a Richard y de que éste se casara con Nadine, el éxtasis no llegó.

Zedd se rió como un demente. Veía a Ann cabeza abajo. El mago le sacó la lengua y expulsó aire, emitiendo un sonido largo y grosero.

—No necesitas fingir —rezongó Ann—. Éste parece ser tu estado natural.

Zedd movió las piernas como si tratara de caminar del revés por el aire. La sangre le estaba bajando a la cabeza.

—¿Qué quieres: morir con tu dignidad intacta o seguir viva? —preguntó Zedd.

—No pienso jugar a hacer el ridículo.

—¡Ésa es la palabra: jugar! No te quedes sentada como un pasmarote en el barro. ¡Juega en él!

Ann se inclinó para acercar su cabeza a la del mago. Zedd se había puesto cabeza abajo en el lodo.

—Zedd, no creerás en serio que eso va a funcionar.

—Tú misma lo dijiste. Vas por ahí haciendo el tonto con un loco. Tú misma me lo sugeriste.

—¡Yo no hice tal cosa!

—Tal vez no me lo sugeriste, pero me diste la idea. Cuando contemos a la gente esta historia, todo el mérito será tuyo.

—¿Contarlo a la gente? En primer lugar, no funcionará y, en segundo lugar, me doy cuenta perfectamente de que te encantaría contárselo a todo el mundo. Ésa es una razón más por la que no pienso seguirte la corriente.

Zedd aulló como un coyote. Tensó las piernas y la espalda y se dejó caer como un árbol talado. El barro salpicó a Ann. Furiosa, se limpió un manchurrón de la nariz.

Junto al alto vallado, los adustos guardias nantong no quitaban los ojos de encima a los dos prisioneros que iban a ser sacrificados. Zedd y Ann habían permanecido sentados en el barro, con las espaldas pegadas, y se habían soltado las cuerdas que les ataban las muñecas. A los guardias, armados con lanzas y arcos, no les importó, pues de todos modos no podrían escapar. Zedd lo sabía.

Al alba, la gente comenzó a desfilar delante de la pocilga con caras sonrientes. A medida que avanzaba la mañana, la multitud fue aumentando. Cada vez eran más los que se detenían a charlar con los guardias y echar un vistazo a las víctimas. Al parecer, todos estaban de buen humor porque, por fin, podrían ofrecer un sacrificio a los espíritus. Eso aplacaría su ira, y después los nantong vivirían seguros.

Los guardias y los habitantes de la aldea que los observaban desde el otro lado de la valla ya no parecían tan felices. De hecho, se aseguraban de que la tela que les cubría el rostro los tapaba bien y no se caería. Los guardias comenzaron a echarse más ceniza sobre cara y cuerpo. Por lo visto, todas las precauciones eran pocas para impedir que los espíritus los reconocieran.

Zedd metió la cabeza entre las rodillas y dio volteretas sobre el suelo sucio y húmedo. Mientras describía un círculo alrededor de la achaparrada figura de Ann, que permanecía sentada en el frío suelo, se reía como un perturbado.

Al llegar frente a ella, se quedó tumbado boca arriba en el barro, agitando sus rígidos brazos y piernas por el lodo.

—Ann —dijo en voz baja—, debemos ocuparnos de asuntos importantes. Creo que tendríamos más éxito si tratásemos de solucionarlos en este mundo en vez de en el inframundo, una vez muertos.

—Sé que si morimos, ya no podremos ayudar.

—En ese caso, lo más razonable sería tratar de escapar, ¿no crees?

—Claro que sí —refunfuñó la mujer—. Pero así no...

Zedd se dejó caer de bruces en su regazo. Ann se estremeció de asco y arrugó la nariz cuando Zedd le echó los asquerosos brazos al cuello.

—Ann, si no hacemos algo, moriremos. Si nos enfrentamos a esta gente, nos matarán. Sin magia no podemos escaparnos de ellos. Nuestra única oportunidad es convencerlos de que nos dejen ir. No hablamos su lengua y, aunque la hablásemos, dudo que lográsemos persuadirlos.

—Sí, pero...

—Tal como yo lo veo, sólo tenemos una oportunidad: convencerlos de que nos falta un tornillo. Para ellos, este sacrificio dedicado a los espíritus de sus antepasados es algo sagrado. Mira a los guardias que están a mi espalda. ¿Están alegres?

—Pues no.

—Si nos creen locos, es posible que se lo piensen dos veces antes de sacrificarnos a sus espíritus. Tal vez consideren que sacrificar a dos lunáticos es un insulto y una falta de respeto hacia los espíritus. Debemos conseguir que teman insultar a sus espíritus ofreciéndoles a dos chiflados.

—Pero eso es... de locos.

—Míralo de este modo: un sacrificio es algo comparable a un contrato de matrimonio entre dos familias. La novia es la ofrenda de una familia a la otra, encarnada en el marido, con la esperanza de un futuro pacífico y productivo. Los familiares de la novia tratan al novio y a su familia con respeto. Es un trato que simboliza unidad, continuidad y esperanza para el futuro.

»En este caso, nosotros somos la novia que se ofrece a los espíritus. ¿Cómo quedarían los nantong si ofrecen una novia indigna y demente? Si tú fueras uno de los espíritus, ¿no lo tomarías como un insulto?

—Si tú estuvieras incluido en el trato, sin duda.

Zedd aulló de nuevo hacia el cielo. Ann se estremeció y se apartó de él.

—Es nuestra única oportunidad, Ann —le susurró Zedd al oído—. Te juro como Primer Mago que jamás diré a nadie cómo te has comportado. Además —añadió, sonriendo de oreja a oreja—, será divertido. ¿Recuerdas lo mucho que te divertías de niña jugando con el barro? ¡Vaya! Era lo mejor del mundo.

—Tal vez no funcione.

—Incluso así, ¿no prefieres morir divirtiéndote el último día de tu vida antes que pasarlo ahí sentada, asustada y aterida? ¿No prefieres divertirte como una niña por última vez? Vamos, Prelada, déjate ir y recuerda lo que es ser niño. No te reprimas. Diviértete. Sé de nuevo una niña.

Ann reflexionó con expresión muy seria.

—¿No se lo dirás a nadie?

—Te doy mi palabra. Puedes comportarte con alegría infantil y nadie lo sabrá nunca, excepto yo, y los nantong, por supuesto.

—¿Es éste otro de tus actos desesperados, Zedd?

—Ya estamos en una situación desesperada. Vamos a jugar.

Ann esbozó una sonrisa traviesa, le golpeó en el pecho y lo arrojó de espaldas al barro. Luego, sin que pudiera dejar de reír, le saltó encima. Después de girar media docena de veces, Ann quedó convertida en un monstruo de barro con brazos, piernas y dos ojos. Cuando se unió a los aullidos que Zedd dirigía al cielo, la capa de lodo se abrió y dejó al descubierto una boca rosada.

A continuación hicieron bolas de barro y usaron a los cerdos de dianas. Seguidamente, los persiguieron. Se montaron en el lomo de los animales, que no dejaban de chillar, y cabalgaron por el recinto de la pocilga hasta que los cerdos los arrojaron de nuevo al suelo. Zedd dudaba que, en sus nueve siglos de vida, Ann hubiese estado nunca tan sucia.

Mientras jugaban a pillar a la pata coja, lo que suponía pasarse más tiempo en el barro que persiguiéndose dando saltos, se fijó en que la risa de Ann había cambiado. Se estaba divirtiendo de verdad.

Ambos pisotearon los charcos, persiguieron a los cerdos y corrieron a lo largo de la valla, golpeándola con ramas.

Entonces se les ocurrió hacer muecas a los guardias. Se dibujaron mutuamente caras absurdas en el barro que les cubría el rostro y emitieron todos los sonidos groseros que se les ocurrieron. Brincaban, reían y señalaban a los serios guardias.

Finalmente les dio un ataque de risa tan intenso que no pudieron seguir de pie, así que, como si estuvieran borrachos, rodaron por el suelo apretándose los costados.

La multitud era cada vez mayor. Los espectadores intercambiaban susurros inquietos.

Ann se metió los pulgares en las orejas y agitó los dedos, haciéndoles burla. Mientras tanto, Zedd se puso cabeza abajo y entonó unas cuantas canciones soeces que conocía. Ann se reía histéricamente cada vez que Zedd pronunciaba incorrectamente las palabras clave.

El mago se contagió de la risa y cayó en el fango. Ann saltó encima de su estómago y comenzó a hacerle cosquillas en los sobacos, sin permitirle moverse. Zedd, muerto de risa, respiraba entrecortadamente y a su vez le hacía cosquillas a ella en las costillas. Ninguno de los dos se había divertido nunca tanto. Los cerdos buscaron refugio en un rincón.

De repente, cuando más enfrascados estaban en descubrir dónde tenía más cosquillas el otro, los nantong les arrojaron cubos de agua. Ann y Zedd alzaron la vista y recibieron otra ducha.

Tan rápidamente como el agua arrastró el barro de su cuerpo, volvieron a zambullirse en él. Los guardias, cubiertos de ceniza, los agarraron por los brazos y los obligaron a quedarse quietos a punta de lanza mientras nuevamente les tiraban agua para limpiarlos. Zedd echó un vistazo a Ann. Ella le devolvió la mirada. Se veía ridículo con el rostro apareciendo entre regueros de suciedad. Zedd se rió tontamente y le hizo una mueca. Ella lo imitó. Los guardias gritaron.

Las mejillas de Zedd se hincharon al tratar de contener la risa por todos los medios. Los guardias los empujaron hacia adelante, pinchándoles la espalda con las lanzas. Eso les recordó las cosquillas, por lo que se echaron a reír.

Una vez destapada la botella de la risa, fue como si tuviera vida propia. De todos modos, si iban a sacrificarlos, ya no importaba nada. Al menos se reirían antes de morir.

La multitud formada por figuras enmascaradas se abrió para dejar paso a los dos prisioneros.

Sin dejar de reírse, Zedd levantó una mano y la agitó.

—Saluda a la gente, Annie.

En vez de eso, ella les hizo muecas. A Zedd le gustó la idea y la imitó. Los nantong se apartaban, como si contemplaran un espectáculo horrible. Algunas mujeres lloraban y gemían. Zedd y Ann se reían y las señalaban, mientras ellas se alejaban corriendo de aquellos locos, buscando refugio.

Dejaron atrás tiendas y mirones mientras los guardias les obligaban a seguir caminando a punta de lanza. Las dos víctimas —sucias, apestosas y felices— no tardaron en caminar por las colinas. Los seguían treinta y cinco o cuarenta cazadores de espíritus, apuntándolos con lanzas y flechas. Zedd se fijó en que algunos llevaban mochilas y provisiones.

El Primer Mago Zeddicus Zu'l Zorander y la Prelada Annalina Aldurren correteaban por delante de las lanzas, riendo y alardeando a gritos de cuántas cebollas eran capaces de comer sin derramar ni una lágrima. Las cantidades que mencionaban eran cada vez más fantásticas.

Zedd no tenía ni idea de adónde se dirigían, pero fuese a donde fuese, era una mañana espléndida para viajar.

—Tiene su gracia, lord Rahl —comentó el teniente Crawford.

Richard observó el pedregal en toda su extensión.

—¿Dónde le veis la gracia?

—Bueno —contestó el teniente, inclinando la cabeza para alzar la mirada hacia el precipicio—, quiero decir que es extraño. Me crié en una región muy accidentada, por lo que he visto montañas como

ésta toda mi vida, pero este lugar es extraño. —Se volvió y señaló—. ¿Veis esa montaña de ahí? Se distingue dónde se originó la avalancha de rocas.

Richard puso una mano a modo de visera para protegerse los ojos del sol de la tarde, que estaba muy bajo. La montaña que señalaba el teniente era escarpada y estaba cubierta de árboles, con excepción de la zona más elevada. Una parte de la abrupta ladera que veían frente a ellos se había derrumbado, dejando al descubierto una cicatriz de roca desnuda donde se había partido. Al fondo del corte desnudo se extendía un campo de piedras sueltas.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Fijaos en todas esas piedras del fondo. Ésa es la porción de la ladera que se derrumbó. —Señaló el pedregal en el que se encontraban—. Éste es distinto.

Otro soldado se acercó y saludó llevándose un puño al corazón. Mientras aguardaba en silencio, lanzó una mirada breve y recelosa a Ulic y Egan, de pie con los brazos cruzados.

—Nada, lord Rahl —informó con la venia de Richard—. Ni una piedra siquiera que haya sido trabajada con herramientas.

—Seguid buscando. Revisad los bordes del pedregal. Buscad lugares en los que podáis arrastraros por debajo de las peñas de mayor tamaño y registradlos.

El soldado saludó y se alejó corriendo. Quedaban muy pocas horas de luz. Richard les había dicho que no quería quedarse allí el día siguiente, sino que regresaría a Aydindril. Seguramente Kahlan volvería esa noche, o posiblemente al día siguiente, y Richard quería estar allí.

Suponiendo que regresara. Suponiendo que no hubiese muerto. Bastó con pensarlo para que comenzara a sudar y las rodillas le temblaran.

Desechó ese pensamiento. Kahlan regresaría. No había otra opción posible. Kahlan volvería. Richard se obligó a dejar de pensar en eso y concentrarse en el problema al que se enfrentaban.

—¿Cuál es vuestra opinión, teniente?

El teniente Crawford tiró una piedra y observó cómo rebotaba primero en una peña y luego en otra. El fuerte sonido reverberó en el precipicio detrás de ellos.

—Podría ser que la ladera de esta montaña cediera mucho antes. Luego, con el paso del tiempo, volvió a crecer vegetación y a morir, creando así un suelo adecuado para que crecieran plantas mayores, que a su vez murieron, creando más suelo. Es posible que haya quedado totalmente cubierta.

Richard comprendió lo que el teniente le decía. Sabía que con el tiempo el bosque cubría las avalanchas. Si uno excavaba en el fondo de un barranco en el bosque, muchas veces descubría restos de rocas caídas.

—En este caso no lo creo.

—¿Me permitís preguntar por qué, lord Rahl?

Richard posó la vista en la montaña vecina, separada por la grieta.

—Bueno, fijaos en ese precipicio. La pared es rugosa e irregular, mientras que la roca de la montaña que quedó al descubierto tras el desprendimiento se ve erosionada y lisa. El tiempo la ha desgastado.

»Pero en parte es rugosa. El agua se introduce en las grietas, se congela y, con el tiempo, va rompiendo la roca. Aún se ven partes irregulares, aunque la mayor parte es lisa.

»A mí me parece que sucedió bastante antes de esta avalancha y, no obstante, aún puede verse la mayor parte de la roca en el fondo del barranco. Aquí hay muchas menos piedras.

Egan descruzó los brazos y echó hacia atrás el pelo rubio.

—Podría tratarse simplemente de la naturaleza del terreno. Este precipicio mira al sur y le da el sol, por lo que todo crece más rápidamente, mientras que ese otro mira al norte. En ése el bosque no ha podido crecer tan bien y, tal vez por eso, el pedregal sigue a la vista.

Egan tenía razón.

—Pero hay más —objetó Richard, que ladeó la cabeza y alzó la mirada hacia la imponente pared del precipicio que se alzaba sobre ellos—. La mitad de esta montaña ha desaparecido. En comparación, lo de la otra montaña fue una avalancha muy pequeña.

»Contempla esta montaña y trata de imaginarte cómo debió ser antes de que eso sucediera. Se ve dividida en dos desde la cima hasta la base, como un leño partido por la mitad. Todas las demás montañas de por aquí tienen más o menos forma cónica. Pero ésta es sólo un medio cono.

»Incluso si me equivoco y no falta la mitad de la montaña, sino que tenía una forma bastante similar a la que vemos ahora, seguiría habiendo una cantidad enorme de roca aquí abajo. Quiero decir que, incluso si tenía ya esta forma y tan sólo se derrumbó una masa de roca de entre tres y seis metros de grosor, teniendo en cuenta la altura de la montaña, tendría que haberse formado una pila enorme de escombros.

»Esta roca es irregular, por lo que tal vez haya piezas rotas por efecto del agua al congelarse, pero probablemente, puesto que veo erosión, debo suponer que sucedió más recientemente. No obstante, no se ve ni rastro de la masa de rocas que debería haberse desprendido de la montaña. Incluso si con el paso del tiempo hubiese quedado cubierta, creo que ahora mismo estaríamos encima de un montículo enorme.

El teniente miró a su alrededor.

—Tenéis razón. Está bastante nivelado con el fondo de la grieta. Si toda esa roca se derrumbó, ahí no hay ningún montículo bajo la vegetación.

Richard observó a los numerosos soldados que buscaban entre las rocas y en el bosque algún indicio del Templo de los Vientos. Nadie encontraba nada.

—Si está ahí abajo, yo no lo veo. Nada indica que parte de la montaña se desprendiera y cayera ahí.

Ulic y Egan volvieron a cruzarse de brazos, dando el asunto por concluido.

Pero Crawford se aclaró la garganta.

—Lord Rahl, si la mitad del monte Kymermosst que desapareció no está aquí abajo, entonces ¿dónde está?

Richard intercambió una larga mirada con el teniente.

—Eso es lo que quisiera saber. Si no está aquí abajo, entonces está en otro sitio.

El teniente de rubio cabello cambió el peso de pierna.

—Bueno, seguro que no se puso de pie y se marchó caminando, lord Rahl.

Richard se apartó la vaina de la espada mientras emprendía el descenso de las rocas. Cayó en la cuenta de que al sugerir que la magia había tenido algo que ver había asustado al teniente.

—Supongo que tenéis razón, teniente. Debió de derrumbarse, y la vegetación lo ha cubierto. Tal vez en el pasado la hendidura entre las montañas era más profunda, y la ladera al derrumbarse simplemente la llenó en vez de formar un montículo.

Al teniente le gustó la idea. Era una explicación sólida y real.

Pero Richard no lo creía. La pared del precipicio se le antojaba peculiar. Era demasiado lisa, como si una espada enorme la hubiera partido. Ciertamente también tenía partes más recortadas, pero eso se explicaba con las rocas del fondo. En su opinión, la montaña había sido partida en dos mitades, una de las cuales había desaparecido. Luego, con el paso del tiempo, el agua y el hielo habían erosionado la cara lisa del precipicio, quebrando rocas y haciéndola más escarpada, aunque nunca tanto como las de alrededor.

—Eso podría explicarlo, lord Rahl —dijo el teniente—. Pero si es cierto, significaría que el templo que buscáis está enterrado a mucha profundidad bajo tierra.

Richard se encaminó hacia los caballos seguido por sus dos colosales guardaespaldas.

—Voy a echar un vistazo arriba. Quiero ver las ruinas.

Su guía era un hombre de mediana edad llamado Andy Millett. Esperaba junto a los caballos. Llevaba sencillas prendas de lana de tonalidades verdes y marrones, muy semejantes a las que Richard había llevado en el pasado. El pelo castaño y enmarañado le cubría las orejas. Andy se sentía muy

orgulloso de que lord Rahl le hubiera pedido que los guiara al monte Kymermosst, algo de lo que Richard se sentía un poco avergonzado: había elegido a Andy porque fue el primero que encontró que sabía dónde estaba.

—Andy, me gustaría subir hasta las ruinas de la cima.

—Pues claro, lord Rahl —dijo el hombre, tendiendo a Richard las riendas del gran caballo ruano—. Allí arriba no hay mucho que ver, pero estaré encantado de mostrároslo.

Por fornidos que fuesen sus dos guardaespaldas montaron con facilidad los respectivos caballos, que apenas se movieron bajo el súbito peso. Richard se subió a la silla e introdujo la bota derecha en el estribo.

—¿Llegaremos antes del anochecer? La mayor parte de la nieve caída en la ventisca de primavera ya se ha fundido. La senda debe de estar despejada.

Andy echó un vistazo al sol, que casi rozaba una montaña.

—Por cómo montáis, lord Rahl, creo que no tardaremos mucho. Por lo general, la gente importante me obliga a ir muy despacio. Pero en este caso, creo que soy yo quien irá detrás.

Richard sonrió. Cuando él era guía sucedía lo mismo: cuanto más importante era la persona a la que guiaba, más despacio avanzaba.

Cuando llegaron a las ruinas, el cielo comenzaba ya a teñirse de rojos y dorados. Las montañas vecinas apenas se distinguían. Las ruinas parecían relucir a la tenue luz dorada.

Eran estructuras en otro tiempo elegantes y ya medio derrumbadas, que parecían haber formado parte de un lugar de mayor tamaño, tal como Kahlan había dicho. En la pelada cima aún se distinguían aquí y allá restos de muros, cuyas piedras no habían sido cubiertas por arbustos ni plantas trepadoras, como habría sucedido en el fondo del barranco, sino por líquenes de color marrón.

Richard desmontó y tendió las riendas al teniente Crawford. En el valle del Corzo, el edificio situado a la izquierda de la ancha calzada se consideraría muy grande, pero comparado con los castillos y palacios que había visto desde que abandonó su hogar, era una estructura insignificante.

La entrada se veía vacía, aunque quedaban restos del antiguo marco de la puerta cubierto parcialmente por pan de oro. Dentro resonaban los pasos. En una habitación del edificio sin techo encontró un banco de piedra y en otra, una fuente contenía nieve fundida.

Un serpenteante pasillo que conservaba el techo de bóveda de cañón condujo a Richard por un laberinto de estancias. Dedujo que el pasillo se dividía y conducía a habitaciones situadas en las cuatro esquinas del edificio. Él giró hacia la izquierda.

Como todas las estancias de ese lado, la última cámara daba al precipicio. Agujeros rectangulares se abrían donde antes las ventanas protegían la habitación del viento y la lluvia. Por las aberturas se divisaba, más allá del borde del precipicio, la bruma azul de las montañas vecinas.

Seguramente allí era donde los visitantes y suplicantes que acudían al templo esperaban antes de ser admitidos. Durante la espera disfrutaban de una vista realmente espléndida del Templo de los Vientos. Así pues, si se les negaba la entrada, al menos se llevaban eso. Richard se imaginaba muy vivamente lo que se debería haber visto desde ese mismo lugar.

Era el don el que le hablaba, del mismo modo que los espíritus de todos los que habían empuñado la Espada de la Verdad antes que él lo guiaban cuando usaba esa magia.

Allí de pie, mirando, se imaginó justo más allá del borde del precipicio un lugar grandioso y poderoso. Allí fue donde los magos depositaron objetos muy poderosos para que estuvieran a salvo. Los magos de antaño, entre ellos sus propios antepasados, probablemente habían contemplado el Templo de los Vientos desde el mismo sitio que él ocupaba entonces.

A la luz del atardecer, Richard deambuló por el exterior junto a las columnas majestuosas, se asomó a las garitas de los guardias y se paseó entre las estructuras del jardín, que debió de ser magnífico, rozando los deteriorados muros.

Estaba en el centro de la ancha calzada que discurría entre las ruinas, sintiendo cómo la capa dorada ondeaba al viento detrás de él, tratando de visualizar ese lugar tal como fue, tratando de captar su esencia. La calzada, más que los edificios, le transmitía la extraña e inquietante presencia del templo más allá. Esa calzada era la que en otro tiempo conducía directamente al Templo de los Vientos.

Caminó por ella, imaginándose que cabalgaba hacia el Templo de los Vientos, esos vientos que le habían advertido que lo perseguían. Siguió lo que quedaba de un muro y pasó entre los edificios de piedra huecos, percibiendo la naturaleza intemporal de ese lugar, sintiendo la vida que vibró allí.

¿Adónde habría ido el templo? ¿Cómo lo encontraría? ¿Dónde más podía buscar?

Se había alzado allí mismo y, pese al tiempo transcurrido, Richard casi lo veía, lo sentía, como si su don mágico lo empujara a avanzar, lo empujara hacia su hogar.

De pronto algo lo detuvo bruscamente.

Ulic a un lado y Egan al otro lo habían agarrado por las axilas y tiraban de él hacia atrás. Richard bajó la vista y se dio cuenta de que hubiera bastado un solo paso más para precipitarse en el abismo. A seis metros apenas delante de él en línea recta, los buitres planeaban aprovechando una corriente ascendente.

Se sintió como si estuviera en el límite del mundo. La vista daba vértigo. Los pelillos de la nuca se le erizaron.

Más allá del borde debería haber algo más, lo sabía. Pero no había nada.

El Templo de los Vientos había desaparecido.

6

«Respira.»

Kahlan lo hizo, expulsó a la sliph e inspiró el aire frío y cortante.

En sus oídos resonó el sonido de una antorcha que chisporroteaba. Percibía incluso su propia respiración magnificada, que le dolía. No obstante, no la pilló por sorpresa y esperó en calma a que a su alrededor el mundo recuperara la normalidad.

Pero eso no era normal. Al menos, no la normalidad que esperaba.

—Sliph, ¿dónde estamos? —La voz de Kahlan resonó a su alrededor.

—Donde me dijiste que deseabas ir: el tesoro jocopo. Deberías estar complacida, pero si no lo estás, lo intentaré de nuevo.

—No, no, no es que no esté complacida, es sólo que esto no es lo que esperaba.

Se hallaba en una cueva. La antorcha era distinta a las que estaba acostumbrada a ver —un trozo de madera con brea en el extremo superior—, sino que estaba hecha con carrizos. Se bajó del pozo de la sliph y se levantó; la cabeza casi le tocaba el techo.

A continuación sacó la antorcha de la grieta en la tosca pared de roca donde la habían colocado.

—Volveré —dijo a la sliph—. Voy a echar un vistazo y si no encuentro una salida, regresaré e iremos a otro lugar. —Sabía que tenía que existir una salida, o la antorcha no habría estado allí—. O, cuando acabe con la búsqueda, regresaré.

—Estaré lista cuando desees viajar. Viajaremos de nuevo. Te sentirás complacida.

Kahlan hizo un gesto de asentimiento hacia la faz plateada en la que se reflejaba la titilante luz de la antorcha, tras lo cual se adentró en la cueva. Un pasaje ancho y de techo bajo era el único modo de salir de la cámara en la que se encontraba, por lo que Kahlan lo siguió. El pasaje daba vueltas y más vueltas a través de la roca de una tonalidad marrón oscuro. Como no existían más corredores ni cámaras, Kahlan siguió adelante.

Finalmente llegó a una gruta amplia de entre quince y veinte metros de diámetro y allí fue donde descubrió por qué a ese lugar se le llamaba tesoro jocopo. La luz de la antorcha se reflejó en miles de chispas doradas. La gruta estaba llena de oro.

Kahlan vio una pila de rudimentarios lingotes o esferas, como si el metal fundido se hubiera vertido en botes, que luego simplemente se habían roto. Asimismo había cajas sencillas a rebosar de pepitas de oro. Otras cajas, con asas en ambos extremos para ser transportadas entre dos personas, contenían un revoltijo de objetos de oro.

Kahlan vio también varias mesas que aguantaban discos de oro y estanterías a lo largo de una pared con estatuas igualmente de oro, aunque sobre todo estaban llenas de rollos de vitela. Kahlan no estaba interesada en el tesoro y no perdió el tiempo inspeccionando todas esas riquezas, sino que se encaminó directamente al corredor que se abría en el otro lado de la gruta.

No quería entretenerse en la cámara del tesoro, pues estaba preocupada y tenía prisa por llegar a la aldea de la gente barro. Pero incluso en el caso de estar interesada en el tesoro no se habría quedado mucho tiempo, pues el hedor era horrible y le producía náuseas y tos. Era tal la fetidez que la cabeza le daba vueltas y comenzó a dolerle.

En el túnel el aire mejoraba, aunque aún apestaba. Kahlan se tocó el cuchillo y comprobó que seguía caliente. Al menos, ya no quemaba como antes.

El túnel comenzó a subir, sin dejar de serpentear. A medida que ascendía, la roca oscura se fue convirtiendo en tierra, en algunos lugares apuntalada con vigas. Kahlan no vio ningún pasadizo lateral

hasta que comenzó a oler aire fresco. Un túnel se desviaba a la izquierda y a pocos pasos, otro partía a la derecha. Kahlan notó una corriente de aire fresco que procedía del túnel principal, por lo que siguió por él.

La llama de la antorcha se agitó y tembló cuando ella emergió de la cueva. Fuera era de noche y el cielo estaba cuajado de brillantes estrellas. Una figura cercana se levantó de un salto. Kahlan retrocedió unos pasos hacia la cueva, mirando a ambos lados para comprobar si alguien más la esperaba fuera.

—¿Madre Confesora? —dijo una voz que Kahlan reconoció. Avanzó un paso y extendió la antorcha hacia adelante para iluminar la oscuridad.

—¿Chandalen? Chandalen, ¿eres tú?

La figura musculosa corrió hacia la antorcha. Tenía el torso desnudo y untado de barro. En los brazos y la cabeza se había atado manojos de hierba. Se había embadurnado el pelo, negro y lacio, con el barro pegajoso que usaban los cazadores. Aunque también se había untado la cara con barro, Kahlan reconoció la ancha sonrisa del hombre barro.

—Chandalen —dijo con un suspiro de alivio—. Oh, Chandalen, me alegro tanto de verte...

—Yo también, Madre Confesora.

El guerrero se le acercó dispuesto a propinarle un bofetón, que era el saludo tradicional de la gente barro, con el que mostraban su respeto por la fuerza del otro. Pero Kahlan extendió ambas manos para impedírselo.

—¡No! ¡No te acerques!

—¿Por qué? —Chandalen se detuvo inmediatamente.

—Porque en Aydindril, que es de donde vengo, ha estallado la peste. No quiero que te acerques porque temo transmitirte a ti y a nuestra gente la enfermedad.

Kahlan no se equivocaba al referirse a la gente barro como «nuestra gente». El Hombre Pájaro y los demás ancianos la habían nombrado a ella y a Richard mujer y hombre barro respectivamente, por lo que eran miembros de la tribu aunque no vivieran en la aldea.

El placer de Chandalen al verla se desvaneció.

—La enfermedad ya ha llegado aquí, Madre Confesora.

—¿Qué? —susurró Kahlan, bajando la antorcha.

—Han pasado muchas cosas. Nuestra gente tiene miedo, y yo no puedo protegerlos. Convocamos una reunión. El espíritu del abuelo se nos apareció y nos comunicó que la situación era muy grave. Nos dijo que yo debía hablar contigo y que te enviaría un mensaje para que vinieras.

—El cuchillo. Sentí su llamada a través del cuchillo y vine enseguida.

—Sí. Nos lo dijo justo antes del alba. Uno de los ancianos salió de la casa de los espíritus y me ordenó que te esperara aquí. ¿Cómo has llegado hasta nosotros desde un agujero en el suelo?

—Es una larga historia. La magia... Chandalen, no puedo esperar hasta que podamos convocar otra reunión para hablar con los espíritus de los antepasados. La situación es muy grave. No puedo permitirme esperar tres días.

Chandalen le tomó la antorcha de la mano. Bajo la máscara de barro tenía una expresión sombría.

—No es preciso esperar tres días. El abuelo te aguarda en la casa de los espíritus.

Kahlan abrió los ojos como platos. Sabía que una reunión duraba una única noche.

—¿Cómo es posible?

—Los ancianos no han roto el círculo. El abuelo les dijo que te esperaran. También él espera.

—¿Cuántos enfermos hay?

Chandalen levantó todos los dedos de golpe y a continuación los de una mano otra vez.

—Sufren dolores de cabeza muy fuertes y no paran de vomitar, incluso aunque no coman nada. Además, arden de fiebre. Algunos tienen los dedos de las manos y los pies negros.

—Por todos los espíritus —musitó Kahlan para sí—. ¿Ha muerto alguien?

—Hoy ha muerto solamente un niño, aunque eso fue antes de que el abuelo me mandara aquí. Fue el primero que enfermó.

Kahlan también se sintió enferma. La cabeza le daba vueltas mientras trataba de asimilar todo lo que estaba oyendo. Por lo general, la gente barro no toleraba a los forasteros y raras veces se aventuraban fuera de su territorio. ¿Cómo había podido ocurrir?

—Chandalen, ¿han llegado forasteros?

El hombre barro negó con la cabeza.

—No lo permitiríamos. Los forasteros sólo traen problemas. —Se quedó un momento pensativo antes de añadir—: Tal vez una lo intentó, pero no le dejamos entrar.

—¿Una mujer?

—Sí. Unos cuantos niños jugaban a que eran cazadores en la pradera. Una mujer se les acercó y les preguntó si podía venir a la aldea. Los niños corrieron a decírnoslo. Cuando fui con mis cazadores al lugar que nos indicaron, no pudimos encontrarla. Dijimos a los niños que los espíritus de sus antepasados se enfadarían si volvían a gastarnos una broma como ésa.

Kahlan no osaba preguntar, pues conocía la respuesta.

—El niño que murió hoy fue uno de los que vieron a la mujer, ¿verdad?

—Eres una mujer sabia, Madre Confesora —afirmó Chandalen.

—No, Chandalen, lo que soy es una mujer asustada. Una mujer vino a Aydindril y habló con unos niños. Esos niños han comenzado a morir. ¿El niño que ha muerto mencionó si la mujer le mostró un libro?

—Durante nuestro viaje tú me mostrarse esas cosas llamadas libros que empleáis para transmitir conocimientos, pero los niños de la aldea no saben qué son. Nosotros les enseñamos con palabras vivas, como nuestros antepasados nos enseñaron a nosotros.

»El niño dijo que la mujer le había mostrado luces de colores muy bonitas. Eso no se parece a los libros que yo recuerdo.

Kahlan posó una mano en el brazo del guerrero. En el pasado, Chandalen se habría asustado por la amenaza implícita que suponía que una Confesora lo tocara, pero en esa ocasión su inquietud respondía a otras razones.

—¿No has dicho que no nos acercáramos?

—Ahora ya no importa —lo tranquilizó Kahlan—. Si la enfermedad ha llegado hasta aquí, mi presencia no puede causar ya más daño.

—Madre Confesora, lamento mucho que la enfermedad y la muerte también hayan llegado a tu hogar.

Ambos se fundieron en un abrazo de amistad y temor compartidos.

—Chandalen, ¿qué lugar es éste? Me refiero a la cueva.

—Ya te lo dije una vez. Es el lugar que apesta y está lleno de metal sin ningún valor.

—Entonces, ¿estamos al norte de la aldea?

—Al norte y un poco al oeste.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

El guerrero se golpeó el pecho con el puño.

—Chandalen es fuerte y corre rápidamente. Salí de nuestra aldea cuando el sol se ponía. Chandalen sólo necesita un par de horas, incluso en la oscuridad.

A la luz de la luna, Kahlan inspeccionó la pradera que se extendía más allá de la colina rocosa sobre la que se encontraban.

—La luna ilumina el camino —comentó forzando una sonrisa—. Además, deberías saber que soy tan fuerte como tú, Chandalen.

Chandalen le devolvió la sonrisa. Incluso en esas circunstancias fue maravilloso verlo.

—Sí, recuerdo perfectamente tu fuerza, Madre Confesora. En ese caso, correremos.

La luna bañaba con un suave resplandor las formas fantasmales y cuadradas de la aldea de la gente barro, escondida en la llanura oscura y cubierta de pasto. Pocas luces ardían en las ventanas. Era muy tarde y casi todo el mundo estaba en sus casas, lo que Kahlan agradecía; no quería ver las caras de esa gente, ver en sus ojos el miedo y la pena, y saber que muchos de ellos morirían.

Chandalen la condujo directamente a la casa de los espíritus, situada entre los edificios comunitarios en el lado norte de la aldea. La mayor parte de ellos estaban pegados unos a los otros, pero la casa de los espíritus se había construido aparte. La luz de la luna se reflejaba en el tejado que Richard había ayudado a hacer. El edificio sin ventanas estaba rodeado por guardias, cazadores de Chandalen.

Junto a la puerta, en un banco bajo, vio la figura paternal del Hombre Pájaro. La melena plateada que le caía sobre los hombros brillaba a la luz de la luna. Estaba desnudo. Tenía el cuerpo y la cara totalmente cubiertos por barro blanco y negro en un intrincado dibujo de líneas y espirales; era una máscara que todos los participantes de la reunión llevaban para que los espíritus pudieran verlos.

En el suelo, a los pies del Hombre Pájaro, había dos tarros, uno con barro blanco y el otro con barro negro. Por la vidriosa mirada del hombre, Kahlan supo que se hallaba en trance, así que de nada serviría hablarle. De todos modos, conocía el procedimiento.

—Chandalen —dijo mientras se quitaba el cinturón—, ¿te importaría volverte de espaldas? Y pide a tus hombres que hagan lo mismo. —Era la mayor concesión al pudor que las circunstancias permitían.

Chandalen transmitió la orden a sus hombres en su propia lengua.

—Mis hombres y yo vigilaremos la casa de los espíritus mientras tú y los ancianos estáis dentro —le dijo Chandalen hablando por encima del hombro.

Cuando se despojó de todas sus ropas y se quedó desnuda en medio de la fría noche, el Hombre Pájaro comenzó a aplicarle en silencio el pegajoso barro para que los espíritus pudiesen verla también a ella. Unos soñolientos pollos contemplaban la escena desde un murete cercano. La pared aún conservaba la marca de la espada de Richard.

Kahlan sabía que era preciso que entrara en la casa y hablara con los espíritus, aunque no lo deseaba. Solamente se hablaba con los espíritus de los antepasados en caso de extrema necesidad y, aunque a veces se obtenían las respuestas que se buscaban, éstas raramente eran agradables.

Cuando el Hombre Pájaro acabó de pintar a Kahlan con barro blanco y negro, la condujo adentro en silencio. Seis ancianos estaban sentados en círculo alrededor de los cráneos de los antepasados, dispuestos en el centro. El Hombre Pájaro ocupó su sitio y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Kahlan también se sentó en el círculo, frente a él, a la derecha de su amigo Savidlin, aunque no le habló. También Savidlin estaba en trance y veía al espíritu en el centro del círculo. Kahlan aún no lo veía.

Detrás de ella había una cesta de mimbre. Sabía qué contenía. Kahlan la cogió, metió la mano y, vacilante, agarró un resbaladizo sapo espíritu color rojo y le apretó el lomo entre los senos, el único lugar no pintado.

Notó en la piel el cosquilleo que le producía la baba del sapo. Soltó al animal y cogió la mano de los ancianos sentados a ambos lados. A los pocos segundos sintió que se sumía en una espiral.

La habitación comenzó a girar a su alrededor a toda velocidad. Kahlan abandonó el mundo que conocía para caer en un vórtice de luz, sombra, olor y sonido que no cesaba de dar vueltas. Los cráneos giraban con ella.

El tiempo se distorsionaba, como sucedía cuando viajaba en la sliph, con la diferencia de que no era una experiencia placentera sino todo lo contrario; era desconcertante. La frente de Kahlan se perló de sudor.

Por fin vio al espíritu. Ante ella se alzaba una figura resplandeciente. Kahlan no recordaba cuándo había aparecido. Simplemente estaba allí.

—*Abuelo* —susurró en la lengua de la gente barro.

Sabía por boca de Chandalen que era su abuelo quien había acudido a la llamada, aunque Kahlan lo reconoció a un nivel más visceral, pues el espíritu del abuelo se había convertido en su protector. Sentía la conexión con el hueso que fue suyo en vida.

—*Hija mía* —respondió el abuelo por boca del Hombre Pájaro. Era un sonido sobrenatural que la hizo estremecer—. *Gracias por atender mi llamada.*

—*¿Qué desea de mí el espíritu de nuestro antepasado?*

Los labios del Hombre Pájaro articularon la respuesta.

—*Lo que fue parcialmente confiado a nuestras manos ha sido robado.*

—*¿Confiado a vuestras manos? ¿De qué se trata?*

—*Del Templo de los Vientos.*

A Kahlan se le puso la carne de gallina. ¿Confiado a los espíritus? Era incapaz de asimilar sus repercusiones. El mundo de los espíritus era el inframundo, el mundo de los muertos. ¿Cómo era posible que un templo, construido con materiales sin vida, como la piedra, pudiera enviarse al inframundo?

—*¿El Templo de los Vientos está en el inframundo?*

—*El Templo de los Vientos existe en parte en el mundo de los muertos y en parte en el mundo de los vivos. Existe en ambos mundos simultáneamente.*

—*¿En ambos mundos simultáneamente? ¿Cómo es posible?*

La forma resplandeciente, semejante a una sombra hecha de luz, levantó una mano.

—*¿Un árbol vive en el suelo, como los gusanos, o vive en el aire, como los pájaros?*

Kahlan hubiese preferido una respuesta sencilla, aunque sabía que era inútil discutir con los muertos.

—*Honorable abuelo, yo diría que el árbol vive en ambos mundos pero no pertenece a ninguno de ellos.*

—*Así es, hija mía* —contestó el espíritu por boca del Hombre Pájaro, y pareció sonreír—. *Lo mismo ocurre con el Templo de los Vientos.*

—*¿Quieres decir que el Templo de los Vientos es como un árbol, con raíces en este mundo y las ramas en el vuestro?* —preguntó Kahlan, intrigada.

—*Existe en ambos mundos: el tuyo y el mío.*

—*Y en este mundo, el de los vivos, ¿dónde está?*

—*Donde siempre estuvo: en la Montaña de los Cuatro Vientos, que tú conoces como monte Kymermosst.*

—*El monte Kymermosst* —repitió Kahlan con voz inexpresiva—. *Honorable abuelo, he estado allí, y el Templo de los Vientos no está; ha desaparecido.*

—*Debes encontrarlo.*

—*¿Encontrarlo? Parece que en el pasado estuvo allí, pero la roca de la montaña sobre la que se alzaba se derrumbó. Ya no queda nada del templo, excepto un puñado de ruinas. No hay nada que encontrar. Lo siento, honorable abuelo, pero en nuestro mundo las raíces han muerto y se han deshecho.*

El espíritu guardó silencio. Kahlan temió haberlo enojado.

—*Hija mía* —dijo al fin, aunque no por boca del Hombre Pájaro, sino que le habló directamente. Era un sonido tan doloroso, que Kahlan temió no poder soportarlo. Sentía como si la carne le ardiera y se le fuera a desprender de los huesos—. *Algo ha sido robado de los vientos y se ha llevado a tu mundo. Debes ayudar a Richard, o toda mi sangre en tu mundo y toda nuestra gente morirá.*

Kahlan tragó saliva. ¿Cómo era posible robar algo del mundo de los espíritus, del mundo de los muertos, y llevarlo al mundo de los vivos?

—*¿Puedes ayudarme?* —pidió—. *¿Puedes decirme algo que me ayude a encontrar el Templo de los Vientos?*

—*No te he llamado para decirte cómo puedes encontrar los vientos. La luna mostrará el camino. Te he llamado para que vieras el alcance de lo que ha sido liberado y lo que le ocurrirá a tu mundo si no se remedia.*

El espíritu del abuelo extendió los brazos y de ellos manó una suave luz, como una cascada que cayera del borde de un precipicio. La luz se fue adueñando de la visión de Kahlan, hasta que lo único que pudo ver fue luz blanca.

Entonces la luz se atenuó y vio muerte. El suelo estaba cubierto de cadáveres, tan numerosos como las hojas en otoño. Habían muerto en la calle, sentados en escaleras o apoyados contra barandas. Yacían en los umbrales de las puertas y en los carros que se los llevaban.

Transportada en las alas de un pájaro, pudo ver dentro de las casas. Los cadáveres se pudrían en sus hogares. Los vio en camas, en sillas, en pasillos, tendidos en el suelo, amontonados unos encima de otros.

El hedor le dio náuseas.

Flotando, contempló aldeas y ciudades que conocía, y en todas partes era lo mismo. La muerte se había llevado a casi todo el mundo. Sus cuerpos adoptaban una tonalidad negra y comenzaban a pudrirse antes de muertos. Los pocos supervivientes lloraban con una angustia indescriptible.

A vuelo de pájaro regresó a la aldea de la gente barro y allá vio los cuerpos sin vida de personas que conocía. Junto a los hogares, las madres yacían muertas sujetando en brazos a sus hijos también muertos. Maridos muertos abrazaban a sus esposas muertas. Aquí y allí, niños huérfanos con el rostro manchado por las lágrimas lloraban histéricamente junto a sus padres muertos. El hedor era tan intenso que empezó a lagrimear.

Kahlan reprimió un sollozo y cerró los ojos. No sirvió de nada. En su mente seguía viendo a los muertos.

—*Esto es lo que sucederá si no se detiene lo que fue robado de los vientos* —anunció el espíritu.

—*¿Qué puedo hacer yo?* —susurró Kahlan entre lágrimas.

—*Los vientos han sido profanados. Lo que les fue confiado les ha sido arrebatado. Los vientos han decidido que tú formas parte del precio. Te he llamado para mostrarte cuáles serán las consecuencias de esa profanación y para suplicarte que, en bien de mis descendientes vivos, cumplas tu parte cuando llegue el momento.*

—*¿Cuál será el precio?*

—*No me ha sido revelado, pero debo advertirte que no hay modo de que puedas burlarlo ni sortearlo. Deberás pagar exactamente el precio o todo se perderá. Te pido que, cuando los vientos te muestren el precio, lo aceptes, o sucederá lo que acabas de ver.*

Kahlan, con las lágrimas surcándole las mejillas, no tuvo ni que pensarlo.

—*Así lo haré, abuelo.*

—*Gracias, hija mía. Debo decirte una cosa más. En nuestro mundo, donde moran las almas de los que partieron ya de tu mundo, algunas viven en la Luz del Creador y otras viven alejadas para siempre jamás de su gloria, en la oscuridad del Custodio.*

—*¿Quieres decir que en este asunto participan espíritus buenos y malos?*

—*Decir eso es simplificar tanto que es casi como faltar a la verdad, pero supongo que es lo máximo que tú, en tu mundo, puedes llegar a comprender de nuestro mundo. Nuestro mundo lo forman tanto los unos como los otros. Los vientos deben permitir que todos marquemos el camino.*

—*¿Puedes decirme cómo la magia le fue arrebatada a los vientos?*

—*A través de la traición.*

—¿Traición? ¿A quién traicionaron?

—Al Custodio.

Kahlan se quedó boquiabierta. Inmediatamente pensó en la Hermana de la Oscuridad que había estado en Aydindril: la hermana Amelia. Tenía que ser ella.

—¿La Hermana de la Oscuridad traicionó a su amo y señor?

—El camino para esa alma era entrar en el Templo de los Vientos por el Vestíbulo de los Traidores. Es el único modo de abrir la primera brecha. Fue creado como precaución. Quien quiera entrar en el Vestíbulo de los Traidores debe renegar de manera total y definitiva de aquello en lo que cree. La idea era que después de traicionar su causa de manera irreparable, la razón para entrar desaparecería.

»El Caminante de los Sueños descubrió una profecía que podía usar para vencer a su enemigo, pero, para activarla, necesitaba magia de los vientos.

»El Caminante descubrió la manera de obligar al alma de una mujer a traicionar a su amo y señor, el Custodio, y al mismo tiempo cumplir sus deseos. Para ello, primero permitió que la mujer mantuviera el juramento hecho al Custodio, quedando él relegado al puesto de amo secundario, es decir, era su amo sólo en el mundo de los vivos. Luego, mediante un doble vínculo, la obligó a traicionar a su amo principal. De ese modo pudo entrar en el Vestíbulo de los Traidores y, no obstante, cumplir con la tarea que le había encomendado el Caminante al estar unida a él por el deber. De ese modo, el Caminante de los Sueños profanó los vientos y obtuvo lo que quería.

»Sin embargo, quienes enviaron el templo a los vientos forjaron planes por si llegaba a producirse este caso. La luna roja fue la señal de que esos planes comenzaban a aplicarse.

Bastaba con que oyera la palabra *traición* para que el corazón de Kahlan latiera desaforadamente.

—¿Así es como nosotros debemos entrar en los vientos?

El espíritu la observó como si estuviera sopesando su alma.

—Una vez que el Templo de los Vientos ha sido profanado, ese camino queda cerrado y debe usarse otro. Pero eso no es cosa tuya; los vientos dictarán sus exigencias teniendo en cuenta los principios del equilibrio. Los cinco espíritus que guardan los vientos decidirán cuál debe ser el camino.

—Honorable abuelo, ¿cómo es posible que un lugar dicte instrucciones? Por cómo hablas, parece que los vientos estén vivos.

—Yo ya no existo en el mundo de los vivos, pero, cuando me llaman, puedo pasar información a través del velo.

A Kahlan le dolía la cabeza por el esfuerzo que hacía para tratar de entender. ¡Ojalá que Richard estuviera allí para formular las preguntas! Ella temía que no se le ocurriera la más importante.

—Pero, honorable abuelo, tú puedes hacerlo porque eres un espíritu. En el pasado viviste y tienes un alma.

El espíritu comenzó a desvanecerse.

—El límite, el velo, ha resultado dañado por el incidente en los vientos. No puedo quedarme más tiempo. Los skrin, que guardan el límite entre ambos mundos, me obligan a regresar. La profanación de los vientos ha alterado el equilibrio, por lo que no podremos acudir a ninguna otra reunión hasta que el equilibrio se restablezca. —El espíritu se fue desvaneciendo hasta que Kahlan apenas podía verlo.

—Abuelo, necesito saber más. ¿La peste es magia en sí misma?

La voz del espíritu sonó muy lejana.

—La magia que fue enviada a los vientos es tremendamente poderosa, y se requieren vastos conocimientos para usarla. Fue utilizada sin comprender qué se estaba liberando ni cómo controlarla. La magia inició la plaga, del mismo modo que un rayo que lanza un mago es magia, pero si ese rayo cae sobre una pradera reseca, el incendio que se desata no es magia. Lo mismo ocurre con la peste. Fue

iniciada con magia, pero ahora es simplemente una plaga como otras que estallaron en el pasado, aleatoria e imprevisible, aunque alimentada por la magia.

—La peste hace estragos en Aydindril y también aquí. ¿Se propagará a otros lugares?

—Sí.

Jagang no era consciente de lo que había hecho. Si la epidemia no era controlada, él mismo podría acabar muriendo.

—¿Ha llegado ya a otros lugares, tal como me has mostrado? ¿Se ha iniciado también en esos lugares?

La luz del espíritu se extinguió como la débil llama de una lámpara que se agota.

—Sí —dijo en un susurro lejano y resonante.

Habían confiado en poder limitar la peste a Aydindril. Era una esperanza vana. Toda la Tierra Central, todo el Nuevo Mundo estaba a punto de ser consumido en el incendio provocado por la chispa de magia que había sido robada del Templo de los Vientos.

En el centro del círculo, donde había estado el espíritu, se formó un remolino mientras el espíritu era absorbido de nuevo hacia el inframundo.

En la distancia, allá en el mundo de los muertos, Kahlan oyó el suave eco de una risa que lanzaba otro espíritu. Era una risa tan malvada que Kahlan se estremeció.

Cuando despertó del estado de trance vio a los ancianos de pie a su alrededor. Ellos estaban más acostumbrados a ese estado de conciencia alterada; a ella la cabeza aún le daba vueltas y le dolía. El anciano Breginderin le ofreció una mano para ayudarla a levantarse.

Apenas le tomó la mano vio bajo la capa de barro blanco y negro las marcas en las piernas. Alzó la vista y se topó con la sonrisa amable y tranquila del anciano. El hombre no viviría más allá de ese día.

Su amigo, Savidlin, le tendió la ropa. Pese al barro, Kahlan se sintió muy desnuda de pronto y comenzó a vestirse a toda prisa, aunque tratando de disimular la vergüenza y al mismo tiempo reprendiéndose a sí misma por preocuparse de algo tan trivial cuando se enfrentaban a una verdadera catástrofe. Lo importante de la reunión era invocar a los espíritus de los muertos, no si se era hombre o mujer. No obstante, ella era la única mujer presente. Todos los demás eran hombres.

—Gracias por venir, Madre Confesora —dijo el Hombre Pájaro—. *Sabemos que este regreso a casa no es tan alegre como todos deseábamos.*

—No —susurró Kahlan—, *no lo es. Mi corazón se llena de júbilo al ver de nuevo a mi gente, pero la tristeza empaña la alegría. Ya sabéis, honorables ancianos, que Richard y yo cumpliremos con nuestro deber y no descansaremos hasta acabar con esto.*

—¿Crees posible acabar con algo como una fiebre? —preguntó Surin.

Savidlin posó una mano sobre el hombro de Kahlan, mientras ésta se abrochaba la camisa.

—La Madre Confesora y Richard, el de genio pronto, ya nos prestaron su ayuda en el pasado. Conocemos sus corazones. Nuestro antepasado nos ha dicho que esta fiebre es debida a la magia. La Madre Confesora y el Buscador poseen magia muy poderosa. Ambos harán lo que deban.

—Savidlin tiene razón. Haremos lo que debamos.

Savidlin le sonrió.

—Y después, cuando hayáis terminado, regresaréis aquí, con vuestra gente, para casaros tal como estaba planeado, ¿verdad? Mi esposa, Weselan, desea ver a su amiga, la Madre Confesora, desposándose con el vestido azul que cosió con sus propias manos.

Kahlan reprimió un sollozo.

—No hay nada que pudiera proporcionarme más felicidad que eso, excepto ver cómo toda nuestra gente se recupera.

—*Eres una gran amiga de la gente barro, hija mía* —declaró el Hombre Pájaro—. *Esperamos con ilusión la boda, cuando hayáis acabado con todos estos asuntos de magia y espíritus.*

Kahlan miró brevemente todos esos ojos fijos en ella. Casi con total seguridad los ancianos no habían presenciado las mismas visiones de muerte que ella, ni tampoco comprendían el verdadero alcance de la epidemia a la que se enfrentaban. Todos ellos habían sufrido antes fiebres, pero nada comparado con la peste.

—*Honorables ancianos, si fracasamos..., si no...*

La voz le falló. El Hombre Pájaro acudió en su ayuda.

—*Si fracasáis, sabremos que no ha sido porque no lo hayáis intentado todo, hija mía. Si existe un camino, sabemos que haréis lo imposible por hallarlo. Confiamos en vosotros.*

—*Gracias* —murmuró Kahlan.

Las lágrimas le empañaban los ojos. Mantuvo con esfuerzo la barbilla bien alta. Si demostraba miedo, sólo conseguiría asustarlos.

—*Kahlan, debes casarte con Richard, el de genio pronto* —comentó el Hombre Pájaro en tono de guasa, para animarla—. *Ya se libró de casarse con la mujer barro que nosotros elegimos, pero no se librará de casarse contigo, te lo aseguro. Debe casarse como sea con una de los nuestros.*

Kahlan se sintió demasiado aturdida para devolverle la sonrisa.

—*¿Te quedarás el resto de la noche?* —preguntó Savidlin—. *Weselan se alegraría mucho de verte.*

—*Perdonadme, honorables ancianos, pero si quiero salvar a nuestra gente, debo regresar enseguida. Tengo que comunicarle a Richard lo que he averiguado con vuestra ayuda.*

7

Una mujer salió de un portal en el callejón estrecho y desierto. El hombre tuvo que detenerse para no chocar con ella. Bajo el chal llevaba un vestido muy fino y tenía los pezones erectos por el frío, lo que evidenciaba que debajo no llevaba nada más.

La mujer pensó que el hombre le sonreía a ella; se equivocaba. En realidad se congratulaba de cómo, a veces, la oportunidad surgía cuando menos lo esperaba. Él lo atribuía a su naturaleza extraordinaria, que atraía tales acontecimientos.

Por inesperada que fuese la situación, él siempre estaba preparado para darle la vuelta en provecho propio.

La mujer le devolvió la sonrisa mientras le acariciaba el pecho con la mano hacia arriba, y con un solo dedo le rozó la punta del mentón.

—Hola, cariño. ¿Buscas un poco de placer?

No era una mujer atractiva, aunque la naturaleza de esa oportunidad casual encendió inmediatamente su deseo. Sabía de qué se trataba. Por el modo en que la mujer se le arrimaba, reclamando su atención, lo sabía. No era la primera vez que le sucedía. De hecho, a veces lo buscaba. Era más que un desafío, y éste conducía a una forma excepcional de plenitud.

La situación no era la ideal. En realidad, presentaba desventajas evidentes, por ejemplo que los chillidos de la mujer podían llamar la atención, pero, de todos modos, podía ser placentera. Todos sus sentidos se abrieron y comenzó a asimilar los detalles, de la misma forma que la tierra seca absorbe la lluvia. El hombre se dejó invadir por el deseo.

—Bueno —dijo, arrastrando la voz—, ¿tienes una habitación?

Sabía que no la tendría. Sabía de qué iba todo eso.

—No necesitas una habitación, cariño —contestó ella, apoyando una muñeca en el hombro de su cliente—. Sólo necesitas media moneda de plata.

Tan discretamente como pudo, el hombre inspeccionó con la mirada los edificios próximos. Ninguna luz brillaba en las ventanas. Solamente unas pocas luces distantes se reflejaban en el húmedo pavimento. Era un barrio de almacenes; nadie vivía en esos edificios. No era probable que hubiese mucha gente por la calle, excepto transeúntes como él. No obstante, era consciente de que la lujuria no debía hacerle olvidar la prudencia.

—Hace un poco de frío para desnudarnos aquí, sobre los adoquines, ¿no te parece?

La mujer le colocó una mano sobre la mejilla para que no se distrajera. Con la otra mano le tocó la entrepierna y ronroneó de satisfacción por lo que descubrió.

—No te preocupes, cariño. Por media moneda de plata te proporcionaré un lugar muy calentito para meterla.

El hombre estaba disfrutando con el juego. Había pasado demasiado tiempo. Así pues, ofreció a la mujer su expresión más cándida e inexperta.

—Bueno, no sé. Todo esto me parece un poco grosero. Normalmente me gusta disponer de más tiempo para que también la joven dama goce.

—Yo voy a gozar, cariño. No creerás que hago esto sólo por dinero, ¿verdad? Claro que no. Me lo paso bien; lo hago por placer. —Mientras hablaba, retrocedía hacia el portal del que había salido. El hombre permitió que la mujer lo guiara con los dedos alrededor de la nuca.

—No llevo calderilla —declaró y casi pudo ver cómo los ojos de la mujer se iluminaban al pensar en su suerte. Ya tendría tiempo para darse cuenta de que esa noche había tenido muy mala suerte.

—¿De veras? —replicó ella, fingiendo que iba a retirar su oferta, convencida de que lo había atrapado con las insinuaciones de lo que podía ofrecerle—. Bueno, una dama tiene que ganarse la vida. Supongo que no me queda más remedio que seguir buscando...

—Lo más pequeño que llevo es una moneda de plata. Me encantará dártela si realmente te tomas tu tiempo y gozas como yo. Me gusta que las jóvenes damas como tú disfruten. Eso me complace.

—Qué adorable eres —declaró la mujer con torpe y exagerado deleite, mientras cogía la moneda de plata que le ofrecía.

La mujer apestaba y no era bonita ni siquiera cuando sonreía. Sin embargo, el hombre se deleitaba en los detalles: el pelo áspero, el desagradable olor corporal, la nariz curva y los ojos diminutos. Era una mujer común y corriente, indigna de alguien de su posición, pero el hombre no se complacía sólo en la belleza.

Mientras la observaba, aguzaba las orejas. Si realmente quería sacar el máximo placer de la situación, debía tener en cuenta otros detalles aún más importantes.

La mujer retrocedió en el portal, que era poco profundo, y se sentó en un taburete que tenía preparado. En el portal apenas cabían ellos dos. El hombre, de pie ante ella, daba la espalda al callejón.

Le sacó de quicio que la mujer lo tomara por un bobo ignorante e impetuoso. Ya le enseñaría él lo equivocada que estaba.

Mientras la prostituta trataba torpemente de quitarle el cinturón, le plantó un beso en la bragueta. No tardaría mucho. La mujer tenía prisa por acabar e irse a otro sitio para cosechar el máximo de monedas posible al amparo de la noche.

Antes de que pudiera bajarle los pantalones, el hombre le cogió suavemente ambas muñecas con una mano. No podía permitirse tener los pantalones bajados cuando todo empezara. De eso nada.

Ella le sonrió. Era evidente que se sentía desconcertada, aunque seguía convencida de que podía cautivarlo con su sonrisa. Por suerte, no tendría que soportarla mucho más. Ya no tardaría.

La noche era bastante oscura, demasiado para ver con claridad lo que él hacía. La gente veía lo que esperaba ver.

Mientras ella le seguía sonriendo y antes de que tuviera oportunidad de preguntar, el hombre le agarró el cuello con la mano libre. Ella pensó que simplemente deseaba tenerla cogida mientras le prestaba el servicio.

La cabeza de la mujer se inclinaba hacia atrás en un ángulo perfecto. Con el pulgar y lanzando apenas un gruñido por el esfuerzo, le aplastó la tráquea.

Entonces fue él quien sonrió. La mujer lanzó un ahogado sonido que no tenía por qué despertar sospechas. La gente oía lo que esperaba oír, del mismo modo que veía lo que esperaba ver. El hombre se inclinó hacia ella para que pareciese un intercambio habitual, cuando en realidad la estaba estrangulando.

—Sorpresa —susurró a la mujer, cuyos ojos se le salían de las órbitas.

La expresión asombrada de ella mientras la estrangulaba le produjo intenso placer. Cuando los brazos de ella quedaron inertes, el hombre los dejó caer y la sostuvo agarrándola por un mechón de pelo. Entonces le inclinó la cabeza hacia atrás sobre su muslo para sostenerla más fácilmente mientras esperaba.

Apenas unos segundos después percibió los pasos precavidos de alguien que se le acercaba por la espalda. Como suponía, eran más de uno y sabía qué querían: robarle.

Bastaron unos segundos más para que salvaran la distancia que los separaba. Para el hombre esos segundos se prolongaron por la expectación y los detalles de lo que veía, oía y olía. No existía nadie tan excepcional como él; era el dueño del tiempo, de la vida y de la muerte.

Por fin había llegado el momento de disfrutar del resto del placer.

Levantó con fuerza una rodilla contra la espalda de la mujer y, con un súbito tirón, le rompió el cuello por encima de su propia pierna. Entonces, giró en redondo y le clavó el cuchillo al ladrón que tenía

justo detrás de él y al que abrió en canal desde la ingle hasta el esternón. Mientras las entrañas del ladrón se derramaban en el suelo del callejón, el hombre giró sobre sí mismo y lo dejó atrás.

Esperaba a un segundo ladrón, pero eran tres en total. Normalmente una mujer como ésa contaba con dos cómplices para desvalijar al cliente. Nunca antes se había encontrado con tres. El inesperado peligro de la situación le produjo un profundo deleite.

El ladrón de la derecha describió una curva con el brazo. El hombre vio el cuchillo que empuñaba y retrocedió un paso para eludir el ataque. A continuación detuvo el avance del tercer ladrón propinándole un terrible puntapié con la puntera de la bota en la base del esternón. El hombre se estrelló contra la pared de atrás y, con un gruñido de dolor, cayó de cuatro patas, incapaz de respirar.

El ladrón de la derecha se quedó paralizado. En ese instante eran uno contra uno. El rostro era el de un simple muchacho, apenas un hombre. Mostrando el escaso valor de un muchacho, echó a correr.

El hombre sonrió. Cuando alguien echaba a correr no existía blanco más perfecto que la cabeza, pues ésta permanecía casi inmóvil mientras que los brazos y las piernas se agitaban furiosamente. Ese blanco era un punto fijo en su visión.

Lanzó el cuchillo. El muchacho corría tan rápidamente como se lo permitían sus jóvenes piernas. Pero el cuchillo era más veloz y dio en el blanco con un contundente ruido sordo. El joven ladrón se derrumbó al instante.

El tercero logró ponerse en pie. Era mayor que el otro, más musculoso, fuerte y estaba furioso. Perfecto.

De una patada lateral le rompió la nariz. Aullando de dolor y de rabia, el ladrón se abalanzó hacia él. El hombre percibió un destello de acero y se apartó a un lado, mientras que con un barrido de la pierna lo hacía caer. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Para él, luchar contra ese toro enfurecido y peligroso que lo atacaba, enloquecido, era una ocasión espléndida.

Se impregnó de los detalles: las ropas del rival, el pequeño desgarrón en la espalda del abrigo, la parte de la cabeza calva en la que se reflejaba la luz distante, el pelo ensortijado y grasiento, la cicatriz en la oreja derecha, la manera como se desplomó cuando recibió el golpe de la bota entre los omóplatos.

Cuando retorcía el brazo del ladrón en la espalda se fijó en la sangre. Justamente la sangre era algo que cuidaba mucho. Ésa no debía estar allí. No le había hecho ningún corte al ladrón... todavía. Tampoco procedía de la nariz rota.

Raramente experimentaba un estremecimiento de sorpresa como el que le produjo esa presencia inesperada de sangre.

Se dio cuenta de que el ladrón gritaba de dolor. Los gritos arreciaron cuando el hombro se le salió de la articulación. El hombre se dejó caer sobre la espalda de su rival y le golpeó la cabeza contra los adoquines, rompiéndole los dientes y silenciándolo hasta cierto punto.

Entonces agarró un puñado de cabello grasiento y tiró de la cabeza hacia atrás, escuchando los gruñidos.

—El robo es un negocio muy peligroso. Te ha llegado la hora de pagar el precio.

—No te habríamos hecho nada —farfulló el ladrón—. Sólo robarte, cabrón.

—Así que cabrón, ¿eh?

Lenta y cuidadosamente, disfrutando centímetro a centímetro, le seccionó la garganta mientras su víctima se debatía.

Esa noche había sido rica en placeres inesperados. El hombre alzó las manos, curvó los dedos y lentamente arrastró hacia él la quintaesencia de la muerte, capturando su sedosa sustancia a medida que se elevaba en la oscuridad, atrayéndola hacia sí.

Ésa era la culminación de esas vidas. Él era el equilibrio, la muerte. Gozaba contemplando esa revelación en los ojos de sus víctimas. Lo que más le gustaba era regodearse en esa mirada, en ese conocimiento, en el terror. Eso lo colmaba y lo hacía sentirse completo.

Balanceaba el cuerpo, extasiado por el empalagoso olor de la sangre. Lamentaba que no hubiera durado más. Lamentaba no haber podido disfrutar mucho más rato de los gritos. Los gritos lo arrebataban. El hombre los anhelaba, los necesitaba, los deseaba con lujuria. Los gritos lo hacían sentirse realizado y completo. Los necesitaba. No necesitaba el sonido en sí, pues, en realidad, solía amordazar a sus víctimas, sino el intento de gritar y lo que eso representaba: terror.

Se sentía insatisfecho y con los deseos no saciados, por no haber podido gozar a sus anchas de los gritos de terror.

Se deslizó por el callejón y comprobó que su puntería seguía tan certera y el cuchillo igual de afilado que siempre. Había dado en el blanco. El muchacho yacía de costado. Componía una estampa deliciosa con el pesado cuchillo hincado en la nuca, y la punta sobresaliéndole por la frente, algo desviada del centro.

Inmerso en un mar de sensaciones, se dio cuenta de que sentía algo más: dolor.

Sorprendido, se examinó el brazo y descubrió el origen de la sangre inesperada. Tenía un tajo de quince centímetros de longitud en la cara externa del antebrazo derecho. Era bastante profundo. Necesitaría puntos.

Ese contratiempo le produjo un placer tal que reprimió una exclamación.

Peligro, muerte y dolor todo en una noche. Era demasiado bueno. Las voces no se habían equivocado al aconsejarle que fuese a Aydindril.

No obstante, no había obtenido lo que necesitaba: el terror prolongado, el cuidadoso trabajo con el cuchillo, la mutilación, la orgía de sangre, el placer de infligir infinito y exquisito dolor y, para acabar, el frenesí del apuñalamiento.

Pero las voces celestiales le prometieron que lo tendría, le prometieron que lograría la conquista final, el equilibrio último, la comunión definitiva.

Le prometieron la consumación final del libertinaje.

Le prometieron a la Madre Confesora.

Su hora estaba cerca, y la de ella también.

Pronto.

Cuando Verna humedeció la frente de Warren dando pequeños toques, el joven abrió los ojos. Verna soltó un largo suspiro de alivio.

—¿Cómo te sientes?

Warren trató de incorporarse sobre el heno. Verna se lo impidió con suavidad y firmeza empujándole el pecho con una mano.

—Quédate tumbado y descansa.

Warren se estremeció de dolor y se humedeció los labios.

—Tengo sed.

Verna se giró, cogió el cazo del cubo y se lo acercó a los labios del joven. Warren sostuvo entre las manos el recipiente semiesférico y abollado mientras bebía ávidamente toda el agua que contenía. Al acabársela, jadeó, tratando de recuperar la respiración y pidió más.

Verna volvió a sumergir el cazo en el cubo y le dejó beber hasta saciarse.

—Me alegra verte despierto —le dijo, sonriendo.

Warren le devolvió la sonrisa con un esfuerzo evidente.

—Y yo me alegro de estar despierto. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente esta vez?

Verna se encogió de hombros para tranquilizarlo.

—Unas pocas horas.

Warren recorrió con la mirada el interior del granero. Verna alzó la lámpara para ayudarlo a ver mejor. La lluvia repiqueteaba contra el tejado y, en comparación, dentro se estaba cómodo y calentito. Verna dejó la lámpara y se apoyó sobre un codo a su lado.

—No es un alojamiento de lujo, pero al menos está seco.

Cuando encontraron la granja, Warren estaba casi inconsciente. A la familia de granjeros les cayeron bien y les ofrecieron su cama, oferta que Verna rechazó, pues no deseaba obligarlos a dormir en el granero.

Durante su viaje de veinte años, Verna durmió a menudo en lugares como ése y, pese a la falta de comodidades, le agradaban. Le gustaba el olor del heno. Durante el viaje creyó que lo odiaba, pero al regresar a la vida enclaustrada del Palacio de los Profetas, cambió de opinión y comenzó a añorar el olor del heno, de la tierra, de la hierba y del aire limpio tras la lluvia.

—Verna, lo siento —se disculpó Warren, colocando delicadamente una mano sobre la de Verna—. Os estoy retrasando mucho.

Verna sonrió. Era de carácter impaciente, por lo que antes hubiese estado dando vueltas sin parar, preocupada. Pero Warren y el amor que compartían habían actuado como un bálsamo en su carácter. Warren le convenía. Lo era todo para ella.

—Tonterías —declaró, echándole hacia atrás el pelo rubio ensortijado y besándolo en la frente—. De todos modos teníamos que detenernos para pasar la noche. La lluvia nos habría obligado a viajar muy despacio y en pésimas condiciones. Si ahora descansamos, después viajaremos a paso más rápido. Créeme, tengo mucha experiencia en viajes.

—Pero es que me siento tan..., tan inútil.

—Eres un profeta, y eso nos proporciona una información que está muy lejos de ser inútil. Para empezar, ha evitado que viajásemos durante días en la dirección equivocada.

Los atribulados ojos azules de Warren se posaron en las vigas del techo.

—Los dolores de cabeza son cada vez más frecuentes. Cuando cierro los ojos me da miedo pensar que tal vez no volveré a despertarme nunca más.

Por primera vez en esa noche, Verna torció el gesto.

—No pienso oír tonterías como ésa, Warren. Lo conseguiremos.

—Si tú lo dices... —replicó Warren en tono vacilante. Era obvio que no deseaba discutir con ella—. Pero cada vez os retraso más.

—Ya he tomado medidas.

—¿Ah, sí? ¿Qué has hecho?

—He alquilado un transporte. Para parte del camino, al menos.

—Verna, tú misma dijiste que no querías alquilar un coche de caballos, porque llamaría la atención. Dijiste que no querías arriesgarte a que nos reconocieran, ni tampoco despertar la curiosidad de la gente, que podría preguntarse quién viajaba en el coche.

—No se trata de un coche. Y no pienso escuchar una retahíla de objeciones. He contratado al granjero para que nos lleve un trecho hacia el sur en su carro para el heno. Me ha dicho que podemos tumbarnos en la parte de atrás, para que descanses. Nos cubrirá con heno para que nadie nos moleste.

—¿Por qué está dispuesto a hacer eso por nosotros? —inquirió Warren, receloso.

—Le he pagado bien. Además, él y su familia son leales a la Luz y respetan a las Hermanas de la Luz.

Esas palabras tranquilizaron a Warren.

—Bueno, suena bien. ¿Estás segura de que quiere hacerlo voluntariamente? No le habrás tirado de las orejas, ¿verdad?

—No. De todos modos pensaba ir.

—¿De veras? ¿Por qué?

Verna suspiró.

—Tiene una hija enferma. No tiene más que doce años. Quiere ir a comprarle un tónico.

La sospecha ensombreció la cara del joven.

—¿Por qué no la has curado tú?

—Lo intenté, pero no pude —contestó Verna, sosteniéndole la mirada—. Tiene fiebre muy alta, calambres y vómitos. Lo he intentado todo. Daría casi cualquier cosa por librar a esa pobre pequeña del sufrimiento.

—¿Tienes idea de por qué no has podido?

Verna negó con la cabeza tristemente.

—El don no lo cura todo, Warren, ya lo sabes. Si se hubiera roto un hueso, podría ayudarla. Si tuviera determinado mal, podría ayudarla. Pero el don tiene efectos limitados sobre la fiebre.

Warren apartó la mirada.

—Qué injusto es. Ellos se ofrecen a ayudarnos y nosotros casi no podemos hacer nada por ellos.

—Lo sé —musitó Verna.

Durante un rato se quedó escuchando el golpeteo de la lluvia en el tejado.

—Al menos, le he aliviado un poco el dolor de vientre y podrá descansar mejor.

—Bien. Al menos, eso es una buena noticia. —Warren jugueteaba con una brizna de paja—. ¿Has logrado ponerte en contacto con la prelada Annalina? ¿Te ha dejado algún mensaje en el libro de viaje?

Verna trató de ocultar su desasosiego.

—No. No ha respondido a mis mensajes, ni tampoco me ha enviado ninguno. Debe de estar muy ocupada y no tiene tiempo para nuestros pequeños problemas. Ya sabremos de ella cuando tenga tiempo.

Warren hizo un gesto de asentimiento. Verna apagó la lámpara soplando. Luego se acurrucó contra él, apoyó la frente sobre el hombro del joven y un brazo sobre su pecho.

—Será mejor que durmamos un poco. Partiremos al amanecer.

—Te amo, Verna. Si no vuelvo a despertarme, quiero que lo sepas.

Por respuesta, Verna le acarició una mejilla.

Clarissa se frotó los ojos, tratando de despabilarse. Por los bordes de las pesadas cortinas color verde oscuro se filtraba la luz del alba. Se incorporó en la cama. No recordaba haberse levantado nunca sintiéndose tan bien. Se volvió para decírselo a Nathan, pero Nathan ya no estaba allí.

La mujer se sentó en el borde del lecho y se levantó. Cuando se estiró, los músculos de las piernas protestaron; le dolían un poco a causa de las actividades nocturnas. Al pensar en eso no pudo evitar sonreír. Jamás habría imaginado que las agujetas pudieran ser tan agradables.

Metió los brazos en las mangas del bonito salto de cama rosa que Nathan le había comprado, rozó con las mejillas los volantes del cuello y finalmente se ató el cinturón de seda. Agitó los dedos de los pies encima de la gruesa alfombra, deleitándose en la sensación que eso le producía.

Nathan estaba sentado tras el escritorio, inclinado sobre una carta. Cuando Clarissa apareció en el umbral, alzó la vista y le sonrió.

—¿Has dormido bien?

Clarissa entornó los ojos y sonrió.

—Supongo que sí. Bueno —añadió con una sonrisa—, lo poco que he podido.

Nathan le hizo un guiño, sumergió la pluma en un tintero que contenía tinta azul y continuó escribiendo. Clarissa se puso a su espalda y apoyó ambas manos sobre sus hombros. Nathan sólo llevaba pantalones. Usando los pulgares, la mujer le masajeó los músculos de la base del cuello. Animada por el

sonido de placer que se le escapó al profeta, continuó. Le gustaba oír cómo gozaba Nathan y, sobre todo, le gustaba ser ella quien le proporcionara ese placer.

Mientras le trabajaba los músculos de los hombros con los pulgares, echó un vistazo a lo que escribía. Eran instrucciones sobre el desplazamiento de tropas hacia lugares que ella jamás había oído. Nathan seguía escribiendo y advertía seriamente a un general acerca del vínculo con lord Rahl y sobre las graves repercusiones que comportaría desdeñar ese vínculo. El tono de la misiva era el mismo tono autoritario que empleaba cuando quería que la gente lo tratara como el hombre importante que era. Firmó la carta como lord Rahl.

Clarissa se inclinó, se acurrucó contra el cuello de Nathan y le mordisqueó suavemente una oreja.

—Nathan, anoche fue más que maravilloso. Fue mágico. Estuviste magnífico. Soy la mujer más afortunada del mundo.

—¿Magia? —Nathan sonrió pícaramente—. Sí, reconozco que algo de eso hubo. Ya soy viejo y utilizo todos mis recursos.

Clarissa le peinó la cabellera con los dedos.

—¿Viejo tú? Yo no lo creo, Nathan. Me bastaría con saber que te di la mitad del placer que tú me diste a mí.

Nathan se echó a reír mientras doblaba la carta.

—En ese caso no debes preocuparte. —El profeta deslizó una mano dentro del salto de cama de Clarissa y le pellizcó el trasero desnudo. La mujer se sobresaltó—. Pasar la noche con una mujer tan hermosa y adorable como tú ha sido uno de los mejores momentos de mi vida.

La traviesa sonrisa de Nathan se hizo más amplia al posar la palma de la mano en las nalgas de Clarissa y acariciarlas. En sus ojos brillaba el deseo.

—Permíteme que acabe con este asunto y luego trataremos de sacar el máximo partido a esa cama tan grande y cara.

Con una cucharilla de cobre diminuta sacó pequeñas pepitas de cera roja de un bote y las vertió encima de la carta doblada.

—Nathan, tontorrón, para sellar la carta tienes que echar cera fundida.

Nathan enarcó una ceja.

—Clarissa, querida, ya deberías haberte dado cuenta de que mi modo de hacer las cosas es mejor.

Clarissa soltó una risa ronca.

—Lo reconozco.

Nathan giró un dedo alrededor de las pepitas de cera. Chispas de luz danzaron desde su dedo hasta la cera. Las pepitas brillaron brevemente antes de fundirse formando una mancha roja sobre la carta. Clarissa ahogó un grito de deleite. Nathan no dejaba de sorprenderla. Sintió que se sonrojaba al recordar que los dedos del profeta eran asimismo capaces de conseguir otro tipo de magia.

Se inclinó y le susurró al oído en tono íntimo:

—Lord Rahl, me encantaría que tú y ese dedo mágico volvierais al lecho conmigo.

Nathan alzó su dedo mágico para declarar.

—Así será, querida, tan pronto como haya enviado esta carta.

Nuevamente giró el dedo por encima de la misiva, y ésta se levantó del escritorio por sí misma. Clarissa lo miraba con expresión atónita. La carta flotaba en el aire por delante del profeta, que se encaminaba hacia la puerta. Con un dramático giro de la otra mano la puerta se abrió sola.

Un soldado sentado en el suelo del pasillo, apoyado en la pared de enfrente, se puso en pie y saludó golpeándose el pecho con el puño.

Nathan parecía un loco, vestido sólo con pantalones y la melena blanca cayéndole sobre los hombros. Clarissa sabía que no lo era, pero era consciente de que ésa era la impresión que causaba a los otros estando allí de pie, tan alto como era y en actitud autoritaria.

Por cómo lo miraban, Clarissa se daba cuenta de que la gente lo temía, lo cual, por otra parte, era comprensible. Aún recordaba lo asustada que se sentía ella antes de conocerlo mejor. No obstante, apenas recordaba ya hasta qué punto la imagen del alto y fornido profeta la había aterrorizado.

Cuando Nathan posaba sus ojos azul celeste en la gente y sus cejas de halcón expresaban enojo, Clarissa pensaba que podría lograr que todo un ejército diera media vuelta y huyera.

Nathan extendió un brazo, y la carta flotó hacia el soldado de cara adusta.

—Recuerdas las instrucciones, ¿verdad, Walsh?

El soldado atrapó la carta en el aire y se la metió en la guerrera. Aunque se mostraba respetuoso, no parecía intimidado.

—Pues claro. Lo sabes mejor que yo, Nathan.

Nathan perdió parte de su altivez y se rascó la cabeza.

—Sí, supongo que sí.

Clarissa se preguntó dónde habría encontrado Nathan al soldado y cuándo había tenido tiempo para impartirle instrucciones. Seguramente habría salido mientras ella dormía.

Ese soldado le parecía distinto de casi todos los demás que había visto. Llevaba una capa de viaje con un cinturón ancho de piel provisto de compartimentos, y sus ropas eran de calidad superior a la de los soldados regulares que estaba acostumbrada a ver. Además, su espada era más corta, así como el cuchillo. Era alto y fornido como Nathan aunque, por su porte, a Clarissa nadie le parecía tan alto y fuerte como Nathan.

—Entrega esta carta al general Reibisch —decía Nathan—. Y no lo olvides: si alguna de esas Hermanas empieza a hacerte preguntas, diles que lord Rahl te ordenó que mantuvieras la boca cerrada. Eso las hará callar.

—Comprendo..., lord Rahl —repuso el soldado con una sonrisa cómplice.

—Perfecto. ¿Qué hay de los demás?

El soldado Walsh hizo un gesto vago.

—Bollesdun estará por aquí y te dirá lo que averigüe. Estoy bastante seguro de que no era más que una fuerza expedicionaria de Jagang, pero Bollesdun se asegurará. Aunque era muy numerosa, no es nada comparada con el grueso del ejército. Cerca del puerto Grafan no hay indicios de que el grueso del ejército se haya desplazado ya al norte.

»Por lo que he oído, Jagang se limita a esperar que algo pase. No sé de qué se trata, pero no está enviando tropas hacia el norte, hacia el Nuevo Mundo.

—El ejército que yo vi se había adentrado mucho en el Nuevo Mundo.

—No obstante, sigo creyendo que no era más que una fuerza expedicionaria. Jagang es un hombre paciente. Tardó años en conquistar el Viejo Mundo y consolidar su poder. La táctica que empleó fue muy parecida: enviar fuerzas expedicionarias para tomar una ciudad clave o conseguir información de algún tipo, casi siempre registros y libros. Sus soldados son brutales, lo cual forma parte del plan, pero lo importante son los libros.

»Los expedicionarios envían a Jagang todo lo que encuentran y luego aguardan otro destino. Bollesdun ha encomendado a algunos de los nuestros que averigüen cuál es, pero tienen que andarse con pies de plomo. Seguramente tardarán bastante, así que pasa la espera lo mejor que puedas.

Nathan se acarició el mentón mientras reflexionaba.

—Sí, me imagino que Jagang no tiene ningunas ganas de enviar un ejército al Nuevo Mundo por el momento. Será mejor que te pongas en camino.

Walsh hizo un gesto de asentimiento. Sus ojos se posaron en los de Clarissa e inmediatamente miró a Nathan con una leve sonrisa dibujada en el rostro.

—Ni yo mismo habría elegido mejor —comentó.

Nathan se rió entre dientes.

—Los asuntos del corazón son uno de los milagros de la naturaleza.

Por cómo Nathan lo dijo, el corazón de Clarissa se hinchó de orgullo por saberse incluida en los asuntos del corazón de Nathan.

—Ten mucho cuidado en este nido de ratas, Nathan. No me gustaría averiguar que, después de todo, no tienes ojos en la espalda. —Dio unos golpecitos en la guerrera, donde había guardado la carta—. Especialmente cuando haya entregado esto.

—Tendré cuidado, chico. Tú asegúrate de entregar la carta.

—Te doy mi palabra.

Una vez que Nathan cerró la puerta y quedó libre, se volvió hacia Clarissa. En sus ojos había de nuevo esa chispa de deseo, y sonrió pícaramente.

—Por fin solos, querida.

Clarissa chilló y corrió al lecho, fingiéndose asustada.

8

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó Ann.

Zedd estiró el cuello. Costaba ver más allá del muro de piernas que los rodeaban. Los cazadores de espíritus nantong ladraron órdenes que Zedd no comprendió, pero algunas de las lanzas que los apuntaban apoyaron la punta en los hombros del mago, transmitiendo un mensaje inequívoco: haría mejor en quedarse donde estaba.

Zedd y Ann estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, custodiados por un grupo de nantong, mientras que otros conferenciaban a una cierta distancia con un grupo de si doak, también sentados en el suelo.

—Están demasiado lejos para oír qué dicen, pero aunque los oyéramos seguramente no sacaríamos demasiado. Apenas conozco un par de palabras en si doak.

Ann arrancó una larga brizna de hierba y se la enrolló alrededor de un dedo. Evitaba mirar a Zedd para no dar a sus captores la idea de que estaban cuerdos y eran capaces de conspirar. Para mantener las apariencias, se rió en tono muy agudo.

—¿Qué sabes sobre los si doak? —preguntó.

Zedd agitó los brazos como un pájaro a punto de alzar el vuelo.

—Sé que no hacen sacrificios humanos.

Un guardia golpeó a Zedd en la cabeza con el asta de la lanza, para quitarle cualquier idea de huir volando. En lugar de maldecirlo, que era lo que de verdad quería hacer, Zedd se carcajeó.

—¿Empiezas a reconsiderar tu actitud de dejar que los nantong vivan como quieran? —le espetó Ann, mirándolo por el rabillo del ojo.

—Si les hubiera dejado salirse con la suya, ahora mismo tú y yo estaríamos en el mundo de los espíritus. El que respetes a los lobos no significa que les permitas comerse tu rebaño.

Ann le dio la razón con un gruñido.

A cierta distancia, junto a una pequeña elevación, las negociaciones se prolongaban. Aproximadamente, diez nantong y un número igual de si doak formaban un círculo sentados de piernas cruzadas. Los nantong hablaban en voz alta acompañándose de exagerados movimientos de los brazos. Señalaban a Zedd y pronunciaban discursos ininteligibles pero muy sentidos.

—Por lo que sé, los si doak son un pueblo muy pacífico —susurró Zedd a Ann—. Nunca he oído que guerrearan con sus vecinos o usaran la fuerza contra ellos, ni siquiera con vecinos más débiles que ellos, pero, cuando se trata de comerciar, son despiadados. Casi todos los de por aquí preferirían regatear con un lobo. Mientras que otras tribus enseñan a sus jóvenes a luchar, los si doak les enseñan a regatear.

Ann miró en la dirección opuesta, como si nada de lo que ocurría le interesara.

—¿Por qué son tan buenos regateando?

Zedd lanzó un vistazo a sus guardias. Todos observaban la negociación y apenas prestaban atención a los prisioneros.

—Poseen la rara habilidad de retirarse. Mientras que otros se obcecan en algo y están dispuestos a conformarse con menos sólo para cerrar un trato, los si doak no lo hacen. Ellos simplemente se retiran. En caso necesario cortan por lo sano sin ningún pesar y pasan a otra cosa.

Uno de los si doak, con un tocado de piel de conejo, depositó una pila de mantas en el centro del círculo, luego señaló un pequeño rebaño de cabras e hizo una oferta que Zedd comprendió que incluía a dos de los animales.

Los nantong se escandalizaron. El guerrero que llevaba las negociaciones se levantó de un salto y alzó repetidamente la lanza hacia el cielo, expresando así su indignación por el bajo precio ofrecido. Pero Zedd se fijó en que se quedaba. Su honor estaba en juego; los nantong habían invertido mucho.

Zedd propinó un ligero codazo a Ann, inclinó la cabeza hacia atrás y aulló como un coyote. Ann captó el mensaje y se unió a él. Ambos gañían y aullaban a voz en grito.

Los negociadores enmudecieron y miraron a los prisioneros. El negociador de los nantong volvió a sentarse.

Zedd y Ann recibieron sendos golpes en la cabeza para que se callaran. El regateo continuó. Un emisario nantong se levantó para inspeccionar más de cerca las cabras.

Zedd se rascó en el hombro. El barro seco le molestaba, aunque suponía que le hubiera molestado mucho más que le arrancaran el corazón, le cortaran la cabeza o lo que fuera que los nantong hicieran con las víctimas de sus sacrificios.

—Tengo hambre —masculló—. No nos han dado nada en todo el día. Es media tarde y no nos han dado nada para comer.

Para expresar su enojo, ladró a sus captores. Las negociaciones se interrumpieron un momento mientras que nuevamente todos miraban a los prisioneros. Los si doak se cruzaron de brazos y guardaron silencio con la mirada fija en los nantong.

Éstos recuperaron rápidamente el habla, aunque su tono cambió haciéndose conciliador e intercalando risitas en la conversación. La respuesta de los si doak fue breve y seca. El que llevaba la piel de conejo en la cabeza hizo un gesto hacia el sol de la tarde y luego hacia su poblado.

El negociador nantong cogió una manta de la pila del centro y la inspeccionó a regañadientes, fingiendo admiración. Luego pasó la manta a sus compañeros. Todos asintieron en gesto apreciativo, como si acabaran de descubrir su valor. El nantong enviado a examinar las cabras regresó con dos y se las mostró a sus compañeros, los cuales emitieron exclamaciones de admiración y sorpresa, como si se dieran cuenta de que esas cabras eran mucho más impresionantes que los esmirriados animales que esperaban encontrar.

Al parecer los nantong habían decidido que de ninguna manera iban a regresar a su poblado con los dos prisioneros. Cualquier mercancía útil sería mejor que dos humanos locos. No podían sacrificar dos chiflados a los espíritus. Cualquier cosa que consiguieran a cambio de ellos sería mejor que nada, especialmente en vista de que el interés de los si doak menguaba.

Mientras tanto, los si doak permanecían impasibles. Los nantong habían cometido un error: habían demostrado que necesitaban vender, y los si doak no valoraban nada por encima de un vendedor motivado.

Rápidamente se acordó el precio, que Zedd no entendió. El jefe de los si doak y el de los nantong se levantaron, se enlazaron por el codo y de esta guisa giraron juntos tres veces. Cuando se separaron, ambos charlaban alegremente. El trato estaba cerrado.

Los nantong comenzaron a recoger las mantas y ataron las cabras. Mientras, los si doak se acercaron a su botín. Los guardias golpearon a Zedd y Ann en la cabeza para advertirles que no estropearan el trato.

Zedd no tenía ninguna intención de estropearlo. Los si doak no sacrificaban a sus prisioneros. Por lo que él sabía, era un pueblo pacífico; el peor castigo que imponían en caso de falta grave era el destierro. A veces, los si doak desterrados perecían de hambre a causa de la nostalgia que sentían tras ser expulsados del único hogar que conocían. Cuando un niño de la tribu se portaba mal, todos lo castigaban haciéndole el vacío todo un día. Era un castigo terrible para un niño si doak, por lo que durante mucho tiempo se portaba bien.

Desde luego, Zedd y Ann no eran miembros de la comunidad si doak por lo que era posible, incluso muy probable, que no fuesen tratados del mismo modo.

—No creo que esta gente vaya a hacernos daño. Tenlo en cuenta —susurró Zedd a Ann—. Pero si deciden que no nos quieren, es posible que los nantong prefieran rebanarnos el pescuezo aquí mismo antes que sufrir la humillación de regresar a su aldea con dos locos.

—¿Primero quieres que juegue en el barro y ahora quieres que me porte como una niña modosita?

Zedd sonrió por el sarcasmo.

—Sólo hasta que los si doak se nos lleven.

El anciano de los si doak, el que llevaba la piel de conejo en la cabeza, se agachó frente a sus dos nuevas adquisiciones. Con las manos palpó los músculos de los brazos de Zedd y gruñó en gesto de desaprobación. A continuación hizo lo propio con los brazos de Ann y soltó un sonido de complacencia.

Ann enarcó una ceja en dirección a Zedd.

—Parece que me prefieren a mí antes que a un viejo escuálido como tú.

—Sí —repuso el mago, risueño—. Creo que les convences más como animal de tiro humano. Para ti será el trabajo duro.

—¿A qué te refieres? —Ya no quedaba ni rastro de la satisfecha expresión de Ann.

Zedd la hizo callar. Otro si doak se agachó junto al anciano. En la cabeza llevaba cuernos de cabra y se adornaba con casi un centenar de collares encima de la túnica de piel de ciervo. Algunos collares le llegaban hasta la entrepierna, mientras que otros le rodeaban el cuello y el resto lo cubría por completo entre ambos extremos. Eran collares hechos de dientes, cuentas, huesos, plumas, fragmentos de cerámica, discos de metal, monedas de oro, bolsitas de cuero y amuletos tallados. Era el chamán de la tribu.

El chamán tomó una mano de Zedd y suavemente le extendió el brazo. Cuando lo soltó, Zedd lo dejó caer. El chamán parloteó, disgustado. Con lo poco que entendía, Zedd dedujo que debía mantener el brazo en alto. No obstante, fingió que no entendía ni media palabra. El chamán volvió a levantarle el brazo y le hizo un gesto para que lo mantuviera levantado. Zedd obedeció.

Mientras que los guardianes nantong seguían amenazando a los prisioneros con las lanzas, el chamán sacó de una de las bolsas que llevaba al cinto tallos de hierba largos y enroscados. A continuación, enrolló los tallos alrededor de la muñeca de Zedd mientras cantaba algo. Al acabar, enrolló la hierba alrededor de la otra muñeca. Luego, le llegó el turno a Ann.

—¿Tienes idea de por qué hace esto? —inquirió la mujer.

—Para que no podamos usar nuestra magia. Los nantong no necesitan hacer nada para anular nuestra magia, pero los si doak usan algún tipo de magia propia para suprimir la nuestra. Este chamán posee el don. Es algo así como el mago o hechicero de los si doak. —Zedd la miró por el rabillo del ojo—. O quizá podríamos decir que es como las Hermanas de la Luz con sus collares. Como ocurre con los collares, no podremos quitarnos estos brazaletes.

Cuando tuvieron los brazaletes de hierba alrededor de las muñecas, los nantong retiraron las lanzas, recogieron las mantas que les correspondían, las dos cabras y se escabulleron a toda prisa.

El anciano si doak, el de la piel de conejo en la cabeza, se inclinó hacia Zedd y le dijo algo. Cuando Zedd frunció el entrecejo y se encogió de hombros para indicar que no comprendía, el anciano improvisó un lenguaje de signos. De ese modo les indicó cuáles serían sus tareas y el tiempo según las estaciones: cavó en el suelo fingiendo que plantaba, el calor del verano y el frío del invierno. Zedd no comprendió mucho, pero sí lo suficiente.

—Estos tipos nos han comprado salvándonos de una sentencia de muerte —dijo a Ann—. Para devolverles lo que les hemos costado, más un beneficio por las molestias, seremos sus esclavos durante dos años aproximadamente.

—¿Nos han vendido como esclavos?

—Eso parece. Pero sólo por un par de años. De hecho, teniendo en cuenta que los nantong iban a matarnos, es bastante generoso por su parte.

—Tal vez podríamos comprar nuestra libertad.

—Los si doak consideran que estamos en deuda con ellos, y esa deuda solamente la podremos pagar sirviéndoles. A su modo de ver, ellos nos han devuelto la vida, y nosotros debemos dedicar una parte de esa vida a demostrarles nuestra gratitud. Y a limpiar lo que ellos ensucian.

—¿Limpiar? ¿Tendremos que pagar la deuda fregando suelos?

—Supongo que querrán que cocinemos, carguemos con cosas, cosamos, cuidemos del ganado, etcétera.

Para confirmar lo que Zedd acababa de decirle, los si doak comenzaron a quitarse por encima de la cabeza las correas que sujetaban sus odres de agua y se los entregaron a Zedd y Ann.

—¿Qué quieren? —preguntó Ann.

Zedd enarcó una ceja.

—Que carguemos con el agua.

Otros tres si doak aparecieron con el resto de las mantas, las dividieron y se las tendieron a los nuevos porteadores.

—¿Me estás diciendo que el Primer Mago de la Tierra Central y la Prelada de las Hermanas de la Luz han sido vendidos como esclavos a cambio de unas pocas mantas y dos cabras? —preguntó Ann, totalmente indignada.

Alguien empujó a Zedd por detrás. El mago trastabilló y echó a andar detrás de los si doak, que partían.

—Sé qué quieres decir —dijo hablándole por encima del hombro—. Por primera vez desde que yo sepa, los si doak han pagado de más.

Zedd tropezó y dejó caer la mitad de los odres que llevaba. Cuando trataba de recuperar el equilibrio pisó encima de uno que se había quedado enganchado en un matorral de zarzas espinosas. Al agacharse para recoger los odres, la pila de mantas que llevaba cayó encima del charco de barro formado por el odre que se había reventado. El mago hincó una rodilla en el suelo para equilibrarse mientras recogía los odres caídos. La rodilla aplastó las moras por debajo de las mantas.

—¡Uy! Lo siento —se disculpó con gestos ante los si doak.

Éstos brincaban a su alrededor, muy excitados, y le ordenaban que lo recogiera todo enseguida. El propietario del odre que Zedd había desgarrado en el zarzal señalaba con gesto airado su propiedad estropeada y exigía una compensación.

—Ya he dicho que lo siento —protestó Zedd, aunque los si doak no podían entenderlo. Se inclinó para recoger las mantas, levantó una en alto y la sostuvo entre los brazos separados, examinándola.

—¡Oh, cielos! Mira esto. Nunca lograremos quitar esta mancha.

9

—Lord Rahl, habéis cabalgado muchas horas. Creo que deberíais descansar. Deberíamos regresar, para que podáis descansar, quiero decir —dijo Berdine.

La impresionante muralla, iluminada por la tenue luz del sol del atardecer, se extendía ante ellos tres como una ancha calzada. Richard no quería que la noche lo sorprendiera dentro del Alcázar. No era que creyera que la luz del día pudiera protegerlo de la magia peligrosa, pero, por alguna razón, el Alcázar se le antojaba más amenazador por la noche.

—Fue idea tuya, Berdine —le recordó Raina, inclinándose para hablar.

—¿Idea mía? ¡Yo jamás he sugerido tal cosa!

—Callaos las dos —murmuró Richard.

Estaba evaluando la sensación que le producía la magia en la piel. Habían recorrido ya medio camino por la larga muralla que conducía al enclave privado del Primer Mago antes de sentir el inconfundible hormigueo de la magia. Al notarlo, ambas mord-sith se negaron a seguir adelante.

Kahlan le había hablado del territorio privado del Primer Mago. Le contó que ella solía subirse a esa muralla porque ofrecía una hermosa vista de Aydindril. Y así era, pero también estaban los poderosos escudos mágicos que mantenían a todo el mundo alejado de ese pequeño rincón del Alcázar del Hechicero.

Según Kahlan, en toda su vida no había conocido a ningún mago con poder suficiente para atravesar esos escudos. Muchos hechiceros lo habían intentado en vano. Los magos que vivían y trabajaban en el Alcázar cuando Kahlan era niña simplemente no poseían la magia que se necesitaba para acceder a esa parte de la fortaleza. Zedd era el Primer Mago y desde que él abandonó la Tierra Central, antes de que Kahlan y Richard nacieran, nadie había entrado en el enclave del Primer Mago.

Sabía por Kahlan que los escudos que protegían ese lugar se iban haciendo más potentes a medida que uno se acercaba, tanto que le ponían a uno los pelos de punta y dificultaban la respiración. También le había dicho que si la persona que quería entrar no poseía suficiente magia, bastaba con que se acercara a los escudos para que éstos la mataran. Richard no se tomaba a la ligera todas esas advertencias, pero, de todos modos, necesitaba entrar.

Para lograrlo tenía que apoyar la mano en la placa de frío metal colocada junto a la puerta, algo que ningún mago que Kahlan conociera había sido capaz de hacer. Richard había encontrado escudos similares en el Palacio de los Profetas, del tipo que se atravesaban tocando una placa de metal, pero por lo que él sabía ninguno de ésos entrañaba un peligro mortal. Richard había superado esos escudos del Palacio de los Profetas y otros del Alcázar que requerían magia que solamente él poseía, por lo que se dijo que quizá también lograría pasar ése. Tenía que entrar ahí.

Berdine se frotó los brazos. El hormigueo de la magia la había alterado.

—¿Seguro que no estáis cansado? Habéis cabalgado muchas horas —insistió.

—No ha sido un viaje duro. No estoy cansado —respondió Richard.

La preocupación no le dejaría descansar. Había esperado que Kahlan ya estuviera de vuelta. Había confiado en encontrarla cuando volviera del monte Kymermosst. Ya debería haber regresado.

Pero no lo había hecho. Sólo esperaría hasta la mañana.

—Sigo creyendo que no deberíamos hacer esto —masculló Berdine—. ¿Cómo tenéis el pie? Creo que no deberíais apoyarlo.

Richard la miró finalmente. Tenía a Berdine pegada al lado izquierdo y a Raina al derecho. Ambas empuñaban su agiel.

—Mi pie está perfectamente, gracias. —Se movió para obligarlas a apartarse un poco y tener más espacio para respirar—. Sólo necesito a una de vosotras. No pensaré mal de la que no quiera seguir adelante. Si tú no quieres ir, ya me acompañará Raina.

Berdine lo miró con ceño.

—Yo no he dicho que no quisiera ir. He dicho que vos no deberíais hacerlo.

—Tengo que ir. No está en ninguna parte, por lo que tiene que estar ahí. Tengo entendido que las cosas importantes, las cosas que nadie más debía ver, se guardaban en el enclave del Primer Mago.

Berdine movió los hombros para liberarse de la tensión.

—Si insistís en ir, yo os acompaño. No permitiré que entréis ahí sin mí.

—¿Y tú, Raina? No os necesito a ambas. ¿Prefieres esperar aquí?

Raina le lanzó una mirada sombría y penetrante, típica de mord-sith.

—De acuerdo —cedió Richard—. Ahora escuchadme con atención. Sé que estos escudos son peligrosos, pero no sé nada más sobre ellos. Es posible que sean distintos a los otros que os he ayudado a atravesar.

»Tengo que tocar esa placa de metal que hay en el muro. Vosotras esperadme aquí mientras yo voy a comprobar si poseo la magia adecuada para abrir la puerta. Si se abre, ambas podréis venir.

—No es un truco, ¿verdad, lord Rahl? —preguntó Raina—. Una vez ya nos engañasteis para no dejarnos entrar donde había peligro. Las mord-sith no tememos el peligro.

El viento levantó la capa dorada de Richard.

—No, Raina, no es un truco. Esto es importante, pero no quiero que arriesguéis la vida innecesariamente. Si puedo abrir la puerta, os prometo que os llevaré a las dos conmigo. ¿Satisfechas?

Ambas mord-sith asintieron. Richard les apretó un hombro en gesto de agradecimiento. Mientras observaba atentamente el impresionante bastión que se alzaba al final de la muralla, se ajustó con aire ausente las bandas de metal que llevaba alrededor de las muñecas.

Al comenzar a andar, un viento frío azotó su cuerpo. Podía sentir la presión que ejercía el escudo, semejante al peso del agua cuando uno se sumerge hacia el fondo de un estanque. A medida que avanzaba, los pelillos de la nuca se le erizaban. La presión era tal que le costaba respirar, aunque no era del todo imposible, que era lo que a Kahlan le había ocurrido cuando lo intentó.

Seis columnas inmensas de piedra roja jaspeada flanqueaban la puerta revestida de oro y rematada por un entablamento de piedra negra que sobresalía. El arquitrabe estaba decorado con placas de latón con símbolos grabados. Al acercarse se dio cuenta de que algunos eran los mismos que él llevaba en los brazaletes, el cinturón y las insignias de las botas. En el friso pudo ver discos redondos de metal con otros símbolos también circulares. Los símbolos más lineales que Richard llevaba también se habían tallado en la piedra de la cornisa.

Al reconocer los símbolos se sintió más tranquilo, aunque no sabía qué significaban. Él se vestía de ese modo por obligación, deber y derecho; sabía que le correspondía llevarlos. El porqué lo ignoraba. Aunque lo deseara no podía cambiarlo: él era un mago guerrero.

Alterado como estaba por la desagradable presión y el hormigueo que le producían los escudos, alcanzó la puerta antes de darse cuenta. La puerta medía casi cuatro metros de altura y casi un metro y medio de ancho, estaba revestida de oro y decorada con los mismos motivos simbólicos.

En el centro se había grabado en relieve el símbolo más destacado de los que Richard llevaba: dos triángulos dibujados de manera algo tosca, con una doble línea sinuosa que los rodeaba y los atravesaba. Richard apoyó la mano izquierda en la empuñadura de la espada mientras que con la otra mano reseguía el borde exterior de forma oval y ondulada.

Al tocarlo y pasar la mano por encima, siguiendo el dibujo, de pronto lo entendió. Los espíritus que habían usado la Espada de la Verdad antes que él le transmitían sus conocimientos cuando empuñaba la

espada, aunque no siempre lo hacían a través de palabras; en el fragor del combate no siempre había tiempo.

A veces, hablaban en forma de imágenes y símbolos: de esos símbolos.

El de la puerta, que también llevaba en los brazaletes, era un tipo de danza que se usaba para luchar en inferioridad numérica. Transmitía la sensación de los movimientos de la danza, movimientos sin forma.

La danza con la muerte.

Era lógico. Él llevaba la vestimenta de un mago guerrero. En el diario de Kolo había leído que el Primer Mago en tiempos de Kolo, Baraccus, era mago guerrero como Richard. Un mago guerrero podía interpretar esos símbolos. Del mismo modo que un sastre pintaba tijeras en una ventana, que en el letrero de una taberna había una jarra, que un herrero colgaba unas cuantas herraduras o que un fabricante de armas exhibía cuchillos, esos símbolos eran los signos de un oficio: matar.

Richard se dio cuenta de que ya no sentía miedo. Pese a encontrarse en el Alcázar del Hechicero, un lugar que antes siempre le ponía los nervios de punta, y estando además frente al lugar más secreto y protegido de todo el Alcázar, se sentía muy tranquilo.

Tocó un símbolo en la puerta, una estrella. Era una advertencia: mantén siempre una visión amplia y no te concentres sólo en una cosa. Eso era lo que significaba la estrella de múltiples puntas: mira a todas partes simultáneamente, no te fijes en una sola cosa excluyendo a las demás, no permitas que el enemigo te dicte lo que debes ver, o verás lo que él desea que veas. En ese caso, cuando estés perplejo, buscando su ataque, él se acercará a ti y te vencerá.

Debes mantener los ojos abiertos a todo lo que hay, incluso mientras luchas. Adivina los movimientos del enemigo mediante el instinto, sin esperar a verlos. Danzar con la muerte significa conocer la espada del enemigo y su velocidad, sin esperar a verla. Danzar con la muerte significa fundirse con el enemigo pero sin mirarlo fijamente, de modo que puedas matarlo. Danzar con la muerte significa comprometerse a matar, comprometerse con el corazón y el alma. Danzar con la muerte significa convertirse en la encarnación de la muerte que toma forma para segar vidas.

—¿Lord Rahl? —lo llamó Berdine desde la muralla.

Richard miró por encima del hombro.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

Berdine apoyó el peso del cuerpo en la otra pierna.

—Sólo quería saber si todo va bien. Lleváis mucho rato mirando fijamente la puerta. ¿Va todo bien?

—Sí, perfectamente. Sólo estaba..., estaba mirando las cosas escritas en la puerta; eso es todo.

Se volvió y, sin pensar, colocó una mano en la placa de frío metal situada en el muro de granito pulido. Kahlan le había contado que tocar esa placa de metal era como tocar el corazón frío y muerto del mismísimo Custodio.

La placa se calentó y, lentamente, la puerta de oro se abrió hacia adentro.

En el interior reinaba una luz tenue. Richard avanzó cautelosamente un paso. Como la mecha de una lámpara que se enciende lentamente, la suave luz de dentro se hizo más brillante.

Richard inspeccionó el interior mientras indicaba con gestos a las mord-sith que avanzaran. Fuese la que fuese la magia que impedía que nadie se acercara, en esos momentos no funcionaba; Berdine y Raina se reunieron con él sin dificultad.

—No ha sido tan malo —comentó Raina—. No he notado nada.

—Por el momento —repuso Richard.

Dentro vio esferas de vidrio de aproximadamente un palmo de diámetro colocadas encima de pedestales de mármol verde pegados a la pared, a izquierda y derecha. Richard había visto esferas de vidrio similares a ésas en otras partes del Alcázar. Se usaban para iluminar.

El interior del enclave del Primer Mago era una inmensa caverna de mampostería ornamentada. Cuatro columnas de reluciente mármol negro de al menos tres metros de diámetro delimitaban un espacio cuadrado, rematado por arcos justo más allá de los bordes exteriores de una cúpula central rodeada por un círculo de ventanas. Entre cada par de columnas partía un ala de la vasta sala central. Richard reparó en que gran parte de la mampostería repetía el dibujo de hojas que adornaba los capiteles dorados que remataban las columnas de mármol negro. El mármol relucía de tal modo que reflejaba imágenes, como un espejo.

Apliques de hierro forjado primorosamente trabajado y decorados con el mismo motivo de hojas sostenían velas. También de hierro trabajado con maestría eran las barandas que delimitaban la amplia zona central, más hundida que el resto.

No era la guarida siniestra que Richard esperaba encontrar. Ése era un lugar espléndido y grandioso que en nada tenía que envidiar a otros que había visto. Era tan hermoso que se sintió sobrecogido.

El ala en la que ellos tres se encontraban, el vestíbulo, era la menor de las cuatro con diferencia. Pedestales de mármol blanco de casi dos metros de altura formaban una doble hilera que flanqueaba un pasillo de suelo de mármol pardo con jaspeado dorado, cubierto con una larga alfombra roja.

De haber intentado rodear uno de esos pedestales con los brazos, no habría podido tocarse las manos. Pero, en comparación con el techo de casi diez metros de alto que se alzaba sobre su cabeza, esos pedestales parecían minúsculos.

Encima de algunos pedestales vio objetos que reconoció: cuchillos ornamentados, gemas engarzadas en broches o en extremos de cadenas trabajadas en oro, un cáliz de plata, cuencos de filigrana y cajas de artesanía. Algunos descansaban sobre telas cuadradas ribeteadas con bordados de oro o plata, mientras que otros descansaban en bases talladas en madera nudosa.

Otros pedestales sostenían objetos deformes a los que Richard no encontraba sentido. De hecho, hubiese jurado que mudaban de forma cuando los miraba, por lo que se dijo que sería más prudente no mirarlos directamente y les advirtió a las mord-sith.

El ala más distante, situada frente a ellos, al otro lado del área central rematada por la enorme cúpula, acababa en una ventana coronada en forma de arco de nueve o diez metros de alto. Delante de la ventana se veía una mesa enorme abarrotada con una pila de objetos de lo más variado: botes, cuencos y tubos en espiral de vidrio, un candelabro impresionante aunque sencillo de hierro cubierto con la cera de muchos siglos, pilas de pergaminos, varios cráneos humanos y multitud de otros objetos de pequeño tamaño que Richard no distinguía desde tan lejos. El suelo alrededor de la mesa se veía asimismo abarrotado de objetos, además de otros, apilados y apoyados contra la mesa.

El ala de la derecha estaba a oscuras. Richard se sintió incómodo simplemente al mirar en esa dirección, lo que interpretó como una advertencia y miró a la izquierda. En esa ala vio libros, miles de libros.

—Allí —dijo Richard, señalando a la izquierda—. Ahí está lo que hemos venido a buscar. ¿Recordáis lo que os he dicho? No toquéis nada. —Las miró brevemente. Ambas mord-sith lo observaban todo con ojos muy abiertos—. Lo digo muy en serio. Si os pasa algo por tocar algo de lo que hay aquí, no sé si podría salvaros.

Dos pares de ojos se posaron en él.

—Lo tenemos en cuenta —afirmó Berdine.

—Nunca se nos ocurriría tentar a la magia —añadió Raina—. Sólo mirábamos, nada más. No tocaremos nada.

—Mejor. Pero os aconsejo que tampoco miréis nada más que lo necesario. Por lo que sé, una simple mirada puede bastar para activar la magia de algunos objetos.

—¿Eso creéis? —inquirió Raina, atónita.

—Lo que creo es que será mejor no descubrirlo demasiado tarde. Vamos. Cuanto antes acabemos con esto, antes saldremos de aquí.

Extrañamente, pese a que acababa de pronunciar esas palabras y realmente las pensaba, no sentía deseos de marcharse. Por potencialmente peligroso que fuese ese lugar, en el enclave del Primer Mago se sentía a gusto.

—Lord Rahl teme a la magia tanto como nosotras —se burló Berdine.

—Te equivocas, Berdine. Sé algo de magia y por eso la temo más que vosotras —replicó Richard, echando a andar por la alfombra roja.

Diez anchos escalones al final descendían hasta el área central. El suelo era de mármol color crema ribeteado con mármol más oscuro cerca del borde. Cuando Richard llegó al último escalón y posó el pie en el suelo, éste emitió un zumbido y relució. Rápidamente, Richard retrocedió a la alfombra roja. El resplandor se apagó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Raina.

Richard soltó a la fuerza los dedos de la mord-sith que le aferraban el brazo.

—¿Alguna de vosotras ha tocado el suelo? —Ambas negaron con la cabeza—. Intentadlo.

Mientras Richard esperaba en el escalón, Berdine intentó pisar el mármol con cautela, pero no pudo.

—No puedo. Algo me lo impide antes de poner el pie en el suelo.

Richard volvió a pisar el suelo de mármol. Nuevamente zumbó y relució.

—En ese caso debe de tratarse de un escudo. Toma, cógeme la mano y vuelve a intentarlo.

Cogida de la mano de Richard, Berdine pudo poner el pie en el suelo de mármol. Raina le cogió la otra mano y la imitó.

—Muy bien, puesto que se trata de algún tipo de escudo, no me soltéis de la mano mientras estemos en esta zona. No sabemos qué podría pasar. Si os soltáis, es posible que acabéis como dos tiras de tocino fritas en la sartén.

Las dos mord-sith lo asieron con más fuerza. Mientras ascendían por los escalones que conducían al ala que contenía los libros, el suelo enmudeció. Si Richard no les daba la mano para cruzar de nuevo, podrían quedarse atrapadas dentro, sin ser capaces de cruzar de nuevo el área central.

El ala de los libros no era el tipo de biblioteca que Richard esperaba. Desde luego había estantes en hileras, pero los libros estaban desordenados y apilados de cualquier manera. Trozos de roca hacían las veces de sujetalibros para sostener los pocos que había colocados de pie en medio del desorden.

Se veían algunas pilas altas, como si alguien hubiera sacado los libros de las estanterías y los hubiera ido apilando. La mayor parte estaban cerrados, pero bastantes se veían abiertos, algunos boca arriba y otros boca abajo. Pero ésa no fue la mayor de las sorpresas.

Por todas partes había libros amontonados hasta el techo. Algunos montones eran bajos, de apenas un metro de alto, aunque en su mayoría formaban altas columnas de libros. Algunas de estas columnas irregulares medían hasta cuatro metros de altura y se mantenían en precario equilibrio. Había libros apilados por todas partes, que creaban una especie de laberinto. A Richard no se le ocurría por qué se guardaban los libros en pilas desorganizadas. Era un verdadero enigma.

Tomó del brazo a ambas mujeres y les dijo:

—Mi abuelo me contó que en el Alcázar se guardan libros extremadamente peligrosos, y Kahlan me dijo que los objetos más peligrosos se atesoraban aquí, donde nadie podía acceder a ellos, ni siquiera los magos que ella conoció.

Berdine le lanzó una mirada ceñuda.

—¿Me estáis diciendo que creéis que los libros por sí mismos pueden ser peligrosos? ¿No sólo por la información que contienen, sino por ellos mismos?

Richard pensó en la descripción del libro con el que la hermana Amelia había iniciado la epidemia de peste.

—No estoy seguro, pero, por si acaso, será mejor mirar y no tocar.

Berdine cambió el ceño por una expresión dubitativa.

—Lord Rahl, desde donde estoy veo miles de libros apilados. Y seguramente hay más en los laterales. Tardaremos semanas en encontrar el que buscamos, si es que está aquí.

Richard inspiró profundamente. Berdine tenía razón. No había esperado encontrar tantos libros. Él creía que se guardaban en su mayor parte en las bibliotecas y que en el enclave del Primer Mago tan sólo encontraría unos pocos.

—Si queremos salir de aquí antes de que anochezca, no disponemos de mucho tiempo —dijo Raina—. Sería mejor que volviésemos mañana por la mañana muy temprano.

Richard comenzaba a sentirse intimidado por la tarea que le esperaba.

—Pues tendremos que quedarnos después del anochecer. Nos quedaremos toda la noche, si es preciso.

Raina hacía rodar el agiel entre los dedos.

—Si vos lo decís, lord Rahl.

Al joven se le cayó el alma a los pies al contemplar el laberinto de libros. Necesitaba información, no ponerse a buscar una aguja en un pajar. Si al menos pudiera usar la magia para localizarla.

Inadvertidamente se ajustó las bandas que llevaba en las muñecas. Con los dedos tocó el símbolo de la estrella en una de ellas. «Mira sin fijar la vista», se dijo.

—Tengo una idea —anunció—. Esperad aquí. Ahora mismo vuelvo.

Richard regresó a las columnas y se encaminó hacia una que sostenía un cuenco de vidrio craquelado colocado sobre una pieza grande de tela negra cuadrada.

—¿De qué servirá eso? —preguntó Raina cuando volvió y les mostró la tela.

—Hay demasiado que ver. Voy a vendarme los ojos para no ver las cosas que no quiero ver.

Berdine contrajo el rostro en una mueca de incredulidad.

—Pero con los ojos vendados, ¿cómo vais a ver lo que buscamos?

—Con magia. Me dejaré guiar por el don. A veces funciona así, por la necesidad. Ver tantos libros juntos me confunde. Si tengo los ojos vendados, no los veré y podré sentir el que busco. Al menos, eso espero.

Raina recorrió con la mirada todos esos libros.

—Bueno, vos sois lord Rahl y poseéis magia. Si así nos libramos de pasar la noche aquí, por mí adelante.

Richard se tapó los ojos con la tela negra y se la ató en la parte posterior de la cabeza.

—Vosotras simplemente guiadme para que no toque nada. Y no olvidéis que tampoco debéis tocar nada de nada.

—No os preocupéis por nosotras, lord Rahl —lo tranquilizó Raina—. No pensamos tocar nada.

Cuando acabó de vendarse los ojos, giró la cabeza hacia un lado y otro para comprobar que, efectivamente, no veía nada. A continuación pasó un dedo por encima de la estrella grabada en el brazalete.

Todo lo veía negro. Richard buscó la paz y la calma en su interior, allí donde moraba el don.

Si la plaga había sido iniciada con magia del Templo de los Vientos, entonces tal vez tuvieran una oportunidad para ponerle fin. Si se quedaba de brazos cruzados, centenares de miles de personas morirían.

Necesitaba ese libro.

Richard recordó al niño al que había visto morir y a la pequeña Lily, la que le había contado que una Hermana de la Oscuridad le había mostrado el libro. De ese modo, había empezado la peste. Lo sabía.

Esa niña preciosa tenía las marcas. Aunque no había preguntado, Richard sabía que al menos ella ya debía de haber muerto. Pero no se atrevía a preguntar.

Necesitaba ese libro.

—Si voy a chocar contra algo, tocadme de forma suave —dijo a las mord-sith, mientras daba el primer paso—. Procurad no hablar pero, si es preciso, hacedlo sin dudar.

Richard notó los dedos de las mujeres que le rozaban el brazo mientras avanzaba. Las mord-sith lo guiaban con ese roce, evitando que chocara contra las pilas de libros a medida que se adentraba más y más en el laberinto.

El joven ignoraba qué tenía que sentir. No sabía si lo que lo guiaba era magia, un presentimiento o su imaginación. Tenía la impresión de que daba vueltas y más vueltas por los pasillos formados entre los libros, y mientras serpenteaba entre las pilas temía que simplemente se estuviese imaginando que algo lo guiaba. Hizo un esfuerzo por alejar de su mente los pensamientos dispersos y concentrarse en el libro y en lo mucho que necesitaba encontrarlo.

Pensar en los niños enfermos lo ayudó a concentrarse. Esos pobres niños indefensos lo necesitaban.

De repente se paró en seco. Richard se preguntó por qué se había detenido. Entonces giró a la izquierda, aunque él pensaba que iba a girar a la derecha. Tenía que ser el don. Al pensarlo de nuevo, su mente se dispersó en todas direcciones y tuvo que volver a hacer el esfuerzo de concentrarse.

Las dos mord-sith lo agarraron del brazo para impedirle continuar. Richard comprendió; un paso más y habría chocado contra una pila de libros.

Mientras su mente se preguntaba hacia dónde girar, su cuerpo se agachó. Levantó un brazo y extendió la mano.

—Cuidado —susurró Berdine—. Es una pila alta e irregular. Cuidado o se derrumbará.

Richard hizo un gesto de asentimiento, pues no quería distraerse contestando con palabras. Estaba totalmente concentrado en el objeto que tanto necesitaba. Lo sentía cerca. Con los dedos fue acariciando suavemente los libros de arriba abajo. De algunos tocaba los lomos y de otros las páginas.

Finalmente sus dedos se detuvieron sobre un lomo de piel.

—Éste —dijo, dándole ligeros golpecitos—. Éste es. ¿Qué dice?

Berdine apoyó una mano en el muslo de Richard para mantener el equilibrio al inclinarse hacia adelante.

—Es d'haraniano culto. Dice algo sobre el Templo de los Vientos: *Tagenricht ost fuer Mosst Verlaschendreck nich Greschlechten.*

—*Sumario y juicio del Templo de los Vientos* —tradujo Richard en un susurro—. Lo hemos encontrado.

10

—Respira —dijo la sliph.

Kahlan exhaló la esencia aterciopelada e inspiró profundamente el aire extraño. A su alrededor giraba el mundo borroso de la sliph oculto en lo más hondo del Alcázar. Finalmente, la piedra de las paredes y el suelo se quedó quieta, y la bóveda del techo fue girando cada vez más lentamente.

Algo inesperado le aguardaba en la habitación de la sliph.

Vio una figura vestida de cuero rojo sentada en una silla, inclinada hacia atrás y con los pies apoyados en la mesa. Kahlan se sentó en el borde del muro de piedra, con las piernas colgando, tratando de volver en sí completamente.

Las patas delanteras de la silla aterrizaron en el suelo con un ruido sordo.

—Bueno, bueno, por fin nuestra errabunda Madre Confesora ha regresado.

Kahlan se bajó de un salto. Estuvo a punto de caer, pues el suelo parecía retorcerse e inclinarse.

—Cara, ¿qué estás haciendo aquí abajo?

—Será mejor que os sentéis hasta que recuperéis el equilibrio —repuso la mord-sith, sosteniéndola por la axila.

—Estoy bien. Gracias, sliph —dijo a la faz plateada, mirando por encima del hombro.

—¿Deseas viajar? —La evocadora e inquietante voz de la sliph resonó contra los muros y el techo abovedado durante un largo instante.

—No, de momento ya he tenido suficiente. Voy a quedarme aquí.

—Cuando desees viajar, llámame y viajaremos. Te sentirás complacida.

—Eso está por ver —murmuró Kahlan mientras la sliph parecía fundirse y desaparecía en el pozo.

—Es una compañera de habitación espeluznante —comentó Cara—. También a mí me invitó a viajar con ella, pero luego me dijo que no tenía la magia necesaria. A veces viene y se me queda mirando con esa inquietante y misteriosa sonrisa suya.

—Cara, ¿qué estás haciendo aquí?

Ésta recostó a Kahlan contra el pozo de la sliph y, mientras sacudía la cabeza, le dirigió una mirada de lo más extraña.

—Cuando lord Rahl leyó vuestra carta no le costó mucho imaginarse lo que habíais hecho. Berdine le dijo que nos habíais traído aquí en busca del libro de las actas del juicio. Entonces bajó, pero la sliph se negó a decirle adónde os había llevado.

»Pero, como la sliph no dormía como él imaginaba, era peligroso dejarla sola. Otros, como la Hermana y Marlin, podían viajar a Aydindril en ella.

A Kahlan no se le había ocurrido que otros esbirros de Jagang pudieran llegar a Aydindril viajando en la sliph. Al parecer, la sliph no era leal a nadie y transportaba a cualquiera que tuviera la magia adecuada.

—¿Y Richard te dejó aquí?

—Él no podía quedarse aquí todo el tiempo vigilando, así que siempre ha habido una mord-sith de guardia junto al pozo, pues nosotras poseemos poder para detener a alguien con magia —declaró con orgullo—. Lord Rahl siempre ha utilizado a las mord-sith para protegerse contra la magia.

Obviamente los magos de antaño tenían el mismo problema con la sliph y dejaban a hechiceros como Kolo de guardia. Kolo explicaba que, a veces, el enemigo llegaba por sorpresa en la sliph y que solamente una reacción rápida por parte del vigilante evitaba el desastre.

—¿Quieres decir que te trajo aquí y que te dejó sola?

—No. Buscó durante horas hasta dar con una ruta sin escudos para que pudiésemos bajar solas. No quería tener que conducirnos personalmente hasta aquí cada vez que hubiese un cambio de guardia y tampoco quería que nos quedásemos atrapadas. Tenemos que turnarnos. No me gusta, porque pienso que deberíamos estar cerca de lord Rahl para protegerlo a él y no a... esta cosa plateada, pero supongo que vigilando a la sliph en realidad protegemos a lord Rahl. Por eso accedí.

Por fin Kahlan había recuperado la estabilidad.

—De haber sabido antes que la sliph estaba despierta, habríamos apostado guardias, y Marlin no habría podido llegar para asesinar a Richard, ni la Hermana habría podido iniciar la peste.

Kahlan sintió que el pecho se le encogía con una punzada de pesar ardiente y afilada. Podrían haberlo prevenido. Todas esas cosas horribles que había averiguado no amenazarían a su pueblo, su mundo y su amor. Al pensar en la oportunidad perdida le venían las náuseas.

—Lord Rahl nos dijo que os esperásemos hasta que regresarais de hablar con la bruja, por si acaso necesitabais ayuda.

—¿Richard sabía adónde he ido?

—La sliph se negó a decírselo, pero de todos modos lo adivinó. Dijo que habíais ido a ver a la bruja.

—¿Lo sabía y, no obstante, no fue a buscarme?

Cara se echó la larga trenza rubia sobre la espalda antes de responder.

—A mí también me sorprendió. Le pregunté por qué no iba tras vos, y él me dijo que os amaba, pero que no era vuestro dueño.

—¿De veras? ¿De verdad dijo eso?

—Sí. —Cara sonrió levemente—. Lo estáis entrenando bien, Madre Confesora. Me gusta. Después de decirme eso dio una patada a una silla. Creo que se hizo daño en el pie, aunque él lo niega.

—¿De modo que Richard está enfadado conmigo?

Cara puso los ojos en blanco.

—Madre Confesora, estamos hablando de Richard, de alguien que está locamente enamorado de vos. No se enfadaría ni siquiera si le ordenarais que se casara con Nadine en vez de con vos.

Kahlan tragó saliva. Las palabras de Cara habían reabierto la herida.

—¿Por qué has dicho eso?

—Sólo quería decir que él jamás se enfadaría con vos, no importa lo que hagáis. Lo he dicho para haceros reír, no para que saltarais como si os hubiera pinchado con el agiel. Madre Confesora, lord Rahl os ama. Está muy preocupado, pero no enfadado.

—Entonces, ¿por qué dio una patada a la silla?

Cara se acarició la larga trenza dorada y volvió a sonreír levemente.

—Según él, la silla le había dado motivos.

—Ya veo. —Kahlan no le encontraba la gracia al sentido de humor de la mord-sith—. ¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Menos de dos días. Ahora me gustaría saber cómo conseguisteis pasar entre los guardias d'haranianos del puente sin que os vieran.

—Estaba nevando y no me vieron.

Cara no se lo tragó. Volvía a mirar a Kahlan con expresión extraña.

—¿Habéis matado a la bruja?

—No. —Kahlan cambió de tema—. ¿Qué ha estado haciendo Richard mientras yo estaba fuera?

—Bueno, primero le pidió a la sliph que lo llevara al Templo de los Vientos, pero ella le respondió que no conocía ese lugar y no podía llevarlo, por lo que decidió cabalgar hasta el monte Kymermosst...

—¿Fue allí? —Kahlan agarró a Cara por el brazo—. ¿Qué encontró?

—Nada. Dijo que no había nada que encontrar y que si en el pasado el Templo de los Vientos se alzaba allí, había desaparecido.

Kahlan soltó a la mord-sith.

—¿Fue al monte Kymermosst y ya está de vuelta?

—Ya sabéis cómo es: cuando se le mete algo en la cabeza, va a por todas. Los hombres que lo acompañaron me han dicho que apenas descansaron, durmieron muy poco y cabalgaron la mayor parte de la noche. Lord Rahl esperaba que regresarais anoche y quería estar de vuelta. Al ver que no volvíais, se puso muy nervioso y no podía dejar de dar vueltas de un lado a otro, pero ni siquiera entonces salió a buscaros. Cada vez que parecía estar a punto de hacerlo, volvía a leer la carta que le escribisteis y volvía a dar vueltas.

—Supongo que fui un poco dura —comentó Kahlan con la vista fija en el suelo.

—Lord Rahl me la mostró —dijo Cara con expresión impasible—. A veces es preciso amenazar a los hombres, o se creen que son ellos quienes deciden lo que hay que hacer. Con vuestras amenazas lo disuadisteis.

—Yo no lo amenazaba —objetó Kahlan, aunque más bien sonó como una súplica.

Cara se la quedó mirando a los ojos un momento.

—Seguramente tenéis razón. En ese caso la silla le dio motivos a lord Rahl, tal como él dijo.

—Hice lo que tenía que hacer. Richard lo entenderá. Será mejor que vaya a explicárselo.

Cara hizo un gesto hacia la puerta.

—Por poco no os encontráis con él aquí. Acaba de irse.

—¿Vino a comprobar si había vuelto? Debe de estar muy preocupado.

—Berdine le habló del libro que estabais buscando. Vino y lo encontró.

Kahlan parpadeó, atónita.

—¿Lo encontró? Pero si nosotras lo buscamos. No estaba aquí. ¿Cómo lo encontró?

—Fue a un lugar que él llama enclave del Primer Mago. Allí estaba.

Kahlan no daba crédito.

—¿Fue allí? ¿Entró en el enclave del Primer Mago? ¿Solo, sin mí? ¡No debería haber ido! ¡Es un lugar muy peligroso!

—¿De veras? —Cara se cruzó de brazos—. Desde luego, vos nunca seríais tan insensata de ir sola a un lugar peligroso. Puesto que sois tan prudente e incapaz de actuar de un modo tan temerario, deberíais reprender a lord Rahl por su comportamiento impulsivo.

El eco de la voz de Cara se prolongó durante un incómodo momento antes de extinguirse. Kahlan comprendió. Aunque Richard le había hecho caso y no había corrido tras ella, Cara sí lo había intentado. Por mucho que a la mord-sith le repeliera la magia, había intentado proteger a Kahlan.

—Cara, perdóname por haberte engañado —se disculpó.

La mord-sith se encogió de hombros, pero su rostro seguía igual de impasible.

—No soy más que una guardiana. No tenéis ninguna obligación conmigo.

—Sí la tengo. Y tú no eres «sólo una guardiana». Eres nuestra protectora, y mucho más. Te considero una amiga. Eres una hermana del agiel. Debería haberte dicho lo que me proponía, pero tenía miedo de que trataras de impedírmelo. Eres una hermana del agiel; debería haber confiado en ti y haberte comunicado mis planes. Cara, lo siento, me equivoqué. Te ruego que me perdones.

Finalmente Cara sonrió.

—Somos hermanas del agiel. Os perdono.

Kahlan logró esbozar también una pequeña sonrisa.

—¿Crees que Richard será tan comprensivo como tú?

La mord-sith respondió con un gruñido divertido.

—Bueno, tenéis recursos para convencerlo de que os perdone. No es tan difícil lograr que un hombre olvide su enfado.

—Ojalá tuviera buenas noticias para comunicarle y así hacerle sonreír, pero no las tengo. ¿Qué ha estado tramando Nadine en mi ausencia? —preguntó ya en la puerta.

—Bueno, yo he estado casi todo el tiempo aquí abajo, haciendo guardia junto a la sliph, pero, por lo que he visto, ha estado ocupada dando hierbas medicinales a los sirvientes para tratar de protegerlos y también para que las quemaran en el palacio. Menos mal que el palacio está construido sobre todo con piedra o a estas alturas ya habría ardido. También se ha reunido con Drefan y le ha ayudado a hablar con la servidumbre y con otros que buscan su consejo.

»Lord Rahl le ha pedido que visitara a herbolarios y gente así para asegurarse de que no son charlatanes que estafan a personas que temen por sus vidas. En la ciudad han brotado embaucadores a la misma velocidad que brota la hierba con el buen tiempo. Luego informa a lord Rahl, pero él ha estado ausente casi todo el tiempo, por lo que, por mucho que ella se afane en ayudar a la gente, desde que ha vuelto las visitas que le hace son muy breves.

Kahlan golpeaba suavemente la entrada con un lado del puño.

—Gracias, Cara. —Miró a la mord-sith a los ojos azules—. Aquí abajo hay ratas. ¿Estás bien?

—Existen cosas peores que las ratas.

—Tienes mucha razón —susurró Kahlan.

11

Era tarde y, en la oscuridad, la gente que había en la calle no la reconoció. Como no llevaba su habitual escolta de guardias, no había ningún motivo para que la miraran dos veces, ningún motivo para sospechar que la Madre Confesora se paseaba tranquilamente entre ellos. Mucho mejor; había gente que le deseaba mal. En general, los viandantes se mantenían a distancia no sólo de ella, sino de todo el mundo, pues temían contagiarse.

Tal como Cara había dicho, había embaucadores por todas partes, pregonando pociones que prevenían la peste o que curaban a quienes ya la tenían. Otros recorrían la ciudad con bandejas que les colgaban de correas a los hombros en las que exhibían amuletos supuestamente mágicos que protegían contra la plaga. Kahlan recordó que no mucho tiempo antes había visto a esas mismas personas vender los mismos amuletos mágicos para encontrar marido o esposa, o para desenmascarar a un cónyuge infiel. Ancianas con carritos o simples puestos de madera vendían placas investidas con hechizos que, colgadas sobre el umbral de una casa, la protegían de la peste. Pese a lo avanzado de la hora, había bastante actividad. Incluso quienes vendían carne y otros alimentos ensalzaban las virtudes terapéuticas de sus productos y sostenían que contribuían a mantener la salud, naturalmente si se consumían con frecuencia.

A Kahlan le hubiera gustado enviar a los soldados para acabar con el negocio de algunos timadores, aunque sabía perfectamente que con esa medida se ganaría la hostilidad de los compradores. Si usaba al ejército para poner fin a tanta tontería, la gente, desesperada, forjaría absurdas teorías sobre que los poderosos requisaban los remedios para que el pueblo trabajador y decente se contagiara. Pese al sentido común y a las pruebas que demostraban lo contrario, mucha gente creía que los poderosos siempre intrigaban contra ellos. Si supieran la verdad...

Si Kahlan ordenaba poner fin al comercio de las «curas», éstas se venderían en secreto a un precio más elevado. Por increíbles que fuesen las supuestas propiedades de esos remedios, sus beneficios se defenderían con vehemencia, como si se tratara de una verdad evidente.

Primera Norma de un mago: la gente está dispuesta a creer cualquier cosa porque quiere que sea verdad o porque teme que pueda ser verdad. Esa gente estaba desesperada y aún lo estaría más. Muchos querían creer.

Kahlan trató de imaginar qué haría si Richard se contagiara. ¿Estaría tan desesperada que confiaría en un fraude, esperando en contra de toda lógica que lo salvaría? A veces no quedaba más que la esperanza. Por vana que fuese esa esperanza, ella no podía arrebatársela a esa gente; era todo lo que tenían y todo lo que podían hacer.

Era responsabilidad de Richard y de ella hacer todo lo posible para ayudar a esas personas.

Mientras avanzaba a través del familiar esplendor del Palacio de las Confesoras para reunirse con Richard, Kahlan hizo un alto en la puerta doble que permitía el acceso a un salón de recepciones. La puerta estaba abierta. El salón había sido decorado en un tono azul tranquilizador, que era más oscuro en las cortinas que cubrían las ventanas, altas y estrechas. El suelo, de granito, exhibía el dibujo de una estrella en piedra clara y oscura, que irradiaba desde el centro. Las lámparas colocadas en bases de madera de cerezo en torno al salón proporcionaban una luz tenue. Encima de la mesa, sobre la que en ocasiones se disponía un tentempié para los invitados, se habían colocado velas.

La atención de Kahlan se vio atraída por la voz de Drefan. El raug'moss se encontraba a la derecha, delante de la mesa con las velas, y se dirigía a unas cincuenta o sesenta personas sentadas en el suelo con las piernas cruzadas. Todos escuchaban absortos las palabras del sanador, que hablaba acerca de cómo conservar la salud y cómo mantener el cuerpo fuerte manteniéndose en contacto con el yo interior.

Muchos de los presentes asentían sin darse cuenta, mientras Drefan les explicaba que si corrompían su cuerpo con pensamientos y acciones poco saludables, abrían las puertas a la enfermedad. Les decía que el Creador los había dotado con la capacidad de combatir males como la peste, pero que debían aprovechar lo que la naturaleza les ofrecía: comer los alimentos que fortalecen las auras que defienden el cuerpo y usar la reflexión interna para dirigir la fuerza de los diferentes campos energéticos de modo que funcionasen en armonía con el todo.

Eran consejos sensatos: abstenerse de comer aquello que uno sabía que le producía dolor de cabeza, pues afectaba a la capacidad de la mente para regular el cuerpo; abstenerse de los alimentos que uno sabía que le producían dolor y retortijones, pues afectaba a la capacidad del cuerpo para digerir los buenos alimentos que la persona necesitaba; no hacer comidas copiosas antes de acostarse, pues impedía que el cuerpo descansara para mantenerse fuerte. Todo ello, según Drefan, perturbaba las auras que proporcionan fuerza y promueven la salud.

La gente se maravillaba de que Drefan fuese capaz de explicárselo con sencillez, de modo que lo entendieran. Hablaban como si antes estuvieran ciegos y hubiesen recuperado la visión de repente. Lo contemplaban sin parpadear, mientras él continuaba diciéndoles que en su interior poseían el poder para controlar su cuerpo y que la enfermedad sólo los afectaría si ellos lo permitían. Mencionaba hierbas medicinales y alimentos que purgaban las toxinas del cuerpo y restituían la salud a las personas, tal vez por primera vez desde su nacimiento.

Esa gente no escuchaba al hermano de lord Rahl, sino a Drefan Rahl, sumo sacerdote de los raug'moss.

Siguiendo sus instrucciones, cerraron los ojos e inspiraron por la nariz los efluvios de vida y salud, y luego los hicieron descender hasta su mismo centro usando los músculos de la parte inferior del abdomen. Drefan les explicó cómo conseguir que ese aire llegara hasta la fuente del poder del aura, única en cada uno de ellos, a fin de extraer los venenos de los rincones más ocultos y oscuros de su ser y expulsarlos por la boca, para luego reemplazarlos con un renovado aliento de vida que debían inspirar nuevamente por la nariz.

Kahlan se dijo que era preferible que toda esa gente buscara consejo en Drefan, que tal vez podía ayudarlos y al menos lo que decía no sonaba peligroso, que gastarse todos sus ahorros comprando falsas esperanzas a los charlatanes de la calle. Prestar atención a las necesidades del cuerpo con cosas como comida sana y descanso era un buen consejo.

Mientras todos los presentes inspiraban aire lenta y profundamente por la nariz, Drefan giró la cabeza y fijó en Kahlan esos ojos tan semejantes a los de Rahl el Oscuro, como si desde el principio hubiera sabido que estaba allí, mirando desde la puerta. El sanador le dirigió una sonrisa amable que brilló con benevolencia en sus ojos azules. Kahlan se dio cuenta de por qué toda esa gente confiaba en él. Se obligó a devolverle la sonrisa.

Entonces recordó la conversación que había mantenido con Shota acerca de la dificultad de olvidarse de los recuerdos desagradables. Ojalá pudiera olvidar la mano de Drefan entre los muslos de Cara.

Drefan trataba de ayudar a sus semejantes y estaba haciendo todo lo posible para combatir la plaga. Era un gran sanador y además sumo sacerdote de los raug'moss. Kahlan trató de sustituir el recuerdo de la manaza de Drefan abriéndose paso entre las piernas de Cara con la imagen de Drefan consolando a los niños enfermos.

En su momento, Drefan le había explicado por qué había hecho eso a Cara. Había salvado la vida de la mord-sith. Cara gritaba de dolor y luego se quedó inconsciente, y Drefan logró hacerla volver en sí. Richard encontraba consuelo en Drefan, como todos los demás. Kahlan desvió la mirada y siguió su camino en busca de Richard.

Tristan Bashkar, el embajador de Jara que se alojaba en el Palacio de las Confesoras mientras esperaba un mensaje de las estrellas antes de rendirse, se detuvo en un balcón al verla pasar por debajo. Como era su costumbre, se retiró el manto y apoyó una mano en la cadera, dejando así al descubierto la

maligna daga que llevaba al cinto. A menudo, en medio de una conversación, apoyaba una bota en una silla o un taburete y, como quien no quiere la cosa, ponía el antebrazo en una rodilla, dando así a su interlocutor la oportunidad de que viera el cuchillo que ocultaba en la bota.

Cuanto más veía a Tristan en palacio, observándola con ojos astutos, más le disgustaba su presencia allí. Kahlan jamás había conocido a un hombre adulto que se comportara de un modo tan infantil como él.

Tristan observó en silencio a la mujer, que se alejaba a toda prisa. Kahlan se alegró de que el embajador estuviera en el balcón, pues le ahorraba tener que malgastar tiempo intercambiando juegos de palabras con él.

Ulic y Egan la miraron de manera extraña cuando Kahlan los saludó antes de atravesar rápidamente la puerta del pequeño despacho en el que Richard solía estudiar el diario de Kolo. Lo encontró sentado con la cabeza entre las manos, los dedos hundidos en la cabellera y leyendo un libro abierto encima de la mesa. Dos velas y una lámpara colocadas sobre la mesa le proporcionaban luz, mientras que en la chimenea ardían suavemente fragantes troncos de abedul, que calentaban la acogedora estancia. Había dejado la capa encima de una silla próxima, pero llevaba la espada.

Richard alzó la mirada y, al verla, se levantó de un salto. Sin la capa dorada era como una sombra grande y negra que se deslizaba por la habitación. Kahlan se le echó a los brazos sin darle tiempo a decir nada.

—Por favor, Richard, no me grites. Sólo abrázame —le suplicó, apretando la mejilla contra su pecho y estrechándolo. Las lágrimas apenas le permitían hablar—. Por favor, no digas nada. Sólo abrázame.

Kahlan se sintió transportada de alegría al estar de nuevo con él. Cada vez que lo veía no dejaba de asombrarla lo mucho que lo necesitaba y lo amaba.

Los brazos de Richard la rodeaban, ofreciéndole consuelo y refugio. Kahlan escuchaba el crepitar del fuego y los latidos del corazón de Richard bajo su oreja. En la seguridad de sus fuertes brazos casi podía imaginarse que todo iba bien y que tenían un futuro juntos.

Entonces recordó las palabras de su madre: «Las Confesoras no aman, Kahlan. Las Confesoras cumplen con su deber».

Kahlan se aferró a la camisa negra de Richard mientras libraba una batalla perdida por contener las lágrimas. Richard la estrechaba y le acariciaba el pelo. Ella le había pedido que la abrazara y no dijera nada, y él había accedido. Eso le hizo sentirse aún peor.

Seguro que Richard tenía preguntas. Seguro que quería decirle algo: lo aliviado que se sentía porque había vuelto, lo preocupado que había estado, preguntarle dónde había estado y qué había averiguado, comunicarle lo que él había descubierto o echarle una bronca. Pero, en vez de eso, hacía lo que ella le había pedido, sin protestar, relegando sus propios deseos a un segundo plano por detrás de los de Kahlan.

¿Cómo iba a seguir adelante sin el amor de Richard? ¿Cómo iba siquiera a respirar? ¿Cómo iba a seguir viva hasta que llegara a la vejez y finalmente pudiera terminar con su deber y morir?

—Richard..., siento que mi carta sonara amenazadora. No quería amenazarte; lo juro. Tan sólo quería que no te pasara nada. Perdóname si te he hecho daño.

Richard la estrechó con más fuerza y la besó en la coronilla. Kahlan deseó morirse en sus brazos en ese mismo instante para no tener que hacer frente a su deber, ni al futuro que le esperaba, ni a tener que perderlo.

—¿Qué tal el pie? —le preguntó.

—¿El pie?

—Cara me ha contado que te lo lastimaste con una silla.

—Oh, el pie está perfectamente. La silla murió, pero creo que no sufrió.

Pese a todo, Kahlan se echó a reír. Entre las lágrimas que le empañaban la vista, vio la dulce sonrisa de Richard.

—Muy bien, creo que el abrazo me ha revivido. Ahora ya puedes gritarme.

En vez de gritarle, la besó. Kahlan se sentía en la gloria en sus brazos. Ni siquiera el éxtasis de viajar en la sliph se podía comparar con eso.

—Bueno —dijo él finalmente—, ¿qué te han dicho los espíritus de los antepasados?

—¿Cómo... cómo has sabido que he estado en la aldea de la gente barro?

Richard enarcó las cejas en gesto de desconcierto.

—Kahlan, llevas la cara pintada para que los espíritus de los antepasados pudieran verte en la reunión. ¿Pensabas que no iba a darme cuenta?

Kahlan se llevó los dedos a la frente y las mejillas.

—Tenía tanta prisa que lo olvidé. Ahora entiendo por qué la gente me miraba de manera tan extraña.

Mientras recorría a toda prisa el palacio, buscándolo, tres mujeres distintas pertenecientes a la servidumbre le habían preguntado si deseaba un baño. Todos debían de haber pensado que se había vuelto loca.

—Bueno, ¿qué han dicho los espíritus de los antepasados? —preguntó Richard con expresión seria, enlazándole la cintura con los brazos.

Kahlan se armó de valor y con una inclinación de cabeza señaló el cuchillo de hueso que llevaba en el brazo.

—El espíritu del abuelo me llamó a través del cuchillo hecho con su hueso. Me dijo que la peste no afecta únicamente a Aydindril, sino que se ha propagado por toda la Tierra Central.

—¿Crees que es cierto? —inquirió Richard, tenso.

—El anciano Breginderin tenía las marcas en las piernas. Seguramente ahora ya está muerto. Algunos niños contaron que vieron a una mujer cerca de la aldea de la gente barro y que les mostró algo que brillaba con luz de colores, lo mismo que nos dijo Lily. Uno de esos niños ya ha muerto. La hermana Amelia estuvo allí.

—Por todos los espíritus —murmuró Richard.

—Pues eso no es lo peor. El espíritu me mostró otros lugares que conozco de la Tierra Central. Dijo que la peste había llegado a todos ellos. El espíritu me mostró qué sucedería si no se pone fin a la plaga: la muerte lo arrasará todo, y muy pocos sobrevivirán.

»El espíritu me dijo que la peste se inició con magia robada del Templo de los Vientos, pero que la plaga en sí no es magia. Jagang ha usado magia muy poderosa que escapa a su comprensión. Si permitimos que haga estragos sin ningún control, con el tiempo la peste llegará también al Viejo Mundo.

—Vaya consuelo. ¿Te dijo el espíritu cómo robó Jagang la magia del Templo de los Vientos?

Kahlan hizo un gesto de asentimiento al mismo tiempo que hurtaba la mirada.

—Tenías razón sobre las lunas rojas. Eran una advertencia de que el Templo de los Vientos había sido profanado.

Kahlan le habló del Vestíbulo de los Traidores y de cómo la hermana Amelia había entrado por ese camino. A continuación, le relató la conversación con el espíritu del abuelo de Chandalen tan fielmente como pudo, incluyendo que el templo podía sentir hasta cierto punto, tal como Richard ya sospechaba.

Con un brazo apoyado en la repisa de la chimenea, Richard contemplaba las llamas fijamente. Mientras escuchaba pacientemente se pellizcaba el labio inferior.

Kahlan le contó que, según el espíritu, para detener la plaga tenían que entrar en el Templo de los Vientos, que existía en ambos mundos simultáneamente, y que en ese asunto estaban implicados tanto los espíritus buenos como los malvados.

—¿Y el espíritu no te dio ninguna pista sobre cómo entrar en el Templo de los Vientos?

—No. De hecho, esa parte no le interesaba. Dijo que el mismo templo nos revelaría lo que debíamos hacer. Shota me aseguró lo mismo.

Absorto en sus pensamientos, Richard asintió mientras consideraba las palabras de Kahlan. Ésta aguardaba retorciéndose los dedos.

—¿Y qué me dices de Shota? —preguntó Richard al fin—. ¿Qué ocurrió con ella?

Kahlan vaciló. Sabía que tenía que decirle al menos una parte, pero se resistía a revelarle todo.

—Richard, yo no creo que Shota tratara de causarnos problemas.

Richard la miró por encima del hombro.

—¿Envía a Nadine para que se case conmigo y tú afirmas que no pretendía causarnos problemas?

Kahlan carraspeó antes de explicarse.

—Shota no envió a Nadine exactamente. —En vista de que Richard no apartaba de ella su fija mirada de halcón, prosiguió—. El mensaje acerca de que los vientos te persiguen no fue idea de ella. Fue el Templo de los Vientos el que te mandó el mensaje a través de ella, al igual que te mandó otro a través del niño que vimos morir. Shota no trataba de hacernos daño.

—¿Qué más te dijo la bruja? —inquirió, más sereno.

Kahlan enlazó los dedos a la espalda y apartó los ojos de la penetrante mirada de Richard.

—Richard, fui a verla decidida a poner fin a sus intromisiones. Iba dispuesta a matarla si te amenazaba a ti o intentaba hacerme algún daño. Pensaba lo peor de ella, de veras. Estaba absolutamente convencida de que trataba de hacernos daño.

»Pero hablé con ella, me refiero a que mantuvimos una conversación. Shota no es tan... malvada como yo creía. Admitió que no quería que tuviésemos un hijo, pero no que tratara de separarnos.

»Shota posee poderes de videncia y simplemente nos dice lo que ve, porque quiere ayudarte. Ella no es más que el mensajero, no dirige los acontecimientos. Me dijo lo mismo que el espíritu: que la peste se inició con magia y de manera forzada.

Richard salvó con tres zancadas la distancia que los separaba y la agarró por el brazo.

—¡Shota envió a Nadine para que se casara conmigo! ¡Ella envió a Nadine para separarnos! Está tratando de interponerse entre nosotros, ¿y tú te dejas engañar por sus trucos?

—No, Richard —protestó Kahlan, retrocediendo—, te equivocas, tal como yo me equivocaba. Fueron los espíritus quienes te enviaron una novia. Shota solamente pudo influir en quién debía ser y usó su influencia para lograr que fuese Nadine. Shota afirma que ve que te casarás con la novia enviada por los espíritus y quería que fuese una mujer que conocieras. Ella tan sólo trataba de ponértelo más fácil.

—¿Y tú la crees? ¿Es que te has vuelto loca?

—Richard, me estás haciendo daño.

—Lo siento —musitó, tras lo cual la soltó y volvió a la chimenea. Kahlan reparó en que apretaba los dientes y los músculos de la mandíbula se le tensaban.

—Has mencionado que la bruja te dijo lo mismo que el espíritu. ¿Recuerdas las palabras que usó Shota?

Kahlan pugnó por separar lo que sabía que debía decirle de lo que no quería que él supiera. Era consciente de la imprudencia que cometía al ocultarle información, pero se dijo que, en caso necesario, ya se lo contaría todo más adelante. No obstante, procuraría ocultarle una parte.

—Shota me dijo que aún no hemos oído el último mensaje de los vientos y que recibiremos uno más en el que estará implicada la luna.

—¿Implicada? ¿Implicada cómo?

—No lo sé. Al igual que con el espíritu, el cómo no parecía importarle. Lo que me dijo fue que ese mensaje de la luna «resultaría en la comunión», en palabras exactas. Me advirtió que no lo desestimáramos ni hiciésemos oídos sordos.

—¿Eso dijo? ¿Y te explicó por qué exactamente?

—Dijo que nuestro futuro y el futuro de todos esos inocentes depende de ello. Será nuestra única oportunidad para cumplir con nuestro deber de salvar la vida a todos los inocentes que dependen de nosotros y hacer lo que ellos no pueden hacer.

Richard la miró. Fue como si la misma muerte posara sus ojos en ella. En esos instantes vio en los ojos de Richard la misma mirada que había visto en Drefan: la mirada de Rahl el Oscuro.

—Me ocultas algo. ¿Qué es? —preguntó en tono hosco.

No hablaba Richard sino el Buscador. En ese instante Kahlan comprendió por qué razón la figura del Buscador era tan temida: porque no obedecía otra ley que la suya propia. Los ojos grises de Richard la taladraban.

—Richard —susurró—, por favor, no me preguntes.

—¿Qué más te dijo Shota? —insistió él, cuya mirada le llegó a Kahlan al alma.

Ella tragó saliva mientras jadeaba, asustada. Notaba lágrimas cálidas que le surcaban las mejillas.

—Shota vio el futuro —se oyó decir, aunque su intención era guardar silencio—. Vio que te casarías con otra y usó su influencia para que fuese una mujer que conoces. —Bajo la mirada penetrante de Richard no lograba callarse—. Pero no pudo influir en quién será mi marido. Yo también me casaré, pero no contigo.

Richard se quedó un momento paralizado; en su interior se gestaba una tempestad. Se quitó bruscamente el tahalí por encima de la cabeza y lo arrojó, junto con la funda que contenía la espada, sobre una silla.

—Richard, ¿qué estás haciendo?

Éste se encaminó a la puerta. Kahlan le cortó el paso, pero fue como colocarse delante de una montaña enfurecida.

—Richard, ¿qué vas a hacer?

Él la cogió por la cintura, la levantó y la apartó, como si no fuese más que un niño que se interpusiese en su camino.

—Voy a matarla.

Kahlan le enlazó la cintura por detrás y trató de detenerlo. Pero no logró siquiera que redujera la marcha; era inútil. Se había despojado de la espada porque no podía viajar en la sliph con la magia de la Espada de la Verdad.

—¡Richard! ¡Richard, te lo suplico, detente! ¡Si me amas, detente!

Él se detuvo y posó en ella una mirada de furia. Cuando habló, su voz sonó como el estallido de un trueno.

—¿Qué?

—Richard, ¿crees que soy estúpida?

—Claro que no.

—En ese caso, ¿crees que deseo casarme con otro?

—No.

—Richard, escúchame. Shota me dijo que había visto el futuro. Ella no decide lo que sucederá, sólo lo ve. Me dijo todo lo que había visto para ayudarnos.

—Ya nos ha «ayudado» bastante. No le permitiré que siga haciéndolo. Se ha tomado demasiadas libertades. Ésta será la última.

—Richard, debemos encontrar la manera de solucionar esto. Es preciso hacer lo que sea para poner fin a la plaga. Ya viste a esos niños enfermos y moribundos. El espíritu del abuelo de Chandalen me mostró una multitud de muertos: niños y personas de toda edad y condición. Si sigues adelante, ése será el futuro. ¿Quieres que esos niños y sus padres mueran porque te niegas a pensar con la cabeza?

Richard agarraba con la mano una especie de ornamento que formaba parte de un collar muy recargado. Kahlan no se lo había visto nunca.

Aunque no llevaba la Espada de la Verdad encima, su magia lo impulsaba. Era como un caldero lleno de furia letal. En sus ojos danzaba la muerte.

—No me importa lo que dice Shota; no pienso casarme con Nadine. Y tampoco pienso quedarme de brazos cruzados mientras tú...

—Lo sé —susurró ella—. Richard, sé cómo te sientes. ¿Cómo crees que me siento yo? Pero tienes que usar la cabeza. Éste no es el modo de cambiar lo que dice Shota. En el pasado me insistías en que el futuro aún no está decidido y en que no debemos actuar basándonos en las palabras de Shota. Afirmabas que no podíamos permitirnos confiar en lo que ella decía y dejar que eso dictara nuestras acciones.

—Tú la crees —declaró Richard. En sus ojos brillaba una ira mortal.

Kahlan inspiró profundamente para tratar de calmarse y recuperar la compostura.

—Creo que ha visto el futuro. Richard, ¿no recuerdas que también predijo que descargaría mi poder en ti? Y mira lo que sucedió; resultó que tenía razón, pero no fue la calamidad que nos temíamos. Fue lo que nos unió y nos permitió compartir nuestro amor.

—¿Cómo puede ser positivo que te cases con otro?

Súbitamente, Kahlan se dio cuenta de lo que le pasaba: estaba celoso. Kahlan no lo había visto nunca tan celoso. Eso era lo que le ocurría: sufría un terrible ataque de celos.

—Mentiría si te dijera que lo sé. —Kahlan lo agarró por las anchas espaldas—. Richard, te amo, y ésa es la verdad. Jamás podré amar a otro. Me crees, ¿verdad? Yo confío en tu amor y sé que no amas a Nadine. ¿Acaso tú no crees en mí? ¿No confías en mí?

Richard se serenó visiblemente.

—Pues claro que sí. Confío en ti. —La frustración reemplazó a la furia en su mirada. Soltó el amuleto que asía con fuerza—. Pero...

—Pero nada. Nos queremos, y no hay más que decir. Ocurra lo que ocurra, tenemos que creer el uno en el otro. Si no confiamos, estaremos perdidos.

Por fin, la atrajo hacia él. Kahlan era consciente de la angustia que sentía Richard, pues la compartía. Pero en su caso era peor, pues no creía que hubiese un modo de librarse de la predicción de Shota.

Kahlan levantó el extraño amuleto que Richard llevaba alrededor del cuello. En el centro, rodeado por complejas líneas de oro y plata, vio un rubí en forma de lágrima tan grande como la uña del dedo pulgar.

—Richard, ¿qué es esto? ¿De dónde lo has sacado?

El joven tomó de los dedos de Kahlan el objeto de oro y plata para mirarlo.

—Es un símbolo, como los otros que llevo. Lo encontré en el Alcázar.

—¿En el enclave del Primer Mago?

—Sí. Formaba parte de las vestiduras que llevo, pero, a diferencia del resto, se encontraba en el enclave del Primer Mago. El hombre que lo llevaba era Primer Mago en época de Kolo. Se llamaba Baraccus.

—Cara me ha dicho que has encontrado las actas del juicio. ¿Cómo es el enclave por dentro?

Richard fijó la mirada en la nada.

—Es... muy hermoso. No quería marcharme.

—¿Has averiguado algo en el libro?

—No. Está escrito en d'haraniano culto. Berdine trabaja en el diario de Kolo, por lo que yo me ocuparé de éste. Solamente he tenido una hora más o menos para empezar a traducir. Apenas he hecho nada; estaba demasiado preocupado por ti para pensar en otra cosa.

Kahlan rozó el amuleto que llevaba al cuello.

—¿Sabes qué representa este símbolo?

—Sí. El rubí simboliza una gota de sangre. Representa lo que dice el edicto fundamental.

—¿El edicto fundamental?

—Significa una cosa y sólo una: mata —respondió Richard con voz distante, como si hablara más para él mismo que para ella—. Si decides luchar, mata. Todo lo demás es secundario. Mata. Ése es tu deber, tu propósito, tu anhelo. Ninguna regla es más importante que ésa, ningún otro deber supera a ése: mata.

Las palabras de Richard le helaron la sangre a Kahlan.

—Las líneas simbolizan la danza —prosiguió Richard—. Mata desde el vacío, no desde el desconcierto. Ataca al enemigo lo más directa y rápidamente posible. Ataca con determinación. Hiérelo con decisión y sin vacilar. Acaba con su fuerza. Fluye entre los espacios que deja en la defensa. Atácalo. Destrózalo. No le dejes ni respirar. Aplástalo. Mátalo sin mostrar clemencia hacia el espíritu inmortal.

»Es el equilibrio respecto a la vida: muerte. Es la danza con la muerte. Es la ley por la que un mago guerrero vive o muere.

12

Acurrucada en una butaca, Clarissa cosía el borde del vestido nuevo que Nathan le había comprado. Él había querido que dejara ese trabajo en manos de una modista, pero Clarissa había insistido en hacerlo ella misma, sobre todo para tener algo en que ocuparse. Nathan se había limitado a sonreír y a decirle que si eso era lo que quería, adelante. Clarissa ya no sabía qué hacer con todos los vestidos que Nathan le compraba. Le había pedido que parara, pero él no hacía caso.

El profeta entró. Había mantenido una larga conversación con un soldado llamado Bollesdun acerca de los movimientos de la fuerza expedicionaria de Jagang. Eran los hombres que habían atacado Renwold, el hogar de Clarissa. Ella procuraba no escuchar de qué hablaba Nathan con los soldados que se presentaban de vez en cuando ante él.

No le gustaba recordar la pesadilla de Renwold. Nathan le había dicho que quería acabar con tantas muertes y evitar un segundo Renwold. Según decía, era un desperdicio de vidas.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudar? —preguntó Clarissa.

—No, aún no —respondió Nathan, fijando en ella sus ojos azules y mirándola largamente—. Debo escribir una carta. Espero a alguien pronto. No vayas al dormitorio a abrir la puerta cuando lleguen. Quédate aquí. No quiero que te vean. Como no tienes magia, no sabrán que estás aquí.

Clarissa captó su tono de inquietud.

—¿Crees que te causarán problemas? No tratarán de hacerte daño, ¿verdad?

—Si lo intentan, será el último error que cometan —repuso Nathan con una sonrisa astuta—. He colocado tantas trampas por aquí que ni el mismísimo Custodio osaría llevarme. —Le guiñó un ojo para tranquilizarla—. Puedes espiar por la cerradura, si quieres. Tal vez sea buena idea que recuerdes el rostro de esas personas. Son peligrosas.

Con el estómago revuelto por la ansiedad, Clarissa comenzó a bordar pequeñas vides y hojas a lo largo del borde del vestido, pues creía que quedaría bonito y también para pasar el tiempo mientras Nathan escribía la carta. Cuando acabó, el profeta unió las manos a la espalda y comenzó a dar vueltas.

Finalmente alguien llamó a la puerta. Nathan miró hacia el dormitorio, donde estaba la puerta que daba al pasillo. Se volvió hacia Clarissa y se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio. Clarissa hizo un gesto de asentimiento. Cuando fue a abrir, Nathan cerró la puerta de comunicación con la alcoba. Clarissa dejó a un lado la labor y se arrodilló junto a la puerta para espiar por el ojo de la cerradura.

Tenía una buena visión de la puerta que daba al pasillo. Cuando Nathan la abrió vio a dos mujeres atractivas, más o menos de la misma edad que ella. Dos hombres jóvenes esperaban detrás. Las mujeres mostraban una expresión muy hosca, capaz de dejar sin habla al más pintado.

Clarissa descubrió, atónita, que ambas llevaban un pequeño aro de oro que les atravesaba el labio inferior, como ella.

—Vaya, vaya —dijo una de ellas con desdén—, pero si es el profeta en persona. Ya nos imaginábamos que eras tú, Nathan, metiendo la nariz en asuntos ajenos.

Nathan sonrió mientras ejecutaba una exagerada reverencia.

—Hermana Jodelle. Hermana Willamina. Me alegro de volveros a ver. Ahora soy lord Rahl, incluso para ti, hermana Jodelle.

—Lord Rahl —dijo la Hermana Jodelle con voz apagada y burlona—. Eso nos han dicho.

Nathan agitó los dedos en gesto de saludo dirigido a los dos hombres del pasillo, detrás de las mujeres.

—Vincent, Pierce, me alegro de volver a ver a dos jóvenes magos como vosotros. Aún tratáis de dominar la profecía, ¿me equivoco? ¿Habéis venido para pedirme consejo, o para que os enseñe?

—¿Es que has perdido la chaveta, viejo? —repuso uno de los jóvenes.

La sonrisa de Nathan se desvaneció y movió un dedo. El joven lanzó un grito y se desplomó.

—Acabo de decírtelo, Pierce, ahora soy lord Rahl —declaró Nathan en un tono funesto que Clarissa no le conocía—. No vuelvas a ponerme a prueba.

La hermana Willamina reprendió duramente a Pierce en susurros, mientras el joven mago se ponía en pie a duras penas.

—¿No deseáis entrar, señoras? —dijo Nathan, acompañando sus palabras con un gesto—. Y traed a los muchachos.

Clarissa pensó que no tenían el aspecto de unos muchachos, como Nathan los había llamado. Parecían estar cerca de la treintena, si no más. Los cuatro visitantes entraron recelosamente y se quedaron agrupados, con las manos enlazadas delante del cuerpo, mientras Nathan cerraba la puerta.

—Corres un riesgo considerable al permitir que los cuatro nos acerquemos tanto, ¿no crees, Na... lord Rahl? —preguntó la hermana Jodelle—. Después de convencer a alguna Hermana imbécil de que se apiadara de ti y te quitara el rada'han, creía que tendrías más cuidado.

Nathan se dio un palmetazo en la rodilla y se tronchó de risa. Los cuatro visitantes ni siquiera sonrieron.

—¿Arriesgado? —preguntó el profeta tras recuperarse del acceso de hilaridad—. ¿Qué tengo que temer de vosotros cuatro? Quiero que sepáis que yo mismo me quité el rada'han. Creo que es de justicia deciros que mientras vosotras estúpidamente me considerabais un viejo loco, yo estudiaba cosas que ni siquiera podéis imaginar. Mientras que vosotras, las Hermanas...

—Ve al grano —gruñó la hermana Jodelle.

—La cuestión es, mis distinguidos visitantes, que no tengo nada en contra de vosotros ni de vuestro líder, pero que, en caso de que deseéis hacerme daño, soy capaz de tejer hechizos que no podéis comprender y mucho menos repeler. Por ejemplo, estoy seguro de que habréis detectado los escudos sencillos que he colocado por la habitación, pero detrás de lo que percibís hay más, oculto. Si...

La hermana Jodelle perdió la paciencia y volvió a interrumpir.

—No hemos venido para escuchar el parloteo de un viejo chocho. ¿Crees que somos estúpidas? ¡Hemos detectado la magia patética que has tejido tan orgullosamente alrededor de estas estancias, y puedo afirmar con convicción que cualquiera de nosotros podría desbaratarla fácilmente al mismo tiempo que saboreamos un cuenco de sopa!

Vincent apartó a un lado a las dos Hermanas.

—Ya he oído bastante de boca de este zopenco, viejo y agotado. ¡Ya es hora de que se entere de con quién está tratando!

Nathan no hizo nada para defenderse mientras Vincent levantaba las manos. Clarissa abrió los ojos de par en par, aterrada, al contemplar cómo el joven curvaba los dedos y su cara se contraía de odio. A continuación se tapó la boca para ahogar un grito de terror cuando Vincent lanzó un rayo a Nathan.

En el aire sonó un breve aullido. La luz que emanaba de Vincent se dispersó y se produjo un fuerte golpe que Clarissa notó en el suelo, al mismo tiempo que en la habitación contigua brillaba la luz.

Cuando el sonido y la luz se disiparon, Vincent había desaparecido. En el suelo, donde antes estaba él, Clarissa vio un montoncito de ceniza blanca.

Nathan cogió una escoba apoyada contra la pared, detrás de una cortina, abrió la puerta y sacó la ceniza al pasillo.

—Gracias por venir, Vincent. Lamento que tengas que irte. Te acompañaré a la puerta.

Con un elegante gesto acabó de limpiar toda la ceniza, formando una pequeña nube. A continuación, cerró la puerta y se encaró con las miradas de asombro de los tres que quedaban.

—Bueno, como iba diciendo, si me subestimáis a mí o lo que soy capaz de hacer, estaréis cometiendo el error más grave de vuestra vida. Vuestra insignificante mente no podría hacerse cargo de mi poder ni siquiera si os lo mostrara. —Nathan torció el gesto de un modo que asustó incluso a Clarissa—. Ahora, mostradme el debido respeto e inclinaos ante lord Rahl.

Los tres se inclinaron de mala gana, hincando una rodilla en el suelo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó la hermana Jodelle cuando se enderezó. Su voz ya no sonaba tan hostil.

—Podéis decir a Jagang que me interesa la paz.

—¿La paz? —Jodelle se apartó del rostro unos mechones de pelo oscuro—. ¿Quién te crees que eres para hacer tal oferta?

Nathan alzó el mentón para responder:

—Soy lord Rahl. Muy pronto me convertiré en el amo de D'Hara y gobernaré el Nuevo Mundo. Tengo entendido que Jagang está envuelto en una guerra contra el Nuevo Mundo.

—¿Qué es eso de que pronto te convertirás en el amo de D'Hara? —inquirió Jodelle, entornando los ojos.

—Tú limítate a decir a Jagang que su audaz plan está a punto de completarse con éxito; pronto habrá eliminado al actual lord Rahl. No obstante, ha cometido un error: se olvidó de mí.

—Pero..., pero... —farfulló Jodelle—, tú no eres lord Rahl.

Nathan se inclinó hacia ellos con una sonrisa astuta.

—Si Jagang tiene éxito, lo cual como profeta que soy preveo, entonces yo seré lord Rahl. Soy un Rahl nacido con el don. Todos los d'haranianos se vincularán a mí y, como sabéis, ese vínculo es el que impide al Caminante de los Sueños utilizar sus capacidades para conquistar el Nuevo Mundo.

»Jagang ha cometido un error —prosiguió Nathan, golpeando a Pierce en la cabeza—. Ha utilizado profetas aficionados, como este renacuajo estúpido.

—¡Yo no soy un profeta aficionado! —protestó Pierce, rojo de ira.

Nathan lo miró con desprecio.

—¿De veras? En ese caso, ¿por qué no advertiste a Jagang de que si usaba la profecía para eliminar a Richard Rahl no lograría nada, excepto meterse en un buen aprieto, pues sería yo quien se convertiría en lord Rahl, amo de D'Hara, y poseería la mayor parte de los poderes del Nuevo Mundo? ¿Acaso le avisaste? Pese a que es muy resuelto, Richard apenas sabe nada de magia, mientras que yo sé mucho. Quizá más que nadie.

»Pregunta a Vincent —siguió Nathan, irguiéndose en toda su estatura ante el joven mago—. Un profeta de verdad se habría dado cuenta de la amenaza oculta tras los sencillos escudos, lista para desencadenarse si alguien atacaba. ¿Te diste tú cuenta?

La Hermana Willamina extendió un brazo para obligar a Pierce a apartarse. Clarissa pensó que había actuado justo a tiempo, pues Nathan parecía a punto de convertirlo en otro montoncito de cenizas blancas.

—¿Qué quieres, lord Rahl? —inquirió la Hermana.

—O bien Jagang escucha mis condiciones o tendrá un grave problema entre manos. Un problema mucho peor que Richard Rahl.

—¿Condiciones? —apuntó la Hermana Jodelle con recelo.

—El actual lord Rahl es joven e idealista, por lo que jamás se rendirá ante Jagang. Yo, por el contrario, soy más anciano y más sabio. Sé que es estúpido librar una guerra que se cobrará infinidad de vidas. ¿Y para qué? ¿Solamente por el derecho de poner nombre a quien es el líder?

»Richard es un joven tonto que no sabe cómo usar su poder. Yo no soy un joven tonto y, como acabáis de comprobar, sé cómo usar mi don. Estoy dispuesto a considerar la posibilidad de permitir que Jagang gobierne el Nuevo Mundo como le plazca.

—¿Y a cambio...?

—Solamente pido una parte del botín para mí, a cambio de mi ayuda —respondió Nathan con un ademán casual—. Yo gobernaré D'Hara, bajo su liderazgo, por supuesto. Gobernaré D'Hara en su nombre. Nadie estará por encima de mí, aparte de Jagang. Creo que es muy justo.

Pierce, oculto detrás de las dos mujeres, seguía pálido como la cera. Por su parte, de repente las dos Hermanas parecían bastante más animadas y esbozaban leves sonrisas de interés.

—¿Cómo sabrá Jagang que puede confiar en ti?

—¿Confiar? ¿Me cree tan estúpido como el joven lord Rahl que gobierna en estos momentos el Nuevo Mundo? Vi lo que pasó en Renwold. Si no gobierno D'Hara tal como Jagang desea, rindiéndole generoso tributo, nos atacaría para intentar aplastarnos. Las guerras son muy caras. Yo prefiero emplear la riqueza en mi persona.

—¿Y mientras tanto? ¿Cómo sabemos que no nos mientes? —preguntó la Hermana Jodelle con una sonrisa cortés.

—Ah, ¿queréis garantías? —Nathan se frotó el mentón con la vista clavada en el techo—. Al norte de aquí hay un ejército d'haraniano de casi cien mil personas. Sin mi ayuda nunca lo encontraréis hasta que ataque a la fuerza expedicionaria de Jagang. Cuando el emperador haya eliminado al actual lord Rahl, el vínculo de esos soldados se transferirá a mí y me serán leales. Tan pronto como eso suceda, rendiré ese ejército a Jagang, con lo cual contará con más hombres de armas aún. Los d'haranianos tienen una larga tradición de guerras de saqueo; encajarán perfectamente en las fuerzas de Jagang.

—Entregar un ejército —dijo la hermana Jodelle en tono reflexivo.

—Ya veis, mis queridas Hermanas, que Jagang trata de usar las profecías para ganar esta guerra. Pero ha cometido un error al usar a magos que no son verdaderos profetas. Yo le podría proporcionar los servicios expertos de un profeta de verdad. La alternativa es tener un verdadero profeta como enemigo y aficionados como ayudantes. Justamente esos aficionados son quienes lo han metido en este... aprieto, ¿es que no os dais cuenta?

»Yo lo sacaré de ésta a cambio de una parte insignificante del botín. Supongo que entendéis que después de pasar tantos años bajo vuestro cuidado, mis queridísimas Hermanas, me gustaría pasar los pocos años que me quedan disfrutando de los placeres de la vida.

»Con mi ayuda, no habrá más resistencia en el Nuevo Mundo que la que ofreció Renwold. Y si Jagang no se muestra razonable, ¿quién sabe? Contando con un verdadero profeta, es posible incluso que el Nuevo Mundo venza.

—Sí —repuso Jodelle tras estudiar los ojos de Nathan—. Comprendo lo que dices.

—Toma —dijo el profeta tendiéndole una carta—. Dale esto a Jagang. Aquí expongo mi propuesta y mis condiciones a cambio de darle el Nuevo Mundo. Como ya he dicho, estoy seguro de que el emperador me encontrará más razonable que el actual lord Rahl; sé que en una guerra nadie sale ganando. Un líder u otro importa muy poco. ¿Por qué condenar a muerte a centenares de miles de personas solamente para poner un nombre a ese líder?

Ambas Hermanas recorrieron con la mirada la lujosa estancia y sonrieron con aire conspirador a Nathan.

—Vaya, vaya, viejo zorro. Y nosotras que pensábamos que no eras más que un viejo loco que te consumías en tus aposentos —comentó la hermana Jodelle—. De acuerdo, lord Rahl, comunicaremos tu mensaje al emperador Jagang. Creo que estará muy interesado. Si el actual lord Rahl se hubiera mostrado igual de razonable, no se hallaría en las circunstancias fatales en las que está.

—Con tantos años uno tiene tiempo para pensar.

Ya en la puerta, la Hermana Jodelle se volvió.

—No puedo hablar en nombre del emperador, lord Rahl, pero creo que tu propuesta lo complacerá. Me atrevería a decir que veremos el fin de esta guerra, de la que Jagang saldrá vencedor y tras la cual se convertirá en el líder de todos.

—Yo tan sólo deseo que cesen las muertes, Hermana. Eso nos beneficiaría a todos. Por cierto, decid a Jagang que lamento lo de Vincent. De todos modos, el muchacho no le prestaba un buen servicio.

—Tienes toda la razón, lord Rahl —contestó Jodelle, encogiéndose de hombros.

13

Richard se pasó los dedos por el pelo mientras apoyaba la frente en las palmas. Al oír a alguien que entraba en la estancia levantó la vista. Era Kahlan.

El corazón se le llenó de gozo al contemplar su sonrisa, sus ojos verdes brillantes, su melena espesa y exuberante, y su hermosura. La belleza de Kahlan lo maravillaba, así como el hecho de que ella lo amara.

La seguridad que le proporcionaba ese amor era algo que nunca había imaginado que sentiría. Siempre había pensado que se enamoraría de alguien, pero nunca había imaginado el sentimiento de seguridad y de paz interior que comportaba. Si Shota osaba hacer algo que pusiera en peligro esa seguridad...

Kahlan le llevaba un cuenco de sopa humeante.

—Pensé que te apetecería comer algo. Llevas días trabajando en esto, y creo que deberías dormir más.

—Gracias —le dijo Richard, lanzando una rápida mirada al cuenco blanco que sostenía Kahlan.

—Richard, ¿qué pasa? Estás pálido como la cerca.

Richard se recostó en el respaldo de la silla y suspiró.

—Me siento mal.

Kahlan palideció tanto como él.

—¿Mal? Richard, no será...

—No, no es eso. Es este libro sobre la investigación y el juicio del Templo de los Vientos. Casi desearía no haberlo encontrado.

—Toma. —Kahlan se inclinó hacia adelante para dejar el cuenco encima de la mesa—. Come un poco.

—¿Qué es? —preguntó Richard con la vista fija en la atrayente curva del escote cuadrado del vestido blanco de Confesora, y en el pecho de Kahlan que subía y bajaba con cada respiración.

—Una sopa de lentejas. Come. ¿Qué has averiguado?

Richard inspiró aire con la boca abierta para enfriar la cucharada de sopa que había tomado.

—No he traducido mucho, voy muy lento, pero por lo poco que he logrado desentrañar esa gente, esos magos... ejecutaron a todos los hechiceros que hicieron desaparecer el Templo de los Vientos. El equipo del templo, los llamaban. Casi un centenar de personas. —Richard se pasó un dedo de un lado a otro del cuello.

—¿Qué hicieron para merecer la muerte? —preguntó Kahlan, sentada en el borde de la mesa, frente a él.

Richard respondió removiendo la sopa.

—Bueno, dejaron abierta una vía para entrar en el Templo de los Vientos, tal como les habían ordenado, pero era una vía tan dificultosa que, cuando los hechiceros quisieron entrar para recuperar magia y usarla en la guerra que libraban, no pudieron.

—Según Kolo, el templo envió un aviso a través de las lunas rojas. ¿Me estás diciendo, entonces, que los magos de antaño no fueron capaces de responder al aviso?

—La cosa no funcionaba como dices. Lograron entrar de nuevo —dijo, agitando la cuchara para dar más énfasis a sus palabras—. De hecho, eso fue lo que desató la aparición de la luna roja. Lo que no

lograron fue entrar por segunda vez para responder al aviso de las lunas rojas que el templo envió debido a lo que hizo la primera persona que mandaron.

—Pero ¿esa primera persona entró? —inquirió Kahlan, intrigada.

—¡Oh, sí! —contestó Richard tras comer otra cucharada—. Ése fue el problema.

—No comprendo.

Richard dejó la cuchara, se recostó en el respaldo y fijó la mirada en los ojos de Kahlan.

—Los componentes del equipo que hizo desaparecer el Templo de los Vientos fueron también quienes depositaron la magia allí. ¿Sabes algo de las terribles creaciones mágicas que se gestaron en la guerra? Me refiero a cosas creadas a partir de personas, como los mriswith o los Caminantes de los Sueños.

»Pues bien, la gente del Nuevo Mundo estaba en guerra contra la gente del Viejo Mundo, que quería eliminar la magia, al igual que Jagang ahora. Los magos que pusieron a salvo los objetos mágicos en el templo sentían una cierta simpatía hacia sus colegas del Viejo Mundo, que querían acabar con la magia. Pensaban que usar a seres humanos para crear esas armas terribles era un acto tan malvado como algunas de las cosas contra las que luchaban.

Kahlan escuchaba, fascinada.

—¿Quieres decir que se pasaron al bando enemigo? ¿Que en realidad trabajaban para los del Viejo Mundo que pretendían eliminar la magia?

—No, no trabajaban para derrotar al Nuevo Mundo, ni tampoco para eliminar toda la magia, pero creían tener una visión del asunto más amplia que los magos que mandaban aquí, en el Alcázar, y que sólo pensaban en la guerra. Ellos buscaban el término medio y decidieron que, hasta cierto punto, la guerra y todos sus problemas eran debidos a un mal uso de la magia. Así pues, decidieron tomar cartas en el asunto.

—¿Cómo? ¿Qué hicieron?

—Ya sabes que el Alcázar estaba lleno de magos que poseían ambos lados de la magia, ¿verdad? Los magos de antaño poseían mucho más poder incluso que el Primer Mago actual, Zedd. Cada vez nacen menos bebés con el don.

»Creo que esos magos usaron el Templo de los Vientos para retirar parte del poder de la magia de este mundo y encerrarlo en el inframundo, donde no pudiera usarse para causar daño en este mundo, tal como ellos lo veían.

Kahlan se llevó una mano al corazón.

—Por todos los espíritus, ¿qué les dio derecho a tomar esa decisión? Ellos no eran el Creador de todas las cosas, incluyendo la magia.

Richard sonrió.

—El jefe de la investigación dijo más o menos lo que tú acabas de decir. Exigió saber exactamente qué habían hecho.

—¿Y has averiguado la respuesta?

—Aún no he traducido mucho y no comprendo cómo funcionaba la magia, pero creo que lo que hizo el equipo del templo fue depositar allí la parte de Magia de Resta del poder de los hechiceros. La magia que se usaba para convertir a seres humanos en armas era la Magia de Resta. Con ella, los magos arrebataban a esas personas partes de su ser, las partes que no les interesaban para sus fines, y con Magia de Suma añadían las cosas que deseaban para usarlas como armas.

—Pero ¿y tú? Tú naciste con ambos lados de la magia. Si ese poder desapareció de este mundo, ¿cómo explicas tu don? En el poder de las Confesoras también hay parte de Magia de Resta. Rahl el Oscuro usaba la Magia de Resta, al igual que algunas Hermanas. En la actualidad, aún existen seres que poseen parte de Magia de Resta.

—No lo sé —repuso Richard, pasándose una mano por el rostro en gesto de cansancio—. Ni siquiera estoy seguro de lo que te he dicho. Me queda mucho por traducir. Apenas he empezado.

»Tampoco sé si el libro nos dará las respuestas. Se trata de una investigación y un juicio; no trataban de enseñarme historia. En esa época eran cosas sabidas por todos. No necesitaban explicarlas.

»Empiezo a creer que lo que hizo el equipo del templo fue impedir que los magos pasaran a sus descendientes la Magia de Resta. Tú no heredaste tu magia de un mago, y Rahl el Oscuro tampoco nació con Magia de Resta, sino que aprendió a usarla. Tal vez ahí radica la diferencia. Tal vez el equipo calculó mal cómo afectaría al equilibrio el impedir que los nacidos con el don pudieran heredar la Magia de Resta y no previó la consecuencia de que, debido a eso, cada vez nacerían menos niños con el don. O quizá sí lo sabían. Quizá era eso lo que querían. Quizá por eso fueron ejecutados.

—¿Y las lunas rojas?

—Bueno, cuando los magos al mando descubrieron lo ocurrido, enviaron a alguien para reparar el daño hecho por el equipo. Tenía que ser alguien con un poder tremendo y una gran fuerza de convicción si querían que tuviese éxito. Así pues, eligieron al más ferviente defensor de la magia que existía, a un fanático: el fiscal del juicio, un poderoso hechicero llamado Lothain. Él fue el enviado al Templo de los Vientos para reparar el mal que se había hecho.

Kahlan escuchaba mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—Que entró, a través del Vestíbulo de los Traidores, como tú misma dijiste. Sucedió lo que me contaste; Lothain entró, pero al hacerlo, los traicionó. No estoy seguro de lo que hizo exactamente. Muchas de las palabras que se emplean se refieren a una magia específica que no entiendo. Pero, por lo que he deducido, reforzó el mal hecho por el equipo que hizo desaparecer el templo, e incluso lo empeoró.

»Traicionó al Nuevo Mundo. Puesto que tuvo que alterar el modo en que el Templo de los Vientos guardaba esa magia, desencadenó el aviso en forma de lunas rojas.

»Cuando el templo pidió ayuda mediante las lunas rojas, fue enviado otro mago. Los hechiceros del Alcázar se alegraron de que el templo pidiera ayuda, pues eso significaba que no tendrían que entrar por el Vestíbulo de los Traidores. Pensaron que por fin podrían entrar y poner remedio al problema. Pero el mago que enviaron nunca regresó. Entonces mandaron a otro, más poderoso y experimentado, pero tampoco volvió.

»Finalmente, en vista de la gravedad de la situación, el Primer Mago en persona fue al Templo de los Vientos. —Richard alzó el amuleto que le colgaba del cuello—. Baraccus.

—Baraccus —musitó Kahlan, admirada—. ¿Logró entrar en el templo?

—Nunca lo supieron con certeza. —Richard hablaba desplazando el dedo pulgar arriba y abajo por el borde de la mesa—. Cuando regresó estaba aturdido; no reaccionaba ni respondía a nada que dijeran ni hicieran.

»Baraccus se dirigió al enclave del Primer Mago, su refugio, y dejó esto allí. —Richard le mostró el amuleto—. Luego salió, se quitó el resto de sus vestiduras, las cosas que yo llevo, caminó hasta el borde de la muralla y se lanzó al abismo. Así murió.

Kahlan se sentó con la espalda muy erguida, mientras Richard carraspeaba para recuperar la voz antes de continuar.

—Después de eso los magos desistieron de entrar en el Templo de los Vientos para responder a la llamada de las lunas rojas. Nunca fueron capaces de reparar el daño que hicieron primero el equipo del templo y luego Lothain.

Richard se quedó con la mirada perdida.

—¿Cómo averiguaron todo lo que acabas de contarme? —quiso saber Kahlan.

Richard cerró el puño alrededor del amuleto que le colgaba sobre el pecho.

—Usaron a una Confesora. Magda Searus. La primera Madre Confesora.

—¿Vivió en esa época? Así que, ¿participó en la guerra? No tenía ni idea.

—Lothain se negaba a revelar lo que había hecho —explicó Richard con gesto ceñudo—. Los magos que lo juzgaron fueron quienes ordenaron que se crearan a las Confesoras. Magda Searus fue la primera. Como no consiguieron arrancar la verdad a Lothain mediante tortura, crearon la magia de las Confesoras y se la infundieron a Magda Searus.

»Ella tomó a Lothain con su nuevo poder y obtuvo la verdad. Lothain confesó lo que el equipo del templo y él mismo habían hecho.

Richard apartó la mirada de los ojos verdes de Kahlan.

—El hechicero que creó el poder de las Confesoras y lo inculcó a Magda Searus se llamaba Merritt. El tribunal quedó tan complacido con los resultados del conjuro de Merritt que dispuso la creación de la orden de las Confesoras, y les asignaron magos para protegerlas.

»Merritt se convirtió en el protector de Magda Searus, en su hechicero, a cambio de la vida y del deber que le había impuesto a ella y a todas sus descendientes.

La estancia quedó en silencio. Kahlan había adoptado su cara de Confesora: la expresión impasible que no dejaba entrever nada de lo que sentía. Pero Richard no necesitaba ver una expresión en su cara para saber qué sentía. El joven atrajo de nuevo el cuenco hacia él y comió un poco más de sopa. Se había enfriado bastante.

—Richard —susurró al fin Kahlan—, si esos magos, con todo su poder y sus conocimientos... si ni siquiera ellos fueron capaces de entrar en el Templo de los Vientos después de que éste lanzara el aviso de las lunas rojas, ¿qué...? —No acabó de formular la pregunta. Richard la acabó por ella.

—¿Qué esperanza tenemos nosotros de lograrlo?

Richard se dedicó a comer la sopa de lentejas mientras el incómodo silencio se prolongaba.

—Richard —dijo al fin Kahlan en voz baja—, si no entramos en el templo, lo que el espíritu me mostró se cumplirá. La muerte causará estragos y se cobrará un número incalculable de víctimas.

Richard estuvo a punto de ponerse en pie y gritarle que lo sabía perfectamente y preguntarle qué quería que hiciera él. En vez de eso se tragó los gritos junto con la sopa de lentejas.

—Lo sé —susurró y siguió comiendo en silencio. Cuando acabó y ya estuvo seguro de poder dominarse, tomó de nuevo la palabra.

»Un miembro del equipo del templo, un hechicero llamado Ricker, hizo una declaración antes de que lo ejecutaran. —Richard tomó el papel con la traducción de una pila en desorden y leyó—: «Ya no puedo soportar lo que hacemos con nuestro don. No somos ni el Creador ni tampoco el Custodio. Incluso una prostituta fastidiosa tiene derecho a vivir su vida».

—¿A qué se refería?

—Creo que cuando los magos usaban a personas o, mejor dicho, las destruían para crear las armas que necesitaban en la guerra, elegían a personas problemáticas por una u otra razón, o sea, personas a las que no les importaba destruir. He oído decir que un mago utiliza a sus semejantes. Dudo que quien me lo dijera fuera consciente del espantoso origen de esa máxima.

El joven percibió consternación en los ojos de Kahlan.

—Richard, por lo que has leído hasta ahora, ¿crees que es inútil? ¿Crees que no podremos hacer nada?

Richard no tenía respuesta. Alargó un brazo y tomó una mano de Kahlan.

—Antes de ser ejecutado, el equipo del templo dijo en su propia defensa que, aunque les hubiese resultado muy fácil, no habían cerrado por completo el acceso al templo, sino que habían dejado una vía abierta para responder a la llamada. Dijeron que, en caso realmente necesario, se podía entrar en él. Yo entraré, Kahlan. Juro que entraré.

Por un momento, los bellos ojos de Kahlan expresaron alivio, pero enseguida recuperaron la mirada de angustia. Richard sabía qué estaba pensando. Era lo mismo que él se había preguntado mientras leía sobre la locura que había sido esa guerra y el mal que se habían hecho unos a otros.

—Kahlan, nosotros no usamos magia para destruir a otras personas en beneficio propio. Nosotros la usamos para combatir una causa que asesina a niños indefensos. Luchamos por la libertad y en contra del terror y la muerte.

Kahlan esbozó una leve sonrisa mientras le apretaba la mano. Ambos alzaron la vista cuando alguien llamó a la puerta, que permanecía abierta. Era Drefan.

—¿Puedo entrar? Espero no interrumpir.

—No, no interrumpes —replicó Richard—. Adelante.

—Sólo quería decirte que me he ocupado de los carros, como querías. Ya se necesitan.

Richard se frotó la frente con las yemas de los dedos.

—¿Cuántos? —quiso saber.

—Anoche fueron algo más de trescientos, tal vez más si no nos han llegado todos los informes. Tal como temías, la gente ya no puede ocuparse de tantos muertos, y la cifra aumenta día a día.

—Los muertos no pueden esperar. Si dejamos que se pudran al aire libre, podrían propagar la peste más rápidamente. Es preciso enterrarlos enseguida. Di a los hombres que salgan con los carros para recoger los muertos tan pronto como se hayan organizado. Dales tiempo hasta el atardecer.

—Ya se lo he comunicado. Como tú mismo dices, no podemos permitir que queden por ahí tirados cadáveres infectados con la peste; podrían empeorar la situación.

—¿Es que puede ser peor? —se mofó Richard.

Drefan no respondió.

—Lo siento —se disculpó Richard—. Eso ha estado de más. ¿Has descubierto algo que pueda ayudarnos?

Drefan se bajó los puños de su camisa blanca.

—Richard, no hay cura contra la peste. Al menos, yo no conozco ninguna. Nuestra única esperanza es mantenernos sanos. Por cierto, no es nada saludable pasarte el día aquí sentado y también la mayor parte de la noche. No descansas lo suficiente. Lo veo en tus ojos. No es la primera vez que te lo digo. Tienes que estirar un poco las piernas y respirar aire fresco.

Richard estaba cansado de intentar traducir el libro así como de las cosas que averiguaba cuando lo conseguía. Lo cerró de golpe y se levantó de la silla.

—Esto no sirve de nada. Vamos a estirar las piernas, tal como has sugerido. —Bostezó al tiempo que se estiraba—. Por cierto —preguntó a Kahlan—, ¿qué has estado haciendo mientras yo estaba encerrado en esta habitación sin salir para nada?

Kahlan miró a Drefan furtivamente.

—Yo... he estado ayudando a Drefan y a Nadine.

—¿Ayudándoles? ¿A hacer qué?

—Kahlan nos ha estado ayudando con la servidumbre —le explicó el mismo Drefan, mientras se arreglaba los volantes de la pechera de la camisa—. Algunos han enfermado.

Richard miró alternativamente a Kahlan y a su hermano.

—¿La peste ha llegado a palacio?

—Eso me temo. Tenemos a dieciséis enfermos. Unos pocos padecen enfermedades comunes, pero el resto...

—Comprendo. —Richard soltó un hondo suspiro.

Raina montaba guardia en el pasillo. Al ver a Richard, se cuadró.

—Raina, vamos a estirar un poco las piernas. Será mejor que nos acompañes o Cara no me lo perdonará nunca.

Raina sonrió mientras se apartaba del rostro un mechón de cabello oscuro. Sabía que Richard tenía razón y, obviamente, le complacía que cooperara.

—Lord Rahl, no he querido molestaros mientras trabajabais, pero el capitán de la guardia ha venido a informaros de algo.

—Lo sé. Ya me lo han dicho. Anoche murieron trescientas personas.

El uniforme de cuero de la mord-sith crujió al cambiar el peso de pierna.

—Eso también, pero lo que quería deciros es que anoche encontraron a otra mujer. La habían cortado en pedazos como a las otras cuatro.

Richard cerró los ojos mientras se pasaba una mano por los labios. Notó que ese día no se había acordado de afeitarse.

—Por todos los espíritus, como si no muriese ya suficiente gente para que un loco vaya por ahí matando más.

—¿Era una prostituta, como las otras? —preguntó Drefan.

—El capitán no está completamente seguro, pero dijo que era lo más probable.

Drefan sacudió la cabeza, asqueado.

—El asesino no sólo tiene que preocuparse de que no lo atrapen, sino también de no contagiarse de la peste. La plaga se ha extendido mucho más entre las prostitutas que entre la población en general.

Richard divisó a Berdine, que se acercaba por el pasillo.

—¡Ojalá pudiera ocuparme de ese asunto!, pero tenemos preocupaciones mucho más graves. Raina, cuando regresemos di al capitán que quiero que sus hombres avisen a esas mujeres de que hay un asesino en la ciudad y les aconsejen que, por su propia seguridad, se abstengan de ejercer su oficio al menos durante un tiempo.

»Estoy seguro de que los soldados sabrán dónde encontrar a las prostitutas —añadió en voz baja—. Que hablen con ellas enseguida. Si esas mujeres no dejan de vender su cuerpo, es posible que descubran que han elegido al cliente equivocado. Sería el último.

Richard esperó a que Berdine se reuniera con ellos.

—¿No deberías estar en el Alcázar, vigilando a la sliph? —le preguntó cuando la tuvo cerca.

La mord-sith se encogió de hombros.

—Subí para relevar a Cara, pero ella me dijo que quería ocuparse de la guardia siguiente.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Richard.

Berdine volvió a encogerse de hombros.

—No me lo dijo.

Kahlan lo cogió por un brazo.

—Creo que es por las ratas —apuntó.

—¿Qué?

—Creo que está tratando de demostrarse algo a sí misma. —Kahlan vaciló—. A Cara no le gustan las ratas.

—No la culpo —musitó Raina.

—Son unos animales repugnantes —intervino Drefan—. Yo tampoco la culpo.

—Si alguno de vosotros os burláis de ella por eso, os las veréis conmigo, cuando Cara acabe con vosotros —advirtió Kahlan—. Eso no es divertido.

Nadie parecía de humor para desafiar a Kahlan ni tampoco para hacer bromas al respecto.

—¿Adónde vais? —preguntó Berdine.

—A dar un paseo —contestó Richard—. Apuesto a que llevas tantas horas sentada como yo. Acompáñanos si quieres.

Nadine dobló la esquina y vio al grupito justo cuando se disponían a marcharse.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Nada —contestó Richard—. ¿Cómo estás, Nadine?

—Muy bien, gracias —repuso la muchacha con una sonrisa—. He estado muy ocupada quemando hierbas medicinales en las habitaciones de los enfermos, como Drefan me dijo.

—Nosotros íbamos a dar un paseo. Has trabajado muy duramente, Nadine. ¿Por qué no te unes a nosotros? —propuso Kahlan.

Richard la miró ceñudo, pero Kahlan no le devolvió la mirada. Nadine estudió los ojos de Kahlan por un instante.

—Pues claro —dijo al fin—. Me encantaría.

Los seis recorrieron pasillos de mármol, pasaron frente a tapices impresionantes y muebles elegantes, y pisaron suntuosas alfombras de camino a la entrada principal de palacio. Los soldados que patrullaban los saludaban con una inclinación de cabeza o se golpeaban el pecho con el puño. Richard se fijó en que el personal de palacio, pese a que seguía con sus quehaceres, parecía trastornado. Algunos incluso lloraban.

Antes de llegar a la puerta se toparon con Tristan Bashkar. Richard no estaba de humor para hablar con el embajador de Jara, pero Tristan les salió al paso despreocupadamente. Esa vez era imposible evitarlo.

—Madre Confesora, lord Rahl —dijo con una reverencia—, qué encuentro tan afortunado.

—¿Qué deseáis, Tristan? —preguntó Kahlan con voz inexpresiva.

El embajador clavó los ojos en el escote de Kahlan, tras lo cual se posaron en Richard.

—Quiero saber...

Richard lo interrumpió de malos modos.

—¿Habéis venido a presentar la rendición de Jara?

Tristan se retiró el manto y apoyó un puño en la cadera.

—El tiempo que me fue concedido aún no ha expirado. Estoy preocupado por la epidemia. Vos sois lord Rahl y se supone que ahora estáis a cargo de todo. Quiero saber qué vais a hacer sobre este asunto.

—Lo que esté en nuestra mano —contestó Richard, conteniéndose.

Tristan echó otra rápida mirada al escote de Kahlan.

—Bien, estoy seguro de que comprenderéis que necesito garantías. Después de todo —añadió, posando la mirada en Richard y esbozando una sonrisa taimada—, después de todo, ¿cómo puedo, en buena conciencia, rendir mi país ante el hombre responsable de lo que puede convertirse en el mayor cataclismo de la historia de la Tierra Central? Los cielos me revelan la verdad. Estoy seguro de que comprendéis mi posición.

Richard se inclinó hacia el pomposo embajador.

—Se os acaba el tiempo, embajador. Será mejor que os preparéis para rendir Jara muy pronto o yo me ocuparé de ello a mi manera. Ahora, si nos excusáis, vamos a respirar un poco de aire fresco. De repente apesta por aquí.

El rostro de Tristan Bashkar se ensombreció. Cuando nuevamente sus ojos se posaron en Kahlan, Richard le arrebató el cuchillo envainado al cinto sin darle tiempo siquiera a parpadear. Todo el mundo se quedó petrificado.

Richard apretó la punta del arma contra el pecho del embajador.

—Y si vuelvo a pillaros posando vuestros libidinosos ojos en cualquier parte de Kahlan que no sea su rostro, os arrancaré el corazón.

Pronunciada la amenaza, se volvió y lanzó el cuchillo, que fue a clavarse en una esfera de madera de roble colocada en lo alto de un poste de arranque. El ruido reverberó por los pasillos de mármol. Sin esperar respuesta, Richard cogió a Kahlan del brazo y se alejó. La capa dorada le ondeaba a la espalda. Kahlan había enrojecido. Las dos mord-sith los siguieron sonriendo de oreja a oreja. Drefan también sonreía. Nadine fue la única que no mostró ninguna reacción.

14

Un perro ladró en la distancia mientras Richard los conducía por un callejón adoquinado. Al llegar al pequeño patio situado detrás de la vivienda de los Anderson, ordenó a sus escoltas que se detuvieran. El patio seguía atestado de recortes, trocitos de madera, serrín, maderos apilados y los dos bancos de talla.

Richard no oyó ni ruido de carpinteros, ni tampoco voces. Abrió la verja y avanzó entre el caos del patio. El taller permanecía en silencio. Llamó a la puerta sin obtener respuesta. En vista de eso, empujó una de las puertas dobles y gritó. Nada.

—¡Clive! —gritó de nuevo—. ¡Darby! ¡Erling! ¿Hay alguien en casa?

De los ganchos en las polvorientas paredes aún colgaban sillas viejas y plantillas, y las telarañas cubrían las esquinas. Arriba, en vez del aroma de pasteles de carne y nabos hervidos, como la última vez que Richard había visitado el hogar de los Anderson, pesaba el fuerte hedor de la muerte.

Clive Anderson ocupaba una de las sillas que él mismo había fabricado. Estaba muerto. En sus brazos sostenía el cuerpo rígido y sin vida de su esposa.

Richard se quedó atónito. A su espalda oyó el lastimero grito de Kahlan.

Drefan se dirigió a los dormitorios. Tras echar un rápido vistazo regresó y negó con la cabeza. Richard no podía apartar la mirada del marido y la mujer muertos. Trataba de imaginarse la desolación de Clive sentado en la silla, enfermo de peste, con su mujer muerta en los brazos; sus sueños y sus esperanzas muertos en sus brazos.

Drefan colocó una mano debajo del brazo de Richard y se lo llevó a la fuerza.

—Richard, ya no podemos hacer nada. Será mejor que nos marchemos y enviemos un carro para recoger a los muertos.

Kahlan sollozaba con la cara pegada a un hombro de Richard. Éste reparó en las expresiones de congoja de Berdine y Raina. Las dos mord-sith se buscaron las manos y enlazaron los dedos de manera furtiva, buscando consuelo. Nadine desvió la mirada del grupo. Súbitamente, Richard sintió lástima por ella; Nadine estaba sola. Por suerte, en ese momento, Drefan posó una mano sobre el hombro de la muchacha, ofreciéndole consuelo. En la estancia resonaba un doloroso silencio.

Richard y Kahlan bajaron la escalera abrazados. Los otros los siguieron. Al llegar al taller, Richard, por fin, inspiró aire. El hedor de arriba era tan fuerte que le daba náuseas.

Justo entonces Erling, el abuelo, apareció por la puerta y se quedó de piedra al ver a seis personas en su taller.

—Lo siento, Erling —dijo Richard—. No queríamos invadir tu hogar. Vinimos a comprobar cómo estabais. Queríamos...

Erling asintió con aire ausente.

—Mi muchacho está muerto. Y Hattie también. Yo he tenido que... salir. No puedo con ellos yo solo.

—Ahora mismo te enviaremos un carro. Justo en la calle de al lado hay soldados. Te los enviaré enseguida para que te ayuden.

Erling hizo un nuevo gesto de asentimiento.

—Os lo agradecería mucho.

—¿Los demás están..., están...?

—Mi mujer, mi hija, mi hijo, su mujer, Darby y la pequeña Lily..., todos muertos —anunció el anciano, mirando hacia arriba con los ojos enrojecidos—. Beth se recuperó. Sí, volvió a ponerse bien.

Pero yo no podía cuidar de ella. Acabo de llevarla a casa de la hermana de Hattie. Hasta ahora, allí nadie ha caído enfermo.

Richard posó una mano en el brazo de Erling con dulzura.

—Lo siento mucho. Queridos espíritus, lo siento en el alma.

—Gracias —repuso el anciano con un gesto de asentimiento. Carraspeó, y añadió—: Durante toda mi vida creí que me marcharía yo primero y no los jóvenes. Los espíritus no han sido justos. Han sido muy injustos.

—Lo sé —dijo Richard—. Pero ahora descansan en paz. Todos nosotros, más pronto o más tarde, nos reuniremos con ellos. Volverás a verlos.

Después de asegurarse de que Erling no necesitaba nada, abandonaron el taller. Ya en el callejón todos se detuvieron para recuperarse.

—Raina, por favor, corre hasta la calle siguiente, donde vimos a esos soldados, y diles que vengan enseguida. Ordénales que retiren los cuerpos. Erling no puede.

—Ahora mismo, lord Rahl —dijo antes de echar a correr. La trenza oscura aleteó a su espalda.

—No sé qué hacer —susurró Richard—. ¿Qué puedes hacer por alguien que acaba de perder a toda su familia, a todos sus seres queridos? Me he sentido como un idiota. No sabía qué decir.

—Dijiste lo correcto, Richard —lo tranquilizó Drefan, al mismo tiempo que le apretaba un hombro—. De veras que sí.

—Tus palabras lo consolaron, Richard —corroboró Nadine—. No podías hacer más.

—No podía hacer más —repitió Richard con la mirada perdida.

Kahlan le apretaba una mano, y Berdine le rozaba la otra. Richard la asió. Los tres permanecieron unidos compartiendo la pena.

Mientras esperaban que Raina regresara, Richard se paseaba. El sol casi había desaparecido en el horizonte. Anochecería antes de que regresaran a palacio. Lo mínimo que podía hacer era esperar hasta que llegara alguien para ayudar a Erling a sacar los cadáveres de su hijo y su nuera de la casa.

Kahlan y Berdine esperaban muy juntas, apoyadas contra el muro, junto al patio de los Anderson. Drefan se había alejado por el callejón con las manos a la espalda, ensimismado en sus propios pensamientos. Nadine cruzó al otro lado del callejón, sola, y se apoyó en una pared de tablas.

Richard daba vueltas mientras pensaba en el Templo de los Vientos y en la magia que Jagang había ordenado robar. No se le ocurría ningún modo de acabar con esa carnicería. Se sulfuraba cuando pensaba en cómo Tristan Bashkar había mirado a Kahlan.

De pronto se detuvo y alzó la cabeza. Nadine estaba detrás de él. Experimentaba una sensación muy extraña.

Los pelillos de la nuca se le erizaron. Mientras giraba sobre sus talones, oyó cómo el aire gemía.

El mundo se ralentizó. El sonido se arrastraba. Richard se sentía flotar al moverse. El aire se había vuelto denso como el barro. Todo el mundo parecía haberse quedado inmóvil como una estatua.

El tiempo era suyo.

Richard extendió un brazo al mismo tiempo que se movía hacia adelante. Mandaba sobre la densidad del aire. En el inquietante y fantasmagórico silencio percibía el canto de las plumas y el silbido de la hoja.

El tiempo era suyo. El parpadeo sorprendido de Nadine duró una eternidad. Richard cerró el puño. Con intenso fragor, el mundo recuperó súbitamente su velocidad normal.

A escasos centímetros de los ojos de Nadine abiertos de par en par, Richard había atrapado con la mano una flecha disparada con ballesta.

Una fracción de segundo más, y la flecha la habría matado. Para Richard esa fracción de segundo había durado una hora.

—Richard, ¿cómo has atrapado la flecha? —preguntó Nadine, sin aliento—. Me has puesto los pelos de punta. Pero no me quejo, ¿eh? —se apresuró a añadir.

—¿Cómo has hecho eso? —susurró Drefan, boquiabierto.

—Soy mago, ¿recuerdas? —contestó Richard, volviéndose en la dirección de la que procedía la flecha. Le pareció percibir un movimiento.

Kahlan estrechó a una temblorosa Nadine.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Nadine asintió y soltó un grito de terror aplazado. Kahlan la consoló.

Mientras partía la flecha por la mitad, los ojos de Richard se fijaron en un extraño movimiento. Echó a correr a toda velocidad. Berdine lo siguió.

—¡Trae soldados! —le ordenó Richard sin dejar de correr—. ¡Que cierren toda la zona! ¡No dejéis que escape!

Berdine cortó por una calle en busca de los soldados. Richard corría como el viento en una tempestad. La ira se había adueñado de él. Alguien había tratado de asesinar a Nadine.

En esos momentos, Nadine dejó de ser la mujer enviada por Shota para casarse con él, una mujer que le estaba dando muchos quebraderos de cabeza para volver a ser, simplemente, una vieja amiga de la Tierra Occidental. La magia lo tomó con toda su furia.

Los edificios pasaban volando, los perros le ladraban, los viandantes lanzaban gritos de asombro y se apartaban a toda prisa. Una mujer chilló mientras se acurrucaba contra un edificio pequeño y torcido que se usaba como almacén.

Richard saltó por encima de la cerca baja en la que había percibido el movimiento. En mitad del salto desenvainó la espada. En el aire resonó el sonido característico del acero.

Aterrizó en el suelo con una voltereta y, al ponerse de pie, empuñaba el arma con ambas manos. Se encontró cara a cara con una cabra blanca. No había nadie. En el suelo descubrió una ballesta, entre la cerca y un cobertizo achaparrado en el que se guardaban las cabras.

Miró alrededor en todas direcciones. Vio sábanas y camisas tendidas. Una mujer con la cabeza cubierta con un pañuelo azul ocupaba un balcón más allá de la ropa tendida.

Richard envainó la espada e hizo bocina con las manos.

—¿Has visto a un hombre por aquí? —le gritó.

La mujer alzó un brazo y señaló a la derecha.

—He visto a alguien correr hacia allí —gritó a su vez.

Richard salió disparado en la dirección que le había indicado la mujer. El callejón se estrechaba. Más allá del túnel formado por edificios desembocaba una calle. Richard miró a derecha e izquierda.

—Ha pasado un hombre por aquí. ¿Por dónde se fue? —preguntó a una joven, cogiéndola por el brazo.

Asustada, la joven trató de desasirse, mientras que con la otra mano se sujetaba el sombrero.

—Por aquí hay mucha gente. ¿Qué hombre?

Richard la soltó. Más adelante, a su izquierda, divisó a un hombre que enderezaba una carretilla volcada cargada con verduras. Este hombre alzó la vista cuando Richard se detuvo ante él bruscamente.

—¿Cómo era? El hombre que pasó corriendo por aquí, ¿qué aspecto tenía?

—No sé —contestó, componiéndose un sombrero de ala ancha—. Estaba buscando un buen emplazamiento. Entonces oí el ruido de la carretilla al volcarse. Sólo vi una figura negra que corría hacia allí —añadió, señalando.

Richard corrió hacia donde le había indicado el hombre. El barrio antiguo de la ciudad era una maraña de callejones, calles y tortuosos pasos entre edificios. El único modo que tenía para orientarse era

observando el resplandor dorado en el cielo hacia el oeste. No obstante, eso no significaba que el hombre al que perseguía corriera en una dirección determinada. Seguramente sólo trataba de huir.

Al toparse con una patrulla formada por una docena de soldados, les habló antes de darles siquiera tiempo a saludar.

—Por aquí ha pasado un hombre corriendo. ¿Alguno de vosotros lo ha visto?

—No hemos visto a nadie corriendo. ¿Cómo era?

—No lo sé. Nos atacó con una ballesta y echó a correr. Quiero que lo encontréis. Desplegaos e iniciad la búsqueda.

Antes de poder obedecer, Raina llegó corriendo acompañada por al menos cincuenta soldados.

—¿Visteis por dónde fue? —preguntó casi sin aliento.

—No. Lo perdí. Quiero que os despleguéis y lo busquéis.

Uno de los soldados, un sargento, tomó la palabra.

—Lord Rahl, alguien que intenta huir llama la atención si corre. Si tiene dos dedos de frente, se habrá limitado a doblar una esquina y alejarse caminando.

El sargento señaló hacia la calle para dar más fuerza a su argumento. La calle estaba llena de gente ocupada en sus propios asuntos, aunque muchos mirones observaban el alboroto. Cualquiera de ellos podría ser el hombre que Richard buscaba.

—¿Tenéis alguna idea del aspecto del asesino?

Richard sacudió la cabeza, sintiéndose frustrado.

—No he llegado a verlo. —Se pasó los dedos por el cabello mientras recuperaba la respiración—. Dividíos. Que la mitad vaya en la dirección de la que venimos. Preguntad a todo el mundo si se han fijado en un hombre que corría. Tal vez ahora camine, pero hasta llegar aquí corría.

Raina, empuñando el agiel, adoptó una posición defensiva junto a Richard.

—Los demás venid conmigo. Reuniremos más efectivos. No pienso abandonar la búsqueda. Tal vez nos crucemos con él caminando, le dé un ataque de pánico y eche de nuevo a correr. Si lo hace, cogedlo. Lo quiero vivo.

Era ya noche cerrada cuando regresaron al Palacio de las Confesoras. Los soldados estaban en alerta máxima; empuñaban espadas y hachas de guerra, tenían los arcos cargados con flechas y las lanzas alzadas. Otros patrullaban los extensos jardines. Ni siquiera un ratón podría colarse entre ellos.

Al entrar en el salón de audiencias acompañado por Kahlan, Berdine, Raina, Drefan y Nadine, Richard vio que Tristan Bashkar lo esperaba con las manos a la espalda y dando vueltas de un lado a otro. Al oírlos llegar el embajador se detuvo y alzó la mirada.

Richard se paró al darse cuenta de que Tristan se le acercaba con aire contrito. Todos sus acompañantes hicieron piña a su espalda, a excepción de Kahlan, que se colocó a su lado. Tristan los saludó con una mano.

—Lord Rahl, ¿puedo hablar un momento con vos?

Richard lo miró de la cabeza a los pies, fijándose en que esa vez no apoyaba la mano en la cadera para exhibir su recargado cuchillo.

—Un momento, por favor —repuso Richard, alzando un dedo—. Es tarde —dijo a los demás—. Tenemos mucho trabajo que hacer, por lo que quiero que descanséis. Berdine, sube al Alcázar y esta noche monta guardia junto a Cara.

—¿Las dos juntas? —inquirió Berdine, extrañada.

—Eso acabo de decir, ¿no? —replicó Richard, ceñudo—. Sí, ambas. Después de lo ocurrido no quiero correr más riesgos.

—En ese caso yo vigilaré los aposentos de la Madre Confesora —se ofreció Raina.

—No. Quiero que vigiles la habitación de Nadine. Ha sido ella la atacada.

—Sí, lord Rahl —farfulló Raina—. En ese caso, apostaré un grupo de soldados para que guarden los aposentos de la Madre Confesora.

—Si quisiera soldados alrededor de la habitación de Kahlan, ya te lo habría dicho, ¿no crees? —Raina se ruborizó—. Quiero que todos los soldados patrullen las entradas, los jardines de palacio y un perímetro alrededor de los jardines. ¡Todos y cada uno de ellos! El peligro está fuera, no aquí dentro. Kahlan está totalmente segura dentro de palacio. No quiero que ningún soldado que debiera estar patrullando fuera esté dentro, sentado sin hacer nada delante de la habitación de Kahlan. Ni hablar de eso, ¿entendido?

—Pero lord Rahl...

—No me contradigas. No estoy de humor.

—Richard —le susurró Kahlan—, ¿estás seguro de que...?

—Alguien ha tratado de asesinar a Nadine y casi lo consigue. ¿O es que se te ha escapado la importancia de lo sucedido? No pienso correr más riesgos. Quiero que esté protegida. Fin de la discusión. Drefan, quiero que empieces a llevar espada enseguida. Los sanadores se han convertido en un blanco.

Todos se quedaron en silencio con la mirada clavada en el suelo.

—Bien. ¿Y vos qué queréis? —espetó a Tristan.

El embajador extendió las manos.

—Lord Rahl, tan sólo quería disculparme. Soy consciente de que antes os he parecido insensible, aunque en realidad me preocupan mucho las personas que enferman y mueren. Eso me pone los nervios de punta. No quisiera que nos enemistáramos.

Richard escrutó los ojos de Tristan.

—Sí, claro. Disculpas aceptadas. Lamento haber perdido los nervios. También yo estoy un poco alterado. —Richard posó una mano sobre el hombro de Nadine—. Alguien ha tratado de matar a uno de mis sanadores, a una persona consagrada a ayudar a sus semejantes. La gente empieza a culpar a los sanadores porque la peste sigue extendiéndose. No puedo permitir que unas personas que tanto se esfuerzan por ayudar sufran ningún daño.

—Naturalmente. Sois muy amable en aceptar mis disculpas. Gracias, lord Rahl.

—Pero no olvidéis que el plazo expira mañana, embajador.

Tristan hizo una reverencia.

—Lo sé. Mañana tendréis una respuesta. Os doy mi palabra. Buenas noches.

—Mañana nos espera mucho trabajo —dijo Richard volviéndose hacia sus acompañantes—. Es muy tarde. Tal como Drefan no deja de recordarme, necesitamos dormir. Ya tenéis vuestras órdenes. ¿Alguna pregunta?

Todos respondieron negando con la cabeza.

Dos horas después del regreso a palacio y de que Richard los enviara a todos a la cama, a Kahlan le pareció percibir un movimiento en su alcoba.

La lámpara situada en la pared más alejada alumbraba al mínimo. Las nubes ocultaban la luna, por lo que por las puertas de vidrio del balcón no entraba luz. Y si había alguien, las gruesas alfombras silenciaban los pasos. Lo único que revelaba la figura que le pareció ver fue la débil llama de la lámpara.

Percibió otro movimiento en la alcoba; un amago del movimiento de una sombra. Pero ella no había visto entrar a nadie, por lo que se dijo que debía de tratarse de su imaginación. Lo sucedido ese día le había puesto los nervios a flor de piel.

Pero con el siguiente paso silencioso ya no hubo ninguna duda: había alguien en su habitación y ese alguien se acercaba furtivamente al lecho. Los movimientos eran tan sigilosos que el desconocido salvó la distancia muy de prisa.

Kahlan no movió ni un solo músculo al distinguir el resplandor del cuchillo a la débil luz de la lámpara. Contuvo la respiración.

Un brazo poderoso apuñaló la cama con odio desatado. El brazo subía y bajaba, asestando rápidas puñaladas.

Richard empujó la puerta del balcón con un dedo. La puerta se abrió silenciosamente. Berdine cruzó de forma sigilosa la habitación en el mismo instante en que Richard le hizo una seña con la mano. Cuando la mord-sith llegó a su posición, Richard golpeó una sola vez la puerta de cristal. Berdine aumentó la llama de la lámpara.

Tristan Bashkar se irguió junto al lecho de Kahlan, cuchillo en mano, jadeando por el esfuerzo.

—Soltad el cuchillo, embajador —ordenó Richard con voz serena.

Tristan hizo girar el cuchillo entre los dedos y cogió la hoja, preparado para lanzarlo.

Berdine le aplicó el agiel en la nuca. Inmediatamente Tristan cayó al suelo. La mord-sith apoyó el agiel en el hombro del embajador para mantener el equilibrio mientras se inclinaba y recogía el cuchillo. Tristan aulló de dolor.

Al enderezarse, Berdine sostenía tres cuchillos.

—Tenías razón, Richard —dijo Drefan desde atrás.

—No puedo creerlo —declaró Nadine, saliendo de las sombras.

—Pues creedlo —afirmó el general Kerson, que se había ocultado en el balcón—. Tristan Bashkar acaba de perder su inmunidad diplomática.

Richard silbó colocando dos dedos entre los labios. Raina entró en tromba por la puerta a la cabeza de un numeroso contingente de soldados d'haranianos armados hasta los dientes. Dos de ellos encendieron más lámparas.

De pie junto a Kahlan, Richard metió los pulgares en el cinturón y observó cómo los soldados levantaban a Tristan. Richard era una imponente figura negra perfilada por el ribete dorado de la túnica y los ornamentos, hebillas y brazaletes de plata.

—Tenías razón, Richard —dijo ella—. Atacó a Nadine para alejar a los guardias de mí. Yo era su objetivo desde el principio.

Primero había creído que Richard se había vuelto loco. Su actuación los había convencido a todos, incluido Tristan.

—Gracias por creer en mí —susurró Richard.

Cuando le comunicó lo que se proponía hacer, Kahlan había pensado que Richard acusaba a Tristan debido al incidente de ese día. Aunque no lo había expresado con palabras, se preguntó si Richard no estaría actuando únicamente movido por los celos.

Desde que le reveló las palabras de Shota, se había mostrado celoso en dos ocasiones, mientras que antes jamás lo había hecho. Richard no tenía ninguna razón para sentirse celoso, pero no podía quitarse de la cabeza las palabras de Shota, y éstas despertaban sus dudas.

Cada vez que Kahlan miraba a Nadine comprendía cómo se sentía Richard. Sabía que Richard no sería suyo, y su mente trataba de analizarlo de manera racional. Se decía que todo saldría bien y que al final acabarían juntos, pero su corazón no la engañaba. Richard se casaría con Nadine, y Kahlan se casaría con otro.

Richard se negaba a creerlo. Al menos, eso decía, pero Kahlan tenía sus dudas al respecto.

En su mente veía a Clive Anderson muerto en una silla abrazando a su esposa también muerta. En comparación con la tragedia que se había abatido sobre la familia Anderson y sobre tantas otras, ¿qué precio era un matrimonio desgraciado? ¿No valía la pena pagarlo si eso ponía fin a tan atroz sufrimiento y a tanta muerte?

—Aunque no fuese más que una treta para acabar con Kahlan, si no fuese por ti yo estaría muerta —dijo Nadine, colocándose al otro lado de Richard—. Gracias. Nunca había visto nada igual a cómo atrapaste la flecha justo delante de mi cara.

Richard la estrechó brevemente contra sí con un solo brazo.

—Ya me lo has agradecido suficientemente, Nadine. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Kahlan sintió de nuevo las garras ardientes de los celos, pero alejó de sí ese sentimiento. Tal como Shota había dicho, si amaba a Richard sería un consuelo que estuviera con alguien que, al menos, fuese una conocida.

—¿Y si me hubiera matado? —insistió Nadine—. Quiero decir que si solamente pretendía alejar a los guardias de Kahlan, ¿de qué le habría servido matarme?

—Sabe que poseo el don y contaba con ello. Si te mataba, podría haber seguido adelante con el plan o intentar un engaño similar con Drefan para reforzar nuestra creencia de que el blanco eran los sanadores y no Kahlan.

—¿Por qué no se limitó a dispararle a ella?

Richard miraba la lucha desigual que se libraba al otro lado de la cama de Kahlan.

—Porque le gusta emplear el cuchillo. Quería sentirlo cuando la matara.

Kahlan se estremeció. Conocía a Tristan; Richard podía estar en lo cierto. Tristan habría disfrutado matándola.

Los soldados le ataron las manos a Tristan a la espalda y lo obligaron a levantarse. El embajador mantenía una actitud beligerante, pero la superioridad del enemigo era evidente. Se encendieron más lámparas, al mismo tiempo que la habitación se iba llenando de soldados.

Kahlan se sentía incómoda con tanta gente en su alcoba. Seguramente era debido a que los aposentos de la Madre Confesora siempre habían sido un refugio privado, un lugar del todo seguro.

Pero un hombre había invadido ese refugio. Un hombre con la intención de apuñalarla mientras dormía.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Tristan a voz en grito.

—Oh, pensamos que nos gustaría ver a un hombre apuñalar un camisón relleno de estopa —repuso Richard.

El general Kerson registró al prisionero para asegurarse de que Berdine lo había despojado efectivamente de todas las armas. Ya satisfecho, se volvió hacia Richard.

—¿Qué ordenáis, lord Rahl?

—Decapitadlo.

—Richard, no puedes hacer eso —objetó Kahlan, espantada.

—Lo vi con mis propios ojos. Creyó que te estaba apuñalando a ti.

—Pero no lo hizo. Solamente apuñaló una cama vacía. Los espíritus distinguen entre intenciones y actos.

—También trató de matar a Nadine.

—¡Eso es mentira! —gritó Tristan—. No fui yo. Yo ni siquiera he salido de palacio esta noche.

Richard lanzó al embajador una mirada dura y fría.

—Tienes pelos blancos en las rodillas. Son pelos blancos de cabra. Te arrodillaste junto a una cerca mientras apuntabas la ballesta, y los pelos se pegaron.

Kahlan bajó la vista y comprobó que Richard estaba en lo cierto.

—¡Estáis loco! ¡Yo no lo hice!

—Richard, tampoco llegó a matar a Nadine. Tal vez lo intentó, pero no lo hizo. No puedes ejecutarlo por sus intenciones.

Richard cerró el puño alrededor del amuleto del pecho que representaba la danza con la muerte. «Sin piedad.»

Los ojos del general se apartaron de Kahlan para posarse de nuevo en Richard.

—¿Lord Rahl?

—Richard —insistió Kahlan—, no puedes hacerlo.

—Él asesinó a esas mujeres —declaró Richard—. Las hizo pedazos con ese elegante cuchillo suyo. Te gusta rajar a la gente, ¿verdad, Tristan?

—Pero ¿de qué estáis hablando? ¡Yo nunca he matado a nadie..., excepto en la guerra!

—Ya, y no trataste de asesinar a Kahlan, ni a Nadine y no tienes pelos blancos de cabra pegados a los pantalones.

Tristan volvió hacia Kahlan sus ojos castaños. Estaba aterrado.

—Madre Confesora, no os he matado a vos ni tampoco a ella. Vos misma lo habéis dicho: los espíritus distinguen entre las intenciones y los actos. Yo no he matado a nadie. ¡No podéis permitirle hacer eso!

Kahlan recordó los rumores acerca de Tristan, que decían que en la batalla prefería usar el cuchillo antes que la espada, pues matar con él le proporcionaba un placer sádico.

Esas mujeres habían sido asesinadas para obtener placer sádico.

—¿Qué me dijisteis vos mismo, Tristan? Que a menudo os veis obligado a recurrir al atractivo del dinero para procuraros compañía y que si incumplíais nuestras normas, os arriesgabais a sufrir el castigo que considerásemos más oportuno.

—¿No habrá juicio? ¡Yo no he matado a nadie! ¡La intención no es lo mismo que el acto!

—¿Y cuál era tu intención, Tristan? —inquirió Richard—. ¿Por qué querías matar a Kahlan?

—No fue por capricho ni tampoco por placer, como pensáis. Fue para salvar vidas.

Richard enarcó una ceja.

—¿Matar para salvar vidas?

—Vos también habéis matado. Y no lo hacéis porque os da placer, sino para salvar vidas inocentes. Solamente soy culpable de eso: de tratar de salvar vidas inocentes.

»La Orden Imperial envió representantes al palacio real de Sandilar. Nos dieron a elegir entre unirnos a la orden o morir. Javas Kedar, nuestro adivino, me dijo que observara los cielos en busca de una señal.

»Cuando llegaron las lunas rojas y estalló la peste supe qué significaba. Iba a matar a la Madre Confesora para congraciarme con la Orden Imperial y evitar así que también nos mandaran a nosotros la plaga. Solamente trataba de salvar a mi pueblo.

—¿A cuánta distancia está Sandilar? —preguntó Richard a Kahlan.

—Un mes en ir y volver, tal vez un poco menos.

—General, reunid a algunos oficiales y ordenadles que tomen el mando de las fuerzas jarianas y de la capital. Que entreguen a la familia real la cabeza de Tristan y les digan que fue ejecutado por tratar de asesinar a la Madre Confesora.

»Los oficiales ofrecerán a Jara la oportunidad de rendirse a D'Hara con las condiciones pacíficas que ya conocen. El viaje de ida y vuelta dura un mes. El rey en persona debe regresar con los documentos de rendición. Esperaré al rey y a la guardia d'haraniana enviada para escoltarlo dentro de un mes a contar desde mañana.

»Decidle al rey que si no se rinde y nuestros hombres no regresan, yo personalmente iré a Sandilar al frente de todo un ejército y que decapitaré a todos los miembros de la familia real. Luego conquistaremos Jara y ocuparemos la capital. No será una ocupación amistosa.

El general Kerson se golpeó con el puño la cota de malla que le cubría el pecho.

—A vuestras órdenes, lord Rahl.

—Richard —susurró Kahlan—, ¿y si Tristan dice la verdad? ¿Y si no fue él quien mató a esas mujeres? Podría tocarlo con mi poder de Confesora y asegurarnos.

—¡No! No quiero que lo toques ni que oigas las cosas que hizo a esas mujeres. Es un monstruo. No quiero que lo toques.

—Pero ¿y si dice la verdad? Tal vez no fue él.

Richard aferró el amuleto que le caía sobre el pecho.

—No lo condeno a muerte por el asesinato de esas mujeres. Trató de matarte. Lo vi con mis propios ojos. Por lo que a mí respecta, la intención es igual al acto en sí. Va a pagar por intentarlo, del mismo modo que habría pagado por el hecho.

»Anoche —añadió, lanzando una mirada fría y sombría a los soldados—, trescientas personas murieron por la peste. Tristan Bashkar quería aliarse con los asesinos de toda esa gente. Quiero que los soldados se pongan en camino hacia Jara a primera hora y que lleven la cabeza del embajador. Ya tenéis las órdenes. Sacadlo de aquí.

15

Al ver a Drefan que se acercaba en dirección contraria, Kahlan dejó la cesta con vendas limpias y paños que llevaba. Aunque Richard solamente lo había ordenado para hacer creer a Tristan que su plan funcionaba, Drefan seguía llevando una espada. Tal vez no fuese mala idea. Comenzaban a oírse voces en contra de los sanadores porque se oponían a las pociones y las curas que se vendían en la calle.

—¿Cómo están? —preguntó a Drefan.

Drefan suspiró mientras volvía la vista hacia el pasillo.

—Anoche murió uno. Casi todos han empeorado. Hoy tenemos seis casos nuevos.

—Queridos espíritus, ¿qué va a ser de nosotros? —musitó Kahlan.

Drefan le levantó el mentón.

—No nos daremos por vencidos.

—Drefan, si tantos servidores de palacio están enfermando y otros tantos han muerto ya, ¿de qué sirve este humo infernal? Estoy harta de respirarlo.

—El humo no sirve de nada contra la peste.

—Entonces, ¿por qué seguimos haciendo esto? —preguntó Kahlan, sorprendida.

Drefan sonrió tristemente.

—La gente cree que impide que la plaga empeore. Se sienten mejor al saber que estamos haciendo algo y que hay esperanza. Si dejamos de hacerlo, creerán que no hay esperanza.

—¿Y la hay? ¿Hay alguna esperanza?

—No lo sé —admitió Drefan en un susurro.

—¿Has oído el informe de anoche?

—Sí. En la pasada semana el número de muertos ha continuado aumentando. Anoche la cifra superó los seiscientos.

—¡Ojalá pudiéramos hacer algo! —declaró ella, desalentada.

Shota le había asegurado que el modo de conseguirlo se les revelaría. Y el espíritu lo había corroborado. Por mucho que odiara la idea de perder a Richard, no soportaba pensar en toda la gente que moría.

—Bueno, voy a hacer mi ronda por la ciudad —anunció Drefan.

Kahlan le agarró el antebrazo. Drefan se estremeció. Como Confesora, era una reacción a la que ya estaba acostumbrada. Lo soltó.

—Sé que tú no puedes hacer nada para acabar con la peste, pero, de todos modos, te doy las gracias por tu ayuda. Tus palabras dan esperanza a los que siguen vivos.

—Las palabras son el mejor ayudante de un sanador. Casi siempre es lo único que tenemos para ayudar. La mayor parte de la gente cree que ser sanador significa curar a los demás. En realidad, eso ocurre pocas veces. Mucho tiempo atrás aprendí que ser sanador significa vivir con el dolor y el sufrimiento.

—¿Cómo está Richard? ¿Lo has visto esta mañana?

—Está en su despacho. Parece estar bien. Lo he obligado a dormir un poco.

—Bien, necesita descansar.

Los ojos azules de Drefan buscaron los de Kahlan.

—Hizo lo que debía con ese hombre que intentó matarte, pero sé que, aunque actuó con mucha resolución, fue muy duro para él. Ordenar la muerte de alguien, aunque ese alguien tenga todos los números para merecerlo, no es algo fácil para Richard.

—Lo sé. Sé que el condenar a ese hombre a muerte pesa mucho en su conciencia. Yo misma me he visto obligada a sentenciar a muerte. En tiempos de paz uno goza del lujo del orden, pero en tiempos de guerra se debe actuar. La vacilación es mortal.

—¿Se lo has dicho a Richard?

Kahlan sonrió.

—Pues claro que sí. Richard sabe que no tenía elección y también sabe que sus más allegados lo comprendemos. Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo. Y así se lo he dicho.

—Un día espero encontrar a una mujer que sea la mitad de fuerte que tú. Por no hablar de tu belleza. Bueno, ahora debo irme.

Kahlan lo vio alejarse. Seguía llevando pantalones demasiado ceñidos. Se ruborizó al pensarlo y volvió al trabajo.

Nadine estaba en la sala de los enfermos, que yacían en dos hileras de camas. La enfermería tenía capacidad para veinte camas, y todas estaban ocupadas. Otros enfermos debían contentarse con mantas en el suelo. Y había más salas.

—Gracias —le dijo Nadine cuando Kahlan dejó las vendas limpias que había llevado. Nadine añadía hierbas medicinales a cacerolas para preparar infusiones. Otras mujeres que atendían a los enfermos cambiaban sábanas, limpiaban heridas abiertas y las vendaban, o servían infusiones a los pacientes.

Nadine cogió un paño de la cesta, lo sumergió en agua, lo escurrió y lo colocó sobre la frente de una mujer que gemía.

—Aquí tienes, querida —le dijo, dándole palmaditas en el hombro—. ¿Te sientes un poco mejor?

La enferma solamente pudo esbozar una débil sonrisa y asentir.

Kahlan atendió del mismo modo a otros enfermos; les mojaba el rostro sudoroso con un paño sumergido en agua fría y les ofrecía palabras de consuelo.

—Tienes madera de sanadora —le dijo Nadine, deteniéndose a su lado—. Lo digo por la amabilidad con que los tratas.

—Eso es todo lo que sé hacer. No podría curar a nadie.

—¿Y acaso crees que yo sí? —replicó Nadine, bajando la voz.

Kahlan miró a su alrededor.

—Ya veo qué quieres decir. Pero, al menos, tú has consagrado tu vida a ayudar a tus semejantes. Mi vida está consagrada al deber. A la lucha.

—¿Qué quieres decir?

—En último término, soy una luchadora. Mi deber consiste en hacer daño a algunas personas para salvar a otras. Las personas como tú se ocupan de reparar el mal hecho por las luchadoras como yo.

—A veces, me gustaría ser una luchadora y combatir para poner fin al sufrimiento, para que los sanadores no tuviésemos que ocuparnos de tantos heridos —le confesó Nadine.

Finalmente, Kahlan tuvo que abandonar la enfermería. No podía soportar el hedor y el humo le producía náuseas. Nadine, sintiéndose igual, se marchó con ella. Ambas deslizaron la espalda por la pared hasta sentarse en el suelo.

—Me siento impotente —dijo Nadine—. En mi hogar, si alguien tenía dolor de cabeza, le daba algo para aliviarlo. Si una mujer estaba embarazada, le daba un remedio para que no tuviera náuseas o para ayudarla a dar a luz cuando llegaba el momento. Allí tenía la sensación de que siempre ayudaba.

»Pero esto es distinto. Lo único que hago es consolar a personas que van a morir y preguntarme incesantemente si seré yo quien esté en esa cama el día siguiente. No sé qué hacer por ninguno de ellos. Me siento totalmente inútil. ¡Ojalá pudiera ayudarlos en vez de limitarme a verlos morir!

—Lo sé —susurró Kahlan—. Debe de ser mucho más satisfactorio ayudar a una mujer a dar a luz.

Nadine se quedó con la mirada perdida.

—A veces, las mujeres me decían que tenían la impresión de que nunca iba a suceder, que les parecía irreal. Esperaban sabiendo que sucedería, aunque nunca se lo llegaban a creer y tenían miedo por las historias que les habían explicado. Tenían miedo del dolor. En ocasiones creían que las cosas iban a cambiar, por ejemplo, que un día se despertarían y descubrirían que en realidad no estaban embarazadas o algo así.

»Pero entonces llegaba el bebé. De repente, el pánico se adueñaba de ellas. Había llegado el momento. Las mujeres se asustaban mucho al darse cuenta de que finalmente sucedía de verdad. A veces gritaban sólo por el miedo, el miedo al dolor. Entonces, yo las ayudaba. Me quedaba con ellas y les aseguraba que todo saldría bien.

»Algunas no creían de verdad que estuviera sucediendo hasta que el niño llegaba. Supongo que es perfectamente natural temer un cambio tan profundo en la vida de una. Hasta que no pasaba, hasta que no llegaba el día, algunas se consumían de miedo.

En el silencio del pasillo, se quedaron sentadas juntas, descansando, escuchando los gemidos que provenían de la enfermería.

—Nadine, sigues pensando que acabarás casándote con Richard, ¿verdad?

Nadine la miró rascándose la nariz pecosa, pero no respondió.

—No te lo pregunto para... reprochártelo ni nada parecido. Es sólo que, como tú misma has dicho, podrías acabar en una de las camas de la enfermería. Estaba pensando que... también podría ser yo. Podría contagiarme de la peste o algo así.

—No te pasará nada, Kahlan. No digas eso. No te contagiarás.

Kahlan recorrió con la uña del pulgar una juntura en las tablas del suelo.

—Pero es posible. Estaba pensando que si a mí me pasara algo, bueno, ¿qué sería de Richard? Se quedaría solo.

—¿Qué tratas de decirme?

Kahlan miró los dulces ojos castaños de Nadine.

—Si por alguna razón eres tú la que se casa con él y no yo, serás buena con él, ¿verdad? ¿Serás siempre buena con él?

Nadine tragó saliva antes de responder.

—Pues claro que sí.

—Lo digo en serio, Nadine. Están sucediendo muchas cosas. Quiero saber que nunca le harás daño.

—Nunca haré daño a Richard.

—En el pasado se lo hiciste.

—Eso fue diferente —se defendió, girando la cara—. Trataba de conquistarlo. Habría hecho cualquier cosa para conseguirlo. Ya te lo expliqué.

—Lo sé —repuso Kahlan, jugueteando con una piedrecita encajada en la juntura entre las tablas—. Pero si algo ocurriera y resultara que tú... te casaras con él, quiero saber que nunca volverías a hacerle algo como eso. Me gustaría oírte decir que nunca jamás harás nada que hiera a Richard. Nunca.

Las miradas de Nadine y Kahlan se encontraron un instante, pero inmediatamente Nadine apartó los ojos.

—Si acabo con Richard, le haré el hombre más feliz del mundo. Jamás ninguna mujer habrá cuidado mejor a un hombre como yo a él. Lo amaré más que... En resumen, haré todo lo posible por hacerlo feliz.

Kahlan sintió ese dolor familiar que le roía las entrañas, pero lo soportó.

—¿Juras que es la verdad?

—Lo juro.

—Gracias, Nadine —le dijo Kahlan, desviando la mirada y secándose las lágrimas—. Eso es lo que quería saber.

—¿Por qué me preguntas algo así?

Kahlan carraspeó antes de darle una respuesta.

—Como ya he dicho, me preocupa que yo también coja la peste. Si algo ocurriera, me sería más fácil soportarlo si supiera que alguien cuidará de Richard.

—A mí me parece que Richard sabe cuidarse solo. ¿Sabías que cocina mejor que yo?

Kahlan se echó a reír, y Nadine se unió a ella.

—Lo sé, lo sé —dijo Kahlan—. Supongo que, en lo que se refiere a Richard, una mujer únicamente puede aspirar a no perder el paso.

—¡Lord Rahl!

Richard se volvió y vio al general Kerson que lo llamaba. Soltó la mano de Kahlan. Cara se detuvo detrás de Kahlan.

—¿Sí? ¿Qué ocurre, general?

Kerson agitaba una carta. Lo seguía un soldado cubierto de polvo y con aspecto cansado, además de la habitual escolta del general.

—Un mensaje del general Reibisch, que está en el sur con un ejército. Grissom —añadió, señalando al soldado— acaba de llegar.

Richard echó un vistazo al joven soldado, que jadeaba tratando de recuperar el aliento. Olía igual que un caballo. Richard pensó que preferiría oler como su montura y estar al aire libre, a lomos de un caballo, que estar encerrado en su pequeño despacho día tras día, traduciendo el descabellado relato de un juicio y una ejecución. Seguramente, si sus esfuerzos sirvieran para algo, se sentiría mucho mejor.

Rompió el sello y abrió la carta. Cuando acabó de leerla, se la tendió a Kahlan.

—Lee esto. —Mientras ella leía, Richard se dirigió al mensajero—. ¿Cómo le va a nuestro ejército en el sur?

—Cuando partí todos estaban bien —respondió Grissom—. Las Hermanas de la Luz nos alcanzaron, tal como os dijeron que harían. Ahora acompañan a nuestros hombres. Todos esperan órdenes.

La carta decía más o menos lo mismo. Cuando Kahlan terminó de leerla, Richard tomó la carta y se la tendió al general Kerson. El general la leyó rascándose la barba canosa con gesto distraído. Al finalizar, alzó la vista.

—¿Qué opináis, lord Rahl?

—A mí me parece lógico. No es un buen momento para trasladar al norte a todos esos soldados. Tal como dice el general Reibisch, están en muy buena posición para saber si la Orden Imperial se adentra demasiado en el Nuevo Mundo. ¿Qué creéis vos? —preguntó al general, al tiempo que pasaba la carta a Cara.

El militar se subió los pantalones hasta la cintura.

—Coincido con Reibisch. En su lugar, yo querría hacer lo mismo. Ya está allí, así que ¿por qué no aprovecharlo? Como él dice, es mejor saber qué se trae entre manos la Orden y, si el enemigo se dirige al

norte para atacarnos, allí estará el ejército de Reibisch para morderle el trasero. —De repente se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Disculpad, Madre Confesora.

Kahlan sonrió.

—General, mi padre fue guerrero antes de ser rey. Vuestro modo de hablar me trae recuerdos. —Kahlan no dijo si eran buenos o malos—. También yo estoy de acuerdo sobre la ventaja estratégica de disponer de un ejército en esa posición.

—Reibisch también tiene razón en lo otro —intervino Cara, devolviéndole la carta a Richard—. Si abandona su posición y la Orden se dirige al noreste, el enemigo podría adentrarse en D'Hara sin oposición. Ni siquiera lo sabríamos; esa parte de D'Hara está muy poco poblada. La Orden se dirigiría al norte, y nosotros no lo sabríamos hasta que giraran al oeste, de nuevo hacia la Tierra Central.

—A no ser que se dirigieran directamente al Palacio del Pueblo —sugirió el general.

—Atacar el mismo corazón de D'Hara sería un error fatal —afirmó Cara—. El comandante general Trimack de la Primera Fila de la guardia de palacio les demostraría por qué todos los ejércitos que han atacado el palacio a lo largo de la historia han sido exterminados hasta el último hombre. La caballería los haría pedazos en las llanuras Azrith.

—Tiene razón —convino el general—. Si el enemigo va allí, los buitres se darán un festín. Trimack se encargaría de ello. Si se dirigen al noreste por D'Hara, será para flanquearnos. Sería prudente tener a Reibisch vigilando la puerta.

Richard tenía otro motivo para querer que el ejército del general Reibisch permaneciera en el sur.

—Lord Rahl, ¿puedo preguntar algo? —dijo el mensajero.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

Grissom jugueteaba con la empuñadura de su espada corta.

—¿Qué está pasando en la ciudad? Quiero decir que he visto a hombres tirando de carros llenos de cadáveres y a otros que recorrían las calles gritando a la gente que sacara a sus muertos de las casas.

Richard inspiró profundamente.

—Ése es el otro motivo por el que queremos que el general Reibisch permanezca en el sur. Se ha desatado la peste en la Tierra Central. Anoche murieron setecientas cincuenta personas.

—Que los espíritus nos protejan. —Grissom se secó las palmas de las manos en las caderas—. Ya me temía que fuese algo así.

—Quiero que lleves mi respuesta al general Reibisch. Pero no quiero que le lleves también la peste contigo. Tendrás que comunicarle el mensaje verbalmente.

»No te acerques a ninguno de sus hombres, ni a ninguna otra persona a menos de la distancia necesaria para hacerte oír. Comunica el mensaje a los centinelas y diles que a su vez lo pasen al general. Dile que su razonamiento me parece sensato y que el mando en pleno está de acuerdo con él. Debe seguir con sus planes y mantenerme informado.

»Como ya has estado aquí, no podrás reintegrarte a tu unidad. Una vez entregado el mensaje, regresarás a Aydindril. Quiero que te acompañe una patrulla numerosa para asegurarme de que entregas el mensaje, y luego todos debéis regresar.

Grissom saludó golpeándose el pecho con un puño.

—A vuestras órdenes, lord Rahl.

—Me gustaría que pudieras reincorporarte a tu unidad, soldado, pero tratamos de evitar que la peste se extienda al ejército. Hemos desplegado a los soldados alrededor de la ciudad para que no enfermen. También puedes decirles eso.

—Esto..., lord Rahl —intervino el general Kerson, rascándose el rostro—, tengo que hablar con vos de eso. Acabo de saberlo.

Richard reaccionó con ceño a la repentina expresión de estremecimiento del general.

—¿Qué pasa?

—Pues que la peste afecta a los soldados.

Richard notó cómo el corazón le subía hasta la garganta.

—¿A qué grupo?

—A todos, lord Rahl —respondió el general—. Parece ser que las prostitutas han estado visitando los campamentos. Debido a los asesinatos, las mujeres pensaron que sería más seguro eso que ejercer su oficio en la ciudad. No sé nada acerca de cómo se propaga la enfermedad, pero Drefan me ha dicho que podría haber sido a través de ellas.

Richard se estrujó las sienes entre el pulgar y el corazón. Sentía deseos de abandonar, de sentarse en el suelo y arrojar la toalla.

—No debería haber ejecutado a Tristan Bashkar. Debería haberle permitido matar a todas esas mujeres. Al final, habría salvado muchísimas vidas. De haber sabido lo que sucedería, yo mismo las habría matado a todas.

Notó que Kahlan le tocaba la espalda en un gesto de compasión.

—En nombre de los espíritus —susurró. No se le ocurría nada más—. En nombre de los espíritus, ¿qué nos estamos haciendo a nosotros mismos? Sin saberlo, esas mujeres acaban de hacer un gran favor a Jagang.

—¿Las ejecutamos, lord Rahl? —preguntó Kerson.

—No —respondió Richard en voz baja—. El mal ya está hecho. Ahora ya no serviría de nada. No han actuado expresamente para hacer daño. Ellas sólo querían estar seguras.

Richard recordó la declaración de un miembro del equipo del templo antes de ser ejecutado: «Ya no puedo soportar lo que hacemos con nuestro don. No somos ni el Creador ni tampoco el Custodio. Incluso una prostituta fastidiosa tiene derecho a vivir su vida».

—Grissom, reúne una patrulla. Tan pronto como hayas comido y descansado, lleva de vuelta mi mensaje al general Reibisch.

El soldado saludó de nuevo.

—Sí, lord Rahl. Recogeré algunos alimentos y otras provisiones y partiré antes de una hora.

Richard hizo un gesto de asentimiento. El mensajero se marchó.

—Lord Rahl, si no hay nada más, el deber me reclama —dijo el general Kerson.

—Sí, general. Hay una cosa más: alejad a los soldados enfermos de los campamentos. Ponedlos en un campamento aparte. Trataremos de limitar ese nuevo brote de peste y quizá podamos incluso contenerlo.

»Y no quiero más prostitutas en los campamentos. Ni una sola. Tal vez de ese modo podamos minimizar la enfermedad. Advertid a todas las mujeres que no se acerquen a los campamentos bajo pena de muerte. Apostad arqueros junto a los centinelas. Si, pese al aviso, siguen acercándose a los campamentos, disparad.

—Lo comprendo, lord Rahl —dijo el general, suspirando—. Separaré a los hombres que han estado con ellas para que atiendan a los enfermos.

—Buena idea.

Richard enlazó a Kahlan por la cintura mientras observaba cómo el general y su guardia se alejaban de prisa.

—¿Por qué no se me ocurrió? Si lo hubiera pensado, habría evitado que la plaga afectara a los soldados.

Kahlan no tenía respuesta.

—Lord Rahl —dijo Cara—, voy a ir al Alcázar para relevar a Berdine.

—Voy contigo. Quiero saber si Berdine ha averiguado algo en el diario. Además, tengo que salir de aquí. ¿Te apuntas? —preguntó a Kahlan.

El brazo de Kahlan lo estrechó con más fuerza.

—Encantada.

Encontraron a Berdine inclinada sobre el diario, leyendo. La sliph miró a Richard antes de que la mord-sith se apercibiera de su presencia.

—¿Deseas viajar, amo? Te sentirás complacido.

—No —respondió Richard cuando el eco de la extraña e inquietante voz de la sliph se apagó—. Gracias, sliph, pero ahora no.

Berdine se recostó en la silla y bostezó mientras se estiraba.

—Me alegro de verte, Cara. Ya no puedo seguir despierta durante más tiempo.

—Parece que necesitas echar una buena cabezada.

—¿Alguna novedad? —preguntó Richard, señalando el diario abierto encima de la mesa, delante de Berdine.

La mord-sith echó una rápida mirada a la sliph mientras se levantaba. Recogió el diario, le dio la vuelta y se lo tendió. Entonces, se acercó un poco más y bajó la voz.

—¿Recordáis las palabras que pronunció aquel hombre antes de ser ejecutado? Era algo sobre que incluso una fastidiosa... mujer tenía derecho a vivir su vida.

Richard sabía a qué se refería Berdine.

—Sí. Fue el mago Ricker.

—Sí, ése. Bueno, Kolo lo menciona de pasada. Leed aquí —dijo, dando ligeros toques a un pasaje en concreto.

Richard estudió la frase un momento y la tradujo mentalmente.

—«La fastidiosa prostituta de Ricker me observa mientras que yo, sentado, me pregunto qué daño habrá hecho el equipo. Hoy he oído que hemos perdido a Lothain. Ricker se ha vengado.»

—¿Sabéis quién era ese Lothain? —preguntó la mord-sith.

—El fiscal jefe en el juicio del Templo de los Vientos. Fue enviado a reparar el daño causado por el equipo.

Richard alzó la mirada. La sliph lo observaba. Se acercó a ella. Nunca se le había ocurrido. ¿Por qué no habría pensado antes en eso?

—Sliph.

—¿Sí, amo? ¿Deseas viajar? Te sentirás complacido.

—No —respondió Richard, acercándose más a ella—, no deseo viajar, pero me gustaría hablar contigo. ¿Recuerdas la gran guerra? Hace mucho tiempo.

—¿Quieres viajar? —insistió la sliph—. Puedo viajar a donde quieras. Te sentirás complacido.

—No, no quiero viajar. ¿Recuerdas nombres?

—¿Nombres?

—Sí. ¿Recuerdas el nombre de Ricker?

—Yo nunca traiciono a mis clientes —declaró la sliph con expresión impasible.

—Sliph, en el pasado fuiste una persona, ¿no es verdad? Una persona como yo.

—No —respondió la sliph, sonriendo.

Richard posó una mano sobre el hombro de Kahlan.

—¿Fuiste una persona como ella?

—Sí. —La sonrisa de la sliph se hizo más amplia—. Era una ramera, como ella.

Kahlan carraspeó.

—Me parece que Richard se refería a si fuiste una mujer, como yo.

—Sí, yo también fui una mujer.

—¿Cómo te llamabas? —inquirió Richard.

—¿Llamarme? —La sliph frunció el entrecejo, perpleja—. Yo soy la sliph.

—¿Quién te convirtió en la sliph?

—Algunos clientes.

—¿Por qué? ¿Por qué te convirtieron en la sliph?

—Porque yo nunca traiciono a mis clientes.

—Sliph, ¿podrías explicarte mejor?

—Algunos magos de aquí, de este lugar, eran clientes míos. Los más poderosos. Yo era una ramera muy exclusiva y cara. Muchos magos se enfrentaban por el poder. Otros trataron de utilizarme para derrocar a clientes míos. Algunos deseaban usarme para su placer, pero no era el tipo de placer que yo ofrecía. Yo nunca traiciono a mis clientes.

—¿Quieres decir que les habría complacido que les revelaras los nombres de los magos que te visitaban y averiguar algo sobre esas visitas?

—Sí. Mis clientes temían que esos otros me usaran para su placer, y por eso me convirtieron en la sliph.

Richard se volvió y se pasó los dedos por el cabello. No sólo luchaban contra el enemigo, sino también entre ellos. Cuando se recuperó, fijó de nuevo la mirada en la bella faz plateada.

—Sliph, ahora todos esos hombres están muertos. Ya no queda nadie vivo que los conozca. Ya no hay magos que compitan por el poder. ¿Podrías decirme algo más?

—Me hicieron y me dijeron que, mientras vivieran, no sería capaz de pronunciar sus nombres. Me dijeron que su poder lo impediría. Si es cierto que sus espíritus están en el otro mundo, en ese caso ya no importa y puedo pronunciar sus nombres.

—Fue Lothain, uno de tus clientes, ¿no es eso? Y ese otro mago, Ricker, pensaba que era un hipócrita.

—Lothain. —El rostro de la sliph se suavizó; era como si probara el nombre—. El mago Ricker vino a mí y me dijo que ese hombre, Lothain, el fiscal jefe, era malvado y se volvería contra mí. Quería que lo ayudara para deponer a Lothain. Pero yo me negué a revelar el nombre de mis clientes.

Richard habló para sí.

—Y las palabras de Ricker resultaron ser ciertas. Lothain se volvió contra ti y te convirtió en la sliph para que no pudieras decir nada que lo perjudicara.

—Sí. Yo le aseguré que nunca traicionaba a mis clientes y que no debía temer que hablara. Pero Lothain me respondió que no importaba, que yo no era más que una ramera y que el mundo no me echaría de menos. Me retorció el brazo y me hizo daño. Me usó para su placer sin mi consentimiento. Cuando acabó, se echó a reír, y luego vi un destello de luz en mi mente.

»Después, Ricker vino y me dijo que acabaría con Lothain y otros magos de su misma calaña. Lloró al borde de mi pozo y me dijo que lamentaba lo que me habían hecho. Luego declaró que no iba a seguir tolerando que se usara magia para destruir a seres humanos.

—¿Estabas triste? —quiso saber Berdine—. ¿Fue triste verte convertida en la sliph?

—Me arrebataron la tristeza al hacerme.

—¿Y también te arrebataron la alegría? —susurró Kahlan.

—Me dejaron el deber.

Pero en eso cometieron un error. Respetaron parte de la mujer que había sido la sliph para utilizarla. La parte que respetaron se sometía a cualquiera capaz de pagar el precio: magia. Pero metieron la pata

respecto a su naturaleza. La utilizaron, pero se vieron obligados a vigilarla, pues se ofrecía a cualquiera, incluso al enemigo.

—Sliph —dijo Richard—, siento en el alma lo que los magos te hicieron. No tenían ningún derecho. Lo siento.

La sliph sonrió.

—El mago Ricker me dijo que si algún amo me decía esas palabras, debía transmitirle el siguiente mensaje: «Puño izquierdo adentro. Puño derecho afuera. Guarda tu corazón de la piedra».

—¿Qué significa?

—No me lo explicó.

Richard se sentía enfermo. ¿Iban a morir a causa de una lucha por el poder librada tres mil años atrás? Tal vez Jagang tenía razón, tal vez había acabado el tiempo de la magia en el mundo.

—Berdine, necesitas dormir. Raina tiene que madrugar para relevar a Cara. También ella debe descansar. Apostad guardias alrededor de las habitaciones de Kahlan y luego idos a dormir las dos. Yo también he tenido bastante por hoy.

Richard dormía profundamente cuando alguien lo zarandeó. Se incorporó y, aterrado, se frotó los ojos para tratar de situarse.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Su voz sonaba como gravilla que se vierte de un cubo.

—¿Lord Rahl? —dijo una voz llorosa—. ¿Estáis despierto?

Richard entrecerró los ojos hacia la figura que sostenía una lámpara. En un principio no la reconoció.

—¿Berdine? —Nunca la había visto sin el uniforme de cuero. ¿Qué estaba haciendo en su dormitorio con un camisón blanco y el pelo suelto? Richard nunca la había visto sin la trenza. Era una imagen desconcertante.

Richard se sentó en el borde de la cama y se puso los pantalones precipitadamente.

—Berdine, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre?

La mord-sith se enjugó las lágrimas que le surcaban el rostro.

—Lord Rahl, venid, por favor. —Se le escapó un sollozo—. Raina está enferma.

16

Verna cerró la puerta tan silenciosamente como pudo después de que Warren arrastró a la mujer, que se debatía, hacia la oscuridad. Warren apretaba con tanta fuerza la mano sobre la boca de la prisionera como hacía con la red alrededor del don de la mujer. Verna no habría podido controlar la magia de la mujer tan bien como Warren, pues el don de un mago era más fuerte que el de una hechicera, incluso que el de Verna.

Verna prendió una pequeña llama en la palma de la mano. La mujer abrió mucho los ojos, que se llenaron de lágrimas.

—Sí, Janet, soy yo, Verna. Si prometes no gritar y traicionarnos, le diré a Warren que te suelte.

Janet asintió con seriedad. Verna asió el dacra con la otra mano, que mantenía oculta, sólo por si se equivocaba. Con un gesto de la cabeza indicó a Warren que la liberara.

Ya libre, Janet echó los brazos al cuello de Verna y lanzó un suave sollozo de alegría. Warren sostenía en alto la palma de la mano sobre la cual bailaba una pequeña llama que les permitía ver. La habitación, diminuta, estaba construida con enormes bloques de piedra oscura, al igual que el resto de la fortaleza. Por algunas de las junturas entre los bloques rezumaba agua lechosa que dejaba regueros por las paredes.

—¡Oh, Verna! —susurró Janet—, no te imaginas cómo me alegro de ver tu cara.

Verna abrazó a la temblorosa mujer, que sollozaba suavemente, aferrándose a la capa de su amiga. Verna todavía sostenía el dacra a espaldas de Janet.

La apartó de sí para sonreír al rostro surcado de lágrimas. Se las secó un poco y apartó hacia atrás los rizos oscuros de Janet.

Janet se besó el dedo anular; un gesto ancestral con el que se imploraba la protección del Creador. Aunque había estado bastante segura de que Janet era leal a la Luz, al ver la confirmación, Verna se sintió aliviada.

Las Hermanas de la Oscuridad juraban lealtad al Custodio del inframundo y jamás se besaban el dedo anular. Era un acto que representaba el matrimonio simbólico de una Hermana con el Creador.

Una Hermana de la Oscuridad no podía hacerlo. Una Hermana de la Oscuridad no podía ocultar su lealtad hacia su verdadero amo, el Custodio, besándose el anular, pues de hacerlo incurriría en la ira de su oscuro amo.

Aprovechando que Janet miraba a Warren y ambos intercambiaban sonrisas, Verna se guardó disimuladamente el dacra en la manga.

Tanto Verna como Warren se fijaron en el extraño atavío de Janet. Iba descalza y llevaba un vestido muy holgado que la cubría del cuello hasta los tobillos y las muñecas, y ceñido a la cintura con una cuerda blanca, aunque era tan fino que era como si fuese desnuda.

Verna palpó la diáfana tela entre el pulgar y el índice.

—En nombre del Creador, ¿qué haces con esto puesto?

Janet se miró.

—Jagang obliga a todas sus esclavas a vestir así. Después de un tiempo ya ni te das cuenta.

—Entiendo —repuso Verna, fijándose en que Warren procuraba desviar la mirada.

—Verna, ¿qué haces aquí? —inquirió Janet con voz suave.

Verna sonrió de oreja a oreja y pellizcó a Janet en la mejilla.

—He venido a sacarte de aquí, tonta, a rescatarte. Somos amigas. ¿De veras creías que te dejaría aquí?

Janet parpadeó, atónita.

—¿La Prelada te ha permitido venir?

Verna alzó una mano para mostrarle el anillo de Prelada con el dibujo de un sol.

—Yo soy la Prelada.

Janet se quedó boquiabierta, se arrodilló y comenzó a besar el borde del vestido de Verna.

—Para ya —le dijo Verna, cogiéndola por los hombros e instándola a que se levantara—. No hay tiempo para eso.

—Pero..., pero ¿cómo? ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo es posible? ¿Qué ha pasado?

—Verna, mis hechizos no aguantarán mucho —advirtió Warren en un débil susurro—. Ya llevamos aquí demasiado tiempo.

—Janet, escúchame. Ya hablaremos más adelante, cuando te saquemos de aquí. Lo que hemos tenido que hacer para entrar nos deja muy poco margen de tiempo para salir. Corremos un grave riesgo al estar aquí.

—Ya lo sé. Prelada, debéis...

—Verna. Somos amigas. Llámame Verna.

—Verna, en nombre del Creador, ¿cómo habéis podido entrar en la fortaleza de Jagang? Tenéis que salir enseguida. Si os descubren...

Verna torció el gesto y tocó el aro que atravesaba el labio inferior de Janet.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Janet palideció.

—Indica que soy una de las esclavas de Jagang. —La joven se puso a temblar—. Verna, sálvate. Sal de aquí. ¡Tienes que irte! —susurró con urgencia.

—Tiene razón —susurró Warren entre dientes—. ¡Vámonos!

—Lo sé. —Verna se echó la capa hacia atrás para que no le molestara—. Ahora que te hemos encontrado, podemos irnos.

—Querido Creador, me encantaría ir con vosotros, pero si lo hago... no puedes ni imaginarte lo que me haría Jagang. ¡Oh, querido Creador!, no te lo puedes ni imaginar.

Los ojos de Janet se anegaron de lágrimas con sólo pensarlo. Verna la abrazó un instante.

—Janet, escúchame. Soy amiga tuya, y sabes que no te mentiría. —Esperó hasta que la otra asintió—. Hay un modo de impedir que el Caminante de los Sueños entre en tu mente.

Janet agarró el vestido de Verna por los hombros.

—Verna, no me atormentes con falsas esperanzas. Me encantaría creerte, pero...

—Es verdad. Escúchame, Janet. Ahora soy la Prelada. ¿No crees que Jagang me tomaría si pudiera? ¿Por qué crees que no ha capturado a las demás? Porque no puede.

Janet temblaba de nuevo y lloraba.

—Hermana Janet, Verna dice la verdad —intervino Warren—. Jagang no puede introducirse en nuestra mente. Ven con nosotros y estarás a salvo. De prisa.

—¿Cómo? —susurró Janet.

—¿Te acuerdas de Richard? —preguntó Verna, bajando la voz.

—Pues claro. Problemas y milagros en una misma persona.

Era cierto, y Verna sonrió.

—Tiene el don. Por eso fui a buscarlo, pero hay más. Nació con ambos lados de la magia. Y, sobre todo, es un Rahl.

»Hace tres mil años, en la gran guerra, los antepasados de Richard crearon una magia capaz de impedir que los Caminantes de los Sueños de esa época se apoderaran de la mente de los d'haranianos. La magia se ha transmitido a los descendientes Rahl junto con el don.

Janet se aferró con más fuerza al vestido de Verna.

—¿Cómo? ¿Cómo funciona?

—Es tan simple que cuesta de creer. A veces, la magia más poderosa es la más simple. Tan sólo debes jurar lealtad a Richard de todo corazón, y su magia te protegerá del Caminante de los Sueños. Mientras Richard esté vivo y habite este mundo, Jagang no podrá entrar nunca más en tu mente.

—¿Si juro lealtad a Richard me libraré de Jagang?

—Así es —aseguró Verna a su perpleja amiga.

—¿Qué debo hacer?

Verna alzó un dedo anticipándose a las objeciones de Warren. A continuación, se hincó de rodillas, arrastrando a Janet con ella.

—Repite las palabras conmigo y siéntelas en tu corazón. Richard es un mago guerrero y nuestro líder en la lucha contra Jagang. Nosotros creemos en él sinceramente, con todo nuestro corazón. Repite las palabras conmigo y créelas. Así serás libre.

Janet asintió mientras unía las manos en forma de plegaria. Seguía llorando. Verna le susurró la oración, haciendo pausas para que Janet la repitiera después de ella.

—«Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.»

Janet susurró la oración repitiendo las palabras de Verna. Al acabar, Verna la besó en la mejilla.

—Ya eres libre, amiga mía. Ahora date prisa, tenemos que salir de aquí.

—¿Y las otras? —objetó Janet, agarrando a Verna por una manga.

Verna vaciló.

—Janet, nada me gustaría más que salvar al resto de las Hermanas, pero no podemos. Ahora no. Intentaremos rescatarlas más adelante. Si lo intentamos ahora, Jagang nos atrapará. He venido porque eres mi amiga y te quiero. Las cinco juramos que siempre nos protegeríamos entre nosotras. Phoebe ya está con nosotros. Sólo faltas tú.

Janet inclinó la cabeza y clavó la mirada en el suelo.

—Jagang mató a Christabel. Lo vi hacerlo. Aún oigo sus gritos en mis pesadillas. Sueño con sus gritos y también con Jagang.

Verna se sintió como si hubiera recibido un puñetazo en el vientre. Christabel había sido su mejor amiga, y no quería conocer los detalles. Christabel se había pasado al Custodio.

—Por eso tengo que sacarte de aquí, Janet. No puedo dormir porque temo por ti y porque pienso en lo que te habrá hecho Jagang.

Janet alzó la cabeza.

—¿Y Amelia? Ella también era una de las cinco. No podemos abandonarla.

—Amelia es una Hermana de la Oscuridad —declaró Verna sin parpadear.

—Era. Ya no lo es.

—¿Qué? —susurró Verna.

—Cuando uno jura lealtad la Custodio, ya no puede cambiar de idea —intervino Warren—. No puedes fiarte de lo que dice Amelia, hermana Janet. Vamos, salgamos de aquí. Amelia es seguidora del Custodio.

—Ya no —la contradijo Janet, negando con la cabeza—. Jagang le encomendó algún tipo de misión mágica y para cumplirla tuvo que traicionar al Custodio.

—Imposible —sentenció Verna.

—Es cierto —insistió Janet—. Ha regresado y ha renovado su juramento al Creador. He hablado con ella. Llora y se pasa media noche besándose el dedo anular y rezando al Creador.

Verna se arrimó a Janet y la miró a los ojos.

—Janet, escúchame. ¿La has visto besarse el anular? ¿Lo has visto con tus propios ojos? ¿Estás absolutamente segura de que no se besaba otro dedo?

—Le he hecho compañía tratando de consolarla. La he observado. —Janet se besó su propio pulgar—. Si miento —añadió en un susurro—, que me caiga aquí mismo muerta.

—¿Así? ¿Se besa el dedo anular como tú acabas de hacer?

—Sí. Se besa el anular, llora y suplica al Creador que la mate por algo terrible que ha hecho.

—¿Qué ha hecho?

—No lo sé. Cuando se lo pregunto, casi se vuelve loca gritando y llorando. Jagang controla su mente, como la del resto de nosotros, y no le permite suicidarse. No nos dejaría matarnos a ninguno; tenemos que seguir sirviéndolo.

»Verna, no podemos dejar a Amelia aquí. Debemos llevarla con nosotros. No pienso abandonarla. Yo soy el único consuelo que tiene en este mundo. Las cosas que le hace Jagang...

Verna volvió la cabeza. Si realmente Amelia había abjurado del Custodio, la idea de abandonarla le revolvía el estómago. Durante casi ciento cincuenta años, desde que eran novicias, las cinco habían sido íntimas amigas.

La vida de una Hermana de la Luz no era nada fácil, y ellas habían jurado protegerse siempre unas a otras.

—Verna, ella es de nuevo una de nosotras, una Hermana de la Luz. Es una de las cinco. Te lo suplico, Verna, prefiero quedarme con ella que dejarla aquí sola.

Verna posó de nuevo la mirada en los atormentados ojos de Janet.

—Verna, Jagang nos obliga a llamarlo Excelencia —explicó Janet en un susurro estremecido—. Si lo disgustamos, sea por la razón que sea, nos obliga a servirlo durante una semana en las tiendas.

Warren llamó a Verna con urgencia, pero ésta lo hizo callar con un ademán de la mano.

—¿Las tiendas? ¿Qué estás diciendo?

Los ojos de Janet se anegaron nuevamente de lágrimas.

—Nos entrega a sus soldados durante una semana. Como llevamos aros de oro, no nos matan, pues las esclavas que llevan aros de oro pertenecen a Jagang, pero pueden hacer con nosotras lo que les plazca. Durante una semana vamos de tienda en tienda. Incluso las Hermanas de más edad deben servir allí. Jagang lo llama una lección de disciplina que todas debemos aprender.

Janet cayó de rodillas en un desconsolado acceso de llanto, cubriéndose la boca con ambas manos. Verna se arrodilló junto a ella y la abrazó.

—No te imaginas lo que nos hacen los hombres de Jagang —lloraba Janet—. ¡No te lo imaginas, Verna!

—Lo entiendo. ¡Chisss!, cálmate. Ya ha pasado. Te sacaremos de aquí.

Janet negó con la cabeza contra el hombro de Verna.

—No pienso dejar a Amelia aquí. Yo soy todo lo que tiene. Soy una Hermana de la Luz. El Creador nunca me perdonaría si la abandono. Sería como abandonar mi deber hacia el Creador. Ella es amiga mía y ha vuelto a la Luz, ha vuelto al Creador.

»Jagang la ha enviado de nuevo a las tiendas. Si no me encuentra cuando regrese, se volverá loca. Nadie más la cuidará. Las Hermanas de la Oscuridad la evitan, y las Hermanas de la Luz no la perdonan. Yo soy su única amiga. Soy la única que la ha perdonado y la ha aceptado de nuevo en la Luz.

»Cuando regrese estará herida y trastornada. Tú no sabes cómo son los hombres de Jagang. Excepto para sanar huesos rotos, Jagang no nos permite usar el don para curarnos entre nosotras cuando regresamos de las tiendas. Dice que parte de la lección es darnos cuenta de que, aunque nuestras almas serán del Creador cuando muramos, en esta vida Jagang es dueño de nuestro cuerpo.

»Nos permite que nos curemos los huesos rotos mediante el don, pero hasta entonces debemos sufrir el terrible dolor, además de todo lo demás. Si yo no estoy aquí, nadie le curará los huesos rotos ni la consolará.

»No pienso irme sin Amelia —declaró Janet al borde de la histeria.

Verna se sentía mareada y tenía náuseas. El corazón le latía con fuerza por el terror. Al mismo tiempo estaba indignada.

—¿Cómo lo soportáis? —preguntó con voz rota.

—Somos Hermanas de la Luz; debemos soportarlo por el Creador.

Verna intercambió una larga mirada con Warren. También él parecía muy afectado.

—¿Sabes dónde podemos encontrarla? Hemos pasado entre las tiendas. Podría estar en cualquiera. El campamento abarca muchos kilómetros a la redonda.

—Hace poco tiempo llegaron más prisioneras y fueron enviadas allí. Se oyen gritos por todas partes, por lo que no sirven para orientarse. Además, si pasamos entre las tiendas, antes de cinco minutos nos arrastrarían al interior de alguna.

—¿Cuándo volverá Amelia? —preguntó Verna.

—Dentro de cinco días. Pero no podrá hablar hasta al menos un día después o tal vez dos.

Verna contenía la ira a duras penas.

—A mí nada me impide usar el don para curarla cuando regrese.

—Muy cierto —convino Janet—. En ese caso, serán cinco días. Mañana por la noche habrá luna llena. El cuarto día a partir de la luna llena.

—¿Podrás salir de aquí para reunirte con nosotros? Dudo mucho que podamos volver a entrar.

—Puedo salir si no voy muy lejos. Ni siquiera comprendo cómo habéis podido adentraros tanto.

—Soy la Prelada, ¿recuerdas? —replicó Verna con una sonrisa forzada—. Y Warren me ha ayudado. Regresaremos dentro de cuatro noches a contar desde la luna llena.

—Verna, hay algo más: si Jagang entra en mis sueños, sabrá que algo va mal.

—Pero ya has pronunciado el juramento, Janet. No puedes retirarlo, o no significará nada. Ya has entregado tu corazón a Richard.

—En ese caso tendré que andarme con cuidado.

—¿Podrás hacerlo? ¿Saldrás de ésta?

Janet se llevó los dedos a los labios.

—¿Qué remedio me queda? Tendré que hacerlo.

—Toma —dijo Verna, tendiéndole su dacra—. Al menos podrás defenderte.

Pero Janet lo apartó de sí como si fuera veneno.

—Si me pillan con eso, me enviarán a las tiendas durante un año entero.

—Bueno, al menos ahora que Jagang ya no puede colarse en tu mente, podrás usar el don.

—Aquí no me servirá de nada. Jagang ejerce un control absoluto sobre todos los poseedores del don: Hermanas y magos. Si tratara de usar mi don contra ellos, sería como escupir a una tormenta.

—Lo sé. Por eso no podemos llevarnos a las demás ahora mismo. Nunca lo lograríamos. Las Hermanas de la Oscuridad nos plantarían cara y con la Magia de Resta nos harían pedazos. —Verna apretó los labios—. Janet, ¿estás segura de esperar a Amelia?

—Si no ayudo a una Hermana que realmente lo necesita, ¿qué valor tendría el juramento que hice como Hermana de la Luz? Amelia ha renegado del Custodio y ha vuelto a nosotras; tal vez pueda mostrarnos el modo de recuperar a las demás.

A Verna nunca se le había ocurrido. Warren le hacía señas con los ojos, impaciente. Notaba que tenía tensos los músculos de la mandíbula.

Janet también lo vio. Agarró a Verna por los hombros y la besó en las mejillas. A continuación, se volvió y abrazó a Warren.

—Por favor, Verna, sal de aquí antes de que sea demasiado tarde. Podré soportar cinco días más. Sé cómo hacer reverencias a Jagang y mostrarme servil con él. Además, está muy ocupado. Tal vez logre mantenerme fuera de su vista cinco días.

—De acuerdo. ¿Dónde nos encontraremos? Bordeamos la costa y desembarcamos en puerto Grafan. No conocemos la zona.

—¿La costa? En ese caso, debisteis de pasar por la caseta de vigilancia, cerca de los muelles.

—Sí, la vi, pero está llena de guardias.

Janet bajó la voz.

—Como tú misma has dicho, nada te impide usar el don. El cambio de guardia se produce hacia el atardecer. Espera hasta el relevo y luego acállalos. De ese modo, tendrás un lugar seguro en el que esperar hasta el alba. Apareceré con Amelia durante la noche.

—Muy bien, la caseta de vigilancia. La cuarta noche desde la luna llena.

Janet la abrazó largamente.

—Cinco noches más y seremos libres. De prisa. Marchaos.

Warren agarró a Verna del brazo y tiró de ella hacia la puerta.

17

Poco después de despertarse, justo antes del alba, Richard leyó el informe de la mañana que le entregaron a la puerta de su dormitorio. Por primera vez la cifra de muertos en una sola noche había superado el millar. Mil tragedias en una noche.

Ulic, situado a poca distancia y con los musculosos brazos cruzados, le preguntó cuántos habían sido. Era extraño que el guardaespaldas formulara una pregunta. Richard le tendió el informe. Ulic lanzó un hondo suspiro al leer la cifra.

La ciudad estaba sumida en el caos. El comercio se había interrumpido hasta el punto de que la comida comenzaba a escasear, así como la leña, que se utilizaba tanto para calentarse como para cocinar. Costaba garantizar servicios de cualquier tipo, porque o bien la gente tenía miedo de llevar sus mercancías a la ciudad, había abandonado su hogar huyendo de Aydindril o porque estaba muerta.

Lo único que abundaban eran los remedios de los charlatanes.

De camino a su despacho, Richard se paró frente a un tapiz de grandes dimensiones que representaba una escena de un mercado. Su guardaespaldas, como una sombra, se detuvo silenciosamente tras él. La idea de seguir con la traducción del libro le daba náuseas. No estaba descubriendo nada nuevo. Se había quedado atascado en un informe prolijo sobre la investigación acerca de los tratos del mago Ricker con una gente llamada andolianos. Era un informe muy aburrido que a él no le decía nada.

No se veía capaz de enfrentarse de nuevo al libro a esa hora tan temprana. Además, estaba muy preocupado por Raina. En la última semana había empeorado. No podían hacer nada por ella, como tampoco por el millar de personas que había muerto la noche anterior.

Shota había asegurado a Kahlan que el Templo de los Vientos les enviaría otro mensaje para indicarles un modo de entrar. Y el espíritu había dicho lo mismo. ¿Por qué no había llegado? ¿Morirían todos antes de que los vientos lo enviaran?

Richard miró al exterior por una ventana orientada al este y vio los primeros rayos del sol, que asomaban entre dos montañas. Debido a las nubes que había visto formarse hacia el oeste, esa noche tampoco verían la luna llena.

Se dirigió a los aposentos de Kahlan. Necesitaba verla, necesitaba ver algo que lo animara. Ulic se situó junto a Egan en el extremo del pasillo. Egan había acompañado a la guardia de Kahlan por la noche.

Nancy, que justo salía por la puerta, saludó a Richard.

—¿Se ha levantado ya? —preguntó el joven.

Nancy cerró la puerta tras ella. Alzó la vista y vio a Ulic y Egan, demasiado lejos para que la oyeran.

—Sí, lord Rahl. Esta mañana va un poco más lenta. No se siente muy bien.

Rahl agarró a la mujer por el brazo. Ya le había parecido que Kahlan no se encontraba muy bien los últimos días, pero ella había desechado con firmeza sus preocupaciones. Richard notó cómo palidecía intensamente.

—¿Qué le ocurre? ¿Está enferma? No será la peste...

—No, no —lo tranquilizó Nancy al darse cuenta de que lo había asustado—. No es nada de eso.

—Entonces ¿qué es? —insistió Richard.

La mujer se dio unas palmaditas en la parte baja del abdomen y se le acercó.

—No es más que su ciclo lunar, eso es todo —dijo bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Se le pasará en un par de días. No os lo hubiera dicho, pero, debido a la plaga, no quería que os asustarais. Sobre todo, no le digáis que os lo he dicho, o me arrancará la cabeza de un mordisco.

Richard suspiró y sonrió, aliviado. Mostró su agradecimiento a Nancy apretándole una mano.

—Claro que no. Gracias, Nancy. No sabes hasta qué punto me has tranquilizado. No podría soportar que Kahlan...

—Lo sé —lo interrumpió Nancy, dirigiéndole una cálida sonrisa—. Si os lo he dicho ha sido solamente por eso.

Cuando Nancy se alejó por el pasillo arrastrando los pies, Richard llamó a la puerta. Kahlan estaba a punto de abrirla y se sorprendió al encontrárselo fuera.

—Estaba equivocada —le dijo con una sonrisa.

—¿Sobre qué?

—Eres más apuesto de lo que recordaba.

Richard sonrió de oreja a oreja. Ya se sentía más animado. Cuando Kahlan se puso de puntillas e hizo un mohín, Richard aprovechó para darle un beso rápido.

—Iba a ver cómo está Raina. ¿Me acompañas? —sugirió, cogiéndola de la mano.

Kahlan hizo un gesto de asentimiento. De su rostro desapareció toda traza de rubor.

Berdine se reunió con ellos cerca de la habitación que compartía con Raina. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada triste. Llevaba el uniforme de cuero rojo. Richard no le preguntó por qué.

—Lord Rahl, por favor..., Raina pregunta por vos.

Richard le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Ahora mismo íbamos a verla. Acompáñanos.

No preguntó a Berdine cómo se sentía. Era obvio que estaba muy preocupada.

—Berdine, algunas personas se recuperan de la peste. Raina es muy fuerte, es una mord-sith. Ella será de las que se reponen.

Berdine asintió con expresión rígida.

Raina yacía en la cama. También ella llevaba el uniforme de cuero rojo.

De pie en el umbral, Richard se inclinó hacia Berdine y le susurró:

—¿Por qué está vestida? —No preguntó lo más obvio: ¿por qué había decidido ponerse el uniforme rojo?

—Me pidió que la vistiera con el uniforme de cuero rojo de una mord-sith para... —dijo, y un gemido ahogado le impidió seguir—, para la batalla final.

Richard se arrodilló junto al lecho. Raina, que tenía los ojos medio abiertos, lo miró. El sudor le cubría la cara. El labio inferior le temblaba.

—Lord Rahl... —dijo, aferrándole un brazo—, por favor, llevadme afuera para ver a *Reggie*.

—*¿Reggie?*

—La ardilla listada... Por favor, llevadme afuera para alimentar a *Reggie*. Es la que le falta el extremo de la cola.

Aunque tenía el corazón hecho pedazos, sonrió por ella.

—Será un honor.

La cogió en brazos. Había perdido mucho peso; era tan ligera como una pluma.

Raina le pasó débilmente un brazo alrededor del cuello y apoyó la cabeza contra el hombro de Richard, que la llevó en brazos por palacio.

Berdine caminaba junto a ellos, sosteniendo la otra mano de Raina. Kahlan iba al lado de Berdine. Ulic y Egan cerraban la marcha.

Los soldados con los que se encontraban se apartaban en silencio, con la mirada clavada en el suelo y saludaban llevándose un puño al pecho cuando Richard y la procesión pasaban.

Era un saludo dirigido a Raina.

Fuera, Richard se sentó en el patio de piedra bañado por la luz del amanecer, sosteniendo a Raina en su regazo. Berdine se sentó sobre sus talones, junto a la cabeza de Raina, con Kahlan al otro lado. Ulic y Egan, con las manos enlazadas a la espalda, permanecían de pie a poca distancia por detrás. Richard distinguió alguna que otra lágrima que serpenteaba por sus rostros pétreos.

—Allí —dijo Richard a Kahlan, señalando con el mentón—. Dame esa caja.

Kahlan giró el cuello y vio a qué se refería. Richard guardaba semillas en una caja debajo de un banco de piedra. Quitó la tapa y le tendió la caja.

Richard cogió un puñado de semillas y arrojó algunas al suelo delante de ellos. El resto las dejó caer en la delgada mano de Raina.

Al poco tiempo, dos ardillas listadas corretearon por el césped agitando la cola. Richard las había alimentado a menudo, por lo que asociaban la presencia de personas con comida. Ambas engulleron semillas a toda prisa, deteniéndose únicamente para parlotear entre sí y tratar de ahuyentarse mutuamente.

Raina las miraba con los ojos entreabiertos.

Su agiel pendía de la cadena que llevaba alrededor de la muñeca de la mano que Berdine sostenía.

Cuando ya no les cupieron más semillas en la boca, las dos ardillas corretearon hacia sus madrigueras para almacenar el botín.

Raina abrió más el brazo y apoyó la mano sobre las losas del suelo. Relajó los dedos. Respiraba ruidosamente.

Berdine le acarició cariñosamente la frente.

Otra ardilla apareció de detrás de un arbusto. Se acercó a ellos, se quedó inmóvil para comprobar que no había peligro y luego corrió hasta ellos. Le faltaba la punta de la cola.

—*Reggie* —musitó Raina.

La mord-sith sonrió cuando la ardilla trepó a su mano abierta. Se quedó allí sentada, presionando las patitas contra los dedos de Raina, mientras se metía las semillas en la boca con la lengua. Sin bajarse de la mano se sentó sobre las patas traseras mientras reorganizaba las semillas que llevaba en la boca. Satisfecha, volvió a posar las cuatro patitas encima de los dedos de Raina.

Raina dejó escapar una risita.

—Te amo, Raina —le dijo Berdine en un susurro, besándole la frente.

—Te amo, Berdine.

Richard sintió cómo los músculos de Raina se relajaban cuando expiró entre sus brazos. Mientras, *Reggie* seguía comiendo semillas en su mano.

18

Richard estaba sentado en la silla que solía ocupar en su despacho. De pie detrás de él, Kahlan le rodeaba el cuello con los brazos, apoyaba una mejilla contra la cabeza de Richard y lloraba.

Richard hacía girar el agiel de Raina entre los dedos. Berdine había dicho que Raina quería que fuera para él.

Berdine había pedido permiso para subir al Alcázar y comunicar la noticia a Cara. Asimismo pidió relevarla en la vigilancia de la sliph, pues Cara llevaba los últimos tres días de guardia.

Richard le respondió que hiciera lo que quisiese, durante todo el tiempo que deseara, y que si quería que él hiciera la guardia o que la acompañara, sólo tenía que decirlo. Pero la mord-sith declaró que prefería estar sola.

—¿Por qué el templo no ha enviado su mensaje?

—No lo sé —respondió Kahlan, alisándole el cabello.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó retóricamente, sin esperar respuesta—. No tengo ni idea de qué hacer.

Kahlan le frotó la parte superior de los brazos con las palmas de las manos.

—¿Crees que darás con la respuesta en las actas del juicio?

—Por lo que sé, es posible que sea la última línea traducida la que me proporcione información útil. —Sacudió lentamente la cabeza—. Pero mucho antes de que pueda llegar al final estaremos todos muertos.

Richard colgó el agiel de Raina en la cadena que llevaba alrededor del cuello, de la que también pendía el amuleto. El color rojo del agiel armonizaba con el rubí.

Un silencio pesado flotó en el aire unos minutos antes de que Richard añadiera:

—Jagang vencerá.

Kahlan le obligó a girar la cabeza hacia ella.

—No digas eso. Por favor, no digas eso.

—Tienes razón —repuso Richard con una sonrisa forzada—. Lo derrotaremos.

Alguien llamó a la puerta. Cuando Richard preguntó quién era, Ulic asomó la cabeza.

—Lord Rahl, el general Kerson pregunta si puede hablar con vos un momento.

—Voy a comunicar a Drefan y a Nadine la muerte de Raina —dijo Kahlan, al tiempo que le daba palmaditas en un hombro.

Richard la acompañó hasta la puerta. El general aguardaba fuera con el habitual montón de informes.

—Me reuniré contigo en pocos minutos.

Kahlan se alejó seguida de Egan. Era extraño que su único guardaespaldas fuese Egan, sin una mord-sith. Hasta entonces siempre había estado presente alguna de ellas.

—Madre Confesora —dijo Egan—, unas personas acaban de llegar a palacio y piden veros a vos y a lord Rahl. Les he dicho que todo el mundo está muy ocupado. No quería dar más trabajo a lord Rahl.

—Con todo lo que está pasando, me imagino que en el Salón de los Peticionarios no debe de caber ni una aguja.

—No están en el Salón de los Peticionarios. Los guardias los detuvieron cuando entraban en una sala de recepción. No puede decirse que sean arrogantes, como algunos de los embajadores que he visto, pero muestran una insólita insistencia.

Kahlan miró con extrañeza al fornido y rubio d'haraniano.

—¿Han dicho quiénes son? ¿Has averiguado eso al menos?

—Han dicho que son andolianos.

Kahlan se detuvo de golpe y agarró uno de los musculosos brazos de Egan.

—¡Andolianos! ¿Y los guardias los han dejado pasar? ¿Han dejado entrar a andolianos en palacio?

—No sé cómo entraron —se justificó Egan—. Sólo sé que están aquí. ¿Es eso un problema, Madre Confesora?

La mano del guardaespaldas descansaba ya sobre la empuñadura de la espada.

—No, no es eso. Es sólo que... Por todos los espíritus, ¿cómo explicar qué son los andolianos? —Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas—. No son exactamente... humanos.

—No os entiendo.

—En la Tierra Central moran criaturas mágicas y también personas con magia. En ocasiones no es fácil situar la línea que separa unas de otras. Algunas de las personas que poseen magia no son del todo humanas, como los andolianos.

—¿Poseen magia? —inquirió Egan con evidente desagrado—. ¿Son peligrosos?

Kahlan suspiró mientras cambiaba rápidamente sus planes inmediatos y se dirigía a la sala de recepción.

—No exactamente —respondió—. Al menos, en general no son peligrosos. No, si uno sabe cómo tratarlos.

»Nadie sabe mucho acerca de los andolianos. Preferimos dejarlos en paz. Muchos habitantes de la Tierra Central les tienen manía porque roban. No roban por el valor del objeto, sino simplemente porque les fascinan las cosas. Sobre todo, las cosas brillantes: un trozo de vidrio, una moneda de oro o un botón. Ellos lo ponen todo en el mismo saco.

»A la gente no le gustan porque de aspecto son muy parecidos a ti o a mí, y por eso piensan que se comportarán como personas, pero no son personas exactamente.

»Se suelen presentar en los sitios por pura curiosidad. No les permitimos la entrada a palacio por los trastornos que causan. Es preferible mantenerlos fuera. Debido a la magia que poseen, si uno intenta imponerles disciplina, pueden ponerse desagradables. Muy desagradables.

—En ese caso, tal vez los soldados deberían librarse de ellos.

—No. Las cosas podrían ponerse feas. Deben ser tratados con un protocolo especial. Afortunadamente lo conozco. Yo me libraré de ellos.

—¿Cómo?

—A los andolianos les gusta llevar mensajes. Es lo que más les gusta, más incluso que los objetos brillantes. Les encanta llevar mensajes a la gente. Supongo que el hecho de involucrarse en asuntos humanos les hace sentir más conectados con su lado humano.

»Algunas personas de la Tierra Central los usan para eso. Los andolianos son los mensajeros más fiables que existen. Y trabajan a cambio de un botón reluciente. Lo harían incluso a cambio de nada. Viven para llevar mensajes.

»Todo lo que tenemos que hacer es entregarles un mensaje para llevar, y se marcharán. Es la manera más sencilla de librarse de un andoliano.

—¿Podremos librarnos de todos? —preguntó Egan, rascándose la cabeza.

—¿De todos? Queridos espíritus, no me digas que son más de dos.

—Siete. Seis mujeres, de aspecto muy parecido, y un hombre.

Kahlan perdió el paso.

—No puedo creerlo. Tiene que tratarse del legado Rishi y sus seis esposas, que son hermanas. Las seis hermanas son de la misma... camada.

Los andolianos creían que solamente una camada de seis hembras las hacía dignas de convertirse en las esposas del legado. La cabeza de Kahlan no dejaba de dar vueltas, tratando de superar la tristeza por la muerte de Raina y de tantas otras personas, para concentrarse. Tenía que pensar en un lugar al que enviar a los andolianos y qué mensaje entregarles.

Quizá algo sobre la peste. Podría enviarlos a algún lugar con una advertencia sobre la peste. Tal vez a la Tierra Salvaje. En general, en la Tierra Salvaje se toleraba mejor a los andolianos que en otras zonas de la Tierra Central.

Una multitud de guardias armados hasta los dientes llenaba los pasillos alrededor de la sala de recepción. Dos guardias armados con picas abrieron las altas puertas con paneles de caoba para franquear el paso a Kahlan y Egan.

La sala en la que esperaban los andolianos era una de las más pequeñas y no tenía ventanas. Sobre bloques cuadrados de granito pegados a las paredes oscuras se exhibían esculturas de todo tipo, desde bustos de gobernantes hasta un campesino y un buey, casi todas esculpidas en mármol blanco. Detrás de cada escultura se habían dispuesto colgaduras ornamentales de color granate brillante a modo de guirnaldas entre semicolumnas de mármol violeta oscuro situadas contra la pared entre las esculturas. De ese modo, las piezas parecían dispuestas sobre un escenario con el telón abierto para mostrarlas.

Cuatro grupos de recargadas lámparas con tubos de cristal colgaban de cadenas de plata. Aunque había docenas de lámparas, debido a la decoración oscura, éstas no conseguían iluminar la atmósfera sombría de la sala. Tres mesas pesadas y oscuras descansaban sobre el suelo de mármol también oscuro.

Los andolianos esperaban delante de una de las mesas. Las seis hermanas eran altas y esbeltas, y a Kahlan se le antojaron idénticas. Se habían teñido el pelo de color naranja brillante con las bayas de un arbusto que crecía en la tierra natal de los andolianos. No vivían cerca, por lo que habían hecho un largo viaje para llegar a Aydindril.

Observaron a Kahlan con ojos grandes, oscuros y redondos. Llevaban la cabellera naranja recogida en centenares de trenzas muy pequeñas, por lo que parecía que llevaran pelucas de hilo anaranjado. Se adornaban el pelo trenzado con pequeños objetos brillantes: botones, piezas de metal, monedas de oro y plata, fragmentos de vidrio, trozos de obsidiana. En resumen, cualquier cosa que brillara lo suficiente para su gusto.

Las seis vestían con sencillez pero elegancia, con vestidos blancos de un material brillante y sedoso. A pesar de lo que Kahlan sabía sobre los andolianos, por ejemplo que una simple tormenta los asustaba y corrían a refugiarse debajo de los arbustos o en un agujero en el suelo, tenían un aire noble. Kahlan se dijo que no era de extrañar, pues, después de todo, eran las esposas del legado, el líder de los andolianos.

El legado era más bajo que sus esposas y mucho mayor. Excepto por sus ojos oscuros y redondos, tenía el aspecto de un funcionario distinguido, aunque más bien bajo y fornido. Era totalmente calvo, a excepción de un cerco de cabellos blancos. Se había frotado la calva con algo para que reluciera.

Iba vestido de modo parecido a sus mujeres, aunque con una tela dorada ribeteada con hilados de objetos brillantes. En cada dedo llevaba al menos un anillo. Desde lejos, todos esos objetos brillantes le prestaban una apariencia opulenta, pero de cerca se asemejaba más bien a un mendigo chiflado que hubiera escarbado en un muladar para buscar cosas sin valor que la gente normal tiraba.

Los ojos del legado Rishi estaban enrojecidos y mostraban una expresión plomiza. Exhibía una sonrisa tonta y se balanceaba sobre los pies. Aunque lo veía muy de tarde en tarde, Kahlan no guardaba ese recuerdo de él.

Las seis hermanas formaron en línea ante él. Se irguieron y echaron los hombros hacia atrás, con orgullo.

—Compartimos la luna —dijo una de las seis.

—Compartimos la luna —replicó Kahlan. Era el saludo tradicional entre mujeres. Los calambres que aún sentía le recordaron que ese saludo tenía más de un significado.

Las otras cinco pronunciaron a su vez el saludo. El modo en que esos grandes ojos oscuros parpadeaban daba escalofríos a Kahlan. Cuando acabaron con el saludo formal, las seis mujeres se dividieron en dos grupos de tres y fueron a colocarse a ambos lados de su esposo.

El legado alzó una mano, como un rey que saluda a la multitud, y sonrió como un imbécil. Su comportamiento era tan extraño que Kahlan frunció el entrecejo, aunque tampoco estaba segura de si, tratándose de un andoliano, podía calificarse de extraño.

—Compartimos el sol —saludó el legado arrastrando la voz.

—Compartimos el sol —respondió Kahlan, pero Rishi no le prestó atención, pues estaba concentrado en algo que había detrás de ella.

Kahlan se volvió y vio a Richard que cruzaba la sala con expresión furiosa.

—¿Qué es eso acerca de la luna? —preguntó a Kahlan.

—Richard —dijo Kahlan en tono de advertencia y cogiéndole una mano—, te presento al legado Rishi y sus esposas. Son andolianos. Simplemente los saludaba al modo tradicional.

—¡Oh!, comprendo —repuso Richard en tono más relajado—. Cuando dijeron algo de la luna, pensé que...

De repente, palideció con intensidad.

—Andolianos —susurró para sí—. El mago Ricker tenía tratos con los andolianos... —Se interrumpió, perdido en sus pensamientos.

—Compartimos el sol —dijo el legado Rishi, muy sonriente—. Las mujeres comparten la luna. Una mujer y un hombre comparten el sol, pero no la luna.

Richard se frotaba la frente. Parecía absorto rememorando o tal vez estaba confundido. Kahlan le apretó la mano, confiando en que entendería el mensaje y dejaría que ella se ocupase de los andolianos.

—Legado Rishi —dijo al legado—, me gustaría que...

—Nuestro esposo ha estado bebiendo para alegrarse —le informó una de las esposas, como si se tratara de una noticia fascinante—. Ha intercambiado algunas posesiones por bebida. Pero eso también le hace más lento —añadió con expresión perpleja—. Si no, habríamos llegado mucho antes.

—Gracias por decírmelo —dijo Kahlan. Uno siempre tenía que dar las gracias a un andoliano por cualquier información sobre ellos mismos que ofrecieran. Ese tipo de información se consideraba un regalo.

—Legado Rishi —insistió Kahlan—, me gustaría que llevarais un mensaje muy importante.

—Lo siento. No podemos llevar mensajes —se disculpó el legado.

Kahlan se quedó atónita. Jamás había oído decir que un andoliano se negara a entregar un mensaje.

—¿Por qué no?

Una de las seis mujeres se inclinó hacia Kahlan.

—Porque ya llevamos un mensaje de la máxima importancia.

—¿De veras?

—Sí. —La mujer parpadeó—. No se nos podría haber hecho mayor honor. Esposo lleva un mensaje de la luna.

—¿Qué? —susurró Richard, súbitamente interesado.

—La luna envía un mensaje de los vientos —explicó el legado arrastrando las palabras como un borracho.

Kahlan sintió como si el mundo acabara de pararse a su alrededor.

—Habríamos llegado antes, pero esposo ha tenido que pararse muchas veces para tomar la bebida de la alegría.

Un gélido hormigueo de terror invadió todo el cuerpo de Kahlan.

—Habríais llegado antes —repitió Richard—. ¿Mientras toda esa gente moría tú has estado bebiendo? —bramó Richard, fuera de sí—. ¡Raina murió porque tú estabas por ahí emborrachándote!

Richard estalló en movimientos apenas perceptibles para el ojo humano y propinó al legado Rishi tal puñetazo que el hombre cayó sobre la mesa y luego al suelo.

—¡La gente se está muriendo, y tú te vas por ahí a emborracharte! —bramó Richard, saltando por encima de la mesa.

—¡Richard, no! ¡Tiene magia! —gritó Kahlan.

De repente, la Confesora percibió una mancha roja que se acercaba velozmente por un lado. Cara corrió frenéticamente y se lanzó bajo la mesa, tirando a Richard al suelo.

El legado Rishi se levantó hecho un basilisco. Echaba espuma sanguinolenta por la boca, que le caía desde el mentón en hilillos.

Por los brazos le subían ondulantes destellos de luz así como aleteos de oscuridad que convergían en el pecho a medida que se levantaba. Estaba reuniendo su poder mágico para desatarlo contra Richard. Éste echó mano de la espada.

Cara empujó de nuevo a Richard y, volviéndose contra el legado, le propinó un revés en la boca sangrante. El legado se volvió sobre los talones y dirigió su furia contra ella.

Veloz como un gato, Cara giró dejándolo atrás y volvió a golpearlo. Rishi la siguió, olvidándose por completo de Richard.

Entonces, descargó todo su poder contra ella. Hubo un golpetazo en el aire, que al mismo tiempo pareció oscilar.

El legado se desplomó lanzando un gruñido de dolor. Antes incluso de tocar el suelo, Cara ya estaba encima de él, presionándole la garganta con el agiel.

—Ahora eres mío —declaró Cara con desdén. El andoliano apenas podía respirar—. Ahora tu magia es mía.

—¡Cara, no lo mates! —gritó Kahlan.

Las seis hermanas se habían agachado formando un tembloroso grupo y se abrazaban las unas a las otras, aterrorizadas. Kahlan las tranquilizó y les aseguró que su esposo no sufriría ningún daño.

—Cara, no le hagas daño. Trae un mensaje del Templo de los Vientos.

Cara levantó la cabeza. Tenía una mirada inquietante.

—Lo sé. Le fue transmitido mediante magia. Ahora su magia es mía. El mensaje que trae está grabado en su magia.

Richard guardó de nuevo la espada en su funda.

—¿Quieres decir que conoces el mensaje?

Cara hizo un gesto de asentimiento. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

—Lo conozco como él. Comparto su magia y su conocimiento del mensaje.

—Ulic, Egan —dijo Richard—, que los soldados salgan. Cerrad las puertas y que nadie entre.

Mientras Ulic y Egan se llevaban a los soldados, Richard cogió al legado por el cuello de la túnica y lo levantó. A continuación lo sentó en una silla. El andoliano jadeaba y se mostraba dócil súbitamente.

Respirando con agitación, Richard asió el amuleto y el agiel de Raina en un puño. Tensando los músculos de la mandíbula, apuntó a la cara del legado.

—Oigamos el mensaje. Y será mejor que no mientas. Miles de personas han muerto mientras tú te retrasabas porque estabas borracho.

—El mensaje de los vientos está dirigido a dos personas.

Richard alzó la vista. Esas palabras no habían sido pronunciadas únicamente por Rishi, sino también por Cara. La mord-sith hablaba al mismo tiempo que el legado.

—Cara, ¿tú también conoces el mensaje? ¿De la misma manera que él?

Cara se mostró tan sorprendida como Richard.

—Yo... Me ha sido revelado tal como le fue revelado a él. Yo sólo sabía que el legado llevaba un mensaje. Él no sabía en qué consistía hasta que habló. Yo lo supe al mismo tiempo que él.

—¿Para quién es el mensaje?

Kahlan conocía la respuesta.

—Para el mago Richard Rahl y para la Madre Confesora, Kahlan Amnell —respondieron al unísono Cara y el andoliano.

—¿Qué dice?

Kahlan lo sabía. Se acercó a Richard, le cogió la mano y se la apretó como si en ello le fuera la vida.

La estancia había quedado vacía excepto por Richard, Kahlan, Cara, el legado Rishi y las seis hermanas, acurrucadas debajo de una mesa. La luz de las lámparas que iluminaba la sala se atenuó, como si alguien hubiera bajado la llama, emitiendo una luz trémula y fantasmagórica.

El legado, con rostro inexpresivo, parecía haber entrado en trance. Se levantó de la silla y, con la sangre que le seguía goteando del mentón, alzó un brazo y señaló a Richard. Esa vez solamente habló él.

—Los vientos te llaman, mago Richard Rahl. Se ha robado magia de los vientos y se ha usado en este mundo para hacer el mal. Deberás desposarte para entrar en el Templo de los Vientos. Tu esposa será Nadine Brighton.

Incapaz de hablar, Richard se llevó la mano de Kahlan al corazón y la mantuvo allí, agarrándola con ambas manos.

Cara alzó un brazo y señaló a Kahlan. Solamente ella habló, con voz gélida e inexpresiva.

—Los vientos te llaman, Madre Confesora. Se ha robado magia de los vientos y se ha usado en este mundo para hacer el mal. Deberás desposarte para ayudar al mago Richard Rahl a entrar en el Templo de los Vientos. Tu esposo será Drefan Rahl.

Richard cayó de rodillas. Kahlan se dejó caer junto a él. Pensó que debería sentir algo, pero estaba aturdida. Le parecía que estaba viviendo un sueño.

Había creído que ese momento no llegaría nunca. Pero, al producirse, se sentía como si estuviera cayendo por un barranco y tratara de cogerse a un asidero sin encontrar nada que detuviera su caída en la gélida oscuridad.

Había acabado. Todo había acabado: su vida, sus sueños, su futuro, su alegría. Solamente le quedaba representar un papel hasta el final.

—Cara, por favor —suplicó Richard con el rostro lívido—, te lo ruego, no nos hagas esto. —La voz se le quebró—. Por todos los espíritus, Cara, no nos hagas esto.

Los ojos azules de Cara se posaron en él.

—Yo no os hago nada; no soy más que la portadora del mensaje de los vientos. Si deseáis entrar en el Templo de los Vientos, ambos deberéis aceptar las condiciones.

—¿Por qué tiene que casarse Kahlan?

—Los vientos exigen una novia virgen.

La mirada de Richard saltó rápidamente de Kahlan a Cara.

—Kahlan no es virgen.

—Sí lo es.

—¡No! ¡No lo es!

Kahlan apoyó la frente contra una mejilla de Richard mientras le echaba los brazos alrededor del musculoso cuello y lo estrechaba contra sí.

—Sí, Richard; sí lo soy —susurró—. En este mundo lo soy. Shota me dijo que eso era lo que contaba para los espíritus. En este mundo, en nuestro mundo, el mundo de los vivos, soy virgen. Estuvimos juntos en otro mundo. Pero eso aquí no cuenta.

—Esto es de locos —susurró Richard con voz ronca—. De locos.

—Los vientos lo exigen, y ella cumple esa condición indispensable.

—Ésta es la única oportunidad que tendréis —les advirtió el legado Rishi—. Si no la aprovecháis, la obligación de los vientos para reparar el mal expirará.

—Por favor, Cara —susurró Richard—. Por favor..., no hagas esto. Tiene que haber otra manera.

—No la hay —decretó Cara con actitud autoritaria—. De vosotros depende reparar el mal hecho. Debéis acceder. Si no respondéis a la llamada, ésta no se repetirá, y esa magia no podrá controlarse.

—Los vientos esperan vuestra respuesta —intervino el legado—. Debéis acceder los dos por voluntad propia. Serán matrimonios auténticos en todos los aspectos; serán de por vida. Ambos deberéis desposaros con honestidad y permanecer fieles a vuestro cónyuge.

—El legado ha expresado la verdad de los vientos. ¿Qué respondéis? —preguntó Cara con voz tan fría como el hielo.

Kahlan miró a Richard con los ojos empañados en lágrimas. Lo vio morirse por dentro.

—Es nuestro deber. Sólo nosotros podemos salvar a toda esa gente, pero si tú lo quieres, diré que no, Richard.

—¿Cuántas más Rainas deben morir en mis brazos? No puedo pedirte que te cases conmigo al precio de otra vida.

Kahlan ahogó el gemido que le nacía en la garganta.

—¿Hay algo...? ¿Se te ocurre algo para poner fin a la plaga?

Richard negó con la cabeza.

—Lo siento. Te he fallado. No he encontrado un modo de solucionarlo.

—No me has fallado, Richard. No podría vivir sabiendo que soy la causa de más muertes, como la de Raina hoy. —Le echó los brazos al cuello—. Te amo con todo mi corazón, Richard.

Éste estrechó la cabeza de Kahlan contra él con una de sus grandes manos.

—En ese caso estamos de acuerdo. Debemos hacerlo.

Richard se levantó, alzándola también a ella. Kahlan quería decirle tantas y tantas cosas, pero no le salían las palabras. Cuando lo miró a los ojos se dio cuenta de que las palabras sobraban.

Ambos se volvieron hacia Cara y el legado.

—Acepto. Me casaré con Nadine.

—Acepto. Me casaré con Drefan.

Kahlan se lanzó en brazos de Richard y estalló en lágrimas desconsoladamente. Lloraba, desgarrada por la pena. Richard la abrazaba con tanta fuerza que parecía que fuera a ahogarla.

De pronto, Cara y el legado los separaron.

—Ambos estáis prometidos con otras personas —los reprendió Cara—. No debéis hacer esto. Debéis ser fieles a vuestras parejas.

Kahlan miró por encima del legado a los ojos de Richard. Ambos sabían que se habían abrazado por última vez.

En ese instante, el mundo de Kahlan se acabó.

19

Kahlan y Richard se habían sentado separados, con el legado y Cara entre ellos. Kahlan oyó cómo las puertas se abrían. Eran Nadine y Drefan.

Richard se levantó, pasándose los dedos por el pelo. Kahlan aún no se atrevía a poner a prueba sus piernas. Se le había escapado todo entre los dedos. Lo había perdido todo por el deber.

Nadine observó a todos los presentes: el legado, sus seis esposas, Cara, Kahlan y, finalmente, Richard, que se le acercó con paso titubeante.

—Ambos sabéis que la plaga se inició con magia —comenzó a decir con los ojos clavados en el suelo—. Ya os expliqué que fue robada del Templo de los Vientos. El templo nos ha comunicado sus condiciones para dejarme entrar y así detener la plaga.

»El templo exige que Kahlan y yo contraigamos matrimonio y asimismo ha decidido con quién. Lamento que los dos os veáis... envueltos en esto. No sé por qué. El templo no explica sus razones, solamente afirma que es nuestra única oportunidad para poner fin a la peste. No puedo obligaros a tomar parte en esto; sólo puedo pedirlo.

Richard carraspeó para tratar de serenar la voz. Tomó la mano de Nadine, pero fue incapaz de mirarla a los ojos.

—Nadine, ¿quieres casarte conmigo?

Inmediatamente, los ojos de Nadine buscaron a Kahlan. Ésta había adoptado la expresión de Confesora que su madre le había enseñado. Entonces, miró brevemente a los demás y luego, de nuevo, a la coronilla de Richard.

—¿Tú me quieres, Richard?

Finalmente, el joven la miró a los ojos.

—No. Lo siento, Nadine, pero no. No te quiero.

Nadine no se inmutó. Kahlan estaba segura de que ya se esperaba esa respuesta.

—Me casaré contigo, Richard. Te haré feliz, ya lo verás. Con el tiempo aprenderás a quererme.

—No, Nadine —susurró Richard—. No te querré. Si accedes a casarte conmigo, seremos marido y mujer, y yo te seré fiel, pero mi corazón siempre pertenecerá a Kahlan. Siento ser tan duro contigo cuando te estoy pidiendo que te cases conmigo, pero no quiero engañarte.

Nadine se quedó un momento pensativa.

—Bueno, muchos matrimonios son convenidos y al final resultan bien. —Aquí le sonrió. A Kahlan se le antojó una sonrisa compasiva—. Los espíritus han arreglado esta boda, y eso significa algo. Sí, me casaré contigo, Richard.

Richard volvió la mirada a Kahlan. Era su turno. En los ojos grises y sombríos de Richard le pareció detectar un atisbo de rabia. Sabía que eso le estaba desgarrando las entrañas, como a ella.

Antes de darse cuenta se encontró frente a Drefan. Al primer intento la voz le falló; fue incapaz de pronunciar ni media palabra. Volvió a intentarlo.

—Drefan, ¿quieres..., quieres casarte conmigo?

Los ojos azules, tan similares a los de Rahl el Oscuro, la estudiaron sin ninguna emoción. Por alguna razón Kahlan recordó la mano de Drefan entre las piernas de Cara y estuvo a punto de vomitar.

—Tal como Nadine acaba de decir, es un matrimonio decidido por los espíritus. Supongo que es inútil esperar que algún día llegues a amarme.

A Kahlan le temblaba la mandíbula y mantenía la vista clavada en el suelo. Era incapaz de hablar, así que negó con la cabeza.

—Bueno, no importa. A pesar de eso, pasaremos buenos ratos. De acuerdo. Me casaré contigo, Kahlan.

Kahlan se alegró de no haberle explicado nunca a Richard lo que Drefan le había hecho a Cara. Si no, seguramente Richard habría perdido el control y habría desenvainado la espada cuando Drefan había accedido a casarse con ella.

Cara y el legado dieron un paso adelante.

—Entonces, todo está decidido —declararon al unísono—. Los vientos se sienten complacidos de contar con el consentimiento de todos los implicados.

—¿Cuándo? —preguntó Richard con voz ronca—. ¿Cuándo tendremos que...? ¿Cuándo nos...? ¿Y cuándo podré entrar en el Templo de los Vientos? La gente se sigue muriendo. Tengo que ayudar a los vientos a ponerle fin.

—Esta noche —contestaron Cara y el legado simultáneamente—. Partiremos de inmediato hacia el monte Kymermosst. Esta misma noche, en cuanto lleguemos allí, os casaréis.

Kahlan se abstuvo de preguntar cómo iban a entrar en un lugar que ya no existía. De hecho, no le importaba. Lo único que realmente le importaba era que esa misma noche se casaría.

—Siento lo de Raina —dijo Nadine a Richard—. ¿Cómo se lo ha tomado Berdine?

—Bastante mal. Está en el Alcázar.

—¿No podemos pasar por allí un momento? —preguntó Richard a Cara—. Debo comunicarle lo que ha ocurrido. Tendrá que vigilar a la sliph hasta que yo regrese. Tengo que decírselo.

—Y yo quisiera darle unas hierbas que la harán sentirse mejor.

—Concedido —repuso Cara con esa voz gélida y desagradable que no era la suya.

Berdine se quedó aterrada cuando Richard se lo contó. Le echó los brazos al cuello y lloró, entendiendo perfectamente su pérdida. La sliph los observaba desde el pozo con gesto de curiosidad.

Nadine mezcló varios ingredientes que guardaba por separado en su bolsa y le dio instrucciones a Berdine sobre cuándo tomarlas. Le prometió que la ayudarían a sobrellevar la pena. Richard trató de contarle a la mord-sith todo lo que le pareció que debía saber.

El tiempo transcurría rápidamente. A Kahlan le parecía sentir el paso del tiempo en su piel en forma de hormigueo, mientras se sumergía cada vez más profundamente en una honda negrura.

—Debemos irnos —anunció Cara—. Es preciso llegar antes de que la luna salga.

—¿Cómo encontraremos el Templo de los Vientos? —preguntó Richard.

—No lo encontrarás. El Templo de los Vientos te encontrará a ti cuando se cumplan sus exigencias.

Nadine mostró su bolsa a Richard.

—En ese caso, ¿puedo dejar esto aquí? Pesa mucho y si de todos modos vamos a volver...

—Pues claro —repuso Richard con voz monótona y sin vida.

Mientras volvían a por los caballos, Kahlan tuvo que caminar detrás de Richard y al lado de Drefan. Era Nadine quien caminaba junto a Richard, tocándole la espalda. A decir verdad, Nadine hacía esfuerzos por contener la alegría del triunfo, pero esa mano en la espalda de él transmitía un mensaje: Richard era suyo.

Después de descender la carretera del Alcázar, cuando se alejaban de la ciudad, Kahlan oyó los gritos de los hombres que conducían los carros de los muertos y pedían a la gente que sacara a la calle los cadáveres. Todo eso acabaría pronto, cuando el sufrimiento y la muerte causada por la peste desapareciera. Ése era su único consuelo. Los niños y sus padres vivirían.

Si al menos hubiera sucedido a tiempo de salvar a Raina. Aunque Berdine no lo había dicho, Kahlan sabía que eso era lo que debía estar repitiéndose una y otra vez.

Richard había ordenado a todos sus guardias que se quedaran. Al ver la expresión de su rostro, Ulic y Egan no protestaron. Solamente Richard y Nadine, Kahlan y Drefan, además de Cara, el legado y sus seis esposas cabalgaban hacia el monte Kymermosst.

Ni Kahlan ni Richard sabían cómo iban a entrar en el Templo de los Vientos, y a ella no le importaba lo más mínimo. Lo único en lo que podía pensar era que Richard se casaría con Nadine, y estaba bastante segura de que tampoco Richard podía quitarse de la cabeza que ella iba a casarse con Drefan.

Durante el viaje, Drefan explicó historias para mantenerlos a todos entretenidos y animarlos. Kahlan apenas lo escuchaba; miraba fijamente la espalda de Richard y sólo estaba pendiente de no quitarle la vista de encima para cuando él se volviera a echar un vistazo, lo que hacía de vez en cuando.

Kahlan no podía soportar la idea de no mirarlo, aunque cada vez que sus ojos se encontraban sentía como si un cuchillo al rojo se le clavara en el corazón.

Ni el paisaje del terreno montañoso por el que cabalgaban, ni la fresca hierba de primavera, ni los helechos que se abrían, ni los árboles que echaban los primeros brotes mitigaban su pena. Comparado con la primavera que habían tenido hasta entonces, el día era cálido, aunque en el cielo se cernían oscuros nubarrones. Antes del anochecer caería una tormenta. Cada vez que alzaban los ojos hacia el cielo, los andolianos se encogían.

Kahlan se arrebujó en la capa y pensó en el vestido azul de boda que había dejado en su dormitorio y que tenía previsto llevar cuando se casara con Richard.

Notó que se enfadaba con él. Richard la había persuadido de que en su vida tenía cabida el amor y la felicidad. La había inducido a olvidar que para ella solamente existía el deber. La había convencido de que lo amara.

Al darse cuenta del enfado contra Richard, las lágrimas inundaron de nuevo sus ojos y se derramaron en un silencioso fluir. Ella no era la única que sufría; también sufría él. Ambos compartían ese tormento.

Recordó la primera vez que lo vio. Parecía haber pasado mucho tiempo desde que ella huía de los asesinos de Rahl el Oscuro y Richard la ayudó. Kahlan rememoró todo lo que habían hecho juntos, todas las ocasiones en las que ella había velado su sueño, observándolo, imaginándose que no era una Confesora que tenía que mantener sus sentimientos ocultos y vivir una vida de deber en la que el amor no tenía cabida, sino una mujer normal que podía enamorarse.

Pero Richard había encontrado el modo de que ella, una Confesora, pudiera amar. Todo eso se había convertido en cenizas.

¿Por qué los espíritus les hacían eso? Obtuvo respuesta al recordar la conversación que mantuvo con Shota y con el espíritu del abuelo. No todos los espíritus eran buenos, sino que también los había malos. Y los espíritus malos tenían algo que ver en eso. Eran ellos los que habían planteado ese requisito a cambio de entrar en el templo. Los espíritus que habían exigido ese precio eran la maldad en sí.

Ya avanzada la mañana se detuvieron para que los caballos descansaran y para comer. Nadine y Drefan charlaban con la boca llena, mientras que el legado se recostó tranquilamente y dejó que sus esposas lo alimentaran. El corte en los labios le molestaba mucho. Sus mujeres frotaban sus piernas contra las de él y se reían suavemente cuando Rishi cogía la comida que le ofrecían. Entre bocado y bocado ellas también comían. Cara comía en silencio. Kahlan ni siquiera se dio cuenta de qué comían los demás.

Ella y Richard ayunaron. Ambos se sentaron en las rocas soleadas como ramas secas, silenciosos, huraños, mirando al vacío.

Cuando los demás acabaron de comer, Richard observó cómo volvían a montar. Kahlan fue la única que notó la llama de furia que ardía en sus ojos. Los espíritus habían escogido a Drefan para mortificarlo. No podrían haberle hecho más daño.

—¿Qué tal tu brazo? —preguntó Nadine a Drefan cuando se pusieron todos en marcha.

—Casi como nuevo —repuso él y lo demostró alzando el brazo y flexionando los dedos.

Kahlan no los escuchaba. Se habían pasado la mañana charlando, pero ella, sumida en su mundo silencioso, apenas reparaba en ellos.

—¿Qué le pasa a vuestro brazo, maese Drefan? —preguntó una de las esposas.

—Oh, a un bellaco no le gustó el modo en que intento eliminar la enfermedad del mundo.

Los ojos grandes y negros de la andoliana parpadearon.

—¿Qué os hizo?

—Me hirió con su cuchillo —respondió Drefan, irguiéndose en la silla con arrogancia—. Esa repugnante escoria trató de matarme.

—¿Y por qué no lo consiguió?

Drefan desestimó el incidente con un altivo ademán.

—Bastó con que le mostrara un poco de acero para que huyera despavorido.

—Yo le cosí la herida —explicó Nadine a las asombradas hermanas—. Era un tajo muy profundo.

Drefan lanzó tal mirada a Nadine que la muchacha pareció encogerse en la silla.

—Nadine, ya te dije que no fue nada. No busco compasión. Hay muchas personas que están mucho peor que yo. —Al ver la avergonzada expresión de Nadine, se ablandó—. No obstante, hiciste un buen trabajo. Ni mis sanadores lo habrían hecho mejor. Te lo agradezco.

Nadine sonrió.

Drefan se cubrió la cabeza con la amplia capucha de su capa de lino.

«Queridos espíritus —pensó Kahlan—, ése será mi marido. Ése será mi compañero el resto de mi vida.» Hasta que por fin muriera y pudiera reunirse con Richard. La muerte sería dulce y bienvenida.

Clarissa se secó el sudor de las palmas, frotándolas una contra otra, mientras miraba por la cerradura y escuchaba a Nathan hablar con las Hermanas en la habitación contigua.

—Estoy segura de que lo comprendéis, lord Rahl —dijo la Hermana Jodelle—. Es también por vuestra seguridad.

Nathan se rió entre dientes.

—Qué amable por parte del emperador pensar en mi bienestar.

—Si, como vos mismo decís, Richard Rahl es eliminado esta noche, no tenéis nada de que preocuparos. Ya lo traeremos más adelante. No dudo que estaréis de acuerdo.

Nathan fulminó a las Hermanas con la mirada.

—Ya os lo he dicho: el plan de Jagang ha funcionado. Richard Rahl será destruido esta noche. Espero que después de esta noche ya nunca pongáis mis palabras en duda.

Clarissa tuvo que forzar la vista para ver a Nathan por el agujero de la cerradura cuando se apartó de las dos Hermanas, pensativo.

—¿Ha accedido a todo lo demás? —preguntó al fin.

—A todo —le aseguró la hermana Willamina—. Estará encantado de que seáis su plenipotenciario en D'Hara y ha acogido con satisfacción vuestra oferta de ayudarlo a interpretar los libros de profecías que ha ido reuniendo con los años.

—¿Dónde están? —gruñó Nathan—. No sé si estoy dispuesto a cruzar el Viejo Mundo sólo para echar un vistazo a libros sin ningún valor. Tengo asuntos que atender en D'Hara. Como nuevo lord Rahl será preciso que consolide mi autoridad.

—Su Excelencia ya ha anticipado que sería una molestia para vos, por lo que sugiere que sus magos separen todo lo que sea de interés y que os lo enviará luego para que vos lo analicéis.

Clarissa sabía a qué se refería la Hermana. Antes de que llegaran, Nathan le había confiado que probablemente no se le permitiría ver las profecías que Jagang poseía y, mucho menos, saber dónde las guardaba. El emperador solamente le permitiría estudiar volúmenes concretos investigados antes por otros.

Finalmente, Nathan centró toda su atención en las dos Hermanas.

—A su debido tiempo, a su debido tiempo. Una vez que se consume nuestra colaboración y que juntos sometamos al Nuevo Mundo, estaré encantado de recibir a los perritos falderos de Jagang. Pero hasta entonces no dudo que el emperador comprenderá que prefiera que nadie con el don sepa exactamente dónde estoy. Por eso partiré de inmediato.

—Como he dicho —replicó la Hermana Jodelle, resignada—, al emperador le complacería enviároslo. Sin embargo, es natural que le cause inquietud que un mago tan poderoso como vos, cuya mente no puede escudriñar, se le acerque demasiado. Por mucho que desee cerrar el trato, también es un hombre precavido.

—Y yo también, y por eso no puedo permitir que me traigáis el libro. Reunirme aquí con vosotras es el último riesgo que pienso correr. No obstante, quiero ese libro. Hasta que no lo tenga no sabré con certeza si es seguro para mí ir a D'Hara.

—Su Excelencia lo entiende y no rechaza vuestra demanda. Muy pronto cumplirá su objetivo, así que ya no necesitará el libro. Además, de poco le serviría un mundo sin gente que trabajara para él.

»El libro solamente funciona con la Hermana Amelia, puesto que ella fue quien entró en el Templo de los Vientos para recuperarlo. Jagang os ofrece, o bien el libro, o bien la Hermana Amelia. Si lo deseáis, os la enviaremos.

—Y de ese modo, Jagang sabría dónde estoy. No, gracias, Hermana. Me quedo con el libro.

—Eso también le parece bien a su Excelencia. Podemos enviároslo o mandar a alguien que os lo entregue personalmente. Lo único que no acepta es que vos mismo vengáis a recogerlo, por razones de seguridad, como ya he explicado.

Nathan se frotó el mentón, meditabundo.

—¿Y si enviara a alguien con vosotras? Me refiero a alguien que me representara y defendiera mis intereses. Alguien que me fuera leal, por lo que no tendría que temer que Jagang hurgara en su mente y descubriera mi paradero. Alguien sin el don, para que no representara ninguna amenaza.

—¿Alguien sin el don? —La Hermana Jodelle lo consideró un momento—. ¿Y podríamos ponerlo a prueba, sin vuestros escudos alrededor, para comprobar que realmente no posee el don?

—Naturalmente. Deseo que esta relación con Jagang funcione para ambos. No la haría peligrar tratando de engañarlo. Mi intención es crear confianza, no destruirla. —Nathan vaciló y se aclaró la garganta antes de proseguir—. No obstante, quiero que comprendáis que la persona en cuestión, una mujer, es... valiosa para mí. Si algo le ocurriera, me lo tomaría muy mal.

Ambas Hermanas sonrieron.

—Una mujer. Naturalmente —dijo la Hermana Willamina.

—Vaya, vaya, Nathan —comentó la Hermana Jodelle sonriendo y balanceándose sobre los talones—, parece que has estado disfrutando de tu libertad.

—Lo digo muy en serio —advirtió Nathan con voz serena—. Si le ocurre algo, no habrá trato. La envío a ella para demostrar que confío en Jagang y en nuestro acuerdo. Yo doy el primer paso para demostrar al emperador que soy sincero.

—Lo comprendemos, Nathan —dijo Jodelle en tono más serio—. No le ocurrirá nada malo.

—Una vez tenga el libro, quiero que la escoltéis hasta dejar atrás las tropas de Jagang y que luego la dejéis ir. Si la seguís, lo sabré y lo consideraré un acto hostil hacia mí y un atentado contra mi vida.

La Hermana Jodelle hizo un gesto de asentimiento.

—Entendido. Es muy razonable. Ella nos acompañará, le entregaremos el libro y regresará sana y salva, sin que nadie la siga, y todos contentos.

—Perfecto —declaró Nathan en tono autoritario, como si cerrara el trato—. Esta noche Jagang se librará de Richard Rahl. Cuando el libro llegue a mis manos, cumpliré con mi parte del trato: rendir el ejército del sur a las tropas expedicionarias de Jagang.

La Hermana Jodelle inclinó la cabeza.

—Tenemos un trato, lord Rahl. Su Excelencia os da la bienvenida al imperio como su segundo a bordo.

Nathan se dirigió hacia la puerta tras la que estaba arrodillada Clarissa. Ésta se levantó de un salto y corrió hacia la ventana más alejada. Allí retiró las cortinas con una mano y fingió que miraba afuera cuando la puerta se abrió.

—Clarissa —la llamó Nathan.

Ella dio media vuelta y lo vio en el umbral, con una mano apoyada en el pomo de la puerta. Detrás de él vio a las dos Hermanas, mirando.

—¿Sí, Nathan? ¿Deseas algo?

—Sí, Clarissa. Me gustaría que hicieras un pequeño viaje por mí; es un asunto de negocios. Quiero que acompañes a dos amigas mías.

Clarissa, ataviada con gran elegancia, bordeó el escritorio y lo siguió a la otra habitación. Nathan la presentó a las dos Hermanas.

Jodelle y Willamina la contemplaron con sonrisas cómplices y petulantes. Tras echar un vistazo a su escote, intercambiaron una mirada. Clarissa tuvo la impresión de que la consideraban una prostituta.

—Clarissa, partirás de inmediato con estas damas. Al llegar a tu destino, te entregarán un libro. Debes volver con él. ¿Recuerdas adónde te dije que nos dirigiríamos mañana?

—Sí, Nathan.

—Cuando tengas el libro, te reunirás allí conmigo. Nadie, absolutamente nadie, debe saber dónde nos reuniremos. ¿Lo entiendes?

—Sí, Nathan.

—Voy a buscarle un caballo —anunció la Hermana Willamina.

—¿Un caballo? —exclamó Clarissa—. No he montado en mi vida. No sé montar.

Nathan reaccionó pacientemente ante esa inesperada complicación.

—Dispongo de un carruaje. Ordenaré que lo preparen; Clarissa puede viajar en él. Si nadie se opone, naturalmente.

La Hermana Jodelle se encogió de hombros.

—Caballo o carruaje, no nos importa, siempre y cuando antes comprobemos que no tiene el don.

—Examinadla a vuestro gusto. Yo, mientras, ordenaré que dispongan el carruaje, y después Clarissa puede hacer la maleta.

—De acuerdo.

—Bien. Todo arreglado.

Nathan se volvió hacia Clarissa, dando la espalda a las Hermanas.

—No estaremos separados mucho tiempo, querida. —Le arregló el relicario que le colgaba de una fina cadena de oro y luego la miró a los ojos—. Te estaré esperando. He avisado a mis amigas de que si algo te ocurre, me enfadaré mucho.

—Gracias, Nathan. Te traeré el libro —dijo Clarissa con la mirada fija en los maravillosos ojos del profeta.

Nathan le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, querida. Eres muy amable. Que tengas un buen viaje.

20

Pese a los amenazantes nubarrones que se agrupaban en el cielo, en la cima del monte Kymermosst reinaba una calma inquietante. Los andolianos no cesaban de mirar al cielo con nerviosismo. Kahlan observó a Richard mientras desmontaba; su capa dorada colgaba lacia y sin vida en ese aire de quietud sobrenatural. Drefan le ofreció la mano para ayudarla a desmontar, pero Kahlan fingió no verla.

A la luz del atardecer, las ruinas no eran más que formas fantasmales, los huesos de un monstruo extinto en un pasado remoto que esperaba para volver a la vida y devorarla. Aunque era noche de luna llena, las nubes plomizas la tapaban casi por completo. Cuando el último vestigio de luz diurna se apagara, una oscuridad de muerte se apoderaría de la desolada cima.

Nadine se mantenía cerca de Richard, que miraba fijamente hacia el borde del barranco. Drefan se había quedado algo rezagado; procuraba mostrarse solícito con la mujer que pronto sería su esposa pero sin parecer demasiado atrevido. Al igual que Nadine, Drefan no se lo había tomado como si eso fuera el final de su felicidad.

Una vez asegurados los caballos, el legado Rishi y Cara condujeron a las novias y los novios hacia las ruinas de la estructura circular de un jardín, conformada por bancos de piedra curvos a un lado y columnas rotas en el otro. La pieza superior, que conectaba las columnas, había desaparecido casi por completo y solamente unía cuatro de las diez columnas de piedra. En la distancia, a la tenue luz, Kahlan percibía aún el recortado borde del barranco y la negra banda de montañas más allá. Ahí fuera, en algún lugar, se alzaba el Templo de los Vientos.

Kahlan se sentó, tal como le indicaban, en un banco de piedra curvo al lado de Drefan, mientras que Richard y Nadine se sentaron dos bancos más allá. Kahlan miró y vio que Richard le devolvía la mirada, pero entonces Drefan se inclinó hacia adelante y le tapó la vista. Así que centró su atención en Cara y el legado, de pie ante ellos. Las seis hermanas se habían agrupado detrás del esposo.

—Nos hemos reunido aquí —dijeron el legado y Cara al unísono— para unir en matrimonio a Richard Rahl y Nadine Brighton, así como a Kahlan Amnell y Drefan Rahl. Se trata del rito más importante que existe, pues une a dos personas mediante votos solemnes que los comprometen de por vida. Estos matrimonios cuentan con la autorización de los mismos espíritus, y ellos son también testigos.

Kahlan clavó la vista en los hierbajos que brotaban de las grietas del suelo de piedra en ruinas, prestando poca atención al discurso sobre lealtad, fidelidad y compromiso. Hacía tanto bochorno que le costaba respirar. Notaba cómo el vestido blanco de Madre Confesora se le pegaba a la espalda y el sudor le goteaba entre los senos.

Se sobresaltó cuando Drefan la levantó cogiéndola por debajo del brazo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Ha llegado la hora. Ven.

De repente, se vio de pie frente al legado y Cara, con Drefan a su lado y tres esposas de Rishi al otro lado, como sus acompañantes. Richard estaba también de pie, junto a Nadine, con las otras tres andolianas que le servían de acompañantes. Nadine sonreía.

—Si alguien tiene algo que objetar al matrimonio de estas personas, que hable ahora o calle para siempre.

—Yo tengo una objeción —dijo Richard.

—¿De qué se trata? —inquirió el legado.

—Los vientos dijeron que debíamos hacer esto por libre voluntad, pero en realidad nos estáis coaccionando. Nos habéis amenazado con que si no accedemos, más personas morirán. Yo no me caso por voluntad propia. Me caso solamente para salvar vidas.

—¿Deseas salvar la vida de las personas que morirán si la magia arrebatada al Templo de los Vientos no se detiene? —inquirió el legado.

—Claro que sí.

—Este matrimonio forma parte de esa voluntad. Si no accedes, morirán. Tú deseas salvarlas. En lo que se refiere a los espíritus, eso equivale a libre voluntad.

»Si quieres echarte atrás, tiene que ser ahora, antes de pronunciar los votos. Después ya no podrás cambiar de opinión.

En el aire pesaba un empalagoso silencio. Kahlan, impotente, se sentía caer en picado en un pozo insondable. Todo estaba ocurriendo demasiado de prisa, tanto que apenas podía respirar.

—Si debo hacer esto, antes quiero hablar con Richard —dijo Kahlan—. A solas.

Tanto el legado como Cara la miraron fijamente.

—De prisa —contestaron ambos a una—. No tenemos mucho tiempo. La luna asciende.

Richard y Kahlan se alejaron de los demás hasta estar bastante seguros de que no los oirían. Quedaron uno frente a otro, muy juntos.

Kahlan quería que Richard los salvara de eso. Tenía que hacer algo o sería demasiado tarde.

—Richard, se nos acaba el tiempo. ¿Se te ocurre algo, lo que sea, para evitarlo? ¿Se te ocurre algún modo para salvar a toda esa gente sin tener que hacer esto?

Pese a que los separaban pocos centímetros, entre ellos se abría un abismo.

—Lo siento. No tengo ninguna solución. Perdóname —susurró—. Te he fallado.

—No —negó Kahlan con la cabeza—, no me has fallado. Ni lo pienses siquiera, Richard, porque yo no lo creo. Los espíritus nos impiden que triunfe nuestro amor. Ellos desean esto y nos han coaccionado.

»Al menos, si accedemos, Jagang no vencerá. Eso es más importante. ¿Cuántos enamorados, como nosotros, podrán vivir, ser felices y tener hijos gracias al sacrificio que nosotros haremos esta noche?

Richard esbozó esa sonrisa que tenía la virtud de derretir el corazón de Kahlan.

—Ése es uno de los motivos por los que te amo tanto: tu pasión. Incluso aunque no vuelva a verte nunca más, contigo he conocido la verdadera felicidad y el verdadero amor. ¿Cuántas personas lo viven, aunque sea por tan breve tiempo?

—Richard —repuso Kahlan, conmovida—, si seguimos con esto, tendremos que cumplir los votos, ¿verdad? No podremos seguir... viéndonos de vez en cuando, ¿no?

El modo en que a Richard le tembló la mandíbula y sus ojos se anegaron de lágrimas fue suficiente respuesta.

Justo cuando iban a fundirse en un abrazo, Cara se interpuso.

—Es la hora. ¿Cuáles son vuestros deseos?

—Tenemos muchos —contestó Richard con súbita malevolencia—. ¿Cuál quieres oír?

—Los vientos quieren oír si accedéis u os negáis.

—Lo haremos —gruñó Richard—. Pero advierto a los espíritus que me vengaré.

—Los espíritus simplemente hacen lo que deben para poner fin a tanta muerte causada por lo que les fue arrebatado —explicó Cara, mostrándose súbitamente compasiva, aunque conservaba una inquietante actitud que recordaba a Kahlan que no era ella quien hablaba, sino los vientos—. No les mueve la animosidad.

—En una ocasión un hombre sabio me dijo que cuando uno muere, muere, da igual cómo suceda —repuso Richard, que tomó con actitud desafiante la mano de Kahlan y caminó con ella hasta el círculo de piedra. Una vez allí, ambos se colocaron junto a sus respectivas parejas.

Kahlan adoptó su cara de Confesora. Sufría por Richard, pues a él no lo habían educado para saber dominar sus emociones, sus anhelos y sus deseos en aras del deber. Kahlan había tenido toda una vida para prepararse para ese tormento final, mientras que Richard había tenido toda una vida para enfrentarse a lo contrario: la felicidad. Kahlan solamente había sentido la calidez de esa llama brevemente.

Deliberadamente cerró los oídos a las palabras dirigidas a Nadine y luego a Drefan, palabras de fidelidad y lealtad a sus respectivos cónyuges, y pensó únicamente en Richard. Confiaba en transmitirle un poco de fuerza para resistir a fin de salvar a los enfermos y detener la plaga. Aún no había entrado en el Templo de los Vientos. Necesitaría fortaleza.

Muy pronto la ceremonia habría acabado y regresarían a Aydindril. Tal vez tendrían que esperar a que Richard entrara en el templo, hiciera lo que tuviera que hacer, y luego volver. En cualquier caso, no pasaría mucho tiempo antes de volver a su hogar, al palacio en el que se había criado, para vivir la vida de deber para la que había sido educada.

—¿Sí o no? —preguntó el legado.

—¿Qué? —Kahlan alzó la cabeza.

El legado echó un vistazo a las nubes que amenazaban tormenta e inspiró apresuradamente.

—¿Juras honrar a este hombre, obedecerlo como el señor de tu hogar, cuidar de sus necesidades en la salud y en la enfermedad, y ser su esposa fiel mientras ambos viváis?

Kahlan miró a Drefan y se preguntó qué habría jurado él.

—Juro cualquier cosa que sea necesaria para poner fin a la plaga.

—¿Sí o no?

Kahlan dejó escapar un suspiro de enojo.

—¿Es lo que se me pide para impedir que la magia robada a los vientos siga matando?

—Sí.

Kahlan hizo mentalmente el juramento pensando en Richard, no en Drefan. Juraría en voz alta sobre Drefan, pero su corazón siempre sería de Richard. Apretó los puños con más fuerza y pronunció los votos.

—Sí, en ese caso juro hacer lo necesario para detener la plaga. Pero no juro más de lo estrictamente necesario, ni mantenerlo un segundo más de lo que se me exige.

—En ese caso, en presencia de los espíritus y por el poder de los espíritus, yo os declaro marido y mujer.

Kahlan notó una punzada de dolor y se dobló por la cintura. Era como si le desgarraran las entrañas. Trató de respirar, sin éxito. Ante sus ojos desorbitados desfilaban remolinos multicolores.

Drefan la enlazó por la cintura.

—¿Qué te pasa? Kahlan, ¿qué te ocurre?

Aunque las rodillas se le doblaron, Kahlan aguantó.

—Son los espíritus —dijeron las voces del legado y de Cara—. Han atado su poder. Deberá vivir este matrimonio como cualquier mujer casada con un hombre. Su poder habría interferido.

—¡No podéis hacer eso! —gritó Richard—. ¡Estará indefensa! ¡No le podéis arrebatar su poder!

—Nosotros no se lo hemos arrebatado, solamente lo hemos anulado para que no pueda utilizarlo durante el plazo de vigencia de los votos que ha hecho a su esposo, Drefan Rahl. Ya está hecho. Ahora, Richard Rahl, debes pronunciar tú los votos o perderás tu oportunidad de ayudar a los vientos.

Kahlan, con la vista clavada en el suelo, sentía un remolino de vacío, sentía un abismo entre su mente y su poder, mientras escuchaba palabras similares que se pronunciaban ante Richard. No oyó su respuesta, pero debió de decir lo que se le pedía, pues el legado lo declaró a él y a Nadine marido y mujer.

Como precio para mostrar el camino al templo no sólo le habían arrebatado a su amado, sino también su poder de Confesora. El vacío amenazaba con asfixiarla. La profunda y súbita sensación de pérdida le nublaba la mente con una negrura más oscura que la noche que caía.

Drefan la cogió por un brazo.

—Ven, será mejor que te sientes. Soy sanador e incluso con la poca luz que tenemos veo que no te sientes bien.

Kahlan se dejó guiar hasta un banco y permitió que la ayudara a sentarse.

—Tu esposa se pondrá bien —dijo el legado, que acto seguido miró al cielo amenazador—. Richard Rahl, Drefan Rahl, acompañadme.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Richard.

—A prepararos para consumar el matrimonio.

Kahlan levantó la cabeza. Pese a la oscuridad vio que Richard estaba a punto de estallar de rabia. Ya estaba echando mano a la espada. Drefan frotó la espalda de Kahlan con un gesto de lástima.

—Tranquila, todo irá bien. No te preocupes. Cumpliré mi promesa de cuidar de ti.

—Gracias, Drefan —logró decir Kahlan pese a la angustia que la abrumaba.

Drefan la soltó y se acercó a Richard, le cogió el brazo, se arrimó a él y le dijo algo en susurros. Kahlan vio que Richard se pasaba repetidamente los dedos por el pelo y asentía de vez en cuando. Fuese lo que fuese lo que le decía, conseguía calmarlo.

Cuando Richard y Drefan se separaron, el legado y Cara hablaron a Nadine y Kahlan.

—Vosotras dos esperad aquí.

Kahlan se acurrucó en el banco de piedra, mientras que Richard y Drefan eran conducidos en la oscuridad hacia el barranco, hacia los dos edificios situados uno a cada lado del camino que moría abruptamente en el borde. Había oscurecido tanto que Kahlan apenas distinguía el rostro de Nadine, que fue a sentarse a su lado en el banco de piedra. Las seis hermanas habían regresado junto a los caballos, se chupaban los dedos y no dejaban de observar el cielo.

—Lo lamento. Lo de tu magia, quiero decir. No sabía que iban a hacerte eso. Supongo que ahora eres como cualquier mujer.

—Sí, supongo que sí.

—Kahlan, te mentiría si te dijera que lamento haber sido yo quien se ha casado con Richard, pero quiero que sepas que haré todo lo posible para hacerlo feliz.

—Nadine, no entiendes nada de nada, ¿verdad? No importa si eres un ángel con él o una arpía. Con lo que está sufriendo, por mucho daño que le hagas no será más que una picada de avispa comparada con que le corten la cabeza.

Nadine se rió, incómoda.

—Bueno, conozco una cataplasma para las picadas de abeja. Ya cambiará. Pienso...

—Ya me prometiste que serías amable con él, y te lo agradezco. Pero en estos momentos no estoy de humor para escuchar los detalles de lo amable que piensas ser.

—Claro. Lo entiendo. —Nadine jugueteaba con la piedra del banco—. No es así como me imaginaba mi boda.

—Ni yo tampoco.

—Tal vez logre que a partir de ahora sea como me imaginaba. —Su tono de voz se tornó frío y vengativo—. Me hiciste sentir una estúpida por querer a Richard y pensar que podría conseguirlo. Me has quitado la alegría de mi boda, pero no me privarás de los placeres que me esperan.

—Siento mucho que creas que...

—Ahora Richard es mío y pienso mostrarle hasta qué punto una mujer puede complacer a un hombre. Lo comprobará. Verá que puedo ser tan buena esposa para él como tú. Tú crees que no, pero puedo serlo.

»Antes de que acabe la noche, haré que se estremezca. Entonces ya veremos quién es la mejor de las dos y si aún te echa de menos. Cuando yazcas con el hermano de Richard, aguza bien el oído y escucharás mis gritos de placer. Los gritos de placer que me provoca Richard. ¡No a ti sino a mí!

Nadine se alejó hecha una furia y se quedó de pie con los brazos cruzados y expresión enfurruñada. Kahlan se tapó la cara con las manos. Los espíritus no tenían suficiente con destruirla, sino que encima retorcían el cuchillo en la herida.

Cara y el legado regresaron.

—Es la hora —dijeron al unísono.

Kahlan se levantó rígidamente y esperó a que le dijeran qué seguiría. El legado se volvió hacia Cara.

—La tormenta estallará pronto —anunció, echando un rápido vistazo a la negrura del cielo—. Mis esposas y yo debemos abandonar la montaña. Los vientos te hablan del mismo modo que me hablan a mí. ¿Puedes conducirlos tú?

—Sí. Ya queda poco. Puedo hacerlo. Los vientos me transmitirán el mensaje como si fueras tú.

Sin esperar más, el legado se alejó a toda prisa.

Los fuertes dedos de Cara agarraron a Kahlan por debajo del brazo.

—Ven conmigo —le dijo, hablando con la gélida voz de los vientos.

—Cara, por favor, no puedo —se negó Kahlan, clavando los talones en el suelo.

—Puedes y lo harás, o la oportunidad pasará y la peste seguirá causando estragos.

—No. —Kahlan se desasió—. Tú no lo entiendes. No puedo. Estoy con el flujo lunar, y aún no ha acabado. No puedo... hacer eso. Ahora no.

Cara se le acercó con siniestra mirada.

—Eso no te impide consumar el matrimonio. Lo harás o toda esperanza de acabar con la peste se perderá. Aún no hemos acabado. Debes cumplir con tu parte y gozar. Debe ser ahora, esta noche. ¿O prefieres que la gente siga muriendo a miles?

Cara, con Nadine a un lado y Kahlan al otro, las condujo en la oscuridad por el camino, hacia el borde del barranco.

De pie en la negra noche, al borde del precipicio, Kahlan se sentía aturdida y perdida. Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido desde que Cara condujo a Nadine junto a Richard, en el edificio en ruinas de la derecha. De repente, notó de nuevo la mano de la mord-sith bajo su brazo.

—Por aquí —dijo la voz glacial.

Kahlan se dejó conducir a las ruinas de la izquierda. Kahlan apenas veía nada, mientras que Cara, sin duda guiada por los vientos, avanzaba sin ninguna dificultad por los pasillos y las habitaciones del edificio que se caía a pedazos.

Llegaron ante una puerta. Kahlan distinguió con dificultad la espada de Drefan apoyada en la pared de fuera. Los dedos de Kahlan rozaron la empuñadura revestida de cuero. Dentro identificó a duras penas los rectángulos ocupados en otros tiempos por ventanas. Más allá estaba el borde del barranco y el vacío, donde se había alzado el Templo de los Vientos.

—Aquí está tu esposa —anunció Cara con esa voz gélida y horrible—. Aquí está tu marido —dijo a Kahlan.

»Este matrimonio debe consumarse. Es vuestro deber hacerlo. Los vientos así lo exigen. No se os permite formular más preguntas. No habléis. Los vientos tienen sus razones, y vosotros no sois quienes

para saberlas. Limitaos a obedecer si queréis poner fin a las muertes. A medida que la prueba avanza, se hace más dura.

»Ahora debéis yacer como marido y mujer. Si uno de los dos pronuncia aunque sólo sea una palabra, la prueba acabará y se os negará el acceso al Templo de los Vientos. No habrá apelación posible. La magia robada seguirá causando estragos, al igual que la muerte que provoca.

»Los vientos se manifestarán una vez que hayáis cumplido sus exigencias. Cuando se manifiesten, y de eso no tendréis duda, podréis dirigiros la palabra. Pero antes no.

Cara obligó a Kahlan a darse media vuelta y la ayudó a despojarse del vestido y del resto de sus cosas. A Kahlan no le costó guardar silencio; no tenía nada que decir.

Sintió el aire de la negra noche en su cuerpo desnudo. Bajó la vista hacia la espada de Drefan y pensó que, cuando todo acabara, siempre podría dirigirla contra ella misma. Si no, si Drefan le impedía cogerla, siempre le quedaba el precipicio.

Cara agarró a Kahlan por la muñeca y la obligó a avanzar. Luego la hizo arrodillarse e inclinarse hacia adelante, hasta que Kahlan notó el borde del camastro.

—Tu esposo te aguarda. Ve a él.

Kahlan oyó los pasos de Cara que se alejaban en la distancia. Ella y Drefan se quedaron solos.

21

Palpando para orientarse, la mano de Kahlan rozó la pierna cubierta de vello de Drefan. Se apartó y se tendió junto a él. Notó una manta encima de la paja o, al menos, algo más blando que la madera desnuda. Como mínimo no le hacía daño en la espalda, como se lo hubiera hecho el suelo duro.

Se quedó tumbada en el camastro, mirando hacia la negrura con los ojos muy abiertos. No podía ver nada excepto un leve atisbo de las ventanas ante ellos. Hizo un esfuerzo por respirar más lentamente, aunque nada podía hacer para frenar el pulso desbocado.

Se decía a sí misma que eso no era lo peor que le podía pasar, ni tampoco la peor cosa del mundo. No era una violación, al menos no exactamente.

Al rato notó la mano de Drefan posarse en su abdomen. Kahlan la apartó bruscamente mientras ahogaba un grito.

«No debería haber hecho eso», pensó. ¿Qué era una mano comparada con la peste? ¿Cuántas personas que padecían atroces dolores por la peste estarían encantadas de intercambiarse con ella? Había cosas mucho peores que una mano que la tocaba con suavidad.

La mano de Drefan buscó la suya y trató de apretársela para tranquilizarla, pero Kahlan la apartó como si la hubiera tocado una serpiente. No quería el consuelo de Drefan. No había jurado que le dejaría cogerle la mano. No había jurado aceptar su consuelo. Se había comprometido a ser su esposa, no a agarrarlo de la mano. Le permitiría que consumara el matrimonio, pero no tenía ninguna obligación de cogerle la mano.

Trataba de razonar consigo misma frenéticamente. Richard tenía que entrar en el Templo de los Vientos. La consumación era el precio que los vientos exigían a cambio de mostrarle el camino. El espíritu del abuelo de Chandalen la había conminado a no rehuir el deber. Kahlan no podía olvidar sus palabras ni aunque quisiera:

«No me ha sido revelado el precio, pero debo advertirte que no hay modo de que puedas burlarlo ni sortearlo. Deberás pagar exactamente el precio, o todo se perderá. Te pido que cuando los vientos te muestren el precio, lo aceptes, o sucederá lo que acabas de ver».

Kahlan recordó los montones de cadáveres que el espíritu le había mostrado. Si no cumplía las condiciones de los vientos, lo que había visto sucedería.

Tenía que dejar que Drefan le hiciera el amor. De nada serviría tratar de demorarlo.

Tampoco debía de ser fácil para Drefan después de que ella había rechazado de plano todos sus gestos de ternura. Eso la enfureció de nuevo: ella no quería la ternura de Drefan.

¿Qué era lo que quería? ¿Acaso que la tratara bruscamente? Tenía que dejar que la tocara. ¿Cómo iba a consumar el matrimonio si no podía tocarla? Era absolutamente necesario que Richard entrara en el Templo de los Vientos. Debía permitirle a Drefan que lo hiciera.

Así pues, extendió un brazo, cogió la muñeca de Drefan y le puso la mano donde él había intentado antes ponerla: sobre su abdomen. Entonces, le soltó la mano. Drefan no la retiró.

¿A qué estaba esperando? Kahlan sentía deseos de gritarle que acabara con eso de una vez por todas. Quería gritarle que tomara lo que por ley le pertenecía a él, pero por sentimientos pertenecía a su hermano.

Se quedó allí tumbada, sintiendo encima la mano de Drefan, escuchando el silencio sepulcral de la noche. Se dio cuenta de que trataba de captar los ruidos que provenían de Nadine y Richard. Cerró los ojos.

La mano de Drefan subió hasta un pecho. Kahlan apretó los puños a ambos lados del cuerpo y se obligó a quedarse quieta. Tenía que dejarle. Intentó pensar en otras cosas y recitó en silencio lecciones de idiomas aprendidas de memoria en su juventud; todo para no notar la mano del hombre. No lo logró.

Drefan estaba siendo muy considerado, aunque eso no era un consuelo. Incluso su roce era una profanación. No importaba lo tierno que fuese. Eso no lo disculpaba. El hecho de que fuese su marido no tenía ninguna importancia para Kahlan. En su corazón sabía que eso estaba mal, lo que lo convertía en una profanación.

Se gritó a sí misma mentalmente. Se estaba comportando como una niña, o peor. Ella era la Madre Confesora y se había enfrentado a situaciones peores que ésa, mucho peores que entregarse a un hombre hacia el cual no albergaba sentimientos tan profundos e íntimos.

Pero ya no era la Madre Confesora. El Templo de los Vientos, los espíritus, también le habían arrebatado eso.

Kahlan ahogó un grito y aguantó inmóvil mientras la mano de Drefan le recorría el abdomen y finalmente se alojaba entre sus piernas. Recordó lo que Drefan le había hecho a Cara; le hacía lo mismo a ella.

Lo odiaba. Estaba casada con un hombre al que aborrecía.

Cara había sentido eso, lo mismo que Kahlan estaba sintiendo. Pero Cara no habría reaccionado de un modo tan infantil. Cara no se había comportado de una forma tan estúpida. Así pues, permitió que la mano de Drefan hiciera lo que quisiera.

El propósito era salvar vidas. Kahlan tenía que salvar a todos esos inocentes de la peste enviada por Jagang. Su pueblo no podría salvarse sin ella. Era su deber.

De repente, Drefan se incorporó y su figura oscura se cernió sobre ella. Metió suavemente una rodilla entre los muslos de Kahlan, instándola a que separara las piernas. Mientras él ponía también la otra rodilla entre sus piernas, Kahlan se dijo que pronto habría acabado.

La descomunal figura de Drefan descendió hacia ella. Era alto y fornido, tanto como Richard. Kahlan temió que fuera a aplastarla, pero no lo hizo, sino que se apoyó sobre sus propios codos para no lastimarla. Estaba siendo muy considerado, y ella no le estaba facilitando las cosas. Drefan tenía que hacerlo, y ella debía permitírselo.

Hizo una mueca. No estaba preparada. Contuvo la respiración. Ya era demasiado tarde para no estar preparada; Drefan entraba en ella. Kahlan se mordió el labio inferior, estremeciéndose.

Jamás se había sentido tan desvalida. Su marido era Drefan, no Richard, y Drefan la estaba poseyendo. Todo había acabado.

Aguantó con los ojos firmemente cerrados y los puños apretados contra los hombros mientras Drefan se movía dentro de ella. De la comisura de los ojos se le escapaban las lágrimas. La nariz se le congestionó mientras lloraba en silencio, y tuvo que abrir la boca para respirar. Sentía deseos de aullar por la angustia, y en vez de eso, tuvo que recordarse que debía respirar. No conseguía controlar la respiración.

Duró más de lo que había esperado, pero no tanto como se temía.

Cuando por fin acabó, Drefan se quitó de encima y se tumbó de espaldas. Había cumplido la parte que le tocaba, aunque no parecía haber disfrutado. Por alguna razón, que Drefan no hubiera disfrutado era un alivio para ella. Drefan se quedó allí, recuperando el aliento, y finalmente Kahlan soltó el aire. Ya se había acabado.

Se dijo a sí misma que tampoco había sido tan malo. En el fondo no era nada. Apenas había sentido nada. Había sido una necia al resistirse tanto, pues había acabado muy de prisa. No había sido tan malo como se había temido. No había sido nada.

Aunque en realidad, sí. Había sentido algo; se había sentido envilecida.

Con ternura y compasión, Drefan le secó con los dedos una lágrima que le corría por la mejilla. Kahlan le apartó la mano. No quería su compasión. No quería que la tocara. Ella no había accedido a que la tocara; solamente a que consumara el matrimonio. Sus ternuras no entraban en el trato.

Recordó cómo había sido la experiencia con Richard. Recordó con qué ardor lo deseaba. Recordaba la pasión desenfrenada. Recordaba sus gritos de puro placer.

¿Por qué esa vez había sido tan distinto?

Porque no amaba a Drefan, por eso. De hecho, comenzaba a darse cuenta de que lo aborrecía. Había algo en él que no le gustaba, y era más que el modo en que había tocado a Cara. Había algo engañoso en él, algo tortuoso. Aunque antes no había sido consciente, veía astucia en sus ojos azules.

Kahlan se preguntó de dónde habría sacado esas ideas. Drefan acababa de consumar el matrimonio y no podría haber sido más dulce. Podría haberla tratado como hubiese querido, pues Kahlan ya no tenía acceso a su poder de Confesora. Ella no lo podría haber detenido. Sin embargo, se había esforzado por mostrarse comprensivo y compasivo.

Pese a ello, no dejaba de asombrarle que todo hubiese sido tan distinto de cuando estuvo con Richard. Kahlan pensó que daría casi cualquier cosa por experimentar de nuevo ese placer. Anhelaba sentir de nuevo esa satisfacción, esa plenitud: saciar la pasión.

Al cabo de un rato, la respiración de Drefan se hizo regular. Kahlan se quedó allí, en la oscuridad, tumbada junto a su marido, esperando. ¿Por qué el Templo de los Vientos no se manifestaba? Ella había cumplido con su parte.

Tal vez Richard no había cumplido. Kahlan se preguntó si podría. Después de todo, ella se había limitado a quedarse quieta, mientras que Richard tenía que excitarse. ¿Podría excitarse sabiendo que su hermano estaba muy cerca, poseyendo a la mujer que él amaba?

A Kahlan no se le había pasado por alto que había bastado con mencionarle lo que Shota le había revelado, que ella se casaría con otro, para que en sus ojos asomara una mirada de celos salvajes. Kahlan jamás le había visto antes esa mirada, y eso que nada la justificaba. En esos momentos sí que había una justificación.

No, ya se encargaría Nadine de que Richard hiciera lo que debía. Si algo sabía Kahlan con seguridad era que Nadine deseaba consumar su matrimonio.

Nadine era una mujer hermosa y estaba más que dispuesta. ¿Cómo podría no excitarse Richard? Además, sabía que era su deber. No tenía ninguna razón para resistirse a los avances de Nadine. Tal vez se lo tomaría como una revancha contra su hermano Michael por haberse acostado con Nadine. Tal vez pensaría eso para cumplir con su parte.

Kahlan sabía perfectamente que Nadine se lo estaría pasando como nunca antes en toda su vida. Ella vivía su sueño, mientras que Kahlan vivía su pesadilla.

El cielo oscuro que apenas percibía a través de las ventanas parecía hervir, como durante todo ese día y esa noche. No soplaba ni una brizna de aire, y la atmósfera era pegajosa. La tormenta se demoraba. Amenazaba sin llegar a estallar.

Kahlan se tapó la frente con una muñeca y descansó. Esperaba. Las piernas le dolían, y se dio cuenta de que era porque apretaba las rodillas con fuerza. Se relajó. Drefan ya había cumplido con su deber. Había acabado. Podía relajarse.

Cerró los ojos al oír la lejana risa de Nadine que flotaba en el aire nocturno. Era tan buena como había afirmado. ¿Era necesario que Richard la hiciera reír? ¿No podía limitarse a cumplir con su deber? No, él no la hacía reír. Nadine se reía para herir a Kahlan.

La noche se prolongó una eternidad. ¿Dónde se había metido el Templo de los Vientos? Drefan no trató de tocarla de nuevo, lo que Kahlan agradecía. Simplemente se quedó allí tumbado, esperando con ella.

Pasaban las horas y nada sucedía. De vez en cuando, Kahlan se quedaba dormida. La risa gutural de Nadine la despertó bruscamente.

Sentía deseos de abofetear a Richard. ¿Cuánto más lo haría durar? Había tenido tiempo suficiente para gozar de ella hasta tres veces. Tal vez lo había hecho. Tal vez, en vista de que el Templo de los Vientos no se manifestaba, él insistía. Nadine estaría encantada. Kahlan notó cómo las mejillas le ardían.

Drefan reposaba a su lado, silencioso. Los vientos les habían prohibido hablar. Probablemente, la risa de Nadine no contaba, puesto que no empleaba palabras. La risa era lo bastante elocuente.

Kahlan suspiró. Los vientos llegarían más pronto o más tarde. Todos habían hecho lo que se les pedía.

De repente, comenzó a dudar. ¿Cuáles habían sido las palabras exactas de Cara? «Debes cumplir con tu parte y gozar.»

Drefan había gozado y se había quedado satisfecho. Desde luego, Nadine estaba gozando, y seguramente Richard también.

Pero ella no. Ella no había «gozado».

Desechó esa idea. Tenía que ser otra cosa. Quizá los vientos esperaban sencillamente a que Nadine se diera por satisfecha. Eso encajaría en cómo el Templo de los Vientos se había comportado hasta entonces: hurgar en la herida e infligir el mayor dolor posible a Richard y Kahlan.

A medida que transcurría el tiempo y recordaba las palabras de Cara sobre disfrutar, Kahlan evocó la experiencia que Richard y ella habían compartido en ese lugar entre mundos. Kahlan había sentido el tipo de placer que sentía Nadine y había gozado no sólo del amor, sino también de la pasión.

En los últimos tiempos se había sentido muy frustrada, esperando estar con Richard, anhelando vivir de nuevo esa intimidad con él, deseando casarse para estar juntos como marido y mujer, esperando, en suma, volver a sentir esa satisfacción. Había faltado tan poco, había estado tan cerca de conseguirlo, tan dispuesta y, de repente, todo se había derrumbado, destruyendo sus esperanzas y dejando sus deseos insatisfechos.

Por primera vez era libre del poder de Confesora, era libre de gozar con un hombre, no porque lo amara, sino buscando simplemente el placer de la carne. Era libre para disfrutar como las demás mujeres. Allí estaba, tumbada al lado de su marido, un hombre verdaderamente atractivo, y únicamente se sentía frustrada por no poder tener a Richard.

¿Se iba a pasar el resto de su vida negándose un simple placer del que podía disfrutar sin más por primera vez en su vida?

Pero ella no amaba a Drefan. Sin amor, la pasión estaba vacía.

No obstante, sería pasión y, aunque no fuese lo ideal, al menos le daría una cierta satisfacción. Los espíritus le habían arrebatado todo lo demás. Le habían arrebatado a Richard, lo único que realmente quería de la vida. ¿Iba a permitirles que le privaran también de ese simple placer?

¿Qué otra cosa le quedaba ya?

Drefan era su marido, y ella estaba condenada a pasar el resto de su vida con él. ¿No podía siquiera satisfacer una necesidad tanto tiempo contenida? ¿No tenía derecho a eso, como mínimo, después de todo lo que había sacrificado? Los espíritus la habían desposeído de todo lo demás: su único amor en la vida, su poder de Confesora.

«Debes cumplir con tu parte y gozar.»

¿Era ésa la razón por la que los vientos no se manifestaban? ¿Porque no había disfrutado?

Drefan se tumbó sobre el estómago y suspiró. También a él le frustraba la espera o tal vez se estaba ocupando de sus auras.

Kahlan pensó en los pantalones ceñidos de Drefan y en cómo se había sorprendido a sí misma mirando. Drefan eran bien parecido y de complexión semejante a la de Richard. Además, era su marido.

Su enfado con los espíritus por haberle arrebatado todo fue lo que finalmente hizo que algo en su interior se rompiera. Ya no le quedaba nada más. Al menos tenía derecho a eso: a liberarse.

Cuando tocó la espalda a Drefan, él se sobresaltó. Kahlan le acarició los músculos, y Drefan se calmó. Ella palpó sus músculos del mismo modo que solía palpar los músculos de Richard, resiguiendo su forma. Inspiró profundamente y se dejó ir.

La mano fue descendiendo por la espalda. Al llegar a las nalgas apretó los dientes; eran tan duras como parecían en los pantalones. Se dijo que tenía suerte, pues los espíritus podrían haberla obligado a casarse con un tipo repulsivo. En vez de eso, la habían obligado a casarse con Drefan, que no era en absoluto repulsivo. Tampoco era tan apuesto como Richard, para ella nadie era tan atractivo como Richard, pero las mujeres suspiraban por Drefan. Y éste era su marido y había jurado serle fiel, y ella a él.

Ése era el único placer que le estaba permitido. Eso era todo lo que los espíritus le habían dejado. Al menos podría cobrarse lo que era suyo por derecho.

Kahlan cogió a Drefan por una cadera y lo hizo girar hacia ella. A continuación le pasó una pierna por encima y recorrió el pecho masculino con una mano. Drefan no reaccionó. Quizá le había sorprendido ese cambio de actitud. Quizá se sentía confundido. Kahlan tendría que disipar esa confusión. Suavemente le pellizcó un pezón y luego deslizó la mano por el estómago de Drefan y más abajo.

Descubrió que Drefan no estaba en disposición de hacer nada. Si quería cobrarse su placer, tendría que ponerle remedio.

Le besó el pecho y dejó un reguero de húmedos besos por el estómago. Drefan respiraba lentamente. Kahlan se sentía frustrada porque él no parecía captar la indirecta. Estaba harta de sentirse frustrada mientras que todos los demás no lo estaban.

Decidió que si deseaba satisfacción, sólo de ella dependía que la obtuviera. Nadie se la daría; tendría que ser ella quien la tomara. Así pues fue descendiendo más con la lengua y los besos por el tenso abdomen de Drefan.

Cuando tomó su sexo en la boca, notó el sabor de su propia sangre. Se obligó a sí misma a no hacer caso de eso y seguir estimulándolo.

En un principio creyó que no lo conseguiría, pero cuando se entregó por completo a la naturaleza erótica de lo que estaba haciendo, finalmente él reaccionó con tanto vigor como antes.

Para entonces, Kahlan ya jadeaba de deseo. Una vez tomada la decisión de gozar, se mostraba insistente. Drefan era su marido y, como tal, tenía el deber de satisfacer las necesidades de su esposa, no sólo las suyas propias.

Tanto era su anhelo que la cabeza le daba vueltas. Ya no importaba que se tratara de Drefan. En su mente se imaginó que era Richard. Al pensarlo gimió de deseo, se colocó encima de él y se sentó a horcajadas.

En esa segunda ocasión estaba lista para recibirlo. Lo quería. Alejó de su mente el hecho de que se tratara de Drefan y se imaginó que era Richard. Como no podía ver los ojos azules de Drefan, no le costaba imaginar que era Richard.

Recordó las cosas que había hecho con Richard y las repitió con Drefan. En su mente revivía esa experiencia. Jadeaba con la boca abierta. El sudor le corría por el cuerpo mientras se movía encima de él, agitándose con energía.

Drefan también había comenzado a jadear. Kahlan necesitaba liberar la frustración que había acumulado durante tanto tiempo, durante todas las veces que había besado a Richard y deseaba más, todas las veces que él la había tocado y ella deseaba más. Por fin se lo daba.

Kahlan se inclinó hacia adelante para besarlo, pero Drefan giró el rostro. En vista de eso, Kahlan le pasó un brazo por debajo de la cabeza y lo estrechó contra su pecho. Notaba el rostro de Drefan ardiente en sus senos. Las ásperas mejillas sin rasurar la excitaron, y deslizó su torso cubierto de sudor contra él. Los jadeos de Kahlan aumentaron.

Estaba a punto de gritarle que la acariciara, pero recordó que no se le permitía hablar. Lo que hizo fue coger una mano de Drefan y colocarla donde deseaba sentirla y luego la otra, para que le sujetaran las

nalgas mientras ella se movía. De ese modo podía imaginarse que Richard la cogía de nuevo y la deseaba. Quería sentir cómo la agarraba con sus grandes manos mientras ella se movía.

Por primera vez desde que estuvo con Richard sintió un placer desenfrenado, lujuria salvaje y deseo sin control. Ya no le importaba que lo sintiera con Drefan. Tan sólo quería liberarse.

Le llegó con estremecimientos apabullantes y ondulantes. Dejó escapar un gemido agudo al tiempo que los hombros se le agitaban. Las piernas se le pusieron rígidas como piedras y los dedos de los pies se le curvaron. Cuando la satisfacción de la carne la inundó, Kahlan se desplomó encima de su amante. Se abandonó por completo a esa sensación y dejó que su lujuria se liberara con desatado desenfreno. Ahogó un grito que siguió la estela perdurable del primero. Tuvo la impresión de que duraba una eternidad y que era tan intenso que no podría soportarlo. Finalmente, se apagó con una última convulsión. Había acabado.

Por un arrebatado momento había sido libre. No existía ni la peste, ni los muertos, ni la responsabilidad, ni el deber, ni el matrimonio con Drefan, ni Nadine. Durante ese instante, Kahlan se había liberado de todo y se había sumergido en el placer. Por un momento su corazón y su deseo habían estado de nuevo con Richard.

Se dejó caer al lado de Drefan, jadeando y tratando de recuperar el aliento. Se apartó el cabello húmedo de la cara. Cayó en la cuenta de que él no había llegado al clímax la segunda vez. Peor para él. En ese instante lo único que le importaba era la dulce liberación.

Por un momento maravilloso se había liberado de todo y había estado con su amado, aunque únicamente en su imaginación. Kahlan se dio cuenta de que lloraba de felicidad.

Mientras se recuperaba, se tumbó de lado, dando la espalda a Drefan, y se enjugó las lágrimas de placer del rostro. Pero, una vez desaparecido el deseo, llegó la vergüenza.

Queridos espíritus, ¿qué acababa de hacer? Gozar, nada más que eso. Necesitaba liberarse de la frustración. Pero, en ese caso, ¿por qué se sentía tan sucia?

Oyó un trueno lejano que se acercaba. En el cielo parpadeó un atisbo de relámpago comprimido entre nubes. Kahlan miró por las ventanas. Otro resplandor, más cercano, desgarró las entrañas de los negros nubarrones e iluminó fugazmente la cima de la montaña.

Kahlan oyó un largo grito de Nadine en el otro edificio, pero lo apartó de su mente. Por mucho que ese chillido se le clavara en el corazón, al menos ya no le causó la misma frustración que antes.

Nadine lanzó otros tres gritos: breves, desgarradores, apremiantes. Kahlan se tapó los oídos con las manos. Nadine ya le había demostrado que tenía razón, ¿no podía dejarlo ya?

Súbitamente se levantó el viento, como si alguien hubiera abierto un portón enorme. La ráfaga de aire golpeó como una avalancha. El edificio tembló. La montaña entera se estremeció.

Kahlan se apoyó sobre los codos y miró afuera. En la lejanía, a través de las nubes turbulentas, centelleaban los rayos. El estruendo de los truenos reverberaba en las montañas. Se acercaba cada vez más.

No tuvo duda de que el Templo de los Vientos se manifestaba. Eso le hizo pensar de nuevo en Richard, pues el templo lo buscaba a él. Se sintió avergonzada. ¿Cómo se había olvidado tan fácilmente de lo que sentía en su corazón? ¿Cómo podía haber gozado tanto con otro hombre? ¿En qué estaría pensando?

Jamás se había sentido tan sucia. Con Richard, se había sentido maravillosamente al acabar. En cambio ahora, a cada momento que pasaba, se sentía peor. Si Richard llegaba a averiguarlo, nunca lo entendería.

Richard no lo sabría nunca. No tenía modo de averiguarlo. A no ser que Drefan se lo contara. El corazón le latía con fuerza y pensó en la astucia que había creído percibir en los ojos de Drefan. Pero, no, él no le diría nada a Richard.

¿Y si lo hacía?

Un rayo que cayó repentinamente cerca la impulsó a incorporarse y vio algo por la ventana, una estructura. Tal como los vientos habían predicho; no había duda. Ya podía hablar.

Se volvió hacia Drefan. Tenía que sellarle la boca antes de abandonar ese lugar. Si Richard llegaba a saberlo...

El viento azotaba la cima de la montaña. Los truenos resonaban. En la oscuridad asió un brazo de Drefan.

—Drefan, escúchame. Tienes que prometerme que no dirás nunca lo que ha ocurrido, lo que acabo de hacer contigo. —Apretó la mano y hundió las uñas en el brazo masculino—. Haré lo que quieras el resto de mi vida, pero tienes que prometerme que jamás se lo dirás a Richard.

La luz de los rayos iluminó la estancia. Resonó un trueno que sacudió el suelo. Los relámpagos serpenteaban a lo largo de los bordes de los nubarrones, bañando la estancia con una luz cruda.

Entre rayo y rayo vio unos ojos grises clavados en ella.

—Creo que «Richard» ya lo sabe.

Kahlan gritó.

22

Kahlan se quedó paralizada. En su mente, los pensamientos se estrellaban entre sí en una mezcla de confusión y terror estrepitosos.

Su segundo grito hendió el aire nocturno y fue tan fuerte que se impuso incluso al fragor de los truenos. Era incapaz de parpadear ni de apartar los ojos del rostro de Richard.

No podía entenderlo ni encontrarle significado. Era como si el mundo estuviese al revés. En su mente todo daba vueltas, impidiéndole pensar.

Cuando los rayos volvieron a iluminar la estancia, sólo sabía una cosa: era Richard y no Drefan.

Richard la miraba con una expresión absolutamente aterradora, como nunca le había visto. En sus ojos no había nada: ni rabia, ni obligación letal, ni determinación, ni calma mortífera, ni celos, ni siquiera desinterés vacuo.

En esos ojos grises no había alma, ni corazón.

Kahlan se cubrió la boca con manos trémulas y retrocedió hasta golpearse la espalda contra la pared.

Él había sabido que era ella desde el mismo instante en que entró. Richard era capaz de reconocerla sin necesidad de verla. Había sabido que era ella todo el tiempo. Había intentado consolarla después. Pero ella le había apartado la mano. No le había permitido demostrarle que era él.

Kahlan se derrumbó con un lamento de horror.

—¡No! ¡Queridos espíritus, no!

Richard no corrió hacia ella, ni la consoló con palabras, ni le gritó. Simplemente fue a recoger sus ropas, tiradas en el suelo cerca de la puerta, y comenzó a vestirse.

Kahlan se lanzó sobre sus propias cosas, situadas cerca de las de él. Rápidamente se puso la ropa interior, sintiéndose súbitamente humillada en su desnudez, que le recordaba lo que acababa de hacer.

Después de recoger el vestido se detuvo. Las lágrimas se le deslizaban por las mejillas. Extendió un brazo, cogió la espada y la vaina, y las examinó. Era una empuñadura de cuero, tal como la que recordaba haber visto y no una empuñadura con metal trenzado. No era la Espada de la Verdad, la espada de Richard, sino la espada de Drefan.

Agarró a Richard por las muñecas justo cuando él recogía del suelo los pantalones.

—¿Cómo...? Ésta es la espada de Drefan, no la tuya. ¡Es la espada de Drefan!

Richard tomó la espada y la dejó contra la pared.

—Los espíritus te arrebataron tu poder. Ya no puedes defenderte. Ahora será Drefan quien esté a tu lado, no yo. Le entregué la Espada de la Verdad para que pudiera protegerte. —Finalmente la miró a los ojos—. Ha resultado que esta espada es tan buena como la otra para descubrir la verdad.

Richard introdujo una pierna en una pernera de los pantalones. Kahlan volvió a agarrarlo por el brazo.

—Richard, ¿es que no lo ves? Eras tú. Tú has estado ahí conmigo. No Drefan. Los espíritus distinguen entre intenciones y actos. No era él. ¡Todo el tiempo has sido tú!

Richard se desasió. Tal vez los espíritus hacían esa distinción, pero él no. Para Richard las intenciones eran iguales a los actos.

—Richard, tú no lo entiendes. Pensaba en ti.

Richard la fulminó con una mirada poderosa tan intensa que Kahlan retrocedió un paso. Entonces aguardó, pero ella se había quedado paralizada y sin voz para explicarse. Luego siguió vistiéndose.

Kahlan se puso el vestido blanco de Confesora. Fuera, los rayos se aproximaban. Cuando caían especialmente cerca, Kahlan distinguía una inmensa estructura que se alzaba al borde del barranco: el Templo de los Vientos. Pero, cuando el resplandor se apagaba, el templo volvía a desvanecerse, y todo lo que Kahlan podía ver eran las lejanas montañas iluminadas por los rayos distantes.

—Richard —sollozó. El joven se estaba calzando las botas—. Por favor, háblame. Dime algo. Pídeme que te lo explique. Dime que puede haber una explicación. Grítame. Llámame puta. Dime que me odias. Pégame. ¡Haz algo! ¡No me trates como si no existiera!

Richard se volvió y recogió su camiseta negra sin mangas. Mientras se la pasaba por la cabeza, ella aprovechó para recoger la camisa negra de Richard y apretarla contra sí, con la esperanza de que dejara de vestirse.

—¡Richard, por favor! ¡Te quiero!

Nuevamente la miró. Kahlan creyó que iba a decir algo, pero en vez de eso le dio la espalda y recogió el cinturón con las bolsitas de cuero. A continuación se puso los brazaletes.

Kahlan apretaba la camisa contra su pecho y temblaba violentamente mientras observaba cómo Richard se ceñía el cinturón. No sabía qué hacer. Richard recogió la espada de Drefan y se la puso al cinto.

—Richard, háblame, te lo suplico. Dime algo. Esto es cosa de los espíritus. ¿Recuerdas lo que me dijo el espíritu del abuelo?: «Los vientos han decidido que tú formas parte del precio». ¡Ellos nos han hecho esto!

Richard volvió a mirarla. Sus ojos ya no reflejaban la misma intensidad. Al darse cuenta de que Kahlan no iba a entregarle la camisa, se puso la capa dorada alrededor de los hombros.

Ya se encaminaba hacia la puerta cuando Kahlan lo detuvo cogiéndolo por un brazo y obligándolo a mirarla.

—Richard, te quiero. Tienes que creerme. Ya te lo explicaré más tarde, pero de momento tienes que creerme. Te quiero solo a ti. A ti y a ningún otro. Mi corazón te pertenece. Por todos los espíritus, tienes que creerme.

Richard le cogió bruscamente la mandíbula con una mano y le pasó el pulgar por los labios. Entonces alzó el dedo para que ella pudiera verlo entre el caos de la tormenta.

—«Pues la de blanco, su bien amada, lo traicionará en su sangre.»

Las palabras de Richard desgarraron el corazón de Kahlan, que ahogó un grito en la camisa, mientras él salía. Había hecho lo que había jurado que nunca haría: traicionarlo. No había nada peor que una traición. Esa traición había destrozado el corazón de Richard.

Kahlan corrió tras él, llorando histéricamente e internándose en esa noche salvaje. Tenía que hacer algo para recomponer el corazón de Richard. No podía permitir que siguiera sufriendo por lo que ella le había hecho. Lo amaba más que a su propia vida y, no obstante, no podría haberle hecho nada peor.

Fuera, el viento aullaba en la montaña. Los rayos le permitieron ver la figura oscura de Richard que, con los brazos desnudos, se dirigía al camino.

Al llegar al borde del precipicio, donde acababa el camino, Kahlan se abalanzó sobre él para obligarlo a detenerse.

El cielo se había convertido en el escenario de un salvaje espectáculo de violentas descargas. Kahlan acusaba los truenos en sus huesos. Los relámpagos hendían el cielo, seguidos por ensordecedores truenos. Rayos especialmente poderosos iluminaban, más allá del borde del precipicio, el Templo de los Vientos, aunque solamente era visible durante esas virulentas centellas. Entre ellas no existía más que espacio vacío.

—Richard, ¿qué vas a hacer?

—Voy a detener la peste.

—¿Cuándo volverás? Te esperaré aquí. ¿Cuándo volverás?

Richard la miró a los ojos largamente, mientras a su alrededor la tormenta rugía.

—Aquí ya no hay nada para mí.

—Richard, tienes que volver. Regresa. Yo estaré aquí esperándote. Te quiero. Queridos espíritus, te necesito. ¡Richard, vuelve a mí!

—Ahora tienes marido. Le hiciste un juramento... y muchas cosas más.

—Richard, no me dejes sola —gimió Kahlan al borde de la histeria—. Si no vuelves, jamás te lo perdonaré.

Richard se volvió hacia el borde del barranco.

—¡Richard, tienes una esposa! ¡Debes regresar!

La montaña temblaba por efecto de los truenos.

—Nadine está muerta —le dijo Richard, mirándola por encima del hombro—. Ya no me compromete el juramento que le hice. Pero tú tienes un marido y un juramento. Aquí ya no hay nada para mí.

Rayos brutales cayeron en el camino, más allá del borde del abismo, iluminando por completo el Templo de los Vientos. Con la capa dorada ondeándole a la espalda Richard saltó hacia los rayos.

—¡Richard! ¡Yo estoy aquí! ¡Estoy aquí para ti! ¡Encontraremos la manera! ¡Por favor, vuelve a mí!

Cuando el frenético centelleo se interrumpió, el templo desapareció. Otro rayo hizo materializarse las imponentes torres durante un segundo, aunque más débilmente, y enseguida se desvanecieron.

Kahlan se derrumbó aferrando la camisa negra de Richard. Lo había destruido.

Por el rabillo del ojo vio una línea roja. Era Cara que corría hacia el borde del barranco. Saltó justo cuando otro rayo estalló, iluminando el Templo de los Vientos en el mundo de los vivos. La mord-sith aterrizó en el camino que se veía en el cielo. Cuando el rayo desapareció, también lo hicieron el Templo de los Vientos, Richard y Cara.

Kahlan contempló en silencio la violenta tormenta y se sintió devastada. De vez en cuando distinguía el templo inmenso y fantasmal en otro mundo, aunque nunca volvió a mostrarse sólido, pues de otro modo también ella habría saltado. Lo habría hecho. No entendía por qué no lo había hecho cuando pudo. ¿Por qué se había quedado allí?

Porque Richard no quería saber nada de ella. Lo había traicionado.

¿Cómo podía hacerle eso a ella? Richard le había asegurado que siempre la amaría y que estarían juntos en el otro mundo. Le había hecho promesas. Le había jurado amor eterno.

Ella también y, no obstante, lo había traicionado.

En algún punto de la tormenta sonó el lejano sonido de una risa tan malvada que a Kahlan se le puso la carne de gallina.

Drefan apareció a su lado. Iba solo.

—¿Dónde está Nadine? —preguntó Kahlan.

—Cuando estalló la tormenta y vio que era yo y no Richard, se echó a gritar. Se volvió loca y se arrojó al abismo.

Kahlan lo miró a los ojos. Richard lo había sabido. Le había dicho que Nadine estaba muerta. Richard era mago. También había visto eso en sus ojos, al final, justo antes de que saltara hacia el templo. Había visto magia en los ojos de Richard.

—¿Y Richard?

Kahlan clavó la vista en el aire vacío y el muro negro de la noche.

—Se ha ido —contestó.

En el camino que conducía al Templo de los Vientos, sumido en un silencio inquietante y fantasmagórico, Richard desenvainó la espada. Por un instante se sobresaltó al sentirla tan distinta, hasta que recordó a quién pertenecía.

Él ya no era el Buscador de la Verdad. Ya había encontrado toda la verdad que podía soportar.

Donde se encontraba no era ni de noche ni de día, pero brillaba la luz. No era como la luz del sol, sino más bien la luz de un día nublado en el que era imposible adivinar dónde se ocultaba el sol. Naturalmente era consciente de que allí no había sol. Ése no era el mundo de los vivos.

Era una parte del inframundo; un rincón aislado, remoto y perdido del mundo de los muertos. Era como si los magos hubiesen descubierto un agujero apartado de todo en el que esconder el Templo de los Vientos. Lo habían ocultado de manera similar cuando aún se alzaba en el mundo de los vivos.

Richard sabía adónde se dirigía. Sabía más de lo que nunca había sabido. El conocimiento fluía en su mente. Él era un mago guerrero, y el Templo de los Vientos había abierto una compuerta en su mente, a través de la cual le transmitía todo lo que necesitaba saber y más.

Se sentía como si por primera vez percibiera las cosas. Era la recompensa por el precio que había pagado.

—¡Lord Rahl!

Cara llegó junto a él, sin resuello, con el agiel en la mano, y adoptó inmediatamente una postura defensiva. El agiel era completamente inútil allí. De hecho, también sería inútil en el mundo de los vivos.

Richard se volvió hacia los vientos y emprendió la marcha. No estaba lejos, nada lejos. Sabía por dónde entrar.

—Cara, vuelve a casa. Tú no perteneces a este lugar.

—Lord Rahl, ¿qué ha ocurrido? Yo...

—Vuelve a casa.

La mord-sith lo miró con ceño y luego, a empellones, se situó delante de él, para despejar los peligros del camino. Cara no tenía ni idea de los peligros de ese lugar.

—Soy una mord-sith y estoy aquí para proteger a lord Rahl.

—Yo ya no soy lord Rahl —susurró Richard.

Cara alzó los ojos hacia los enormes pilares de piedra negra que flanqueaban la entrada. A ambos lados, en muros pétreos de una negrura impenetrable estaban los skrins, los guardianes del límite entre ambos mundos, tocados con gorras cobrizas y petrificados en granito negro como ala de cuervo. Petrificados a ojos de Cara, no a los de Richard.

La mord-sith levantó una mano para rogarle que se quedara donde estaba mientras ella echaba un vistazo al pasillo que conducía a la lejana entrada, en busca de peligros. A sus pies vieron huesos.

—Lord Rahl, ¿qué lugar es éste?

—Tú no puedes entrar ahí, Cara.

—¿Por qué no?

Richard giró la cabeza y miró el camino y todo lo que había dejado atrás. En resumen, nada.

—Porque éste es el Vestíbulo de los Traicionados.

Richard alzó la vista hacia los dos guardianes skrin que habían devorado a dos magos allí mismo y dejado sólo los huesos. Recordaba perfectamente el mensaje que la sliph le había transmitido de parte del mago Ricker: «Puño izquierdo adentro». Justo entonces comprendió qué significaba.

Levantó el brazo izquierdo, con el puño extendido hacia el skrin encaramado en el muro de piedra a la derecha. Puño izquierdo adentro indicaba qué brazo usar y contra qué skrin. Si usaba el brazo equivocado, se le negaría la entrada en ese lugar del mundo de los muertos. Era una de las trampas que Ricker había tendido al enemigo.

Su brazalete se calentó. El cuero le protegía la carne del poder que había concentrado en el brazal. Un resplandor verde le rodeó el puño. El skrin de la derecha, hacia el que había dirigido la autoridad que poseía por derecho de nacimiento, relució en armonía con el puño de Richard y se inmovilizó el tiempo suficiente para permitirle entrar.

Entonces miró al guardián de granito negro situado a su izquierda. Richard lo llamó por su nombre, un sonido gutural al que el guardián respondió. El granito negro se agrietó y se desmoronó mientras el skrin se volvía hacia su amo, esperando instrucciones.

Nuevamente, Richard pronunció su nombre y alzó una mano hacia Cara.

—Esta mujer no debería estar aquí. Acompáñala sana y salva al mundo de los vivos. No le hagas daño. Luego, vuelve a tu puesto.

El skrin saltó del muro de piedra y envolvió a Cara.

—¡Lord Rahl! ¿Cuándo regresaréis a casa?

—Ya estoy en casa.

Hubo un destello de luz, y un trueno silencioso sacudió el mundo sin sonidos cuando el skrin se desvaneció, llevándose a Cara de vuelta al mundo de los vivos.

Richard se volvió hacia los vientos. Los cuatro vientos y el vidente lo observaban desde su atalaya en el muro. Richard examinó las runas de oro macizo que ascendían por ambos lados del muro, junto a la entrada del vestíbulo, y leyó los mensajes y advertencias grabadas en el muro por los magos de antaño.

En un mundo sin viento, la capa de Richard ondeaba a su espalda, lo que era muy significativo en un lugar donde existían remolinos de poder y corrientes de fuerza. Así entró en el Vestíbulo de los Traicionados.

Kahlan se protegió los ojos con un brazo cuando súbitamente un rayo estalló ante ella. Por un instante, el camino hacia el Templo de los Vientos quedó iluminado. En la distancia percibió la espalda de Richard, que se adentraba resueltamente en un pasillo.

Cara cayó al suelo al borde del precipicio, a los pies de Kahlan. Acompañado por el fragor de un trueno, el templo y Richard desaparecieron. Cara se levantó rápidamente y con furia brutal agarró a Kahlan por los hombros.

—¿Qué habéis hecho? —bramó.

Kahlan, demasiado dolida para hablar, se limitó a fijar la mirada en el suelo.

—Madre Confesora, ¿qué habéis hecho? Lo arreglé todo para vos. ¿Qué le hicisteis?

Kahlan levantó la cabeza.

—¿Que hiciste qué?

—Os hice un juramento. Somos hermanas del agiel. Os juré que si algo pasaba, si algo salía mal, no permitiría que Nadine estuviera con Richard en vez de vos.

Kahlan se quedó boquiabierta.

—Cara, ¿qué hiciste?

—¡Lo que vos deseabais! Pronuncié las palabras de los vientos tal como me estaban siendo reveladas, pero cuando os conduje a vos y a Nadine a los edificios, intercambié los puestos. Llevé a Nadine junto a Drefan y a vos junto a lord Rahl.

»Quería que estuvierais con el hombre que amabais de verdad. ¡Os conduje junto a Richard! ¿Es que no confiabais en mí? ¿Acaso no teníais fe en mí?

—¡Oh, Cara!, lo siento —dijo Kahlan, echándose en brazos de la mord-sith—. Debería haber creído en ti. Debería haber confiado.

—Lord Rahl me ha dicho que entraría por el Vestíbulo de los Traicionados. Cuando le pregunté cuándo volvería a casa, me respondió que ésa era su casa. ¡No regresará! ¿Qué habéis hecho?

—El Vestíbulo de los Traicionados... —Kahlan se desplomó—. He cumplido la profecía. He ayudado a Richard a entrar en el Templo de los Vientos. Lo he ayudado a poner fin a la plaga.

—Y al hacerlo, lo habéis destruido.

—Y al hacerlo, me he destruido a mí misma.

—Habéis hecho algo más que eso —susurró Cara.

—¿Qué quieres decir?

La mord-sith empuñó su agiel.

—Mi agiel ha perdido su poder. El poder de una mord-sith solamente funciona si existe el vínculo con nuestro lord Rahl. Existe para proteger a lord Rahl. Sin un lord Rahl, no hay vínculo. He perdido mi poder.

—Ahora yo soy lord Rahl —declaró Drefan, colocándose junto a Kahlan.

—Tú no eres lord Rahl —replicó Cara con desdén—. Tú no posees el don.

Drefan no se amilanó ante la furibunda mirada de Cara.

—Soy el único lord Rahl que tenéis. Alguien tiene que llevar las riendas del imperio de D'Hara.

—Yo soy la Madre Confesora y a mí me corresponde dirigir la alianza —afirmó Kahlan, estrechando la camisa negra de Richard contra su estómago.

—Querida, tú también has perdido tu poder. Ya no eres una Confesora y mucho menos la Madre Confesora. —Drefan cogió a Kahlan por debajo del brazo. La agarraba con tanta fuerza que le hacía daño—. Ahora eres mi esposa y harás lo que yo diga. Juraste obedecerme.

Cara trató de ayudar a Kahlan, pero Drefan le propinó un revés en la boca que la arrojó al suelo.

—Y tú, Cara, ya no eres más que una serpiente sin veneno. Tendrás que obedecerme si no quieres que te eche a patadas. Si no obedeces, no me sirves para nada. De momento sólo nosotros sabemos que tu agiel ya no funciona. Que quede entre nosotros. Me protegerás como a cualquier otro lord Rahl.

Cara le lanzó una mirada ponzoñosa mientras se limpiaba la sangre de la boca.

—Tú no eres lord Rahl.

—¿Ah no? —Drefan levantó la Espada de la Verdad, la espada de Richard, y la envainó de nuevo—. Bueno, ahora soy el Buscador.

—Tampoco eres el Buscador —gruñó Kahlan—. Richard es el Buscador.

—¿Richard? Richard ya no existe. Ahora yo soy lord Rahl y el Buscador. —Drefan tiró de Kahlan hacia él y la fulminó con esos ojos ardientes idénticos a los de Rahl el Oscuro—. Y tú eres mi esposa. O lo serás cuando consumemos el matrimonio. Pero éste no es el momento ni el lugar. Debemos regresar. Nos espera mucho trabajo.

—Jamás. Si me pones la mano encima, te rebanaré el pescuezo.

—Juraste ante los espíritus y cumplirás ese juramento. Eres una puta —prosiguió Drefan, sonriendo—. Disfrutarás. Quiero que disfrutes y te sientas complacida; de veras que lo deseo.

—¿Cómo osas llamarme eso? —gritó Kahlan—. ¡Yo no soy ninguna puta, y menos la tuya!

—¿De veras? —La sonrisa de Drefan se hizo más amplia—. Entonces, ¿cómo has traicionado a Richard? ¿Por qué se ha ido sin mirar atrás siquiera? Creo que gozaste cuando pensabas que era yo. Creo que Richard se dio cuenta de lo puta que eres. Cuando estés realmente conmigo, también gozarás. Me encantará.

23

Verna empujó suavemente a Warren.

—Despierta. Se acerca alguien.

—Estoy despierto —dijo Warren, frotándose los ojos con los nudillos.

Verna volvió la mirada hacia las ventanas para asegurarse de que los guardias muertos seguían apoyados de pie para dar la impresión de que vigilaban. La luz de una lámpara que ardía encima de la mesa era suficiente para mostrar a las personas de fuera los guardias que había apostados. Claro que también podrían verla a ella y a Warren, por lo que debían mantenerse lejos de las ventanas.

—¿Cómo estás? —preguntó Verna.

—Mejor. Creo que ahora ya estoy bien.

Había estado inconsciente. Los dolores de cabeza producidos por el don eran cada vez más frecuentes. Verna no sabía qué hacer por él, ni tampoco cuánto tardaría el don en matarlo. Lo único que se le ocurría era atenerse al plan original. Warren había asegurado que las profecías declaraban que su única oportunidad era permanecer con ella.

A través de la ventana vio a dos figuras en sombras que se aproximaban por la carretera en la oscuridad. En la lejanía, las miles de hogueras encendidas en las colinas convertían la campiña en un cielo estrellado que se reflejara en un lago.

Verna se estremecía al pensar en los centenares de miles de brutos que se alojaban en esas tiendas. Cuanto antes se alejaran de ese lugar, mejor. Verna se alegraba de que no tuvieran que entrar de nuevo en la fortaleza de Jagang, pues no serían capaces de conseguir de nuevo ese tipo de magia. Los hechizos que Warren había utilizado no engañarían a los guardias por segunda vez.

Afortunadamente, con una vez bastaba. En esa ocasión, sus amigas, Janet y Amelia, saldrían para reunirse con ella y Warren. Si es que de verdad eran ellas dos quienes se aproximaban.

Tenían que ser ellas. Ésa era la cuarta noche después de la luna llena, y ése era el punto de encuentro. Janet les había dicho que Amelia habría regresado ya de las tiendas.

Verna temía imaginarse en qué estado vería a Amelia. Probablemente necesitaría que la sanaran. ¡Ojalá que no les llevara mucho tiempo, ya que no tardaría en amanecer!

Ella y Warren habían echado breves cabezadas por turnos. Les aguardaba un largo camino antes de poder reunirse con el general Reibisch y su ejército, y tenían que estar frescos para el viaje. Verna quería alejarse lo más pronto posible de allí por si acaso saltaba la alerta en la fortaleza.

Ojalá que Janet le hubiese explicado ya a Amelia lo del vínculo con Richard, pues de ese modo podrían acelerar las cosas. Tan pronto como Amelia jurase lealtad a Richard, el vínculo la protegería del Caminante de los Sueños. Luego escaparían.

Nada le hubiese gustado más a Verna que rescatar al resto de las Hermanas, pero era consciente de que intentarlo sería su ruina. Durante su viaje de veinte años, alejada de la vida enclaustrada del Palacio de los Profetas, Verna había aprendido que en el mundo real una Hermana tenía que proceder con mucha precaución si deseaba tener alguna oportunidad de éxito. Rescatar al resto de las Hermanas sería más que difícil, y de nada les serviría que atraparan a Verna mientras trataba de rescatarlas a todas a la vez. Era mejor ser consciente de las propias limitaciones e ir paso a paso. A su debido tiempo alejaría a todas las Hermanas de las garras del Caminante de los Sueños.

En ese momento era más importante salvar a sus dos amigas, que les proporcionarían información para rescatar al resto, y asimismo ayudar a Warren. Sin Warren su causa se vería en peligro; él era un

profeta cuyo talento comenzaba justo entonces a revelarse, si es que ese don no lo mataba antes de conseguir la ayuda que necesitaban.

«Paso a paso —se recordó a sí misma—. Ve con cuidado, usa la cabeza y tendrás posibilidades de éxito.»

Alguien llamó a la puerta. Verna la abrió un poco y miró afuera, mientras que Warren gritaba, como si fuera un guardia, que se diesen a conocer.

—Dos esclavas de su Excelencia: las Hermanas Janet y Amelia.

Verna abrió la puerta, sacó un brazo para agarrar la capa de una de ellas y la arrastró adentro, primero a una y luego a la otra. Inmediatamente las aplastó contra la pared para que nadie pudiera verlas desde las ventanas.

—Gracias al Creador —suspiró Verna—. Creía que no ibais a llegar nunca.

Las dos Hermanas temblaban como conejos asustados, estaban muy pálidas y tenían los ojos muy abiertos. Amelia mostraba un rostro hinchado, con moretones y cortes.

Warren se acercó a Verna. Ésta le cogió una mano mientras miraba alternativamente a una y a otra. El evidente sufrimiento de Amelia le llegaba al corazón, pero en sus ojos había algo más: terror.

—¿Qué ocurre? —susurró.

—Nos mentiste —contestó Janet en un afligido murmullo.

—¿De qué estás hablando?

—Del vínculo. El vínculo que debía protegernos de su Excelencia. Se lo dije a Amelia, y ella pronunció el juramento a Richard siguiendo tus instrucciones.

Verna frunció el entrecejo y se inclinó hacia ellas.

—En nombre de la Creación, ¿qué estás diciendo? Ese juramento impide que Jagang entre en vuestra mente.

—No, Verna, no es así —negó Janet, sacudiendo la cabeza lentamente—. No le impide entrar en mi mente, ni en la de Amelia..., ni en la de Warren..., ni en la tuya.

Verna posó una mano sobre el brazo de Janet para tratar de calmar a la asustada mujer.

—Sí se lo impide, Janet. Tan sólo debes creer y estarás a salvo.

Nuevamente Janet negó con la cabeza.

—Antes de hacer el juramento a Richard, Jagang estaba en mi mente y sabía qué pensaba. Se enteró de lo que me dijiste. Lo sabía todo.

Verna se cubrió la boca, horrorizada. No se le había ocurrido esa posibilidad.

—Pero hiciste el juramento. Ahora estás protegida.

Janet volvió a negar con la cabeza lentamente.

—Me protegió el primer día, pero hace cuatro días, la noche de la luna llena, su Excelencia entró de nuevo en mi mente. Yo no lo supe y hablé a Amelia acerca del juramento. Amelia juró. Ambas nos creímos a salvo y pensamos que, cuando volvierais, huiríamos con vosotros.

—Huiremos —le aseguró Verna—. Todos escaparemos ahora mismo.

—Nadie escapará. Jagang te tiene en sus manos, Verna. Y a Warren también. Nos dijo que se había deslizado en vuestra mente mientras dormíais, la primera noche tras la luna llena. —Los ojos de Janet se llenaron de lágrimas—. Lo siento, Verna. Nunca deberías haber venido a rescatarme. Eso os ha costado a ambos la libertad.

A pesar del pánico que comenzaba a adueñarse de ella, Verna sonrió.

—Janet, eso que dices es imposible. El vínculo nos protege.

—Lo haría si Richard Rahl aún estuviera vivo —dijo Janet con voz súbitamente áspera y siniestra—. Pero Richard Rahl abandonó el mundo de los vivos hace cuatro noches, la noche de la luna llena.

Janet se rió a carcajadas, aunque al mismo tiempo lloraba.

Verna notó que se quedaba sin respiración.

—¿Richard ha..., ha muerto? —fue todo lo que pudo decir.

—¡No! ¡No! —gritó Warren angustiado, sujetándose ambos lados de la cabeza con las manos, y cayó al suelo.

—¡Warren! ¿Qué te pasa?

—Su Excelencia..., su Excelencia tiene trabajo para mí.

—¿Trabajo? Warren, ¿qué te ocurre? ¿Qué está pasando?

—¡Su Excelencia tiene un nuevo profeta! —gritó Warren—. ¡Por favor, no me hagáis más daño! ¡Os serviré! ¡Cumpliré vuestras órdenes!

Verna se arrodilló junto al joven.

—¡Warren!

De repente notó como si una barra candente le atravesara el cráneo. Verna gritó y se apretó la cabeza con ambas manos. Nada en sus ciento cincuenta y seis años de vida la había preparado para soportar ese dolor que estallaba en su mente. Todo se volvió oscuro. Verna cayó de bruces al suelo. Atormentada, agitaba brazos y piernas.

Siniestras carcajadas acompañaban la candente tortura, como llamas que danzaran alrededor de unas ruinas.

Verna rogó al Creador que le permitiera desmayarse. Pero su plegaria no fue atendida.

Por encima de ella oyó una voz, la de Janet.

—Lo lamento mucho, Verna. Te equivocaste al venir aquí para rescatarnos. Ahora ambos sois esclavos de su Excelencia y le serviréis.

La rubia Cara lo siguió hasta la sala de recepción. Cumpliendo órdenes, se mantuvo tres pasos por detrás. Y también, siguiendo sus órdenes, llevaba siempre el uniforme rojo. Le gustaba el aspecto del cuero rojo cuando estaban cubiertas de sangre. Una de ellas lo acompañaba a todas partes; era un recordatorio rojo sangre del frenesí resbaladizo y pegajoso que le esperaba.

La mord-sith apartó sus ojos azules cuando él la miró por encima del hombro. Sabía perfectamente que solamente se había quedado para estar cerca de Kahlan. No le importaba. Lo verdaderamente importante era que se quedara. Aunque desde la partida de Richard era inofensiva, causaba buena impresión que lord Rahl llevara una escolta de guardias como ella, una escolta acorde con su nueva categoría.

Tal como las voces celestiales le habían prometido, él era el nuevo lord Rahl. Solamente él poseía el intelecto para percibir las voces, la sabiduría para escucharlas y la sagacidad para hacerles caso. Todo eso lo había conducido al triunfo. Su atención por los detalles había tenido su recompensa. El don era su talento, que le servía mejor que la magia.

Él era un hombre superior a los demás y por una buena razón: era un hombre de entendimiento excepcional, instinto extraordinario y ética singular, no adulterado por las excusas retorcidas con las que las mujeres justificaban sus placeres vulgares.

Era tanta su virtud que se sentía embriagado.

Kahlan alzó la vista cuando lo vio entrar. Como siempre, su rostro no expresaba nada, o al menos eso creía ella. Para él reflejaba un amplio abanico de emociones. Cuando se sumergía en los detalles de su cautivador rostro, podía percibir el abundante flujo de emociones que ella intentaba ocultar.

Vio cómo lo miraba. En el pasado la había sorprendido lanzando miradas a hurtadillas a su cuerpo. Sabía que ella lo deseaba, estaba sedienta de él, deseaba que le diera placer.

Que tratara de negarlo lo excitaba aún más. Que disimulara su anhelo con palabras duras era para él la confirmación. El que fingiera que él le repugnaba le demostraba hasta qué punto lo deseaba.

Cuando finalmente cediera a la lujuria, toda esa espera, abstinencia, anhelo y retraso habrían valido la pena. Entonces, por fin, él le daría lo que quería y oiría sus gritos.

El general que acompañaba a Kahlan lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenos días..., lord Rahl.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó. No le gustaba que los soldados informaran a Kahlan antes que a él, a lord Rahl.

—No son más que los informes de la mañana, Drefan —le explicó Kahlan con su habitual voz inexpresiva.

—En ese caso, ¿por qué no he sido informado? Lord Rahl debe ser el primero en recibir los informes.

El general Kerson miró a Kahlan furtivamente e hizo una nueva inclinación de cabeza.

—Como deseéis, lord Rahl. Simplemente pensé que...

—Yo pienso, y vos lucháis.

El general carraspeó antes de responder:

—Por supuesto, lord Rahl.

—¿Y bien? ¿Qué dicen esos informes?

Nuevamente, el general miró a Kahlan. Drefan percibió el leve asentimiento, como si el general necesitara el permiso de la esposa de lord Rahl para hablar. Drefan lo dejó pasar, como siempre. Disfrutaba con los juegos de Kahlan, se recreaba viendo cómo ella pensaba que se le escapaban las cosas. Era muy divertido.

—Bueno, lord Rahl, la plaga casi ha acabado.

—Describid ese «casi», si sois tan amable. Como sanador que soy, la imprecisión no me sirve de nada.

—En la última semana las muertes debidas a la peste han descendido hasta llegar a sólo tres muertes anoche. Casi todo el mundo que estaba enfermo cuando lord... —se corrigió a tiempo—, cuando Richard partió, se ha recuperado. Fuese lo que fuese lo que hizo Richard...

—Mi hermano murió; eso fue lo que hizo. Yo soy el sanador. Yo he vencido a la peste.

Kahlan perdió la serenidad, y su expresión pasó a ser de rabia cuidadosamente controlada. Drefan se preguntó cómo se desencajaría su semblante por el dolor y el terror. Ya lo averiguaría.

—Richard entró en el Templo de los Vientos. Se sacrificó para salvar a todos. ¡Fue Richard y no tú, Drefan! ¡Richard!

Drefan rechazó la diatriba de Kahlan con un simple ademán.

—Tonterías. ¿Qué sabía Richard de curar a la gente? Yo soy el experto en eso. Es lord Rahl quien ha salvado a su gente de la plaga. —Drefan apuntó con un dedo al general—. Y os aconsejo que así lo hagáis saber a todos.

De nuevo Kahlan asintió levemente hacia Kerson.

—Sí, lord Rahl. Me ocuparé personalmente de que todo el mundo sepa que lord Rahl en persona puso fin a la peste.

Kahlan acogió con un asomo de sonrisa la ambigua respuesta del general. Drefan lo dejó pasar. Tenía asuntos más importantes entre manos que la falta de respeto que mostraba Kahlan hacia su esposo.

—¿Algo más, general?

—Bueno, lord Rahl, parece que algunas unidades han... desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Cómo es posible que unas tropas desaparezcan? Encontradlas. Necesitamos a todo el ejército para defendernos contra la Orden Imperial. ¡No permitiré que el imperio d'haraniano sea vencido por la Orden Imperial únicamente porque mis oficiales son incapaces de mantener la disciplina!

—Sí, lord Rahl. Ya he enviado algunos exploradores para localizar a las tropas que..., que se han alejado de su puesto.

—Es el vínculo, Drefan —le explicó Kahlan—. Los d'haranianos no se han vinculado a ti. El ejército se descompone, y los soldados vagan sin rumbo porque han perdido el lazo de unión, han perdido a su líder. No saben qué hacer. Se han quedado sin un lord Rahl al que...

Drefan la golpeó. El golpazo resonó por toda la sala.

—¡Levántate! —Esperó hasta que Kahlan volvió a ponerse en pie—. ¡No pienso soportar más insolencias de mi esposa! ¿Entendido?

Kahlan se apretó la nariz con los dedos para tratar de detener la sangre. Los dedos, labios y barbilla quedaron cubiertos por el flujo carmesí. Al verlo, Drefan lanzó una exclamación ahogada. Las manos le temblaban al ver a la Madre Confesora ensangrentada. Deseaba hundir su cuchillo en ella, verla cubierta de la cabeza a los pies de sangre, oír sus chillidos, sentir su terror.

Pero esperaría hasta que ella le suplicara que lo hiciera. Como había hecho Nadine. Había gozado con los pervertidos deseos de Nadine. Había saboreado el asombro de la joven, su terror y agonía antes de arrojarla al abismo cuando aún estaba viva, para que durante el descenso pudiera reflexionar sobre lo repugnante que era. Eso lo había dejado satisfecho, por un tiempo.

Podría esperar hasta que la corrupta naturaleza de la Madre Confesora finalmente emergiera de nuevo, como en la primera noche. Richard debió de quedarse horrorizado al descubrir que su amada era tan impura como una puta cualquiera. Pobre, cándido y estúpido Richard. Mientras se alejaba ni siquiera volvió la vista una sola vez.

Drefan podía esperar. Kahlan necesitaba tiempo para recuperarse de la impresión de haber causado la muerte de Richard. Podía esperar. Kahlan lo deseaba tanto que la espera no se prolongaría mucho.

—Perdóname, esposa mía —se disculpó, abrazando a Kahlan—. No quería hacerte daño. Por favor, perdóname. Es que me preocupa tu seguridad. Me saca de quicio pensar que esos soldados despreciables no sigan mis órdenes y nos pongan a todos en peligro.

Kahlan se soltó a la fuerza.

—Lo entiendo —dijo.

Qué mal mentía. Por el rabillo del ojo, Drefan percibió la figura roja semejante a una serpiente que acechaba, preparada para lanzarse sobre él. Si se movía para atacar, la haría pedazos. Si no, le tenía preparada otra cosa.

Kahlan hizo un gesto casi imperceptible de advertencia a Cara. La mord-sith se relajó de mala gana. Kahlan se creía tan lista que pensaba que él no veía cómo daba órdenes a la gente. Por el momento no importaba.

—General Kerson, buscad a las tropas renegadas —le ordenó Drefan—. O imponemos disciplina en el ejército o estaremos perdidos. Cuando las encontréis, que los oficiales sean ejecutados.

—¿Qué? ¿Queréis que ejecute a mis propios hombres porque han perdido el vínculo con...?

—Quiero que los ejecutéis por traición. Cuando el resto de la tropa entienda que no pienso tolerar ese abandono del deber, se lo pensarán dos veces antes de ayudar al enemigo.

—¿Ayudar al enemigo, lord Rahl?

—Naturalmente. Si no cumplen con su deber como d'haranianos, que es servir y proteger el imperio de D'Hara, por no hablar de su lord Rahl, entonces ayudan al enemigo. ¡Eso los convierte en traidores y pone en peligro la vida de mi esposa y de todo el mundo!

Acarició con los dedos las letras doradas en relieve grabadas en la empuñadura de la Espada de la Verdad, que ahora le pertenecía. Era suya por derecho.

—¿Hay algo más, general?

El general y Kahlan intercambiaron una mirada subrepticia.

—No, lord Rahl.

—En ese caso podéis retiraros. Ven, querida —dijo a Kahlan, ofreciéndole el brazo—. Desayunaremos juntos.

24

Aturdido, Richard descendió del trono de hechicero, situado en un extremo del Salón de los Vientos. Sus pasos resonaron en la distancia. El trono de hechicero era su legítimo lugar, pues él era el único mago nacido tanto con Magia de Suma como con Magia de Resta.

El interior del Templo de los Vientos era más que colosal. Era casi inabarcable para la mente humana. En ese lugar silencioso no existía ningún sonido, a no ser que lo causara él o lo conjurara.

El techo era una bóveda tan elevada del suelo que las águilas podrían surcar el salón como si del cielo se tratara, sin apenas darse cuenta de que estaban encerradas en el interior de un edificio. Los halcones de montaña, de haber alguno, podrían volar y lanzarse en picado bajo esa cúpula y sentirse como en casa.

A los lados, columnas imponentes soportaban unos muros que ascendían hasta la curva remota de la bóveda de crucería. En esas paredes laterales se abrían ventanas enormes por las que entraba la omnipresente luz difusa.

Al menos, podía ver los muros laterales, porque el otro extremo del salón se perdía en la bruma.

Casi todo era del color de la pálida neblina del atardecer: los suelos, las columnas, los muros, el techo. Parecían construidos con luz vaporosa.

Richard era una pulga en medio de un vasto cañón. No obstante, el templo no era infinito; éste se extendía fuera de esos muros.

En el pasado se habría sentido apabullado y sobrecogido por ese lugar, pero ya no sentía ni una cosa ni la otra. De hecho, no sentía nada.

Allí, el tiempo no tenía significado, excepto el que él quisiera darle. El tiempo no tenía dónde anclarse en la eternidad. Richard podría haber pasado allí todo un siglo en vez de un par de semanas escasas, pero sólo él notaría la diferencia y sólo si quería notarla. La vida apenas tenía significado allí; era un concepto tan lejano como el otro extremo de la eternidad, y también había sido él quien lo había introducido en ese lugar. No obstante, el Templo de los Vientos sentía y lo acogía en su abrazo de piedra creada por arte de magia.

Mientras recorría el salón vio a los lados, debajo de los arcos y más allá de cada par de columnas, nichos donde se guardaban los objetos mágicos que se habían depositado en el templo para protegerlos. Eran objetos enviados desde el mundo de los vivos para evitar que cayeran en malas manos.

Richard los entendía y era capaz de utilizarlos. Era consciente asimismo del peligro que entrañaban y de la razón por la que alguien había querido quitarlos de en medio para toda la eternidad. Richard había adquirido todo el conocimiento de los vientos.

Con ese conocimiento había acabado con la plaga de la peste. No disponía del libro que la había empezado, pero tampoco lo necesitaba para anular esa magia. Ese libro había sido robado de allí y, por tanto, continuaba ligado al templo. Fue tan sencillo como cambiar los flujos de energía que emanaban de los vientos y que permitían que la magia del libro fuese efectiva en el mundo de los vivos.

De hecho, fue tan sencillo que se avergonzó de no haberse dado cuenta antes de cómo hacerlo. Miles de personas habían muerto por culpa de su ignorancia. De haber sabido lo que entonces sabía, simplemente habría conjurado una red con ambos tipos de magia, y Jagang no habría podido seguir utilizando el libro. Toda esa gente había muerto por no hacer algo tan sencillo como eso.

Al menos era capaz de usar sus poderes de curación para sanar a los que habían contraído la enfermedad antes de que él interrumpiera las corrientes de magia. Al menos, la plaga había acabado.

A cambio, lo había dado todo. Qué precio a cambio de tantas vidas. Vaya precio habían exigido los espíritus. Sí, vaya precio.

Nadine había perdido la vida. Richard se sentía profundamente apenado por ella.

Aunque Richard deseaba eliminar a Jagang y la amenaza del Viejo Mundo, desde donde se encontraba no podía hacerlo. Solamente podía influir en las cosas que se habían sacado del templo al mundo de los vivos y reparar el daño que habían causado allí, pero no podía influir directamente en el otro mundo.

No obstante, en el templo había accedido al núcleo del poder. Nadie más podría entrar por el Vestíbulo de los Traidores. Jagang no repetiría esa proeza.

Richard se detuvo y desenvainó su espada, la espada de Drefan. La sostuvo en las palmas de las manos y la observó, fijándose en cómo la luz incidía sobre ella. Ésa no era su espada, la Espada de la Verdad.

Dejó que su voluntad fluyera desde el mismo centro de su alma, llevando con ella su poder por derecho de nacimiento. Mientras que antes tenía que esforzarse para suscitar una pizca de poder, entonces le resultaba tan sencillo usar su don como respirar. La energía fluyó por él a través de los brazos y penetró en la espada.

Mentalmente fue guiando los elementos que la formaban, equilibrando cada uno de ellos en el orden deseado, pensando en el objetivo, hasta que la espada de Drefan se transformó en una réplica exacta de la otra que tan bien conocía, la Espada de la Verdad. La diferencia era que no percibía las impresiones de las almas de quienes la habían empuñado antes que él. Pero en todo lo demás era la misma, con el mismo poder y la misma magia.

Más de un mago había muerto intentando forjar la Espada de la Verdad, hasta que por fin uno lo logró. Cuando eso ocurrió, los vientos absorbieron ese conocimiento que estaba allí, al alcance de Richard, como todo el resto de sabiduría acumulada.

Richard asió la empuñadura y alzó la espada, dejando que el poder, la magia y la furia del arma lo inundara con toda su fuerza, sólo para sentir algo, aunque fuese ira.

No obstante, allí no necesitaba una espada. La furia se extinguió para ser reemplazada nuevamente por el vacío.

Arrojó la espada al aire y la mantuvo allí, girando lentamente sobre un lecho de fuerza. Lanzando un impulso de energía, hizo añicos la espada que acababa de crear. El arma se convirtió en una nube de polvo metálico. Luego, con otro pensamiento, eliminó la nube.

De nuevo se quedó vacío. Vacío y solo.

Notó una presencia y se volvió. Era otro espíritu. De vez en cuando lo visitaban para hablar con él y rogarle que regresara a su mundo antes de que fuera demasiado tarde, antes de que perdiera el hilo que conducía de vuelta al mundo de los vivos.

Esa forma, ese espíritu, le causó tal impresión que lo dejó clavado en el suelo. Era como Kahlan.

La aparición, suave y resplandeciente, flotaba por encima de él, irradiando una luz del mismo color que todo lo que había allí, aunque más intensa y definida. Parecía Kahlan. Por primera vez en semanas, el corazón le palpitó con fuerza.

—¿Kahlan? ¿Has muerto? ¿Ahora eres un espíritu?

—No —contestó el espíritu—. Soy la madre de Kahlan.

Richard perdió el interés. Se dio media vuelta y continuó caminando por el salón.

—¿Qué quieres?

El espíritu lo siguió. Solía suceder; los espíritus se interesaban por él porque tal vez lo consideraban una curiosidad en su mundo.

—Te he traído algo —dijo el espíritu.

—¿El qué?

El espíritu le ofreció una rosa. El verde del tallo y el rojo de los pétalos deslumbraban en ese mundo sin color. Eran una oleada de placer para sus ojos. La agradable fragancia de la rosa le llenó los pulmones. Casi había olvidado el placer que proporcionaba algo como eso.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

El espíritu se la siguió ofreciendo, instándolo a que la aceptara. Richard no temía a los espíritus que lo visitaban. Incluso los que lo odiaban no podían hacerle daño. Sabía cómo protegerse.

Finalmente aceptó la rosa, dio las gracias, y deslizó el tallo por detrás del cinturón.

Luego dio media vuelta y siguió caminando. El espíritu de la madre de Kahlan lo siguió. Richard evitaba mirarla a la cara. Aunque se trataba de un espíritu y los rasgos apenas se apreciaban en el resplandor que rodeaba a todos los espíritus, se parecía demasiado a Kahlan.

—Richard, ¿puedo hablar contigo?

—Si quieres... —Sus pasos resonaban en el vasto salón.

—Quiero hablarte de mi hija, Kahlan.

Richard se detuvo y se encaró con el espíritu.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque Kahlan es parte de mí. La llevé en mi seno, como tu madre te llevó a ti. Kahlan representa mi lazo de unión con el mundo de los vivos, que en el pasado fue mi mundo. Debes regresar.

—Éste es ahora mi hogar —replicó Richard, echando a andar de nuevo—. No tengo ninguna intención de regresar a ese mundo amargo. Si deseas que transmita un mensaje a tu hija, lo siento, no puedo. Ahora vete.

Inició el gesto para expulsarla del salón, pero ella levantó las manos en gesto de súplica, rogándole que contuviera su poder.

—No deseo que le transmitas ningún mensaje. Kahlan sabe que la quiero. Deseo hablar contigo.

—¿Por qué?

—Por lo que le hice a Kahlan.

—¿Cómo? ¿Qué le hiciste?

—Le inculqué el sentido del deber. «Las Confesoras no aman, Kahlan. Las Confesoras cumplen con su deber.» Eso solía decirle. Ahora me avergüenzo. Nunca le expliqué qué quería decir. Me temo que no le dejé lugar para la vida.

»Kahlan, más que ninguna otra Confesora que haya conocido, quería vivir la vida y disfrutarla. Pero el deber se lo impedía en gran medida. Eso explica que sea tan buena protectora de su gente. Trata de ofrecerles una oportunidad de que sean felices, porque ve claramente lo que a ella le ha sido negado. Así pues, aprovecha al máximo los pequeños placeres que le quedan.

—¿Pretendes llegar a alguna parte?

—¿Tú disfrutas de la vida, Richard? El joven siguió caminando.

—Sé lo que es el deber. Nací para eso. Pero ya cumplí con mi deber; ahora he acabado con todo.

—Tampoco tú comprendes cuál es mi idea del deber. Para la persona adecuada, la persona nacida para ello, el deber es una forma de amor a través del cual todo es posible. El deber no es siempre renuncia, sino ofrecerse a los demás. El deber no es siempre pesado y, a ser posible, debe realizarse con amor.

»¿No piensas regresar junto a ella, Richard? Kahlan te necesita.

—Ahora Kahlan está casada. Yo ya no tengo lugar en su vida.

—Tienes un lugar en su corazón.

—Kahlan me dijo que nunca me perdonaría.

—Richard, ¿acaso tú no has dicho alguna vez algo que no sentías, porque estabas desesperado? ¿Nunca has deseado poder retirar según qué palabras?

—No puedo volver junto a ella. Está casada con otro. Ha hecho unos votos y además... No, no pienso volver.

—Aunque esté casada con otro, aunque no puedas estar con ella, incluso si te rompe el corazón el saber que no puedes tenerla, ¿no la amas suficientemente para sanar su corazón roto, para darle paz? ¿Es que en ese amor que dices profesarle sólo cuentas tú?

Richard fulminó con la mirada al espíritu.

—Kahlan es feliz sin mí. Ya no me necesita para nada.

—¿Gozas con la rosa que te he dado, Richard?

—Sí, es muy bonita. Gracias.

—En ese caso, ¿vas a considerar la posibilidad de regresar?

Richard giró en redondo hacia el espíritu de la madre de Kahlan.

—Gracias por la rosa. Aquí tienes un millar de rosas a cambio. ¡Ahora ya no te debo nada!

Richard extendió un brazo, y el aire se llenó de rosas. Los pétalos volaban y giraban en un remolino rojo.

—Siento mucho no haber sido capaz de explicártelo bien, Richard. Solamente te estoy haciendo más daño. Me iré.

Cuando se desvaneció, el suelo quedó salpicado de pétalos rojos, que juntos tenían la apariencia de un charco de sangre.

Richard se dejó caer al suelo, incapaz de seguir en pie. Muy pronto también él sería uno de ellos, un espíritu, y no tendría que soportar ese limbo en el que se encontraba, donde se debatía entre dos mundos. Cuando sentía hambre comía y cuando estaba cansado dormía, pero allí no podría mantenerse vivo indefinidamente. Ése no era el mundo de los vivos.

Muy pronto sería uno de ellos y pondría fin al vacío en el que se había convertido su vida.

En el pasado, Kahlan llenó ese vacío. Ella lo había sido todo para él. Richard había confiado en ella. Pensaba que Kahlan jamás le haría daño. Se imaginaba que no existía persona más honesta que ella. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¿Acaso todo era sólo una ilusión?

Alzó la cabeza, recorrió el salón con la mirada y pasó revista mentalmente a los objetos que se guardaban allí. Se fijó en la fuente de la visión. Estaba ahí, al fondo del salón, y sabía cómo usarla.

Se levantó y cruzó el salón pasando entre dos columnas hasta llegar a la fuente de la visión. Tenía dos cuencos a diferente nivel; el más bajo le llegaba a la cintura y el más alto justo por encima de la cabeza. Ambos recipientes eran de forma rectangular. En la rutilante piedra color gris marengo se habían grabado símbolos que transmitían poder e instrucciones. El cuenco inferior rebosaba de un líquido plateado de aspecto similar al de la sliph, aunque Richard sabía que era muy distinto.

Richard cogió una jarra de un estante de abajo, la sumergió en el líquido del recipiente inferior y la vació en el superior. Fue repitiendo esa operación hasta que el receptáculo de arriba quedó lleno del líquido de visión.

Entonces se inclinó sobre el cuenco inferior para colocar las manos encima de los símbolos adecuados, separados a ambos lados. Mientras presionaba los símbolos clave con todo el peso del cuerpo, leyó las palabras milenarias que aparecían ante él. Después centró la mente en la persona a la que deseaba ver, al mismo tiempo que liberaba un delgado hilo de poder hacia el líquido que contenía la fuente superior.

El líquido plateado se desbordó por todo el borde frontal de la cuenca superior, afilado como un cuchillo, formando una cortina muy fina y plateada delante de su cara. En esa cascada, Richard vio la persona en la que había pensado: Kahlan.

El pecho se le contrajo al verla, casi gritó y a punto estuvo de llamarla por su nombre, angustiado.

Llevaba el vestido blanco de Confesora. Los familiares rasgos de su rostro causaron en él un doloroso anhelo. Estaba cerca de sus aposentos en el Palacio de las Confesoras. Allí era de noche.

Mientras la observaba detenerse graciosamente delante de la puerta, Richard sintió el corazón que le martilleaba contra las costillas.

Drefan apareció detrás de ella, apoyó las manos sobre los hombros femeninos y los apretó mientras se inclinaba hacia ella y acercaba los labios al oído de Kahlan.

—Kahlan, esposa mía, mi amor. ¿Estás lista para ir a la cama? He tenido un día muy duro y estoy deseando pasar una noche de desenfreno, como tú sabes hacerlo.

Richard alejó las manos de la fuente y se tambaleó hacia atrás. La fuente de la visión estalló en pesados trozos de piedra impulsados por enormes llamaradas y humo. Fragmentos de piedra volaron por el salón y desaparecieron en la distancia. Enormes pedazos de roca gemían mientras se elevaban en el aire sobre las rugientes llamas, hasta que perdían fuerza y caían por efecto de su propio peso al suelo, donde se descomponían en fragmentos y polvo. El líquido de visión se derramó al suelo.

En cada gota, en cada charco, Richard veía la cara de Kahlan.

Giró sobre sus talones y se alejó. Aunque el suelo se convirtió en un horno que evaporó todas las gotas, Richard seguía viendo a Kahlan en el tenue vapor del líquido que flotaba en el aire. El joven alzó los puños hacia la bóveda. Ante él, cada gotita, cada fragmento infinitesimal de vapor se desvaneció en la nada.

Aturdido, Richard se desplomó en el centro del salón, con la mirada perdida.

Una risa malévola recorrió los vientos. Richard sabía a quién pertenecía. Su padre había regresado para atormentarlo.

—¿Qué te ocurre, hijo mío? —preguntó Rahl el Oscuro con su habitual siseo despectivo—. ¿No te alegras del marido que elegí para tu amada? Mi propio hijo, la carne de mi carne. Drefan casado con la Madre Confesora. A mí me parece una buena elección. Es un buen muchacho. Ella parecía complacida, aunque eso lo sabes tú mejor que nadie, ¿verdad? Deberías alegrarte por ella. Ella está encantada.

La risa de Rahl el Oscuro retozó por el salón.

Richard ni siquiera se molestó en hacer desaparecer la forma luminosa que flotaba sobre él. ¿Qué importaba ya?

—¿Y bien? ¿Qué me respondes, esposa mía? ¿Compartimos una noche de pasión salvaje? Como la que tuviste con mi hermano pensando que era yo.

Kahlan estrelló el codo contra el esternón de Drefan con todas sus fuerzas. Lo pilló desprevenido; Drefan no se esperaba eso. Se dobló en dos presa del dolor, incapaz de respirar.

—Ya te lo dije Drefan: si me pones la mano encima, te cortaré el cuello.

Sin darle tiempo a que se burlara de su ira o de sus amenazas, Kahlan se metió en su habitación, cerró la puerta de golpe y corrió el cerrojo. En la oscuridad casi total se echó a temblar. Había sentido algo. Por un instante había sido como si Richard estuviera allí y había estado a punto de gritar su nombre y decirle que lo amaba.

Se agarró el abdomen, angustiada. ¿Cuándo dejaría de pensar en él de una vez por todas? Richard no iba a volver.

Atravesó la salita pisando las mullidas alfombras y se dirigió al dormitorio. Cuando alguien apareció ante ella, se agachó en posición defensiva.

—Lo siento —susurró Berdine—. No quería asustaros.

Kahlan suspiró, mientras relajaba los puños y se erguía.

—Berdine. Oh, Berdine —exclamó, abrazándola—, me alegro de verte. ¿Cómo estás?

Berdine le devolvió el abrazo, buscando desesperadamente consuelo.

—Ya han pasado semanas, pero para mí es como si Raina hubiese muerto ayer. Estoy furiosa con ella por haberme abandonado. Y cuando me enfado con ella, lloro, porque la echo mucho de menos. Si hubiese aguantado sólo unos días más, ahora estaría viva. Sólo por un par de días.

—Lo sé, lo sé —susurró Kahlan—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó en voz baja, apartándose ligeramente—. Pensaba que habías subido al Alcázar para relevar a Cara.

—Y lo hice, pero he vuelto porque tenía que hablar con vos.

—¿Me estás diciendo que nadie vigila a la sliph? —Berdine hizo un gesto de asentimiento—. Berdine, no podemos dejarla sola. Alguien con magia peligrosa podría llegar a Aydindril y no lo sabríamos. Por eso...

—Lo sé —la interrumpió Berdine—. Pero esto también es importante. Además, ¿qué más da que no haya nadie allí? Cara y yo hemos perdido nuestro poder. Si alguien con poderes mágicos llegara a través de la sliph, no podríamos detenerlo. Tengo que hablar con vos, Madre Confesora, y durante el día nunca tengo ocasión, pues Drefan siempre os ronda.

—Que no te oiga llamarle Drefan y no lord Rahl o...

—Él no es lord Rahl. No lo es, Madre Confesora.

—Lo sé. Pero es el único lord Rahl que tenemos.

Berdine la miró a los ojos.

—Cara y yo hemos estado hablando y hemos decidido matarlo. Necesitamos vuestra ayuda.

—No podemos hacer eso —protestó Kahlan con convicción—. No podemos.

—Claro que podemos. Nos esconderemos en el balcón, y vos lo animáis a que se desnude para que no tenga a mano sus cuchillos. Y mientras vos lo distraéis, nosotras entramos de repente y acabamos con todo esto.

—Berdine, no podemos hacerlo.

—¿Os parece un plan demasiado arriesgado? De acuerdo, pensaremos en otro. La cuestión es matarlo.

—No, la cuestión es que no podemos matarlo.

Berdine torció el gesto.

—¿Queréis seguir casada con ese cerdo? Más pronto o más tarde insistirá en ejercer sus derechos de esposo.

—Berdine, escúchame bien. Si llega el caso, lo soportaré. Puedo soportar que me violen si es para salvar vidas. No podemos matar a Drefan. Es el único lord Rahl que tenemos. Hasta que sepamos qué hacer, él es lo único que mantiene al ejército unido.

»Ahora mismo los soldados están confundidos por su agresiva forma de mandar. Los d'haranianos están acostumbrados a obedecer a su lord Rahl. Drefan actúa como si él fuera lord Rahl y, de momento, los soldados se rascan la cabeza, preguntándose si lo es o no.

—No lo es —insistió Berdine.

—De momento, es lo único que los mantiene unidos. Si el ejército se disgrega, la Orden Imperial atacará inmediatamente la Tierra Central. Drefan tiene razón en eso.

—Pero vos sois la Madre Confesora. El general Kerson os es leal. Incluso sin el vínculo, se ha quedado por vos, igual que la mayor parte de los oficiales. Se han quedado por vos, no por Drefan. No necesitáis a Drefan para mantener la unidad. Podría funcionar.

—Y podría no funcionar. Drefan no me gusta, pero no ha hecho nada para merecer ser asesinado. Por mucho que me disguste su manera de actuar, se está esforzando para mantenernos unidos. Juntos él y yo quizá podamos evitar que todo se desmorone.

—La unidad no durará mucho, y vos lo sabéis.

Kahlan se secó el sudor de la cara con una mano.

—Berdine, Drefan es mi marido. Hice un juramento.

—¿Un juramento, decís? En ese caso, ¿por qué no le permitís entrar en vuestro lecho?

Kahlan abrió la boca para replicar, pero no encontró qué decir.

—Es por lord Rahl, ¿verdad? Aún creéis que volverá. Queréis que vuelva.

Kahlan dio la espalda a la mord-sith.

—Si Richard quisiera regresar, ya lo habría hecho.

—Quizá es por la plaga. Quizá aún no ha acabado de destruir la magia que la originó y, cuando termine de hacerlo, volverá.

Kahlan se abrazó a sí misma. Sabía que Richard no volvería.

—Madre Confesora, vos queréis que regrese, ¿no es eso?

—Estoy casada con Drefan. Ahora tengo un marido.

—No es eso lo que os he preguntado. Queréis que regrese. Deseáis que vuelva.

Kahlan sacudió la cabeza.

—Richard me prometió que siempre me querría. Me dijo que su corazón siempre sería mío. Lo prometió. —Se tragó la angustia que le impedía continuar—. Pero se marchó. Tal vez yo le... hice daño, pero si realmente me amaba, no me hubiese tratado de ese modo. Me habría dado una oportunidad.

—No obstante, deseáis que regrese.

—No. No quiero volver a sentir nunca jamás un dolor similar. No quiero abrirme de nuevo para que me hagan tanto daño. No debí enamorarme de él; fue un error. No quiero que regrese.

—No os creo. Estáis tan alterada como yo lo estoy por la muerte de Raina. Pero si ella volviera, la perdonaría por morirse y no tardaría ni un segundo en acogerla de nuevo en mi corazón.

—A Richard no. Jamás volveré a confiarle mi corazón. Lo que hice no le daba ningún derecho a herirme tan profundamente. Se limitó a alejarse de mí sin más, pese a que me había prometido que siempre me amaría, pasara lo que pasara. Me falló cuando su amor se puso a prueba. Nunca pensé que me haría tanto daño. Creí que mi corazón estaba a salvo con él, sucediese lo que sucediese. Me equivoqué.

Berdine la obligó a dar media vuelta y la agarró por los hombros.

—Madre Confesora, no sentís lo que decís. Sé que no. La confianza funciona en doble dirección. Si realmente lo amáis, debéis confiar en él sin importar lo que haya pasado, del mismo modo que esperabais que él confiara en vos.

Por las mejillas de Kahlan corrían las lágrimas.

—No puedo, Berdine. Es demasiado doloroso. No pienso arriesgarme otra vez. De todos modos no importa. Han pasado semanas. La plaga se acabó hace tiempo. Richard no volverá nunca.

—Mirad, yo no sé qué sucedió en esa montaña, pero debéis preguntaros una cosa: si la situación fuese a la inversa, si estuvierais en su lugar, ¿cómo os sentiríais?

—¿Crees que no me lo pregunto a cada momento de cada día? Sé cómo me sentiría: traicionada. Si yo fuese él, nunca me perdonaría. Me odiaría tanto como él me odia.

—No, eso no es cierto —la tranquilizó Berdine—. Él no os odia. Tal vez lord Rahl se sienta confuso o dolido, pero él jamás podría odiaros.

—Sí me odia. Me odia por lo que le hice. Ésa es la otra razón por la que nunca podría volver a aceptarlo: porque le hice demasiado daño. No podría mirarlo de nuevo a la cara. Nunca podría pedirle que volviera a confiar en mí.

Berdine pasó un brazo alrededor del cuello de Kahlan y la atrajo hacia sí.

—No cierres tu corazón, Kahlan. Por favor, no lo hagas. Eres una hermana del agiel y, como hermana, te suplico que no hagas eso.

—Ya no importa —susurró Kahlan—. Da igual lo que yo piense o sienta, jamás podré estar con él. Tengo que olvidarlo. Los espíritus me obligaron a casarme con Drefan. Hice mis votos ante Drefan y ante los espíritus a cambio de salvar vidas. Debo respetar ese juramento, y Richard también debe respetarlo.

25

«Despiértalo», ordenó la voz en su cabeza.

Verna lanzó un grito. Notó como si estuviera cubierta por avispas que la picaran todas a la vez. Se dio manotazos frenéticamente en los brazos, los hombros, las piernas y la cara. Sin dejar de golpearse gritaba, aterrorizada.

«Despiértalo», escuchó de nuevo dentro de su cabeza.

Era la voz de su Excelencia.

Rápidamente, Verna cogió el trapo del cubo y giró la cabeza de Warren. El joven se había desmayado y desplomado sobre la mesa. Verna le fue pasando el paño húmedo por las mejillas y la frente. Con manos temblorosas le retiró el pelo de la cara. No llevaba mucho tiempo inconsciente, así que no debería serle muy difícil despertarlo.

—Warren, Warren, por favor, despierta. ¡Warren!

El joven gimió en su delirio. La mujer le humedeció los labios, mientras que con la otra mano le frotaba la espalda y le besaba la mejilla. Se le rompía el corazón al verlo vencido por el dolor causado no sólo por el Caminante de los Sueños, sino por el don fuera de control. Presionó con los dedos la nuca de Warren y le envió un cálido flujo de su han, esperando que eso lo despertara.

—Warren —sollozó—, por favor, despierta. Hazlo por mí. Despierta, te lo suplico, o su Excelencia se enfadará. Por favor, Warren.

Lloraba a mares, pero no le importaba. Era preciso despertar a Warren o su Excelencia los torturaría a ambos. Verna jamás había imaginado que la resistencia pudiera ser tan débil; jamás había pensado que podrían obligarla tan fácilmente a traicionar todo aquello en lo que creía.

Ni siquiera podía suicidarse para proteger a sus seres amados. Lo había intentado. ¡Oh, con qué empeño lo había intentado! Pero su Excelencia no se lo permitía; los quería a ambos vivos para que le sirvieran. Quería aprovechar sus capacidades.

Tenía que ser cierto que Richard había muerto. El vínculo que la unía a él se había roto, lo que la había dejado indefensa frente al Caminante de los Sueños. Jagang se paseaba por su mente a voluntad. Con una facilidad aterradora, la obligaba a obedecer sus deseos. Era como si Verna ya no controlara ni las acciones más simples. Si Jagang lo deseaba, el brazo se le levantaba y ella no podía hacer nada para impedirlo. Sin el vínculo, estaba indefensa.

Warren gruñó, todavía semiinconsciente, aunque por fin se movía. Cuando se desmayaba a causa del don, solamente Verna era capaz de despertarlo. Ésa era la única razón por la que Jagang no la había enviado a las tiendas.

Lo único que lograba despertarlo era la conexión que existía entre sus corazones. Verna sabía que despertarlo cuando el don le producía los desmayos era contraproducente, pues el don trataba de ganar tiempo hasta que Warren recibiera la ayuda que necesitaba, pero no tenía elección. Verna usaba su amor para despertarlo, sabiendo que al hacerlo lo empujaba hacia la muerte, pero a Jagang eso no le importaba. Sólo le importaba que Warren obedeciera.

—Lo siento —farfulló Warren—. No he... podido...

—Lo sé, lo sé —lo consoló Verna—. Ahora despierta, Warren. Su Excelencia quiere que sigamos trabajando. Tenemos que trabajar.

—Yo no..., no puedo, Verna. Mi cabeza...

—Por favor, Warren. —Verna era incapaz de controlar las lágrimas. El dolor de un millar de avispas que la picaban por todo el cuerpo simultáneamente le impedía estarse quieta. No dejaba de

estremecerse—. Warren, ya sabes lo que nos hará. Te lo suplico. Tenemos que volver a los libros. Yo los bajaré. Tú sólo dime cuáles necesitas. Yo te los traeré.

Warren asintió mientras se incorporaba, cada vez más despierto. Verna le acercó la lámpara y subió la mecha. Luego le pasó el volumen que Warren estaba leyendo cuando se desmayó y dio golpecitos a la página.

—Aquí, Warren, aquí. Ibas por aquí. Su Excelencia quiere saber qué significa.

—¡No lo sé! —exclamó Warren, presionándose las sienes—. Por favor, Excelencia, no lo sé. No puedo invocar a voluntad las visiones de las profecías. Aún no soy un profeta. Estoy empezando.

De pronto, el joven comenzó a chillar y a retorcerse en la silla.

—¡Lo intentaré! ¡Lo intentaré! ¡Dejad que lo intente!

Warren jadeaba cuando el tormento cesó. Se inclinó sobre el libro pasándose la lengua por los labios. Con dedos trémulos fue resiguiendo la frase de la profecía.

—«Tratar el pasado con condescendencia... —murmuró, leyendo para sí—. Tratar el pasado con condescendencia conlleva el mismo perjuicio, distorsionado para un nuevo uso, para un nuevo amo...» Por amor del Creador, no sé qué significa. Te ruego que me envíes la visión.

Clarissa escudriñó en la oscuridad cuando el carruaje dio una sacudida y se paró. En el aire flotaba el polvo, su fantasmal escolta. Justo frente a la ventanilla del carruaje se alzaba una fortaleza de piedra. La oscuridad le impedía verla en su totalidad, pero lo que atisbó hizo que el corazón le latiera como un caballo desbocado.

Esperó, retorciéndose los dedos, hasta que el soldado abrió la puerta.

—Clarissa —susurró—. Hemos llegado.

Ésta tomó la mano que le ofrecía para ayudarla a bajar.

—Gracias, Walsh.

El otro soldado amigo de Nathan, un tal Bollesdun, permaneció en el pescante, agarrando las riendas.

—Ahora date prisa —le advirtió Walsh—. Nathan dijo que no te quedaras dentro más de unos minutos. Si algo ocurre, nosotros dos solos no podremos sacarte de ahí a la fuerza.

Clarissa lo sabía. El coche había pasado delante de tantas tiendas que no daba crédito a sus ojos. La horda que había conquistado Renwold no era nada comparada con la multitud de soldados acampados allí.

—No te preocupes —lo tranquilizó la mujer, cubriéndose con la capucha—. No pienso entretenerme. Nathan me dijo qué hacer.

Con una mano aferraba la capa. Se lo había prometido a Nathan. Le debía mucho; él la había salvado. Haría eso por él. Lo haría para evitar más muertes.

Por muy aterrada que estuviera, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por Nathan. Era el mejor hombre del mundo. No existía otro más amable, más compasivo ni más valiente.

Clarissa y Walsh pasaron por debajo de un rastrillo de hierro y a continuación atravesaron una entrada con techo en forma de bóveda de cañón. Junto a una silbante antorcha vieron a dos guardias de aspecto brutal vestidos con mantos de pellejo y equipados con armas de aspecto siniestro.

La mujer mantuvo la capa totalmente cerrada y la capucha echada hacia adelante. Inclinó la cabeza para que los guardias no le vieran la cara. Siguiendo instrucciones, dejó que Walsh hablara.

—La representante del plenipotenciario de su Excelencia, lord Rahl —la presentó con voz áspera, como si le disgustara que le hubieran asignado ese deber.

—Eso me han dicho —gruñó el guardia barbudo y levantó un pulgar hacia la puerta—. Adelante. Creo que alguien os espera.

Walsh se ajustó el cinto en el que llevaba las armas.

—Bien. Me han dicho que la lleve de vuelta esta noche. ¿Os lo podéis creer? Ni siquiera nos permiten esperar hasta mañana. Ese lord Rahl es un amo exigente como pocos.

El guardia gruñó como si también le enojara el servicio nocturno.

—Oh —añadió Walsh como si acabara de recordarlo—. Lord Rahl también quiere saber si su representante puede presentar sus respetos a su Excelencia.

El guardia se encogió de hombros.

—Lo siento. Jagang se marchó esta mañana. Se llevó a casi todo el mundo. Sólo dejó atrás a algunos servidores para que se ocuparan de sus cosas.

A Clarissa se le cayó el alma a los pies. Nathan tenía una pequeña esperanza de que Jagang siguiera allí, aunque no confiaba mucho en eso, pues sabía que el emperador era listo. Jagang no era de los que confían su vida a las capacidades desconocidas de un mago tan poderoso como Nathan.

Walsh tomó a Clarissa del brazo y la empujó hacia adelante mientras daba al guardia un palmetazo campechano.

—Gracias.

—Sí bueno. Sigue por el pasillo. Una de las mujeres os espera. La última vez que la vi daba vueltas por el segundo grupo de antorchas.

Walsh y Bollesdun eran soldados de la Orden Imperial, por lo que no se toparon con dificultades con ningún otro soldado. Clarissa no quería ni pensar en lo que le habría pasado sin ellos cada vez que un destacamento detenía el carruaje para preguntar sobre su misión. Asimismo, tuvieron pocas dificultades en los controles.

Clarissa tenía muy presente el trato que habían recibido las mujeres de Renwold. En sus pesadillas veía todavía lo que las tropas invasoras le hicieron a Manda Perlin en el suelo, justo al lado del cuerpo sin vida de su marido.

Sus pasos apresurados resonaban en el pasillo de piedra. La fortaleza era un lugar oscuro, frío, húmedo y deprimente. Clarissa no vio más comodidades que un puñado de bancos de piedra. Era un lugar para alojar soldados, no para que vivieran familias.

Tal como el guardia les había dicho, la mujer esperaba cerca del segundo grupo de antorchas.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

Cuando Clarissa se detuvo frente a ella, vio a la luz de las antorchas un rostro muy maltrecho. Presentaba terribles cortes y golpes. Un lado del labio inferior se le había hinchado hasta alcanzar el doble de su tamaño normal. Incluso Walsh retrocedió ligeramente al echarle un vistazo.

—Debo reunirme con la Hermana Amelia. Me envía el plenipotenciario de su Excelencia.

—Menos mal —replicó la mujer, profundamente aliviada—. Yo soy la Hermana Amelia. Tengo el libro. Espero no volver a verlo nunca.

—El plenipotenciario de su Excelencia también me encargó que presentase sus respetos a una conocida suya, la Hermana Verna. ¿Está aquí?

—Bueno, no sé si debería...

—Si no se me permite verla, su Excelencia se disgustará mucho cuando su plenipotenciario le informe que una simple esclava rechazó tan rudamente su petición. Como esclava que soy al servicio de su Excelencia, te aseguro que no me culpará a mí.

Clarissa se sintió ridícula, pero tal como Nathan le había dicho, esas palabras obraron el milagro.

Los ojos de Amelia se clavaron en el anillo de oro que atravesaba el labio de Clarissa. Inmediatamente sus recelos desaparecieron.

—Por supuesto. Seguidme, por favor. De todos modos, allí es donde se guardan los libros.

Flanqueada de cerca por Walsh, que no apartaba demasiado la mano de la empuñadura de su espada corta, Clarissa se internó en la lúgubre fortaleza detrás de la Hermana Amelia. Recorrieron un pasillo muy

largo y luego giraron. Clarissa se fijaba mucho en el camino por si tenían que salir de allí a toda prisa, para no equivocarse de ruta.

La Hermana se detuvo delante de una puerta y miró muy brevemente a Clarissa antes de alzar la palanca y franquearles el paso. La estancia estaba ocupada por un hombre sentado delante de una sencilla mesa de tablones, leyendo un libro abierto encima de la mesa, y una mujer de pie detrás de él, leyendo por encima del hombro de él.

La mujer levantó la vista. Era sólo algo mayor que Clarissa y atractiva, con el pelo castaño rizado. Daba la impresión de ser una mujer con autoridad, pero aplastada por la humillación. Era evidente que sufría, aunque si era física o emocionalmente Clarissa no podía decirlo.

—Ésta es Verna —la presentó la Hermana Amelia con un gesto.

Verna se irguió. Como Amelia y la propia Clarissa, el aro que le atravesaba el labio era de oro. El hombre, de pelo rubio, rizado y alborotado, no los miró. Parecía totalmente enfrascado en la lectura del libro.

—Encantada de conocerte —saludó Clarissa.

Verna fijó de nuevo su atención en el hombre y en el libro.

—¿Y el libro? —preguntó Clarissa a la Hermana Amelia, echándose la capucha hacia atrás.

—Naturalmente —respondió Amelia en tono deferente—. Está aquí mismo.

Fue corriendo hacia una estantería. La estancia no era muy grande. En una de las paredes de bloques de piedra se habían tallado burdos estantes que contenían libros. No habría más de un centenar. Nathan esperaba que hubiese muchos más, aunque, por otra parte, también se le había ocurrido que Jagang no querría guardar demasiados trofeos en un solo lugar.

La Hermana Amelia escogió un volumen del estante y lo dejó encima de la mesa. Era evidente que le molestaba incluso tocarlo.

—Es éste.

La cubierta era como se la había descrito Nathan, de un extraño color negro que parecía absorber la luz de la habitación. Clarissa levantó la tapa.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Amelia, acercándose a ella.

—Sigo las instrucciones para asegurarme de que éste es el libro correcto —repuso Clarissa—. Por favor, apártate.

La Hermana Amelia obedeció. Se retorcía las manos.

—Claro, claro. Pero te aseguro que es el libro correcto. Es el que su Excelencia accedió a entregar.

Clarissa pasó cuidadosamente la primera página mientras la Hermana, hecha un manojo de nervios, se humedecía los labios con la lengua. Verna la observaba por el rabillo del ojo.

Clarissa se sacó del interior de la capa la bolsita de cuero llena de polvo que Nathan le había dado. Esparció el polvo por la primera página. Inmediatamente comenzaron a aparecer palabras.

«Asignado a los vientos por el mago Ricker.»

Era el libro que había ido a buscar. Nathan ignoraba el nombre del mago, pero le había dicho que aparecerían las palabras «asignado a los vientos» seguidas de un nombre. Cerró el libro.

—Hermana Amelia, ¿puedes dejarnos solos un momento, por favor?

La Hermana inclinó la cabeza y se marchó apresuradamente.

—¿De qué va esto? —inquirió Verna, irguiéndose de nuevo y torciendo el gesto.

—¿Me dejas ver tu anillo, por favor?

—¿El anillo?

Verna suspiró y finalmente extendió el brazo, mostrando a Clarissa el dedo que llevaba en el anular. Representaba un sol radiante, como Nathan había descrito.

—¿Por qué quieres ver...? —Verna se interrumpió. Acababa de fijarse en el guardia. Abrió mucho los ojos y zarandeó a Warren por un hombro mientras seguía hablando—. ¿Walsh? —Warren levantó la cabeza.

El soldado sonrió.

—¿Cómo estáis Prelada? ¿Warren?

—Podríamos estar mejor.

Clarissa se les acercó. El hombre, Warren, parecía desconcertado.

—Lord Rahl me ha enviado para recuperar este libro —explicó, dirigiéndoles a ambos una mirada muy elocuente—. Estoy vinculada a lord Rahl.

—Richard está muerto —susurró Verna en tono inexpresivo.

—Lo sé. Pero a mí me envía lord Rahl, Nathan Rahl, el amo de D'Hara. Me ha dado recuerdos para vosotros.

Verna se quedó boquiabierta. Warren apartó precipitadamente la silla y se levantó.

—¿Lo entendéis? —les preguntó Clarissa precavidamente—. Si es así, será mejor que os deis prisa.

—Pero, Nathan... No podemos...

—Bueno —la atajó Clarissa—, tengo que regresar junto a lord Rahl —anunció, poniendo énfasis en las palabras «lord Rahl»—. Me espera. Tengo un carruaje a la puerta y debo partir de inmediato.

Verna alzó la vista hacia Walsh. El soldado asintió. Verna se arrodilló, agarró la túnica violeta de Warren y lo obligó a arrodillarse junto a ella.

—¡Hazlo, Warren! —le instó. Juntó las manos e inclinó la cabeza. Sin pensarlo más, recitó—: «Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas».

Warren pronunció la plegaria casi al mismo tiempo que Verna.

Por un instante, Verna se quedó quieta, con las manos unidas en actitud de rezar. De pronto lanzó un grito de júbilo y se echó a reír como si se hubiera vuelto loca.

—¡Gracias al Creador! ¡Mis plegarias han sido escuchadas! ¡Soy libre! ¡Se ha ido! ¡Siento que Jagang ha salido de mi mente!

Clarissa suspiró, aliviada. Nathan le había advertido que si Verna no actuaba como ambos esperaban, debería morir allí mismo.

Verna y Warren se abrazaron, llorando de alegría. Clarissa los tocó a ambos y les apremió a levantarse.

—Tenemos que salir de aquí, pero antes lord Rahl quiere que haga otra cosa. Necesito algunos libros.

—¿Libros? ¿Qué libros? —inquirió Warren.

—*La montaña gemela, La séptima tarea de Selleron, El libro de las inversiones y los dobles* y *Doce palabras para la reflexión.*

—Éste es el último que has mencionado —le informó Warren, señalando el libro de la mesa—. Me parece recordar que he visto uno o dos de los otros.

—Yo te ayudaré —dijo Clarissa, yendo hacia los estantes—. Nathan quiere saber si están aquí. Necesita saberlo.

Todos leyeron los títulos escritos en los lomos y tuvieron que sacar algunos que no estaban marcados para comprobar las cubiertas. Dieron con todos excepto con *El libro de las inversiones y los dobles.*

—Bueno, tendremos que conformarnos —comentó Clarissa mientras se limpiaba el polvo de las manos—. Nathan ya me advirtió que quizá no estuvieran todos aquí. Sólo nos falta uno; podría haber sido peor.

—¿Qué quiere hacer Nathan con estos libros? —preguntó Warren.

—Impedir que los tenga Jagang. Dice que es peligroso que él los tenga.

—Todos podrían ser peligrosos —objetó Verna.

—Tú no te preocupes por eso —la tranquilizó Clarissa mientras guardaba el libro de encima de la mesa en un espacio vacío de los estantes—. Nathan sólo quería saber cuáles se guardan aquí. Ahora podemos irnos.

Pero Verna la agarró por la manga.

—Hay dos amigas mías aquí. Tienen que venir con nosotros. Has dicho que viajas en carruaje. Hay sitio para todos.

—¿Quiénes son? —preguntó Walsh.

—Janet y Amelia.

Walsh lanzó un gruñido de comprensión, mientras Clarissa echaba un rápido vistazo a la puerta.

—Pero Nathan dijo que...

—Oye, si hacen el juramento a... lord Rahl, ellas podrán escapar. —Verna rozó el aro que Clarissa llevaba en el labio—. ¿No sabes lo que les pasa a las mujeres aquí? ¿Viste la cara de Amelia?

—Sé lo que les pasa —susurró Clarissa, recordando las escenas de Renwold—. ¿Jurarán?

—Pues claro. ¿No lo harías tú para salir de aquí?

—Haría lo que fuera.

—Démonos prisa —intervino Walsh—. En el carruaje hay sitio, pero tenemos que darnos prisa.

Verna hizo un gesto de asentimiento y salió.

Mientras esperaban que Verna encontrara a sus amigas, Clarissa se quitó la delgada cadena de oro que llevaba al cuello. Warren observó, extrañado, cómo la mujer cogía un libro de un estante inferior y lo dejaba encima de la mesa.

A continuación colocó el relicario en el espacio que había quedado vacío en el estante y, con cuidado, lo abrió. Con un dedo lo empujó lentamente hasta tocar la pared e indicó con un gesto a Warren que le entregara el libro que había sacado. Warren lo hizo y Clarissa volvió a colocarlo en su lugar.

—¿Qué acabas de hacer? —le preguntó el joven profeta.

—Lo que Nathan me dijo que hiciera.

Verna irrumpió en la estancia llevando de la mano a dos mujeres con sonrisas radiantes. Una de ellas era la de la cara destrozada; la Hermana Amelia.

—Ya han jurado —anunció Verna, sin aliento—. Están vinculadas a lord Rahl. Salgamos de aquí.

—Ya iba siendo hora —masculló Walsh, aunque esbozaba una leve sonrisa para Verna. Clarissa se dio cuenta de que ya se conocían.

El soldado tomó a Clarissa por el brazo y, con ellos en cabeza, el grupo deshizo el camino a través de la fortaleza. Por la piedra oscura chorreaba agua y olía a podredumbre. En el interior de la fortaleza apenas quedaban guardias, pues casi todos habían partido con Jagang y sus enormes tiendas.

Nathan le había explicado que Jagang viajaba con un numeroso contingente de personas y que se alojaba en tiendas redondas y grandes con todas las comodidades de un palacio. El emperador había dejado atrás a un puñado de oficiales y guardias, así como unas pocas mujeres esclavas de Jagang y de su ejército.

Al doblar una esquina se toparon con una de ellas. La mujer llevaba dos humeantes ollas que olían a estofado de cordero. Iba vestida como las otras mujeres que Clarissa había visto, exceptuando a Verna. Ni Janet ni Amelia iban vestidas propiamente, pues la tela que las cubría resultaba tan transparente que era como si fuesen desnudas.

Cuando la esclava alzó la vista y los vio, especialmente a Walsh, inmediatamente se apartó a un lado para dejarlos pasar y clavó los ojos en el suelo.

Clarissa la reconoció y se paró de repente.

—¿Manda? —susurró—. Manda Perlin, ¿eres tú?

—¿Sí, ama? —respondió Manda, mirándola.

—Manda, soy yo, Clarissa. De Renwold. Soy Clarissa.

La muchacha le pasó revista de la cabeza a los pies fijándose en su lujoso vestido, las joyas y el pelo ensortijado. Cuando sus miradas se encontraron, Manda abrió los ojos desmesuradamente.

—Clarissa, ¿eres tú de verdad?

—Si.

—Apenas te reconozco. Estás tan... distinta. Pareces... —Su expresión perdió chispa—. Veo, por el aro, que también a ti te capturaron en Renwold.

—No, no me capturaron.

Los ojos de Manda se llenaron de lágrimas.

—Oh, bien. Me alegro de que no te cogieran. Fue algo...

Clarissa la abrazó. En todo el tiempo que hacía que la conocía, Manda nunca le había dirigido tantas palabras seguidas, y las que le había dicho habían sido insultos. Clarissa siempre la había odiado por sus crueles palabras, sus sonrisas burlonas y las miradas condescendientes. Pero entonces le dio lástima.

—Manda, tenemos que irnos. ¿Te gustaría acompañarnos?

—No podemos hacer eso —protestó Verna, agarrándole un brazo.

Clarissa la fulminó con la mirada.

—He venido para rescatarte y he permitido que tus amigas nos acompañen. También quiero sacar a mi amiga de aquí.

Verna suspiró y le soltó el brazo.

—Entiendo.

—¿Soy tu amiga? —gimoteó Manda con el rostro contraído en una expresión de pena indescriptible.

—Sí. Si quieres, puedo sacarte de aquí.

—¿Harías eso por mí? Después de todo lo que yo... —Sollozando, Manda le echó los brazos al cuello—. Oh, sí. ¡Te lo suplico, Clarissa! ¡Déjame ir contigo, por favor!

Clarissa la cogió de las muñecas y la apartó de sí.

—Entonces escúchame con atención. Sólo te daré una oportunidad. Mi señor posee una magia que impide que el Caminante de los Sueños entre en tu mente. Debes hacerle un juramento. Debes jurarle lealtad.

Manda se arrodilló y se aferró al vestido de Clarissa.

—Sí, lo juro.

—En ese caso, repite lo que yo diga con toda sinceridad.

Clarissa recitó la plegaria, haciendo pausas para que Manda repitiera. Cuando acabaron, ella y Verna ayudaron a la sollozante muchacha a levantarse.

Clarissa siempre se había sentido intimidada por Manda y había temido su desdén. ¿Cuántas veces había cruzado al otro lado de la calle, con la cabeza inclinada, tratando que Manda no se fijara en ella?

—De prisa —instó Walsh—. Nathan nos dijo que saliéramos cuanto antes.

En la entrada tuvo que improvisar la excusa de que el plenipotenciario de su Excelencia deseaba algunas mujeres. El guardia contempló a las esclavas, casi desnudas, sonrió con complicidad y palmoteó a Walsh en la espalda.

Luego se apiñaron en el interior del carruaje, mientras Walsh trepaba al pescante, donde esperaba Bollesdun. Cuando el carruaje comenzó a rodar con una sacudida, Clarissa empujó a Janet y Manda al

suelo, en el centro, a fin de levantar el asiento tapizado de piel. De allí sacó una capa larga. Sólo llevaba una de más, pues la misión consistía en rescatar solamente a Verna y Warren. Entregó la capa a Manda y sacó mantas para Janet y Amelia. Las tres mujeres se mostraron profundamente agradecidas de poder cubrir su desnudez.

Clarissa se sentó en un extremo del asiento, sosteniendo el extraño libro negro que Nathan le había enviado a buscar. Amelia ocupaba el otro extremo, con Manda en el centro, agarrándose a Clarissa en busca de consuelo.

Manda no dejaba de sollozar sobre el hombro de Clarissa, dándole las gracias una y otra vez. Clarissa le pasó un brazo por encima y le dijo que ya se lo había agradecido suficientemente. No obstante, era agradable que, para variar, la hermosa Manda Perlin la mirara con admiración y no con desprecio. Y todo gracias a Nathan. Él le había cambiado la vida; se lo había cambiado todo.

Tuvieron que detenerse tres veces para que los soldados examinaran el carruaje. En una ocasión los hicieron bajar a todos y los pusieron en línea. Janet, Amelia y Manda tuvieron que dejar la capa y las mantas en el carruaje.

Walsh explicó en términos muy crudos lo que se proponía hacer con esas esclavas: se las llevaba al plenipotenciario de su Excelencia para servirle en la cama. Los soldados se quedaron satisfechos con la explicación y les permitieron proseguir viaje.

En el puerto tomaron dirección norte, hacia la carretera de la costa. Clarissa lanzó un suspiro de alivio al ver desaparecer en la distancia las últimas hogueras y tiendas. Por fin, al remontar una colina situada aproximadamente a una hora de distancia a caballo de las últimas tiendas, un fogonazo iluminó el cielo detrás de ellos.

En el pescante sonó un hurra. Walsh se inclinó hacia abajo y, agarrándose de una barandilla, se asomó boca abajo por la ventana.

—¡Buen trabajo, Clarissa! ¡Lo has logrado!

Clarissa sonrió. Walsh se izó de nuevo, y él y Bollesdun lanzaron vítores al aire. Fue entonces cuando les llegó a los oídos un estallido. Manda brincó, asustada.

Verna, sentada en el centro, delante de Manda, encendió una pequeña llama en la palma de la mano y se inclinó hacia Clarissa.

—¿Trabajo? ¿Qué has hecho?

—Nathan me envió en busca de este libro —respondió, dando golpecitos al libro negro de su regazo— y para destruir todos los demás. Dijo que eran peligrosos, sobre todo si tú y especialmente Warren descifrabais para Jagang las profecías que contenían. Nathan quería evitar que Jagang usara esa información.

—Entiendo. Qué suerte para nosotros que decidiéramos jurar lealtad a Na... a lord Rahl e ir contigo.

—Sí —asintió Clarissa—. Nathan me dijo que os ofreciera la oportunidad, pero que, pasara lo que pasara, abriera el relicario y lo escondiera en la biblioteca. Si Jagang tenía los libros y a Warren, y éste le decía algo importante, podría ser el fin de todo.

Verna apretó los labios y suspiró. Ella y Warren intercambiaron una mirada.

—No puedo creer que después de tanto tiempo vaya a conocer al profeta en persona —dijo Warren—. Ya había perdido las esperanzas y ahora... podré conocer a Nathan.

—Hmmm —repuso Verna, que no compartía su entusiasmo—. Me temo que hemos huido del fuego para caer en las brasas. No puedo creer que haya jurado fidelidad a ese viejo loco.

—Nathan es un hombre muy apuesto —la corrigió Clarissa con fervor—. Y no es viejo en absoluto.

Verna soltó una carcajada.

—No tienes ni idea, hija mía.

—Y tampoco está loco. ¡Nathan es el hombre más amable, maravilloso y generoso que he conocido en mi vida!

Verna clavó la mirada en el escote de Clarissa y luego buscó sus ojos. Tenía esa mirada tan familiar.

—Sí —murmuró Verna—. Seguro que sí, querida.

—No podrías haber jurado lealtad a nadie mejor que él. Además de ser considerado y amable, es un mago muy poderoso. Lo he visto convertir en cenizas a otro hechicero.

—¿A otro hechicero? —inquirió Verna con perplejidad.

—Pues sí. Un tipo llamado Vincent. Él, otro mago y dos Hermanas, Jodelle y Willamina, visitaron a Nathan y trataron de hacerle daño. Nathan convirtió a Vincent en un montón de cenizas.

Verna levantó las cejas con asombro.

—Después de eso —continuó Clarissa—, fueron mucho más educados, y Jagang accedió a entregarle el libro. Este libro. Jagang le ofreció el libro o a la Hermana Amelia. Ahora los tendrá a ambos. Nathan tiene grandes planes. Un día, él gobernará el mundo.

Verna y Warren se miraron a hurtadillas.

—¿Qué es ese libro, Amelia? —inquirió Verna.

—Lo robé del Templo de los Vientos —contestó Amelia con voz ronca—. Yo soy la única que puede utilizarlo. Inició una plaga de peste. Miles de personas deben de haber muerto ya por mi culpa. Fue así como Jagang eliminó a Richard.

—Gracias al Creador que aún tenemos a Nathan Rahl para protegernos con el vínculo.

—En nombre del Creador —susurró Verna—, ¿a qué nos hemos comprometido al jurar lealtad a alguien como Nathan?

26

Al reconocer al espíritu que se deslizaba hacia él, Richard se levantó del trono de hechicero. No era capaz de invocar a un espíritu en concreto y no siempre conocía a los que lo visitaban, pero a ése lo conocía. Con ése tenía una conexión íntima.

Richard había odiado y temido a la persona que había sido ese espíritu. Sólo una vez la había comprendido, y por eso pudo perdonarle lo que le había hecho, con lo que ganó su libertad. La había matado y, al hacerlo, la liberó de su tormento. Ese espíritu fue el que, pasado el tiempo, reunió a Kahlan y a Richard en un lugar entre los mundos.

—Richard —dijo el espíritu, y pareció sonreír.

—Denna.

—Veo que llevas un agiel. No es el mío.

—No. Pertenecía a otra mord-sith que murió por mi culpa.

—Raina. La conocí en el mundo de los vivos y la he vuelto a ver aquí. Como entró en el mundo de los espíritus después de la profanación de los vientos, no puede visitarte aquí. No es uno de los espíritus que gobiernan las fuerzas relacionadas contigo y los vientos. Quiero que sepas que su espíritu está en paz. Tú le diste paz en vida, y por eso me ha pedido que viniera a verte.

Richard escuchaba haciendo rodar el agiel entre los dedos.

—Regalé tu agiel a Kahlan. Tal como una vez te dije, solamente ella es capaz de causarme más dolor que tú.

—No, Richard, sólo tú eres capaz de causarte más dolor que el que yo te pude causar.

—Como quieras. No tengo ganas de discutir. Me alegro de verte, Denna.

—Quizá cambies de opinión cuando acabe contigo.

Richard sonrió. Denna no había cambiado tanto después de todo.

—Aquí no puedes hacerme nada, Denna.

—¿Eso piensas? Tal vez no físicamente, pero aún puedo hacerte daño. Oh, sí, Richard, puedo hacerte mucho daño.

—¿Cómo?

—Puedo hacer que recuerdes. Que recuerdes y sea de nuevo real. Tú y yo tenemos un pasado.

—¿Para qué harías eso?

Denna abrió sus brazos luminosos.

—Eso debes decidirlo tú, Richard.

En un destello de luz, el Templo de los Vientos se desvaneció, borrándose de la conciencia de Richard, que se encontró de nuevo en un lugar que recordaba muy bien: el castillo en Tamarang.

Había vuelto.

Sintió de nuevo el terror. Denna lo había capturado y lo había torturado durante días enteros. Richard deliraba y estaba muy débil.

Cada paso que daba siguiendo a Denna a través del comedor de gala le causaba dolor. Tenía cortes en las muñecas, que además se le habían hinchado por las esposas con las que la mord-sith solía atarlo a una viga del techo. Cuando Denna se detenía para departir con los demás invitados, Richard mantenía los ojos fijos en su trenza y esperaba.

Denna controlaba su vida, su destino. Richard tenía que obedecerla en todo. No había comido desde que lo capturó y ansiaba llevarse algo a la boca. Lo que fuera.

Las conversaciones y las risas de los invitados de la reina resonaban en su cabeza. Denna también había sido invitada. Llevaba a Richard atado por una cadena unida a un collar.

Denna no le había permitido comer durante esos días de tortura, y Richard estaba hambriento. La mord-sith hizo chasquear los dedos y señaló el suelo, detrás de su silla. Richard se arrodilló con alivio, pues podría descansar un poco. Al menos no colgaba de las esposas, ni tendría que pasarse toda la noche de pie, ni sufría torturas.

Todos los invitados comían. Los diversos olores lo martirizaban. Tenía un hambre canina. Todos los demás estaban comiendo, pero él debía permanecer sentado en el suelo, detrás de Denna, mirando a los demás disfrutar de lo que a él le negaban.

Richard pensó en todas las veces que él y Kahlan, acampados al aire libre, habían comido conejo asado o gachas endulzadas con bayas. Al recordar la carne caliente, tierna, suculenta, tostada y crujiente por fuera por efecto del fuego se le hizo la boca agua. Cuánto había disfrutado comiendo con Kahlan. No podía imaginarse mejor compañía ni mejor comida.

Pero Denna lo había sometido y le había impuesto otra vida muy distinta.

Más avanzado el banquete, uno de los sirvientes llevó un cuenco con una especie de papilla. Denna ordenó que se lo diera a Richard, que lo aceptó con manos temblorosas. En el pasado lo habría rechazado, asqueado, pero en esos momentos era lo único que tenía.

Denna lo obligó a comérselo en el suelo como si fuera un perro, mientras que las risotadas de los invitados resonaban en sus oídos. No le importaba. Por fin podía comer.

Aunque no era más que papilla, en esos momentos de atormentada necesidad le supo deliciosa, pues lo liberaba del terrible aguijón del hambre y del suplicio de ver cómo otros se hartaban mientras él se moría de hambre. Por fin satisfacía una necesidad largamente aplazada.

Devoró la papilla sorbiéndola, encantado. Como no podía escapar de la cárcel de su nueva vida, en la que no tenía ni voz ni voto, decidió que si lo único que podía comer era papilla, aceptaría la realidad y saciaría el hambre con lo que le dieran.

El resplandor luminoso llenó su mente.

Los colores se fueron difuminando casi dolorosamente, y de nuevo Richard contempló a su alrededor las brumas apagadas del Templo de los Vientos.

Se encontró en el suelo, de cuatro patas, jadeando aterrorizado. El resplandeciente espíritu blanco de Denna flotaba sobre él.

Denna tenía razón. Aún podía hacerle daño. No obstante, esa vez le había infligido dolor por amor.

Se levantó tambaleándose. ¿Cómo podía haber pensado que antes era ignorante y que el conocimiento del Templo de los Vientos le había proporcionado una nueva visión de las cosas? Siempre había tenido esa visión, pero era incapaz de ver. El conocimiento sin sentimiento era algo vacío.

El mago Ricker le había dejado un mensaje para él en la sliph, pero Richard no había hecho caso.

«Puño izquierdo adentro. Puño derecho afuera. Guarda tu corazón de la piedra.»

Había fallado en guardar su corazón de la piedra, y eso había estado a punto de costarle todo.

—Gracias, Denna, por este regalo de dolor.

—¿Has aprendido algo, Richard?

—Que tengo que regresar a mi mundo.

—Te doy las gracias por estar a la altura de mis expectativas, Richard.

Richard sonrió.

—Si no fueras un espíritu, te besaría.

Denna esbozó una sonrisa apenada.

—Me basta con que lo pienses.

Richard y Denna se miraron un instante a los ojos. Fue una mirada que salvaba la distancia entre ambos mundos.

—Por favor, Denna, dile a Raina que la quiero.

—Raina lo sabe. Los sentimientos cruzan el límite.

—En ese caso también tú sabes cuánto te quiero.

—Por eso vine a responder de ti en tu busca de los vientos.

—¿Te importaría acompañarme hasta el pasillo? —le preguntó Richard, ofreciéndole el brazo—. Tu compañía me reconfortaría antes de abandonar este lugar vacío. Aún me espera lo peor.

Denna se deslizó a su lado mientras él se dirigía al pasillo de salida, cruzando por última vez el Salón de los Vientos. No hablaban. A Richard le faltaban las palabras para expresar lo que sentía en su corazón.

Cerca de las puertas esperaba el espíritu de Rahl el Oscuro.

—¿Te vas ya, hijo mío? —La voz resonó dolorosamente en el salón.

—Vuelvo a mi mundo —le informó Richard, mirando al espíritu de su padre con odio.

—Allí ya no te espera nada. Kahlan, tu amada Kahlan, es la esposa de otro. Pronunció sus votos ante los espíritus.

—Tú nunca podrías entender por qué vuelvo.

—Kahlan está casada con mi hijo Drefan. Ahora está fuera de tu alcance.

—No vuelvo para conseguirla.

—Entonces, ¿por qué? Ahora el mundo de los vivos está vacío para ti.

Richard dejó atrás al espíritu de su padre. No tenía por qué dar explicaciones a alguien que había causado tanto sufrimiento. Denna lo siguió. En las puertas, apareció de nuevo Rahl el Oscuro, impidiéndole seguir.

—No puedes irte —declaró.

—No puedes detenerme.

—Claro que puedo, hijo mío.

—Tienes que dejarlo pasar —intervino Denna.

—Sólo si acepta las condiciones.

—¿De qué está hablando? —preguntó Richard a Denna.

—Los espíritus impusieron las condiciones para dejarte entrar en nuestro mundo. Puesto que era el único modo de entrar que tenías, se invitó a Rahl el Oscuro y se le dio un inconmensurable poder para decidir el precio para entrar, el sacrificio que deberías hacer. Rahl el Oscuro dictó el más oneroso de todos ellos: que Drefan se casara con Kahlan. Si uno de los espíritus que participaron en tu llegada lo desea, tiene derecho a exigirte algo a cambio de irte.

—Me limitaré a desterrarlo de aquí —replicó Richard—. Ahora sé cómo hacerlo. Lo expulsaré de los vientos y luego me iré.

—No es tan sencillo. Para llegar a este lugar dentro del mundo de las almas viajaste desde el mundo de los vivos atravesando el inframundo. Y también debes regresar por el inframundo. Los espíritus pueden ponerle precio a eso. No obstante, debe ser un precio justo según las fuerzas y los mundos implicados, y debe ser un precio que esté en tu mano pagar.

Richard se pasó los dedos por el pelo.

—¿Y debo pagarlo obligatoriamente?

—Si Rahl el Oscuro pone un precio que cumpla las condiciones que he dicho, debes pagarlo para regresar a tu mundo.

Rahl el Oscuro se acercó esbozando su típica sonrisa perversa.

—Sólo tengo dos exigencias insignificantes. Cúmplelas y podrás regresar junto a tu hermano Drefan y su esposa.

—Dilas —declaró Richard, furioso—, pero si pones un precio demasiado alto y decido no pagarlo y quedarme aquí, te juro que dedicaré toda la eternidad a torturar tu alma. Y sabes que puedo hacerlo. Los vientos me han enseñado.

—En ese caso, hijo mío, tendrás que decidir hasta qué punto es importante para ti volver. Yo creo que pagarás.

Richard no dijo hasta qué punto le importaba volver, por temor a que el precio fuese desorbitado.

—Habla y decidiré si pago o no. Hasta hace poco pensaba quedarme aquí, así que es posible que decida hacerlo.

Rahl el Oscuro se le acercó tanto que el dolor que le causaba el centelleo del espíritu casi lo obligó a retroceder. No obstante, apretó los dientes y aguantó sin conjurar un escudo mágico.

—¡Oh!, el precio será alto, te lo aseguro, pero creo que lo pagarás. Te conozco, Richard. Sé que eres un estúpido sentimental. Pagarás mi precio por ella.

Ciertamente, Rahl el Oscuro conocía sus sentimientos. Después de todo, había sido él quien casi le había destruido el corazón.

—Dime el precio o desaparece de una vez.

—Primero, antes de llegar aquí no poseías el conocimiento del Templo de los Vientos. Por tanto, regresarás como viniste, sin lo que has aprendido aquí. Cuando vuelvas a tu mundo, serás como eras antes de abandonarlo.

Era una condición que Richard ya esperaba.

—De acuerdo.

—Muy bien, hijo mío, muy bien. Qué ganas tienes de volver. Estás muy decidido, ¿eh? Pero me pregunto si aceptarás tan rápidamente la segunda condición —dijo Rahl el Oscuro con una sonrisa capaz de arrancar la carne de los huesos.

Su voz se transformó en un siseo letal.

Al mencionar su segunda exigencia, a Richard le temblaron las rodillas.

—¿Puede hacer eso? —preguntó en apenas un susurro—. ¿Puede exigirme eso?

Denna lo miró fijamente con sus ojos sombríos de espíritu.

—Sí.

Richard dio la espalda a los dos espíritus, inclinó la cabeza y se tapó los ojos con una mano.

—Sí —susurró—, volver me importa tanto como eso. Acepto el precio.

—Sabía que lo harías. —La malévola risa de Rahl el Oscuro resonó en todo el Templo de los Vientos—. Sabía que estarías dispuesto incluso a pagar ese precio por ella.

Richard salió de su aturdimiento y se volvió lentamente, alzando la cabeza hacia el malvado espíritu.

—Al poner el precio me has demostrado que tu espíritu está vacío. Eso ha sido un error, querido padre, pues ahora puedo utilizar ese vacío en tu contra.

La risa cesó.

—Has aceptado el precio que tenía derecho a exigir y a decidir. No puedes hacer más que expulsarme de los vientos. Pero eso no cambiará el precio; una vez puesto y aceptado, el mundo de las almas te obligará a pagarlo.

—Que así sea. Pero tú sufrirás mi venganza por todo lo que me has hecho, incluyendo la segunda condición que me has impuesto, cuando podrías haberte dado por satisfecho con la primera.

Richard liberó un flujo prístino de Magia de Resta sin contaminar siquiera por una pizca de Magia de Suma. Acababa de liberar la fuerza del vacío.

La ausencia total de la Luz envolvió al espíritu de Rahl el Oscuro. De las profundidades llegó el perdurable gemido del espíritu mientras se hundía en la sombra absoluta del Custodio del inframundo, en la que no brillaba ni rastro de la Luz del Creador.

La auténtica tortura de la eternidad oscura del Custodio era sufrir el tormento de la negación de esa luz.

Cuando el espíritu desapareció, Richard se volvió una vez más hacia el pasillo que conducía al mundo de los vivos.

—Lo lamento, Richard —dijo Denna con ternura—. Solamente él podría haberte exigido eso.

—Lo sé —musitó Richard mientras llamaba al rayo para que lo llevara de regreso—. Mi querida Denna, lo sé.

27

Drefan pasó la mano por debajo del brazo de la mujer y la atrajo hacia él. Entre los volantes blancos de la camisa de Drefan colgaban dos agieles rojos.

—¿No es hora ya de que acabes con esta farsa, esposa mía? ¿No es hora ya de que cedas y admitas que me deseas con todas tus fuerzas?

Kahlan lanzó una mirada iracunda a esos ojos azules tan parecidos a los de Rahl el Oscuro.

—¿Estás realmente loco, Drefan, o sólo lo finges? Accedí a casarme contigo para salvar vidas, no por voluntad propia. ¿Cuándo lo aceptarás, aunque sólo sea para ti mismo? No te quiero y nunca te querré.

—¿Amor? ¿Cuándo he mencionado yo el amor? Yo hablo de pasión.

—Te equivocas del todo si crees que yo...

—Ya lo hiciste una vez. Y volverás a hacerlo.

A Kahlan le hirió en lo más profundo que Drefan hubiese deducido tan fácilmente lo ocurrido con Richard. Además, no dejaba de mencionarlo y de echárselo en cara. Era su penitencia eterna, una mancha que no podía quitarse.

El sonido de una lejana tormenta retumbaba entre las montañas. La tormenta de primavera que había estallado repentinamente se alejaba de la ciudad. Los fuertes rayos habían estimulado el recuerdo de Richard. Apostada junto a la ventana, Kahlan había contemplado los violentos destellos y había recordado.

—Eso nunca.

—Eres mi mujer. Hiciste unos votos.

—Sí, Drefan, juré y soy tu esposa. Cumpliré el juramento que pronuncié, pero los espíritus ya tienen suficiente con lo que he dado. Si pidieran más, la peste no habría cesado. —Se desasió—. Si quieres tenerme, tendrás que violarme, pues eso es lo que será: una violación. No iré a tu lecho libremente. No sin luchar.

La sonrisa de Drefan la exasperó.

—Esperaré hasta que, finalmente, tu lujuria pueda más que tú. Quiero que pases un buen rato. Cuánto deseo que lo admitas y me lo pidas.

Ya se alejaba cuando Kahlan lo llamó.

—¿Drefan, qué estás haciendo con los agieles de Cara y Berdine?

Tocar un agiel solamente era doloroso si el agiel en cuestión se había utilizado contra uno mismo en el pasado, es decir, si uno había sido prisionero de una mord-sith. Un agiel únicamente era un arma en manos de la mord-sith a la que pertenecía, pero desaparecido el vínculo con lord Rahl, ya no funcionaban. Drefan los llevaba a modo de adornos espantosos.

El hombre separó las barras rojas de su pecho para echarles un vistazo.

—Bueno, he pensado que ya que ahora soy lord Rahl, debería llevarlos como símbolo de mi autoridad. Después de todo, Richard llevaba uno, y tú también.

—Nuestros agieles no son símbolos de autoridad, sino de respeto hacia las mujeres a las que pertenecían.

Drefan se encogió de hombros y los soltó.

—A los soldados les intimida verme con ellos. Es perfecto. Buenas noches, querida. Que duermas bien. Si necesitas algo de mí —añadió con una sonrisa taimada—, llámame.

Kahlan abrió con el hombro la puerta de sus aposentos mascullando una maldición. Estaba agotada y lo único que quería era caer en la cama, aunque sabía que estaba demasiado alterada para conciliar el sueño.

Berdine la esperaba dentro.

—¿Se ha ido a dormir ya? —preguntó, refiriéndose a Drefan.

—Sí. Y yo estoy a punto de hacerlo.

—No, no podéis. Tenéis que acompañarme —declaró Berdine con cara muy seria.

—¿Adónde quieres que vaya?

—Tenemos que subir al Alcázar.

—¿Qué ocurre? ¿Es la sliph? ¿Alguien ha tratado de llegar a través de ella?

—No, no es eso —respondió Berdine, acercándose un poco más—. No es la sliph.

—Entonces, ¿qué es?

—Sólo quiero que vengáis conmigo. Necesito un poco de compañía.

—Berdine, sé que te sientes muy sola —dijo Kahlan, acariciándole un hombro—, pero es tarde, tengo dolor de cabeza y estoy cansada. Me he pasado toda la tarde reunida con Drefan, el general Kerson y varios oficiales. Drefan quiere desplazar las tropas otra vez hacia D'Hara y que todos vayamos allí. Quiere abandonar la Tierra Central en manos de la Orden y concentrarse en la defensa de D'Hara. Yo me he opuesto hasta quedarme ronca.

»Necesito acostarme y descansar para levantarme mañana por la mañana y tratar de nuevo de convencerlos de que lo que propone Drefan es una locura. El general duda.

—Ya dormiréis más tarde. Ahora subiréis al Alcázar conmigo.

Kahlan miró a la mord-sith a los ojos. Eso eran justamente: los ojos de una mord-sith. No era Berdine la que hablaba, sino el ama Berdine, tan fría y exigente como cualquier mord-sith que se preciara. Kahlan no se dejó avasallar.

—No hasta que me digas por qué.

Berdine la agarró de un brazo.

—Vais a subir al Alcázar conmigo. Podéis ir montada a caballo o tumbada en la silla, vos elegís, pero vais a ir ahora mismo.

Kahlan nunca había visto tanta determinación en los ojos de Berdine. Era aterrador. Solamente se le ocurría ese calificativo: aterrador.

—De acuerdo. Si tanto te importa, iremos. Solamente quiero saber la razón.

En lugar de contestar, Berdine la agarró con más fuerza y tiró de ella. Al llegar a la puerta, Berdine la abrió apenas una rendija, comprobó que no había nadie y luego la abrió lo suficiente para sacar la cabeza y echar otro vistazo.

—Despejado —susurró—. Vamos.

—Berdine, me estás asustando. ¿Qué está pasando?

Sin responder, Berdine la hizo salir de un empujón. Fueron por la escalera de servicio y evitaron los pasillos más vigilados por las patrullas. Berdine debía de haber hablado previamente con los guardias que encontraron, pues, cuando ellas dos se acercaban, los guardias se daban media vuelta y se comportaban como si no hubieran visto nada.

Dos caballos zainos esperaban. Eran dos enormes caballos castrados de guerra.

—Tomad —le dijo Berdine, lanzándole una capa de soldado—, poneos esto para disimular el vestido blanco y evitar que os reconozcan. Si no, Drefan se enterará.

—¿Por qué no quieres que Drefan sepa adónde vamos?

Berdine le cogió un tobillo y le metió la bota en el estribo sin contemplaciones. El estribo era grande e iba bastante suelto; estaba pensado para una bota masculina. A continuación, Berdine le dio un palmetazo en el trasero.

—Subid ya.

Kahlan decidió no resistirse. Era obvio que Berdine no pensaba revelarle cuál era la emergencia. En el trayecto hasta el Alcázar del Hechicero guardaron silencio, y también en silencio recorrieron los vestíbulos, corredores y habitaciones vacías.

Antes de girar hacia el último corredor de piedra que conducía al pozo de la sliph, se toparon con Cara, que montaba guardia junto a una puerta. Cara mostraba la misma actitud severa e indescifrable de Berdine mientras observaba cómo Berdine y Kahlan se le acercaban a toda prisa.

Frente a la puerta, Berdine cogió la manilla con una mano y el brazo de Kahlan con la otra. Su mirada era de seriedad inequívoca.

—Mucho cuidado con decepcionarme, Madre Confesora, o descubriréis por qué las mord-sith somos tan temidas. Cara y yo os esperaremos junto a la sliph.

Cara echó a andar hacia el cuarto de la sliph sin mirar atrás, mientras que Berdine abría la puerta en silencio y la empujaba bruscamente hacia adentro. Kahlan se tambaleó pero recuperó el equilibrio. Inmediatamente volvió la vista y vio a Berdine que cerraba la puerta.

Al darse media vuelta se encontró mirando a los ojos grises de Richard. Le pareció que el corazón se le paraba y que se quedaba sin respiración.

Media docena de velas colocadas en un soporte de hierro reflejaban pequeños puntos de luz en esos ojos grises. Parecía más grande que la vida. Todo en él era como lo recordaba, excepto que no llevaba la espada al cinto.

Kahlan luchaba con sentimientos encontrados, y eso le impedía respirar. Finalmente pudo hablar.

—La plaga ha acabado.

—Lo sé.

La habitación parecía muy pequeña, la piedra muy oscura y el aire muy pesado. Kahlan respiraba con dificultad, tratando de calmar su corazón súbitamente acelerado.

Aunque en las entrañas del Alcázar no hacía precisamente calor, Richard tenía la frente perlada de sudor. Una gota le rodó por el pómulo dejando un húmedo reguero.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? Ya no tiene sentido. Estoy casada. Tú y yo no tenemos nada que decirnos después de... No deberíamos estar aquí los dos solos.

Al percibir la frialdad en la voz de Kahlan, Richard desvió la mirada. Kahlan había confiado en que eso lo induciría a hablar.

«Queridos espíritus, que diga que me perdona.»

Pero en vez de eso dijo:

—Les pedí a Cara y a Berdine que te trajeran aquí para hablar. He vuelto porque tenía que hablar contigo. ¿Me concederás al menos eso?

Kahlan no sabía qué hacer con las manos.

—Pues claro, Richard.

Él se lo agradeció con una inclinación de cabeza. Mostraba una expresión de sufrimiento. Sus ojos reflejaban el brillo apagado de la aflicción.

Kahlan tan sólo deseaba oírle decir que la perdonaba. Sólo eso podría recomponer su corazón destrozado. Ésas eran las únicas palabras que le importaba oír. Deseaba que Richard las pronunciara, pero él callaba con la mirada fija más allá de la piedra fría de las paredes.

Finalmente se dijo que si quería oírlas, si quería que Richard la perdonara, tendría que incitarlo.

—¿Y bien? ¿Has venido a perdonarme, Richard?

—No. No he venido a eso. No puedo perdonarte, Kahlan —contestó Richard suavemente, pero con determinación.

Kahlan se dio la vuelta. Por fin sabía qué hacer con las manos: apretarlas contra el estómago.

—Entiendo.

—Kahlan —le dijo a su espalda—, no puedo perdonarte porque no estaría bien que hubiese venido para eso.

»¿Acaso debo perdonarte que seas humana, que bebas cuando tienes sed, que comas cuando tienes hambre, que sientas el calor del sol en la cara?

Kahlan se enjugó las lágrimas antes de mirarlo.

—¿De qué estás hablando?

Richard llevaba una rosa enganchada al cinturón. La tomó y se la ofreció.

—Tu madre me dio esto.

—¿Mi madre?

—Así es. Me preguntó si me causaba placer, y cuando yo le contesté que sí, me preguntó si regresaría a tu lado. Me costó mucho tiempo comprender a qué se refería.

—¿Y a qué se refería?

—A que tenemos la capacidad de gozar de cosas como ésta. ¿Está mal que disfrutes de una rosa, de su aspecto y su fragancia sólo porque no te la he dado yo? ¿Cómo podría yo perdonarte por eso?

—Richard, estamos hablando de una cosa muy distinta a disfrutar de la fragancia de una rosa.

Richard hincó una rodilla en el suelo y se llevó una mano cerrada al abdomen.

—Kahlan, una vez estuve conectado con una mujer a través de la carne, como tú estuviste conectada con tu madre. Ésa es la única conexión de la carne que tenemos en esta vida.

»Donde nos conectamos es aquí —prosiguió, llevándose el puño hasta el corazón—. Solamente podemos conectarnos en nuestros corazones. Tú no entregaste a Drefan tu corazón. Tu corazón era mío y sólo mío.

»Los vientos, los espíritus, te exigieron un precio. Te lo arrebataron casi todo, y tú decidiste seguir adelante con lo poco que te quedaba. Decidiste ser humana. Decidiste vivir la vida lo mejor que podías con lo que te quedaba de ti misma. Luchaste por la vida y te limitaste a gozar de algo a lo que tenías derecho.

»Yo no soy tu dueño, ni tú mi esclava. No tengo nada que perdonarte. En tu corazón no me traicionaste. Sería terriblemente presuntuoso por mi parte presentarme ante ti con una oferta de perdón, cuando tú nunca me traicionaste en tu corazón.

Kahlan notó que temblaba mientras tomaba aire.

—Me hiciste mucho daño, Richard. Creí que mi corazón estaba a salvo contigo, pasara lo que pasara, pero tú te marchaste. Pese a lo que me prometiste. Ni siquiera me diste la oportunidad de explicarme.

—Lo sé —susurró Richard. La otra rodilla también tocó el suelo, inclinó la cabeza y se humilló ante ella.

»Por eso he vuelto. He vuelto para suplicarte que me perdones. Fui yo quien se equivocó. Fui yo quien de verdad hizo daño. Fui yo quien traicionó nuestros corazones, no tú. Es el peor pecado que podía cometer, y sólo yo soy culpable.

»No hay defensa posible, ni excusas. Lamento lo que te hice, Kahlan. Lo hecho, hecho está; no puedo cambiarlo. Te destrocé el corazón y por eso me postro ante ti para suplicar tu perdón. No lo merezco y por esa razón no te lo pido; te lo suplico.

Así se quedaron: él arrodillado y ella de pie.

—¿Podrás perdonarme tú a mí, Richard?

—En mi corazón solamente hay espacio para amarte, aunque no podamos estar juntos. Yo soy libre de los votos que hice, pero tú sigues casada con otro y debes respetarlo. No obstante, no puedo evitar amarte a ti y sólo a ti. Si es eso lo que deseas, sí, te perdono.

»Por favor, Kahlan, lo único que me queda en esta vida, si tú me lo concedes, es tu perdón.

Momentos antes, Kahlan albergaba dudas acerca de lo que realmente sentía por él. Pero, de repente, la verdad cayó sobre ella como una avalancha.

Se arrodilló delante de él, le puso las manos sobre los hombros y le dijo que la mirara.

—Te perdono, Richard. Te amo y te perdono de todo corazón.

—Gracias —repuso Richard con una sonrisa triste.

Kahlan pudo notar con alegría que su corazón roto sanaba y que el gozo llenaba el vacío, como si la vida misma regresara a ella.

—Mientras me casaba con Drefan pronuncié en voz alta los votos, tal como debía, pero en mi mente y en mi corazón los pronunciaba para ti.

Richard le secó una lágrima que le rodaba por la mejilla.

—Yo hice lo mismo.

—Richard, ¿qué vamos a hacer ahora?

—No podemos hacer nada. Estás casada con Drefan.

—Pero ¿y nosotros? ¿Qué pasa con nosotros?

La sonrisa de Richard se desvaneció. Negó con la cabeza.

—Eso no importa. Ya tengo lo que quería y lo que he venido a buscar: me has devuelto el corazón.

—Pero ¿cómo podremos soportarlo? Y no sólo eso. Tenemos que hacer algo, y rápido. Drefan quiere llevar de nuevo las tropas a D'Hara y resistir a la Orden allí.

—No —objetó Richard, furioso—, no se lo permitas, Kahlan. Si dejas que Jagang divida el Nuevo Mundo, lo irá conquistando poco a poco y, al final, también D'Hara caerá. No puedes permitir que Drefan haga eso. Prométemelo.

—Sobran las promesas. Tú eres lord Rahl y puedes impedírselo. Y yo soy la Madre Confesora. Juntos lo haremos.

—Tienes que hacerlo tú, Kahlan. Yo no puedo ayudarte.

—¿Por qué no? Ahora que has vuelto, todo irá bien. Ya se nos ocurrirá algo. Eres el Buscador y siempre encuentras una manera.

—Me estoy muriendo, Kahlan.

Kahlan se estremeció.

—¿Qué? ¿Qué... quiere decir que te estás muriendo? Richard, no puedes morirte ahora, después de... No, Richard, no. Ahora todo está arreglado. Has vuelto. Todo saldrá bien.

Pero entonces Kahlan percibió el dolor en los ojos de Richard y, cuando se derrumbó, se dio cuenta de que no podía levantarse.

—Los espíritus pusieron un precio a mi regreso.

Tosió y se estremeció de dolor. Kahlan se aferró a él.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué precio?

—En el Templo de los Vientos adquirí todo el conocimiento de los vientos. Comprendí mi poder y aprendí a utilizarlo. Lo usé para poner fin a la plaga. De algún modo interrumpí el flujo de poder procedente de los vientos que permitía que el libro mágico funcionara en este mundo.

—¿Me estás diciendo que ya no sabes cómo hacerlo? ¿Que la peste volverá?

Richard levantó una mano para aplacar sus temores.

—No, la peste no volverá. Pero el precio para permitirme regresar fue que debía renunciar al conocimiento de los vientos. Tenía que regresar tal como llegué.

—Pero... eso simplemente significa que eres mortal como antes, ¿verdad?

—No. Pidieron más. Para permitirme volver exigieron que absorbiera la magia del libro robado para evitar que infectara al resto del mundo de los vivos.

—¿Qué? —susurró Kahlan, abriendo mucho los ojos—. ¿Quieres decir que...?

—Tengo la peste.

Kahlan le agarró del hombro con una mano y le colocó la otra en la frente. Ardía de fiebre.

—Richard, ¿por qué no me lo dijiste antes?

Pese al dolor le sonrió.

—Perdón era lo único que necesitaba y que deseaba, pero tenía que estar seguro de que me perdonabas de verdad, no por lástima.

—Richard, no puedes morirte. Ahora no. ¡Queridos espíritus, no puedes morir!

—Los espíritus no tienen nada que ver en eso. Fue Rahl el Oscuro el que decidió que el precio para acceder a los vientos sería que te casaras con Drefan, y fue también él quien exigió esto para dejarme volver.

—¿Qué? ¿No me digas que has vuelto sólo para morir? Oh, Richard, ¿por qué has hecho algo tan estúpido?

—De haberme quedado en el Templo de los Vientos con el tiempo también habría muerto, pero sin tu perdón. Decidí regresar con la esperanza de que una parte de ti me siguiera amando lo suficiente para perdonarme, y morir sabiendo que me amabas. No podía quedarme allí sabiendo lo que te había hecho y hasta qué punto te había hecho daño.

—¿Y crees que esto no me hace daño? Richard, tiene que haber algo que podamos hacer. ¿Qué podemos hacer? ¡Te lo suplico, tienes que saberlo!

Richard se cayó sobre el costado, apretándose el estómago.

—Lo siento, Kahlan. No hay nada que hacer. Estoy absorbiendo la magia del libro robado. Cuando yo muera, esa magia morirá conmigo.

Kahlan se inclinó sobre él y lo abrazó con los ojos anegados de lágrimas.

—Richard, por favor, no. No te mueras.

—Lo lamento, Kahlan. No puedo impedirlo. Pagué el precio gustosamente. Ahora mi corazón está en paz. —Se interrumpió y tocó el agiel que le colgaba de una cadena al cuello—. Una vez que lo entendí, ya no dudé ni un momento. Denna me ayudó a entenderlo.

Kahlan lo abrazó mientras él se tumbaba de espaldas.

—Richard, tiene que haber algo. Antes de que te arrebataran la sabiduría seguramente sabías qué hacer. Trata de recordar. Por favor, Richard, trata de recordar.

Pero a Richard se le cerraban los ojos.

—Tengo que... descansar. Lo siento. He usado todas mis fuerzas. Necesito descansar un poco.

Kahlan le cogió una mano entre las suyas y lloró. Todo eso era demasiado abrumador para soportarlo. Era demasiado duro recuperarlo sólo para volverlo a perder.

Le abrió la mano, lacia y sin vida, y la presionó contra su mejilla. Entonces vio algo en la palma de la mano. Le retiró los dedos y, entre lágrimas, vio escrito: «Busca el libro. Destrúyelo para vivir».

Kahlan se tumbó sobre Richard, que estaba inconsciente, y le cogió la otra mano. En la palma leyó: «Una pizca de arena blanca de hechicero en página tres. Un grano de arena negra de hechicero encima».

Había tres palabras más, pero en el estado de confusión total en el que estaba la mente de Kahlan, ni siquiera se le ocurría cómo pronunciarlas.

Richard sabía que olvidaría y antes de hacerlo se escribió un mensaje a sí mismo. Pero luego olvidó incluso que lo había escrito.

El libro. Necesitaba el libro.

—¡Cara, Berdine! —gritó mientras corría hacia la habitación de la torre—. ¡Ayudadme! ¡Cara, Berdine!

Al oír los gritos de Kahlan, ambas mord-sith salieron a la carrera del cuarto de la sliph y corrieron por la pasarela que bordeaba la charca de aguas oscuras.

Kahlan se aferró a sus uniformes, tratando de explicarse. Cara y Berdine la cogieron cada una por un brazo y la empujaron contra la pared.

—Calmaos —le dijo Berdine.

—No entendemos qué decís. Recuperad el aliento. Dejad de gritar y respirad —le aconsejó Cara.

—Richard... —Quiso señalarlo, pero las mord-sith la tenían agarrada por los brazos—. Richard tiene la peste. Necesito el libro.

—¿Lord Rahl... tiene la peste? —inquirió Berdine inclinándose hacia ella.

Kahlan asintió frenéticamente.

—Necesito el libro. El libro robado del Templo de los Vientos. Tengo que conseguirlo o morirá. —Kahlan se soltó bruscamente los brazos—. Por favor, ayudadme. Richard tiene la peste.

—¿Qué queréis que hagamos?

—Yo iré al Viejo Mundo. Vosotras protegedlo.

—¡El Viejo Mundo! —exclamó Berdine—. ¿Sabéis dónde está el libro? ¿Os ha dicho él dónde encontrarlo? ¿Os ha dado alguna indicación?

Kahlan sacudió la cabeza. No había tiempo. Tenía que darse prisa. Debía partir al instante.

—No, no sé dónde está, pero es la única oportunidad que tiene. Richard absorbió la magia que desencadenó la plaga para regresar a este mundo. Y ha vuelto sólo para pedirme perdón. Quería disculparse por haberme hecho daño. Si no destruimos el libro, Richard morirá, y todo porque quería decir que lo sentía. ¡Richard morirá! ¡Tengo que irme!

—Pero, Madre Confesora, el Viejo Mundo es muy grande —objetó Berdine—. Si Richard tiene la peste, ¿qué esperanzas tenéis de encontrar el libro...?

A tiempo. Eso era lo que quería decir. ¿Cómo iba a encontrar el libro a tiempo? Antes de que Richard muriera. Kahlan la agarró por el uniforme rojo.

—¡Tengo que intentarlo! Proteged a Richard. Que Drefan no sepa que ha vuelto. A saber lo que intentaría hacerle. ¡No se lo digáis!

—No os preocupéis por eso —la tranquilizó Cara—. No le diremos nada a Drefan. Nosotras cuidaremos de Richard en vuestra ausencia. Lo esconderemos aquí, en el Alcázar. Pero daos prisa. Si lo encontráis, volved enseguida, antes de...

Kahlan entró en tromba en el cuarto de la sliph y corrió hacia el pozo. Al verla, la sliph sonrió.

—¿Deseas...?

—¡Viajar! ¡Tengo que viajar! ¡Ahora!

—¿Adónde deseas viajar?

—¡Al Viejo Mundo!

—¿Adónde del Viejo Mundo? Conozco bastantes lugares allí. Podemos ir al que quieras. Yo te llevaré. Te sentirás complacida.

Kahlan se llevó las manos a la cabeza y gruñó de frustración mientras la sliph le recitaba una lista de lugares que Kahlan nunca había oído.

—¡A donde fuiste con Richard, tu amo, cuando fue a buscarme! ¡La primera vez que viajé contigo!

—Conozco el lugar del que hablas.

Kahlan se arremangó la falda del vestido blanco y se encaramó a la pared del pozo.

—¡Allí! ¡Llévame allí! ¡De prisa! ¡La vida de tu amo está en juego! Proteged a Richard —dijo dirigiéndose a Cara y Berdine.

—¿Qué le decimos a Drefan cuando nos pregunte dónde estáis? —preguntó Berdine.

—No lo sé. Ya se os ocurrirá algo.

—Cuidaremos de Richard hasta que regreséis —le aseguró Cara—. Que los buenos espíritus os acompañen.

—Decidle que lo amo. ¡Sí..., decidle que lo amo! —gritó mientras un brazo de la sliph la arrastraba hacia el pozo.

Su voz seguía resonando en las paredes de piedra mientras se hundía en la espuma de azogue. Kahlan inspiró a la sliph, rezando a los buenos espíritus que la ayudaran a encontrar el libro. Haciendo un esfuerzo frenético flotó en lo que en el pasado la había llevado al éxtasis.

Pero en esos momentos sólo sentía terror.

28

—Esto es culpa tuya, ¿sabes? —dijo Ann, inclinándose hacia él.

—Fuiste tú la que rompió ese espejo tan preciado —repuso Zedd, sentado en el suelo en el centro de la habitación que ambos ocupaban.

—Eso fue un accidente —se defendió Ann—. Fuiste tú el que destrozó el santuario.

—Yo sólo quería limpiarlo. ¿Cómo iba a saber que ardería? No deberían haber puesto tantas flores secas alrededor. Pero fuiste tú la que derramó vino de bayas sobre el vestido del ama.

Ann levantó la nariz.

—La jarra estaba demasiado llena. Tú lo llenaste. Además, tú estropeaste el valioso mango del cuchillo del patriarca. Nunca volverá a encontrar una raíz como ésa. No es de extrañar que se pusiera fuera de sí.

Zedd carraspeó.

—¿Qué sé yo de afilar cuchillos? Soy mago, no herrero.

—Eso explica también el incidente con el caballo del patriarca.

—No pueden culparme por eso. Yo no dejé la valla abierta. Al menos, eso creo. De todos modos, ya se comprará otro caballo igual de rápido. Lo que quisiera saber es cómo te las apañaste para teñir de verde el cabello de su tercera esposa.

Ann se cruzó de brazos.

—Bueno, fue un accidente. Pensé que con esas hierbas el pelo le olería mejor. Quería darle una sorpresa. Pero lo del tocado de piel de conejo que tanto apreciaba el patriarca, eso no fue un accidente, sino simple y llanamente negligencia. Deberías haber tenido más cuidado y no dejarlo sobre el fuego sin vigilancia. Ese tocado, con miles de cuentas de adorno, era una obra de arte. No le será fácil reemplazarlo.

Zedd se encogió de hombros.

—Oye, nosotros nunca dijimos que fuésemos buenos en las tareas domésticas. Nunca se lo dijimos.

—En eso tienes razón. No lo hicimos. No es culpa nuestra que no haya salido bien. De habernos preguntado, les habríamos avisado.

—Por supuesto.

Se quedaron en silencio. Finalmente Ann carraspeó.

—¿Qué crees que van a hacernos?

Estaban sentados espalda contra espalda, atados entre sí con una soga gruesa, mientras que en el otro extremo de la habitación se celebraba una reunión. Aún llevaban los brazaletes que les impedían usar magia.

La discusión era acalorada. El patriarca, con la cabeza descubierta, su primera esposa, varios miembros influyentes de los si doak que habían hecho valer sus derechos para utilizar los servicios de los cautivos, así como el chamán de la tribu, exponían sus quejas. Aunque Zedd no entendía todo lo que decían, más o menos seguía las deliberaciones.

—Han decidido cortar por lo sano y deshacerse de sus esclavos domésticos —informó a Ann en un susurro.

—¿Y ahora qué? —preguntó la mujer cuando, finalmente, la cháchara cesó—. ¿Qué han decidido? ¿Van a dejarnos libres?

Los ojos de todos los presentes se posaron en los cautivos. Zedd emitió un sonido de advertencia.

—Tal vez deberíamos haber puesto más atención —susurró Zedd—. Me temo que estamos en un buen lío.

—¿Por qué? ¿Qué piensan hacernos? ¿Devolvernos a los nantong y exigir que les devuelvan las mantas? —se burló Ann.

Zedd negó con la cabeza mientras todos los si doak se levantaban. Los collares del chamán chocaron entre sí. El patriarca golpeó el suelo con su vara.

—¡Ojalá! Quieren recuperar los costes y ganar algo más para cubrir los daños. Nos llevan de viaje. Acaban de decidir que obtendrán el mejor precio si nos venden a caníbales.

Ann giró la cabeza precipitadamente.

—¿Caníbales?

—Eso han dicho. Caníbales.

—Zedd, fuiste capaz de quitarte el rada'han del cuello. ¿No puedes quitarte estos malditos brazaletes? Ahora sería el momento perfecto.

—Me temo que acabaremos en la cazuela con ellos puestos.

Zedd observó al enfadado patriarca y al enfurecido chamán que se acercaban a ellos.

—Bueno, ha sido divertido, Ann. Pero me temo que la diversión ha acabado.

Verna pasó un brazo alrededor de la cintura de Warren para ayudarlo a avanzar. El joven se tambaleaba. Seguían a Clarissa, que a su vez seguía a Walsh y Bollesdun. Janet corrió a colocarse al otro lado de Warren, le levantó un brazo y se lo puso sobre el hombro.

—¿Estás seguro? —susurró Verna a Walsh—. ¿Es aquí? ¿El punto de reunión con Nathan es el bosque Hagen?

—Sí —contestó Walsh hablando por encima del hombro.

—Ése fue el nombre que me dijo a mí también —confirmó Clarissa.

Verna dejó escapar un suspiro de inquietud. Era típico de Nathan citarlos en el bosque Hagen. Aunque Richard había expulsado a los mriswiths de allí, ese lugar le daba mala espina. Verna siempre había sospechado que Nathan era un loco peligroso, y el hecho de que quisiera reunirse con ellos allí lo confirmaba.

Las guirnaldas colgantes de musgo recordaban los harapos deshechos de los muertos. En la oscuridad tropezaban con las raíces. Olores desagradables flotaban en el aire cálido y húmedo. Verna nunca se había adentrado tanto en el bosque Hagen, y por una buena razón.

—¿Cómo estás, Warren? —murmuró.

—Bien —farfulló él con voz de borracho.

—Aguanta, Warren, ya no queda mucho. Aguanta un poco más y todo habrá acabado. Nathan te ayudará.

—Nathan —balbució entre dientes—. Tengo que avisarlo.

Se toparon con un bloque de piedra enorme obviamente tallado por la mano del hombre; tenía forma cuadrada. Estaba cubierto casi por completo por tallos serpenteantes y raíces retorcidas. De la densa vegetación sobresalían más piedras, que a la luz de la luna parecían huesos. Verna distinguió los restos bajos y recortados de un muro y de columnas, que le recordaron las costillas de un monstruo.

A través de la maleza brillaba una luz. Por cómo titilaba, debía de pertenecer a una hoguera. Walsh y Bollesdun apartaron las ramas para que los demás pudieran pasar. El fuego ardía en el centro de un círculo de rocas colocadas en el suelo de piedra de unas antiguas ruinas. Más allá del fuego, Verna logró distinguir el muro circular de un gran pozo o algo semejante. No tenía ni idea de la existencia de ese lugar escondido en el bosque, aunque era tan raro que alguien se aventurara en él que no era de extrañar.

Nathan, vestido como un noble acaudalado, se levantó para darles la bienvenida. Era alto y de aspecto intimidador, especialmente porque no llevaba un rada'han al cuello. Al verlos esbozó la típica

sonrisa de seguridad en sí mismo de un Rahl. Walsh y Bollesdun se echaron a reír y fueron saludados con campechanas palmadas en la espalda.

Clarissa pasó por debajo de un brazo y echó los suyos alrededor de la cintura de Nathan, abrazándolo con toda su fuerza y su ardor. El mago gruñó. Entonces Clarissa le ofreció el libro con gesto de satisfacción, y él lo aceptó, dirigiéndole una sonrisa cómplice cargada de significado. La mirada de Clarissa chispeó. Verna puso los ojos en blanco.

—¡Verna! —la saludó Nathan—. Me alegro de que lo hayas conseguido.

—¡Cuánto me alegro de veros, lord Rahl! —repuso Verna, con cierta sorna.

—No pongas esa cara de enfado, Verna. Te saldrán arrugas. —A continuación miró a las demás—. Janet, ya veo que te has unido a nosotros. Y Amelia también —añadió con cierta tensión. Luego se fijó en la otra mujer, que se había quedado a un lado—. ¿Y ésta quién es?

Clarissa extendió la mano y con un gesto indicó a Manda que se acercara. Ésta mantenía la capa bien cerrada al cuello sujetándola por debajo. Se adelantó tímidamente.

—Nathan, te presento a una amiga mía. Manda, de Renwold.

Manda hincó una rodilla en el suelo e hizo una profunda reverencia.

—Lord Rahl. Mi vida es vuestra.

—Renwold. —La frente del profeta tembló ligeramente mientras echaba una rápida mirada a Clarissa—. Bueno, me alegro de que escaparas de Jagang, Manda.

—Todo se lo debo a Clarissa —dijo la muchacha, levantándose—. Es la mujer más valiente que conozco.

Clarissa se rió entre dientes y se apretó contra el cuerpo de Nathan.

—Tonterías —declaró—. Doy las gracias a los buenos espíritus de que te pusieran allí o nunca habría sabido que estabas en la fortaleza.

—¿Y a quién tenemos aquí? —inquirió Nathan, volviéndose hacia Verna—. El joven Warren, supongo.

Verna hizo esfuerzos por poner mejor cara.

—Nathan...

—Lord Rahl —la corrigió el profeta con cara de pocos amigos. De repente sonrió—. Pero tú y yo somos viejos amigos, Verna. Para ti sigo siendo Nathan.

Verna se lo agradeció con una inclinación de cabeza, aunque tuvo que morderse el interior de la mejilla.

—Sí, Nathan, tienes razón; es Warren. ¿Puedes ayudarlo? El don profético se le acaba de manifestar y está teniendo sus primeras visiones. Hace un tiempo que le quité el collar, y ahora nada lo protege del don. Tiene los dolores de cabeza. Nathan, está muy mal. Si lo ayudas, te seguiré adonde sea.

—¿Quieres que lo ayude?

—Por favor, Nathan. Te lo suplico.

—No es necesario, Verna. Estaré encantado de ayudar al muchacho. Acércalo al fuego.

Warren balbució algo, trataba de presentarse, pero estaba casi inconsciente. Verna y Janet lo llevaron a donde señalaba Nathan y lo ayudaron a sentarse. Warren no era capaz de mantenerse erguido por sí solo.

Nathan se arremangó los pantalones hasta las rodillas y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de piedra de los restos del edificio. Dejó el libro a su lado. Con el entrecejo fruncido al modo de los Rahl, estudió el semblante de Warren e indicó con un ademán a Verna y Janet que se retiraran. Tejió un hechizo para sostener a Warren erguido. Luego se acercó a él hasta que sus rodillas se tocaron.

—Warren —lo llamó Nathan con su voz grave y autoritaria. Warren abrió los ojos—. Dame las manos.

Warren y Nathan juntaron las manos y presionaron los dedos unos contra otros. Sus miradas quedaron prendidas.

—Deja fluir tu han hacia las yemas de mis dedos —le indicó Nathan con suavidad—. Abre la séptima puerta. Cierra las demás. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Sí.

—Buen chico. Pues hazlo. Será más fácil si me ayudas.

Un resplandor cálido y apacible los envolvió a ambos. El aire nocturno zumbó con el poder de esa luz, que no era fuego ni calor. Verna ignoraba lo que estaba haciendo Nathan y lo contemplaba con estupefacción.

Nathan había sido un enigma en el Palacio de los Profetas. Desde que no era más que una jovencita, siempre lo había considerado un anciano. Incluso las Hermanas más magnánimas lo tenían por un poco desequilibrado, como mínimo.

En el palacio algunos creían que Nathan apenas tenía dones proféticos, mientras que otros sospechaban, aunque sin estar seguros, de que era capaz de mucho más de lo que demostraba. Y otros le tenían tanto miedo que se negaban a acercarse a los aposentos en los que vivía confinado, por mucho que llevara un rada'han al cuello. Verna siempre lo había visto como una fuente continua de problemas.

Pero en esos momentos, ese mago conflictivo y libertino estaba haciendo lo posible para salvar a su amado. A veces la luz brillaba con más intensidad alrededor de Nathan que de Warren o a la inversa, volvía a apagarse y luego regresaba, como si hubiera olvidado algo y volviera a recuperarlo.

Walsh y Bollesdun holgazaneaban cerca del muro circular detrás de Nathan, pero las mujeres contemplaban la escena, petrificadas. Verna tenía tan poca idea de lo que estaba haciendo Nathan como Manda.

Lo que más nerviosa le puso fue ver cómo ambos hombres, con las rodillas pegadas y los dedos juntos, se levantaban unos centímetros en el aire. Sintió un gran alivio cuando, por fin, tocaron de nuevo tierra firme.

—¡Ya está! —anunció Nathan, dando una sola palmada—. Creo que bastará.

Verna dudaba que eso bastase para poner en orden el don de Warren. Pero el joven esbozaba una amplia sonrisa.

—Nathan, ha sido... maravilloso. Ya no queda ni rastro del dolor de cabeza. Me siento tan lúcido..., tan vivo...

Nathan recogió el libro negro como la noche y se puso en pie.

—Yo también he disfrutado, hijo. Esa pandilla de Hermanas necesitaron casi trescientos años para hacerme lo que yo acabo de hacerte. Claro que las pobres iban muy desencaminadas. Perdón, Prelada —dijo mirando a Verna—. No lo he dicho para ofender.

—No me he ofendido. —Verna corrió junto a Warren—. Gracias, Nathan. Estaba muerta de preocupación por él. No te imaginas lo aliviada que me siento ahora.

Poco a poco, Warren perdió la expresión de júbilo.

—Nathan, después de lo que me has hecho, veo claramente que... sin darnos cuenta hemos proporcionado a Jagang la interpretación de la profecía que...

Tanto Nathan como Clarissa gritaron. Verna se quedó inmóvil; sentía algo afilado en la espalda.

Amelia había hundido un dacra en la parte posterior del muslo de Nathan, Manda amenazaba a Clarissa con un cuchillo en el cuello y Janet era quien sostenía un arma contra la espalda de Verna. Warren se puso tenso cuando Janet alzó hacia él un dedo admonitorio, y luego hacia los soldados.

—Si mueves un solo músculo, Nathan, dejaré fluir mi han y morirás al instante.

—Warren tiene razón —dijo Janet—. De hecho, proporcionó a su Excelencia información muy valiosa.

—¡Amelia, Janet! ¿Qué estáis haciendo? —exclamó Verna.

Amelia la miró con una sonrisa malvada.

—Cumplir las órdenes de su Excelencia, por supuesto.

—Pero si jurasteis...

—Pronunciamos el juramento sí, pero no de corazón.

—¡Pero podéis libraros de él! ¡Ya no tenéis que servir a Jagang!

—Eso nos dijiste la primera vez y te creímos, pero cuando Richard murió el vínculo se rompió y su Excelencia nos castigó. No volveremos a arriesgarnos.

—No lo hagáis, por favor. Somos amigas. Fui a salvaros. Os lo suplico, no lo hagáis. ¡Jurad y seréis libres!

—¡Oh, preciosa!, me temo que no pueden hacer eso. —No hablaba sólo Amelia, sino alguien más. Era la voz que Verna había oído en su cabeza: Jagang. Bastó con que oyera esa voz y esa inflexión para que se echara a temblar.

—Ahora, mi leal y fiel plenipotenciario, entregad el libro. La Hermana Amelia lo necesita.

Nathan se lo tendió. Amelia se lo arrebató con la mano libre, la que no sujetaba el dacra en la pierna del profeta.

—Bueno, ¿vas a matarme o no? —preguntó Nathan.

—¡Oh, sí!, ¡claro que sí! —contestó Amelia con la voz de Jagang—. Me habéis traicionado, lord Rahl. Además, no me gustan los subordinados que no me permiten entrar en su mente.

»Pero, antes de morir, veréis cómo una verdadera esclava obedece las órdenes. Se me ha ocurrido que os gustaría presenciar cómo rebano el pescuezo a vuestra querida Clarissa.

—Respira.

Kahlan expulsó a la sliph de los pulmones e inspiró el aire extraño con desespero. La noche retumbó a su alrededor. Kahlan se resistió a perder tiempo en temer la visión súbita, el sonido repentino, y tampoco se concedió tiempo para situarse mentalmente, sino que se agarró al muro y se alzó a peso.

Una aterradora escena, en consonancia con las palabras que acababa de oír, le dio la bienvenida. Gracias a una agudeza visual que debía a la sliph, le bastó una sola mirada sobresaltada para captar toda la escena.

En el mismo instante en que vio al hombre supo que era Nathan. Tenía el aspecto de un Rahl, y Richard se lo había descrito someramente: alto, ya mayor y con una melena blanca que le llegaba a los hombros. Una mujer le había hundido un dacra en la pierna y lo mantenía allí. Kahlan había oído ese nombre: Amelia, la Hermana que había iniciado la plaga. Kahlan vio a Verna con una mujer joven a la espalda. Un joven se mantenía inmóvil. Y una mujer, muy hermosa, agarraba a otra del pelo peinado en bucles, mientras que con la otra mano sujetaba un cuchillo contra su garganta. Tenía que tratarse de Clarissa. Estaba aterrada.

Mientras salía del pozo, se dio cuenta de que la conversación justo había acabado y reconoció perfectamente la voz que surgía de la boca de la mujer que sujetaba el dacra en la pierna de Nathan. Recordaba perfectamente quién la había llamado «preciosa», y recordó haber oído esa misma voz al mago Marlin, el enviado para asesinar a Richard. Era la voz de Jagang.

La imagen del amuleto de Richard brotó espontáneamente en su mente. «Significa una cosa y sólo una: mata. Si decides luchar, mata. Todo lo demás es secundario. Mata.»

El entrenamiento a manos de su padre, un guerrero, también le había enseñado eso: matar o morir. No darse nunca por vencida. No esperar. Atacar.

Richard estaba al borde de la muerte, cerca de exhalar su último suspiro. No podía perder tiempo ni detenerse a pensar. Era todo o nada. Atacaría.

En un movimiento fluido surgió de repente de la sliph, se apartó del pozo dando una voltereta, arrebató la espada corta del soldado de la derecha, agachó la cabeza y se levantó blandiendo ya el arma hacia abajo.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, sin dar tiempo a que los demás reaccionaran. Tenía que detener a Amelia antes de que liberara su han en el dacra clavado en la pierna de Nathan, o el profeta moriría. Rápida como el rayo, la espada de Kahlan descendió y cortó el brazo de Amelia a la altura del codo.

Luego todo comenzó a moverse en una danza exasperantemente lenta. Kahlan pudo captar las expresiones de todos. La mujer a la que acababa de cortar el brazo, la Hermana Amelia, cayó hacia atrás gritando. Kahlan giraba ya la espada en el aire para invertir el sentido del golpe mientras seguía a su presa hacia el suelo. En la mano de Verna apareció de repente un dacra que dirigió contra la sorprendida mujer que la amenazaba por detrás. El joven se abalanzó sobre la mujer del cuchillo. Nathan levantó las manos hacia Clarissa y lanzó un grito que hendió la noche.

Clarissa extendió las manos hacia Nathan. Pero la joven que la sujetaba por el pelo sonrió sanguinariamente y, con un gruñido, le cortó el cuello.

Kahlan vio el chorro de sangre un instante antes de que la noche se inflamara con los rayos lanzados por Nathan y el joven.

Kahlan hundió el acero en el corazón de la Hermana Amelia, empuñando la espada corta con ambas manos y matándola antes de que el segundo soldado tuviera tiempo siquiera de desenvainar el arma.

Verna acabó prontamente con la mujer de su espalda, al mismo tiempo que la joven que empuñaba el cuchillo recibía de pleno dos rayos y estallaba en un horror de sangre. El cuerpo de Clarissa cayó al suelo.

La violencia acabó antes de que nadie pudiera comprender lo ocurrido.

Aturdido, Nathan se tambaleó hacia el cuerpo de Clarissa. Pero Kahlan se le adelantó y se arrodilló junto a ella. Lo que vio le hizo ahogar un grito. Inmediatamente se levantó de un salto y detuvo el avance de Nathan.

—Es demasiado tarde, Nathan. Ya se ha reunido con los espíritus. No mires. Por favor, no mires. Vi en sus ojos que te amaba. Por favor, no la mires tal como está ahora. Recuérdala como era.

Nathan hizo un gesto de asentimiento.

—Tenía un gran corazón y salvó a muchas personas. Tenía un gran corazón.

Nathan levantó los brazos y dirigió las palmas de las manos hacia Clarissa. Una luz intensa estalló, envolviendo a la mujer muerta en un resplandor tan radiante que no se distinguía el cuerpo en el centro.

—De la luz de este fuego hacia la Luz. Buen viaje al mundo de los espíritus —susurró el profeta. Cuando ésta se apagó, sólo quedaron cenizas—. A las demás que se las coman los buitres —declaró, desplomándose.

Verna volvió a guardarse el dacra en la manga. Un soldado recuperó su espada del cuerpo de Amelia, mientras el otro envainaba la suya. El joven parecía conmocionado.

—Nathan, lo lamento mucho —dijo—. Yo proporcioné a Jagang el significado de la profecía que lo ayudó. No quería, pero me obligó. Perdóname.

Los ojos zarcos y compungidos de Nathan se posaron en el joven.

—Lo entiendo, Warren. No lo hiciste por maldad. El Caminante de los Sueños se introdujo en tu mente. No tuviste elección. Ahora estás libre de él.

Dicho esto se arrancó el dacra de la pierna y se dirigió a Verna.

—Tú me trajiste a las traidoras, Verna. Me trajiste asesinas. No obstante, sé que no lo hiciste a propósito. A veces, las profecías se burlan de nuestros intentos por controlarlas y nos pillan desprevenidos. A veces, nos creemos más listos de lo que en realidad somos y pensamos que si lo deseamos con ganas, podemos detener la mano del destino.

—Yo pensaba que las salvaba de Jagang —se defendió Verna—. Jamás se me ocurrió que pudieran prestar el juramento sin comprometerse sinceramente.

—Lo entiendo —musitó Nathan.

—No sé qué tienes en la cabeza, Nathan. Vaya lord Rahl estás hecho. —Verna echó una mirada al montón de ceniza blanca que había sido el cuerpo de Clarissa—. Y, por lo que veo, no has cambiado nada. Has conseguido que maten a otra de tus putas.

Nathan le propinó tal puñetazo que la lanzó por los aires. La mandíbula resonó al romperse. En el aire de la noche volaron regueros de sangre. Warren gritó mientras Verna aterrizaba de espaldas. No se movió. El joven se agachó junto a ella.

—¡Nathan! —exclamó frenéticamente—. Por amor del Creador, ¿por qué has hecho eso? Le has roto la mandíbula. ¿Por qué has intentado matarla?

—Si hubiese querido matarla, ya estaría muerta —declaró el profeta, flexionando el puño—. Si quieres que viva, te sugiero que la cures. Tengo entendido que eres bueno curando y, después de lo que he hecho por ti esta noche, no te costará demasiado. Y de paso, a ver si le metes un poco de sensatez en la cabeza.

Warren se inclinó sobre Verna y presionó las manos contra su cara. La mujer estaba inconsciente. Kahlan guardó silencio. Había visto amor en los ojos de Nathan cuando miraba a Clarissa y acababa de ver furia.

Nathan recogió el libro negro que había caído al suelo, al lado del cadáver de la Hermana Amelia. Se enderezó, posó en Kahlan sus ojos de Rahl y le tendió el libro.

—Tú tienes que ser Kahlan. Te estaba esperando. Por las profecías, ya sabes. Me alegro de haber llegado a tiempo. De prisa, entrega esto a lord Rahl. Espero que él sepa cómo destruirlo.

—Lo sabía cuando estaba en el Templo de los Vientos, pero tuvo que renunciar al conocimiento para regresar. No obstante, se escribió un mensaje en las palmas de las manos. Dice: «Una pizca de arena blanca de hechicero en página tres. Un grano de arena negra de hechicero encima», y tres palabras más que no sé qué significan.

—Esas palabras son los tres repiques: Reechani, Sentrosi, Vasi. Ahora no tengo tiempo para explicarte qué son, pero es importante que se pronuncien después de la arena blanca y antes de la negra. Eso es lo importante.

—Reechani, Sentrosi, Vasi —repitió Kahlan, tratando de grabar esos nombres en la memoria. Volvió a repetirlos mentalmente.

—Richard tiene los dos tipos de arena, ¿verdad?

—Sí. Me lo dijo.

Nathan meneó la cabeza como si reflexionara sobre algo que no pensaba compartir.

—Ambas —murmuró y le apretó un hombro—. Por las profecías sé algunas cosas por las que ha pasado. No lo abandones. El amor es un regalo demasiado precioso para perderlo.

Kahlan sonrió.

—Comprendo. Que los buenos espíritus te lo concedan, Nathan. No tengo palabras suficientes para agradecerte lo que haces por mí y por Richard. —Le falló la voz—. Estaba desesperada. Sólo sabía que tenía que venir aquí.

Nathan la abrazó. Kahlan pensó que lo hacía más por él que por ella.

—Hiciste lo correcto, Kahlan. Tal vez los buenos espíritus te guiaron. Ahora regresa junto a él o perderemos a lord Rahl.

Kahlan hizo un gesto de asentimiento.

—La matanza ha acabado.

—No. La matanza acaba de empezar.

Nathan se volvió y levantó ambos puños hacia el cielo. Un impresionante destello de luz prendió en sus manos y salió disparado hacia el cielo nocturno. Kahlan lo observó dirigirse al noroeste. Era tan brillante que anulaba el resplandor de las estrellas.

Kahlan vio que Verna se incorporaba con ayuda de Warren. El joven le limpiaba la sangre de la mandíbula recompuesta.

—¿Qué acabas de hacer? —preguntó a Nathan.

El profeta la miró un largo instante antes de esbozar una sonrisa astuta.

—Enviar a Jagang una sorpresa muy desagradable. Acabo de dar al general Reibisch la señal de atacar.

—¿Atacar? ¿A quién?

—A la fuerza expedicionaria de Jagang que destruyó Renwold. Se disponen a hacer de las suyas en el Nuevo Mundo, pero no tienen ni idea de quién los sigue de cerca. Será una batalla breve. La profecía predice que los d'haranianos se batirán con más bravura que nunca y que, antes de que la noche acabe, destruirán al enemigo a la manera d'haraniana: sin clemencia.

Verna se levantó. Kahlan no la había visto nunca tan sumisa.

—Nathan, te ruego que me perdones.

—No me interesa tu...

Kahlan puso una mano sobre el brazo de Nathan y le susurró:

—Nathan, por favor, por tu propio bien, escúchala.

El profeta la miró a los ojos largamente antes de posar en Verna una mirada iracunda.

—Habla.

—Nathan, hace mucho tiempo que te conozco. De toda la vida. En el pasado vi cosas que... quizá no comprendí. Pensé que tratabas de conseguir poder para ti mismo. Te increpé porque me sentía culpable de que mis amigas se hubiesen vuelto contra mí, mejor dicho, contra nosotros. Te suplico que me perdones. A veces me... precipito en mis juicios. Me equivoqué al juzgar lo que había entre tú y Clarissa. Ella te adoraba, y yo creí que... Te ruego que me perdones, Nathan.

—Conociéndote, Verna, supongo que eso es lo más duro que has tenido que decir en tu vida —gruñó Nathan—. Te perdono.

—Gracias, Nathan —replicó Verna, muy aliviada.

Nathan se inclinó y besó a Kahlan en la mejilla.

—Que los buenos espíritus te acompañen, Madre Confesora. Dile a Richard que le devuelvo el título. Quizá volvamos a vernos algún día.

Cogió a Kahlan por la cintura y la levantó sobre el borde del pozo de la sliph.

—Gracias, Nathan. Ahora entiendo por qué Richard te aprecia tanto. Y también Clarissa. Creo que ella veía al verdadero Nathan.

Nathan sonrió, pero enseguida su gesto se volvió serio.

—Si de verdad quieres salvar a Richard, cuando regreses debes darle a su hermano lo que realmente desea.

—¿Quieres viajar? —preguntó la sliph.

—Sí, de vuelta a Aydindril —contestó Kahlan. Las palabras de Nathan le habían revuelto el estómago.

—¿De verdad que Richard está vivo? —preguntó Verna.

—Sí —afirmó Kahlan de nuevo invadida por el pánico—. Está enfermo, pero cuando tenga este libro y lo destruya, se pondrá bien.

—Walsh, Bollesdun, mi carruaje espera. Vámonos —ordenó Nathan.

—Pero, Nathan —dijo Warren—, yo quiero aprender sobre las profecías. Quiero estudiar contigo.

—Un verdadero profeta nace, no se hace.

—¿Adónde vas? —gritó Verna. Nathan se alejaba—. No puedes irte. Eres un profeta. No podemos dejarte ir... Quiero decir que tenemos que saber dónde estás, por si te necesitamos.

—Tus Hermanas están por ahí, Prelada —replicó Nathan señalando hacia el noroeste, sin mirar atrás—. Reúnete con ellas y ahórrate los esfuerzos por seguirme. No lo lograrás. Tus Hermanas están a salvo del Caminante de los Sueños; mientras Richard estaba en el mundo de los muertos, hice que me transfirieran su vínculo. Si Richard vive, podéis volver todos a vincularos con él. Adiós, Verna. Adiós, Warren.

Kahlan se apretó con fuerza el estómago.

—¿Si vive? ¿No es seguro? De prisa —dijo a la sliph—. ¡De prisa!

El brazo plateado la cogió de encima del muro y la sumergió en la espuma de azogue.

29

El hombre sonrió por cómo se resistía la mujer. Le gustaba cómo se había enfrentado a él. Había sido un placer demostrarle que era inútil luchar contra alguien más fuerte y más inteligente que ella. Fascinado, observó cómo la mujer sangraba por la nariz, la boca y por un profundo tajo en la mandíbula.

—Sólo estás consiguiendo que las muñecas te sangren —se mofó el hombre—. No podrás romper las cuerdas, pero sigue, sigue, si quieres.

La mujer le escupió. Él la golpeó de nuevo y hundió el pulgar en el tajo de la mandíbula, maravillado por el dibujo que formaba la sangre que le manaba por el lado del cuello.

Conocía sus auras. Las había sentido antes y sabía cuáles manipular para dejarla imposibilitada. Había sido fácil vencerla. Muy fácil.

La mujer apretó los dientes mientras gruñía por el esfuerzo de liberarse de las cuerdas. Era fuerte, pero no bastante fuerte. Despojada de su poder y de su arma era una mujer normal. Y ninguna mujer normal era rival para él. Ni por asomo.

Cuando comenzó a desabrocharle la hilera de botones del costado, la mujer se debatió violentamente tratando de soltarse las cuerdas de las muñecas y los tobillos. A él le gustó. Le gustaba contemplar su lucha y mirar cómo sangraba. Le propinó otro puñetazo.

Le tenía intrigado que no llamara a nadie a gritos, ni suplicara clemencia. Y que no chillara. Pero lo haría. Vaya si lo haría.

El puñetazo la dejó un momento aturdida. La mujer puso los ojos en blanco, aunque pugnaba por no perder la conciencia. El hombre le abrió la parte frontal del uniforme, dejando al descubierto los pechos y la mitad superior del tronco.

A continuación metió los dedos por debajo del ceñido talle de los pantalones rojos y de un fuerte tirón se los bajó lo suficiente para lo que pensaba hacerle.

Toda la barriga de la mujer quedó al descubierto. El hombre la tocó. Estaba dura y tensa, con cicatrices que lo fascinaron. Intentó imaginarse qué las había hecho. Por su aspecto blanco e irregular, tuvo que ser algo sangriento.

—No es la primera vez que me violan —dijo la mujer con desprecio—. De hecho, me han violado más veces de las que puedo recordar. Ni siquiera me has bajado lo suficiente los pantalones, cerdo estúpido. Adelante, si es que puedes. Estoy esperando.

—Oh, Cara, no voy a violarte. Eso no estaría bien. Yo nunca he violado a una mujer. Sólo poseo a las que lo desean.

Cara se rió de él. Tuvo la osadía de reírse de él.

—Eres un retorcido hijo de puta.

El hombre contuvo las ganas de aporrearle el rostro. Quería que estuviera despierta para que lo sintiera todo. No obstante, temblaba de furia y apretaba los puños.

—¿Hijo de puta? ¡Si lo soy es por culpa de mujeres como tú!

Descargó un puñetazo contra un pecho. Cara cerró los ojos y apretó los dientes mientras se estremecía de dolor e intentaba hacerse un ovillo, pero las cuerdas se lo impidieron.

El hombre inspiró profundamente y recuperó el control. No permitiría que la mujer lo desviara del objetivo con sus insultos.

—Te daré la última oportunidad: ¿dónde está Richard? Los soldados no dejan de comentar que Richard ha vuelto, que han recuperado el vínculo. ¿Dónde lo escondéis, putas?

Las voces celestiales también le habían revelado que Richard había vuelto y que si quería conservar el lugar que por derecho le correspondía, tenía que eliminarlo.

—¿Y mi amante esposa? ¿Adónde ha ido?

Las voces le habían dicho que estaba en la sliph, pero ésta se negó a confesar adónde la había llevado.

Cara le escupió de nuevo.

—Soy una mord-sith. Eres demasiado estúpido para imaginar lo que me han hecho antes. No llegas ni a la suela del zapato del entrenador de mord-sith más blando. No me sacarás nada con tu patética tortura.

—Oh, Cara, nunca has conocido a nadie con mi talento.

—Haz lo que quieras conmigo, Drefan, pero lord Rahl, el verdadero lord Rahl, te va a cortar en pedazos.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —Drefan retiró ligeramente la empuñadura de la Espada de la Verdad de su vaina para que la mujer viera los caracteres dorados de la palabra *verdad*—. Soy yo el que lo haré pedazos. Serán pedacitos diminutos de Richard. ¿Donde está? —bramó.

Cuando Cara volvió a escupirle, no pudo controlarse y le pegó con el puño en el corte y en el labio hinchado. La sangre brotó nuevamente.

Entonces se volvió y cogió uno de los objetos que había llevado, una olla de hierro, que colocó boca abajo sobre la barriga de Cara.

—No podrás cocerme en una olla tan pequeña, cerdo estúpido. Tendrás que cortarme en trozos. ¿Es que tengo que explicártelo todo?

A Drefan le gustó que lo provocara para hacerle perder los nervios. Quería que la matara. Y lo haría, pero antes hablaría.

—¿Cocerte? Nada de eso, Cara. No has captado la idea. Te equivocas de medio a medio. Me tomas por una especie de maníaco asesino. Yo no soy ningún asesino. Soy la mano de la justicia y del perdón, que está aquí para llevar la virtud eterna a quienes no la tienen.

»Esta olla no es para cocerte a ti, sino a las ratas.

La estaba observando, por lo que percibió cómo sus ojos azules parpadeaban. Era la reacción que estaba esperando.

—Ratas. Espero que no seas tan estúpido para pensar que sólo por ser mujer temo a las ratas. Yo no soy una mujer normal como las que has conocido hasta ahora. Yo solía tener ratas por mascota.

—¿No me digas? Qué mal mientes. Mi querida, cariñosa y apasionada esposa me explicó que tienes pavor a las ratas.

Cara no dijo nada por temor a demostrar su miedo. Pero Drefan lo vio igualmente en sus ojos.

—He traído un saco lleno de ratas. Ratas grandes y gordas.

—Viólame de una vez. Empiezo a aburrirme.

—Ya te lo he dicho: yo no violo. Las mujeres me piden que las tome, me lo suplican. No, Cara —prosiguió, bajándose tranquilamente los puños adornados con volantes—, te tengo preparada otra cosa. Quiero que me digas dónde puedo encontrar a mi amado hermano.

La mord-sith giró la cabeza.

—Nunca. Empieza con la tortura antes de que me duerma y me la pierda.

—¿Lo ves? Como ya te he dicho, las mujeres siempre me lo piden.

Apretó la olla de hierro contra la barriga de Cara y enlazó una cadena alrededor de su cintura para evitar que la olla se moviera. Luego pasó con dificultad un dedo por debajo del borde para comprobar que quedaba bien apretada.

A continuación deshizo el burdo nudo en la cadena para meter las ratas debajo de la olla. Cara no se inmutó cuando metió la primera. Luego, sujetando a la segunda por el pescuezo, se la acercó a la cara para que viera cómo se debatía y chillaba.

—¿Lo ves, Cara? Lo que te prometí: ratas. Unas señoras ratas.

—Creo que me gusta —replicó Cara, aunque la frente se le perlaba de sudor—. Me hacen cosquillas en el estómago. Quizá me duerma.

Drefan introdujo la segunda y luego una tercera. Ya no cabían más. Asió la cadena y la tensó.

—Cosquillas, ¿eh? —se burló—. Me parece que te mantendrán muy despierta, Cara. Muy despierta y con muchas ganas de hablar y traicionar a Richard. Las rameras no tenéis honor. Lo traicionarás.

—Berdine llegará pronto y te despellejará vivo. Drefan no picó.

—Vi cómo relevabas a Berdine. Te reduje justo después de que se marchó. Tardará unas horas en volver. Pero si vuelve antes, le daré lo mismo que a ti.

Con unas tenazas cogió un gran carbón candente de una bandeja colocada sobre muchas velas y lo dejó caer encima de la olla de hierro. El fondo del recipiente tenía patas, por lo que el carbón no cayó.

—¿Sabes qué va a pasar, Cara? Pues que los carbones calentarán esta olla de hierro, la calentarán mucho. —La miró directamente a los ojos—. Y a las ratas no va a gustarles. Querrán salir.

La respiración de Cara se aceleró. Gotas de sudor le caían por el rostro. ¿Dónde estaban ahora sus valientes palabras? Se había quedado en silencio.

—Cuando el interior de la olla se caliente, les entrará el pánico y querrán salir a toda costa. Adivina por dónde saldrán, Cara.

La mord-sith no tenía ninguna respuesta altiva para llenar el silencio. Drefan se sacó el cuchillo y con el mango dio golpecitos a la olla.

—¿Cómo va ahí dentro, amiguitas?

Cara se encogió. Drefan sonrió cuando la mord-sith posó la mirada en él y lo observó. Veía miedo en sus ojos. Miedo de verdad. Dejó caer media docena más de carbones candentes sobre la olla.

—¿Dónde está Richard?

Cara guardaba silencio. Drefan fue colocando más carbones hasta formar una bonita pila redondeada. La base de la olla no admitía más.

Se inclinó sobre ella y la miró a los ojos. Cara estaba pálida como la cera. El sudor le cubría el rostro y el pecho.

—¿Dónde escondéis a Richard, malditas putas?

—Estás loco, Drefan. Esto no me gusta nada, aunque si es así como voy a morir, lo acepto. Pero nunca traicionaré a lord Rahl.

—¡Yo soy lord Rahl! ¡Cuando me libre de mi hermano no quedará nadie que cuestione mi autoridad! Soy el hijo de Rahl el Oscuro y el amo legítimo de D'Hara.

Cara giró la cabeza. Drefan vio que tragaba saliva. Los pies le temblaban. Aunque intentaba respirar acompasadamente, su respiración se veía interrumpida por jadeos. Drefan se rió entre dientes.

—Te lo volveré a preguntar cuando las ratas empiecen a roerte la barriga para escapar de su ardiente prisión de hierro. Cuando sus afiladas garras empiecen a hurgar en tu interior. Cuando empiecen a abrirse paso en tus entrañas para salir.

El cuerpo de Cara se sacudió una vez y luego otra. Abrió los ojos desmesuradamente, clavando la vista en el techo, luchando para que no se le escapara un gemido. Drefan miró más abajo y vio una gota de sangre que se escurría por debajo de la olla y le bajaba por el costado.

—Bueno, parece que ya quieren salir. ¿Estás dispuesta a hablar?

Cara le escupió y ahogó un grito. Tenía los ojos azules muy abiertos, fijos en el techo. Temblaba de la cabeza a los pies.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron al mismo tiempo. Comenzó a resollar. Las lágrimas se le acumulaban en los ángulos de los ojos y le corrían por las mejillas.

Estaba sintiendo todo lo que las ratas, desesperadas y frenéticas, le hacían: los mordiscos, los dientes que roían, las garras que se hundían en su carne.

Lanzó un breve chillido, agudo, estridente, entrecortado.

Drefan lo oyó con embeleso. Sabía que eso era sólo el comienzo. Aunque Cara hablara, no tenía ninguna intención de poner fin a la tortura. Deseaba más que nada oír sus gritos. Gritos reales, nacidos de las entrañas.

Cara lo complació lanzando el primero.

Gracias a su singular percepción, captó otro detalle: nuevamente su actitud vigilante se veía recompensada. Sonriendo se volvió hacia el pozo de la sliph.

—Respira.

Kahlan expulsó a la sliph, pero antes incluso de tomar aire supo que algo iba mal.

Un grito desgarrador resonó en la estancia de piedra. Kahlan tuvo la impresión de que los tímpanos le iban a estallar.

Al emerger de la sliph unas manos grandes y fuertes la agarraron sin darle oportunidad de reaccionar. Kahlan hizo esfuerzos para orientarse, para comprender lo que estaba pasando mientras un remolino de luz y sonido giraba súbitamente a su alrededor.

Las manos le arrebataron el libro. Un brazo le rodeó el cuello, mientras que un poderoso puño le aferraba el brazo. Notó cómo le ataban las manos.

Cuando la sacaron a la fuerza del pozo, pese a que ella daba patadas y se retorcía para tratar de liberarse, una pesadilla se hizo realidad. Un puñetazo en el vientre la dejó sin aliento y dejó de resistirse. Las rodillas se estrellaron contra el suelo. Tuvo la impresión de que los brazos se le iban a descoyuntar cuando se los retorcieron a la espalda.

Instintivamente trató de acceder a su poder de Confesora, pero al no conseguirlo recordó que los espíritus se lo habían quitado para que se casara con Drefan. Así pues, estaba indefensa. Y Drefan era su atacante.

Cara estaba allí, en el suelo, con las muñecas atadas por encima de la cabeza y la cuerda sujeta a un clavo en la pared. Los tobillos, también unidos con cuerdas, estaban extendidos hacia la pared de enfrente. Tenía una olla de hierro encima de la barriga, asegurada con una cadena. Kahlan percibió un olor tan horrible de carbones al rojo y de carne quemada, que tuvo ganas de vomitar.

Drefan le ató las muñecas mientras le presionaba el brazo con la rodilla. Kahlan trató de morderle una pierna, y él le propinó tal revés en la cara que por un momento su visión quedó reducida a un puntito. No obstante, luchó por mantener ese puntito de visión y no desmayarse. Sabía que si lo hacía, estaba perdida.

Cayó de bruces contra el suelo de piedra con los brazos atados a la espalda y, por tanto, incapaz de amortiguar la caída. Drefan se abalanzó sobre su espalda, se le sentó encima y la mantuvo inmovilizada mientras le ataba las piernas. El peso de Drefan le impedía respirar. La nariz le sangraba, y la cuerda que le ataba las muñecas apretaba tanto que sentía un hormigueo en los dedos.

Cara chilló. Fue el grito más intenso que Kahlan había oído en toda su vida. Fue como si una infinidad de agujas heladas se le clavaran en el cerebro. Incluso la cara le dolía.

Por debajo del borde de la olla manaba sangre. Cara sacudía el cuerpo y se revolvía. Luego se tensó y volvió a gritar.

—¿Dónde está Richard? —le preguntó Drefan, levantándole la cabeza por el pelo.

—¿Richard? Richard está muerto.

Un puñetazo en los riñones le arrancó un gruñido. Le fallaba la respiración. Drefan se dirigió a Cara.

—¿Ya estás lista para hablar? ¿Dónde habéis escondido a Richard?

La única respuesta de Cara fue un grito que ponía los pelos de punta. Cuando acabó, la mord-sith jadeaba de dolor.

—¿Por qué se lo dijisteis? —sollozó—. ¿Por qué le contasteis lo de... las ratas? Por todos los espíritus, ¿por qué se lo dijisteis?

El terror bloqueó el aire en los pulmones de Kahlan.

Sangre, vívidamente roja en comparación con la piel blanca, manaba en regueros por debajo de la olla y se deslizaba por el costado de Cara. Los carbones apilados encima humeaban. Kahlan distinguió una patita ensangrentada que se agitaba bajo el borde de la olla colocada encima del estómago de Cara. De pronto lo entendió y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no vomitar.

Cara gritaba como una histérica y se debatía violentamente, tratando de librarse de las cuerdas ensangrentadas.

En un acceso de furia, Kahlan se retorció hacia adelante, hacia la cadena, para soltarla, si era preciso con los dientes, y quitar la olla de hierro de encima de Cara. Pero Drefan la levantó cogiéndola por el pelo.

—Ya te llegará tu turno, esposa mía.

La arrojó hacia atrás. Kahlan se estrelló contra la pared y se fue deslizando hacia abajo, hasta acabar sobre algo duro y afilado. El dolor le llenó los ojos de lágrimas hirientes. Era la bolsa de Nadine, llena de los curiosos recipientes de cuerno. Se sacudió y retorció hasta deslizarse a un lado, apartándose de la bolsa, y recuperar la respiración.

Drefan posó en ella sus ojos, idénticos a los de Rahl el Oscuro.

—Si me dices dónde está Richard, soltaré a Cara.

—¡No se lo digáis! —gritó Cara—. ¡No se lo digáis!

—No podría aunque quisiera —contestó Kahlan—. No sé dónde lo habéis escondido.

Drefan recogió el libro que Kahlan había llevado.

—¿Qué es esto?

Kahlan miró fijamente el libro negro y siniestro. Tenía que recuperarlo o Richard moriría.

—Bueno, ya no importa, ya no lo necesitarás.

—¡No! —gritó Kahlan al darse cuenta de lo que Drefan se proponía—. ¡Te lo ruego!

Drefan, sosteniendo el libro sobre el pozo de la sliph, volvió los ojos hacia ella.

—Dime dónde está Richard. —Sonrió, enarcando una ceja—. ¿No?

Lo dejó caer. Kahlan sintió que su corazón se hundía al mismo tiempo que el libro. La sliph, a la que tanto le gustaba observar a la gente, había desaparecido. Probablemente los gritos la habían asustado.

—Drefan, suelta a Cara, por favor. Te lo ruego. Ya me tienes a mí. Haz lo que quieras conmigo, pero, por favor, suéltala.

Drefan esbozó la sonrisa más malvada que Kahlan hubiese visto. Era idéntica a la de Rahl el Oscuro.

—Oh, no te preocupes. Pienso hacer contigo lo que me plazca. Cuando sea el momento. ¿Cómo va con las ratas, Cara? ¿Estás lista ya para hablar?

Cara lo maldijo entre dientes. Drefan metió una mano en el saco y sacó una rata sujetándola por el pescuezo. A continuación se la acercó al rostro mientras Cara trataba de girar. Drefan la bajó más. La rata, chillando y retorciéndose, arañó con sus garras el rostro de la mord-sith, tratando desesperadamente de soltarse y dejando marcas rojas en las mejillas, la barbilla y los labios de Cara.

—Por favor —gimió ella—. ¡Por favor, quítamelas de encima!

—¿Dónde está Richard?

—Queridos espíritus, por favor, ayudadme. Ayudadme. Ayudadme —musitaba Cara una y otra vez.

—¿Dónde está Richard?

Cara se sacudió violentamente.

—¡Mamá! —chilló—. ¡Ayúdame! ¡Mamá! ¡Quítamelas de encima! ¡Mamaaaaaa!

Cara volvía a estar encerrada en una jaula con ratas, sola, aterrada y dolorida. Volvía a ser una niña indefensa que lloraba llamando a su madre y le pedía que la consolara y protegiera.

Kahlan lloró por ella. Era culpa suya. Ella le había explicado a Drefan que Cara tenía pavor a las ratas.

—¡Cara, perdóname! ¡No lo sabía!

Cara se debatía contra sus ligaduras. Se había convertido en una niña pequeña que suplicaba a su madre que ahuyentara a las ratas.

Kahlan trató de liberar una mano. Sólo necesitaba una libre. Pero Drefan se las había atado con fuerza. Kahlan daba tirones y retorcía las manos. Sentía un hormigueo en los dedos, y la basta cuerda se le clavaba en las muñecas.

Apretó las muñecas contra la bolsa de Nadine buscando algo afilado para cortar la cuerda. La bolsa era de tela con un asa de madera pulida.

La bolsa. Kahlan se inclinó a un lado y con los dedos buscó el botón que la mantenía cerrada. Lo encontró y trató de deslizarlo por el ojal, pero tenía los dedos entumecidos y los brazos torcidos en un ángulo que le impedía moverlos como era debido. Hincó la uña del pulgar en el botón, intentando engancharlo hacia un lado y hacerlo pasar. Finalmente, lo logró.

Inmediatamente revolvió los contenidos de la bolsa. Quería sacarlos para verlos. Cada agudo lamento de Cara la hacía estremecerse. Cada vez que le pedía a gritos a su madre que la salvara de las ratas, Kahlan tenía que contener un sollozo.

Alzó la vista y vio a Drefan que pasaba una rata por el rostro de la mord-sith. A otra le había roto el cuello y la había colocado encima de la garganta. Kahlan apretó los dientes y con los dedos sacó los cuernos de la bolsa.

Cara era su hermana del agiel. Tenía que ayudarla. La única esperanza que tenía Cara era ella. Torció el cuello para intentar ver las marcas en los cuernos. No encontraba el que buscaba.

Con los dedos palpó los símbolos grabados en los recipientes. Al notar uno que le pareció el correcto sus esperanzas se dispararon, pero inmediatamente se hicieron trizas al notar que eran tres círculos. Iba apartando los cuernos a medida que los descartaba.

En el fondo de la bolsa encontró otro. Con los dedos resiguió las marcas, que formaban un círculo. Siguió palpando y encontró otro círculo y una línea recta que lo atravesaba.

Sujetó el cuerno entre las yemas de los dedos y torció el cuello, tratando de ver si era el correcto. Cara chilló, y Kahlan dejó caer el cuerno. Ladeó el cuerpo para verlo en el suelo.

Vio dos círculos grabados en el cuerno y una línea horizontal que los atravesaba a ambos. Era el correcto, el que contenía pimienta canín.

Nadine le había advertido que no le quitara el tapón de madera y que, sobre todo, no le tocara la cara ni los ojos. Según Nadine, tenía la propiedad de inmovilizar a una persona durante unos minutos y dejarla indefensa.

Cogió de nuevo el cuerno con los dedos y trató de quitar el tapón de madera. Pero estaba encajado con fuerza para evitar que la peligrosa sustancia que contenía se derramara.

Kahlan tenía los dedos entumecidos y casi sin fuerzas. Apretó los dientes, esforzándose. Sólo quería aflojarlo y no sacarlo del todo, pero debía comprobar si podía.

Pero con las manos atadas a la espalda no podría arrojárselo. Desesperada, pensó en una posible solución. Tenía que hacer algo o Cara moriría pronto. Y entonces Drefan se dedicaría a su amada esposa.

Cara gemía en medio del tormento.

—Por favor, mamá, aparta a las ratas de Cari. Por favor, mamá, por favor. Ayúdame, por favor, ayúdame.

Los gritos suplicantes y aterrorizados estaban destrozando el corazón de Kahlan. Ya no podía esperar más. Cuando llegara el momento tendría que improvisar. Debía actuar ya.

—¡Drefan!

—¿Vas a decirme dónde está Richard? —preguntó, volviéndose hacia ella.

Kahlan recordó algo que Nathan le había dicho: «Si de verdad quieres salvar a Richard, debes darle a su hermano lo que realmente desea». Tal vez eso salvaría a Cara.

—¿Richard? ¿Y quién quiere a Richard? Sabes perfectamente que es a ti a quien deseo.

Drefan sonrió con aire satisfecho; no estaba sorprendido en absoluto.

—Pronto, querida, muy pronto. Puedes esperar.

Y se volvió hacia Cara.

—¡No, Drefan! No puedo esperar. Te quiero ahora. Te necesito. Ya no puedo aguantar más ni seguir fingiendo. Te necesito.

—Acabo de decirte que...

—Como tu madre. —Drefan se quedó helado—. Te deseo como la puta de tu madre deseaba a tu padre.

La expresión de Drefan se ensombreció. Como un toro al que acaban de pinchar se dirigió hacia ella, atravesándola con la penetrante mirada de sus ojos azules.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes perfectamente qué quiero decir. Quiero que me poseas, como tu padre poseía a tu madre. Quiero que me tomes de ese modo. Sólo tú me puedes dejar satisfecha. Hazlo. Hazlo ahora mismo. Te lo ruego.

Drefan se irguió todo lo alto que era; enorme e imponente. Tenía los músculos en tensión y se le marcaban. La miraba con el gesto torvo típico de los Rahl.

—Lo sabía —susurró—. Lo sabía. Sabía que finalmente te rendirías a tu sucia perversión.

Volvió la vista hacia Cara y vaciló.

—Sí, tienes razón. Tú siempre tienes razón, Drefan. Eres más listo que yo. Tenías razón desde el principio. Ya no puedo seguir engañándote. Dame lo que quiero. Dame lo que necesito. Por favor, Drefan, te lo suplico. Te necesito.

La expresión de la cara de Drefan era aterradora. Era la locura. De haber podido esconderse debajo de una piedra, Kahlan lo habría hecho.

Drefan se sacó el cuchillo que llevaba al cinto mientras se humedecía los labios con la lengua. Echó a andar hacia ella.

Kahlan no se imaginaba hasta qué punto sus palabras habían surtido efecto. Presa de súbito pánico, trató desesperadamente de sacar el tapón de madera. No sólo el rostro de Drefan, sino también el modo en que se movía habían cambiado por completo. Se había convertido en un monstruo enfurecido que iba a por ella. Sus ojos entrecerrados reflejaban un odio bestial y salvaje hacia ella.

Kahlan tragó saliva. Notaba una bola de terror que le subía hasta la garganta. Queridos espíritus, ¿qué había hecho? Movió los pies contra el suelo de piedra para alejarse de él. Pero tenía la espalda pegada a la pared.

¿Cómo iba a arrojarle el polvo a la cara? «Queridos espíritus —rezó mentalmente—, ¿qué voy a hacer.»

Tiró del tapón con todas sus fuerzas. Por fin cedió. Drefan hincó una rodilla a su lado.

—Dime cuánto deseas que te dé placer.

—¡Sí! Te deseo. Ahora mismo. Dame el placer que sólo tú puedes darme.

Drefan levantó el cuchillo y se inclinó hacia ella.

Kahlan se impulsó hacia adelante, se retorció y rodó a un lado con tanta fuerza como pudo y, mientras seguía girando para quedar boca abajo, le arrojó todo el contenido del cuerno.

Tendida sobre la piedra no podía ver, por lo que no sabía si había fallado, si el polvo aceitoso había salido del cuerno, si tenía el cuerno vuelto del revés, si Drefan estaba lo suficientemente cerca. Aguantó la respiración esperando sentir una puñalada de un momento a otro, imaginándose que se acercaba, sabiendo que se acercaba. Casi sentía el aguzado filo clavándose en su carne. Luchó contra el pánico de no saber dónde iba a apuñalarla.

Drefan se tambaleó hacia atrás. Kahlan volvió la cabeza y vio que caía de espaldas. En el suelo comenzó a retorcerse, tratando de respirar.

Kahlan se dio rápidamente media vuelta y corrió hacia Cara. Quería dar un rodeo alrededor de Drefan, pero no tenía mucho espacio. Una mano del hombre la agarró por el tobillo. Kahlan pataleó para soltarse.

Pero los dedos de Drefan cada vez apretaban más. Tenía mucha fuerza y la estaba arrastrando hacia él. Jadeaba y con la otra mano la buscaba a tientas. Estaba ciego.

Kahlan vio polvo de color amarillo en la mejilla y el cuello de él. No había acertado directamente en los ojos, como era su intención, ni en la boca, ni en la nariz. Sólo en un lado de la cara, y sólo un poco. Ignoraba cuánto tiempo lo mantendría parcialmente fuera de juego, aunque suponía que no sería mucho.

«Por favor, espíritus, que sea suficiente.»

El cuerno había quedado al otro lado de Drefan, fuera de su alcance.

Cuando Drefan le tiró de la pierna, sumó todas sus fuerzas al tirón del hombre para adquirir impulso y propinarle una patada formidable en la cara. La bota impactó contra una oreja y se la arrancó en parte. Drefan soltó un bramido y le soltó el tobillo.

Kahlan se empujó desesperadamente con los pies, tratando de alejarse de los dedos de Drefan. Finalmente se puso fuera de su alcance y chocó contra Cara. Kahlan se incorporó, aún sentada, y retrocedió rápidamente hacia la mord-sith.

—Aguanta, Cara. Por favor, aguanta. Estoy aquí. Te las quitaré, lo juro. Te las quitaré de encima.

—Por favor, mamá —gimió Cara—. Me duele tanto... Duele. Duele.

Kahlan puso los pies debajo del cuerpo para levantarse lo suficiente. Estiró el cuello, mirando por encima del hombro, intentando ver lo que hacía. Cogió la cadena. Estaba tan caliente que la soltó. No obstante, se obligó a asirla de nuevo, aunque le quemaba los dedos, y comenzó a forcejear con el nudo de hierro, sacudiendo, retorciendo, tirando.

Con los dedos que le ardían notó cómo un eslabón se deslizaba y la cadena se aflojaba. Por el rabillo del ojo echó un vistazo a Drefan; aún le costaba respirar, pero ya había estirado las piernas. Colocó los brazos a los lados. ¿Qué estaba haciendo?

Kahlan notó cómo un eslabón por fin cedía. Agitó la cadena para aflojar el nudo y disponer de más margen para deshacerlo del todo. Otro eslabón se deslizó. La cadena se aflojó más. Kahlan tiraba de la cadena, negándose a soltarla por mucho que el hierro caliente le estuviera quemando los dedos.

La respiración de Drefan se normalizaba. Estaba totalmente inmóvil. ¿Qué hacía?

Lanzó un grito de alegría cuando la cadena cayó de un lado de la olla con un entrechocar metálico. De espaldas a Cara, pasó los dedos por debajo del borde de la olla al rojo y la levantó hacia arriba y atrás, alejándola de Cara.

Las ratas, cubiertas de sangre, cayeron al suelo, donde se agitaron y se revolvieron un momento, tratando de enderezarse, y huyeron enseguida.

Kahlan casi lloraba de alegría.

—Te las he quitado, Cara. Ya no las tienes.

La cabeza de Cara giraba de un lado a otro. Tenía los ojos en blanco y murmuraba incoherencias. Al mirarle el estómago por encima del hombro, tuvo que desviar los ojos para no vomitar.

Rápidamente buscó las manos de Cara. Haciendo un esfuerzo frenético, hincó las uñas en la cuerda, pero la misma Cara al forcejear se había apretado tanto los nudos, que a Kahlan le resultaba imposible deshacerlos. No lo lograría. Tendría que cortar la cuerda.

El cuchillo de Drefan había caído al suelo, cerca de él. Drefan continuaba totalmente inmóvil. Tenía que coger ese cuchillo y cortar las cuerdas de Cara y las suyas, antes de que Drefan se recuperara.

Kahlan clavó los talones en el suelo y se lanzó hacia el cuchillo. Se dio media vuelta y lo buscó a tientas con los dedos.

Drefan se puso de pie, la agarró por la cintura y la levantó como si no pesara nada. Luego le puso el cuchillo delante de la cara.

—La pimienta canín es una sustancia muy desagradable. Menos mal que sé cómo manipular mis auras para vencer los efectos. Y ahora, mujerzuela mía, ha llegado la hora de que pagues por tu perversión.

30

Richard se tambaleó hacia el cuarto de la sliph. Desde otra habitación, no muy lejos, donde Cara y Berdine lo habían escondido, había oído los gritos. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado sin sentido, ni tampoco de cuánto hacía que lo habían llevado allí, pero se había despertado con los chillidos.

Alguien necesitaba ayuda. Cuando sonó el último chillido supo quién era: Kahlan.

El corazón le martilleaba dolorosamente. Le dolía todo el cuerpo. No se veía capaz de levantarse, pero lo hizo. No creía que pudiese andar, pero también lo hizo. Era necesario.

Iba descalzo y sin camisa. Solamente llevaba los pantalones. Sabía que en la parte inferior del Alcázar hacía frío, pero él estaba cubierto con una pátina de sudor y tan acalorado que apenas podía respirar.

Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para avanzar. Se irguió, apoyó una mano en la jamba de la puerta del cuarto de la sliph y entró.

Drefan lo miró. Sostenía a Kahlan con un brazo alrededor de la cintura y tenía un cuchillo en la otra mano. Cara estaba tendida a un lado en el suelo, atada con cuerdas y con el abdomen desgarrado. Aún vivía, pero sufría los estremecimientos de la agonía.

Richard no comprendía qué pasaba.

—En nombre del Creador, Drefan, ¿qué es todo esto?

—Richard —replicó su hermano con sorna—. Justo el hombre que andaba buscando.

—Bueno, ya estoy aquí. Suelta a Kahlan.

—Lo haré, hermanito. Muy pronto. Es a ti a quien quiero.

—¿Por qué?

Drefan enarcó las cejas.

—Para ser restituido como lord Rahl. Es mi legítimo lugar. Las voces me lo dijeron. Mi padre me lo dijo. Yo seré lord Rahl. Nací para serlo.

La peste era un zumbido lejano en la mente y el cuerpo de Richard, aunque también esa escena le parecía un sueño.

—Suelta el cuchillo y ríndete, Drefan. Todo ha acabado. Suelta a Kahlan.

Drefan se echó a reír. Inclinó la cabeza hacia atrás y se rió a mandíbula batiente. Cuando recuperó la compostura entornó los ojos con una determinación aterradora.

—Kahlan me desea. Me lo ha suplicado. Sabes que digo la verdad, mi querido hermano. Viste cómo es. Es una puta, como todas las demás. Como Nadine. Como mi madre. Tiene que morir, como las demás.

Richard miró a Kahlan a los ojos. ¿Qué estaba pasando? Por todos los espíritus, ¿cómo iba a salvarla de Drefan?

—Te equivocas, Drefan. Tu madre te quería; te llevó a un lugar a salvo de Rahl el Oscuro. Ella te quería. Por favor, suelta a Kahlan. Te lo suplico.

—¡Ella me pertenece! ¡Es mi esposa! ¡Haré con ella lo que me plazca!

Drefan clavó el cuchillo en la parte baja de la espalda de Kahlan. Richard se encogió al oír que el arma tocaba hueso. Kahlan soltó un quejido y los ojos se le desorbitaron por la impresión. Drefan la soltó. Kahlan cayó de rodillas y se desplomó a un lado.

Richard trataba desesperadamente de entender lo que pasaba. Dudaba si era realidad o un sueño. Había estado teniendo tantos sueños, tantas pesadillas... Ésa era como las otras, aunque diferente. Richard dudaba incluso de si seguía vivo. La habitación se desdibujaba ante sus ojos.

Drefan desenvainó la Espada de la Verdad. El sonido metálico que Richard tan bien conocía resonó en el cuarto de piedra, accionando un resorte que lo despertó en medio de una pesadilla. Richard percibió la furia de la espada, su magia, en los ojos de Drefan.

—Yo estoy bien, Richard —dijo Kahlan jadeando, mientras alzaba la vista hacia él—. Estás desarmado. Sal de aquí. Vete. Te quiero. Por favor, hazlo por mí. Corre.

La furia que reflejaban los ojos de Drefan palidecía ante la rabia que había inundado el corazón de Richard.

—Deja esa espada ahora mismo, Drefan, o te mataré.

Drefan hizo un barrido con la espada.

—¿Cómo? ¿Con tus propias manos?

Richard recordó vívidamente las palabras de Zedd cuando le entregó la Espada de la Verdad: la espada no era más que una herramienta; el Buscador era el arma. El auténtico Buscador no necesitaba la espada.

—Sí —contestó, dando un paso adelante—, con mis manos y con el odio de mi corazón.

—Disfrutaré matándote, por fin, Richard. Incluso aunque no tengas arma.

—Yo soy el arma.

Richard corría. La distancia entre ellos se redujo a una alarmante velocidad. Kahlan le gritó que se marchara, pero él apenas la oía. Para él no había marcha atrás.

Drefan levantó la espada por encima de la cabeza e inspiró aire, preparándose para descargarla sobre Richard. Ésa era la abertura que buscaba. Richard sabía que su golpe sería más rápido que el de Drefan con la espada. La voluntad de matar lo tenía en su puño de hierro; se había sumido en la danza con la muerte.

Drefan bramó de furia mientras iniciaba el movimiento descendente de la espada.

Richard hincó la rodilla izquierda en el suelo, a través de la abertura, y aprovechó el impulso hacia adelante y un giro del torso para añadir fuerza al golpe. Con los dedos extendidos y rígidos, proyectó el brazo hacia adelante con toda su fuerza.

Antes de que la espada lo tocara, Richard golpeó con la rapidez del rayo, atravesando con la mano el tejido blando de la cintura de Drefan. En un abrir y cerrar de ojos había llegado hasta la columna vertebral del rival y, con un tremendo tirón, la partió.

Drefan salió despedido hacia atrás, se estrelló contra el pozo de la sliph y cayó al suelo en medio de un charco carmesí cada vez mayor.

Richard se inclinó hacia Kahlan y le tomó la cara con la mano izquierda. No quería tocarla con la mano que había partido a Drefan. Kahlan jadeaba de dolor. Por el rabillo del ojo, Richard vio que el brazo de Drefan se movía.

—No siento las piernas, Richard. No siento las piernas. Por todos los espíritus, ¿qué me has hecho? —Su voz temblaba de pánico—. No puedo moverlas.

Richard se había sumido ya en la necesidad. Había olvidado cómo usar su poder, que fue el precio exigido para volver del Templo de los Vientos, pero lo había usado anteriormente. Había sanado antes. Él era un mago.

La cabeza le daba vueltas y tenía retortijones, pero no hizo caso; no podía permitir que eso lo detuviera.

Nathan le había enseñado que la manera de invocar su poder era a través de la necesidad, si era suficientemente grande, o a través de la ira, si era suficientemente intensa. Nunca su necesidad había sido mayor que entonces, ni su furia más intensa.

—Richard. ¡Oh, Richard!, te amo. Quiero que lo sepas, por si..., por si...

—Chisss —le dijo dulcemente. Kahlan tenía la cara ensangrentada y cortada. Se le partía el corazón verla sufrir y vencida por el pánico—. Te curaré. Quédate quieta, y yo te curaré.

—Oh, Richard, conseguí el libro. Pero lo perdí. Lo siento mucho, Richard. Lo tenía, lo tenía, pero ya no existe.

Richard captó con un sentimiento de congoja lo que le estaba diciendo; iba a morir. Nada podía salvarlo ya. Estaba perdido.

—Richard, por favor, ayuda antes a Cara.

—No. Creo que no tengo energía suficiente para curaros a ambas. —Para sanar tenía que absorber el dolor de la persona herida. Matar a Drefan lo había dejado casi agotado—. Tengo que curarte a ti.

Kahlan sacudió la cabeza.

—Por favor, Richard, si me quieres, haz lo que te pido. Ayuda a Cara. Lo que le hizo fue... culpa mía. Culpa mía. —Una lágrima le corrió por la mejilla—. Perdí el libro. No puedo salvarte. Cura a Cara. —Reprimió el llanto—. De ese modo estaremos juntos toda la eternidad.

Richard comprendió. Si ambos morían, estarían juntos en el mundo de los espíritus. Kahlan no quería seguir viviendo sin él. Richard la besó en la frente.

—Aguanta, Kahlan. No te rindas. Por favor, Kahlan, te quiero. No te rindas.

Se volvió hacia Cara. Tenía ya el estómago tan revuelto que lo que vio no lo afectó como lo hubiese hecho en circunstancias normales. No obstante, el sufrimiento de Cara sí que lo afectó profundamente.

Posó las manos en el abdomen de la mord-sith ensangrentado y desgarrado.

—Cara, estoy aquí. Resiste. Resiste por mí para que pueda ayudarte.

Cara no dio muestras de haberlo oído. Seguía hablando entre dientes y moviendo la cabeza de un lado a otro.

Richard cerró los ojos y abrió su corazón, su necesidad, su alma. Se fundió en la corriente de empatía. Su único deseo en esos momentos era sanar a Cara. Ella lo había dado todo por ellos. Richard ignoraba si le alcanzarían las fuerzas, pero se entregó en cuerpo y alma.

Se hundió en el remolino de tormento que experimentaba Cara. Sintió todo lo que ella sentía, sufrió con ella. Con los dientes apretados y conteniendo la respiración, fue absorbiendo cada vez más y más dolor, sin pensar en absoluto en su propio bienestar.

Su cuerpo se sacudía por el sufrimiento, y su mente gemía al sentirlo. Richard lo captó y pidió más. Lo quería todo. Lo exigía.

El mundo se convirtió en dolor que fluía, se retorcía y le corría por todo el cuerpo. Fue arrastrado por un río de dolor. Su ardiente calor le consumía el ser.

El tiempo perdió todo significado. Sólo existía dolor.

Cuando sintió que lo había absorbido por completo, liberó el flujo de su empatía y poder; su fuerza curativa, su corazón sanador.

Ignoraba cómo dirigirlo, así que simplemente dejó que fluyera dentro de Cara. Fue como si todo su ser se le escapara para llenar la necesidad de Cara. Ella era como una tierra reseca y yerma que comenzaba a empaparse de la lluvia dadora de vida.

Cuando por fin Richard abrió los ojos y levantó la cabeza, vio que sus brazos descansaban encima de la piel lisa del estómago de Cara. Volvía a estar como antes. Aunque aún no había reaccionado, estaba curada.

Entonces giró la cabeza y vio a Kahlan tumbada de lado, respirando con jadeos entrecortados. Mostraba un rostro ceniciento, cubierto de sangre y sudor, y los ojos medio cerrados.

—Richard —musitó al verlo inclinarse sobre ella—, desátame las manos. Quiero abrazarte cuando...

Cuando muriera. Eso era lo que iba a decir.

Richard cogió un cuchillo que vio y le cortó las ataduras. La furia había vuelto, aunque solamente era un resplandor lejano. Apenas veía ya lo que lo rodeaba, ni tampoco oía. Apenas podía verla a ella.

Cuando por fin tuvo las manos libres, Kahlan pasó un brazo alrededor del cuello de Richard y lo atrajo hacia ella. Richard tuvo que esforzarse para no caérsele encima.

—Richard, Richard, Richard —susurró—. Te quiero.

Cuando Richard iba a abrazarla reparó en el charco de sangre que crecía bajo ella. Su furia volvió a inflamarse, así como su necesidad.

La tomó en sus brazos y suplicó a los espíritus que la salvaran.

—Por favor, dadme la fuerza para curar a mi amada —musitó, ahogándose casi en sus propias lágrimas—. He hecho todo lo que me habéis exigido. Lo he sacrificado todo. Por favor, no me pidáis además que pierda a la mujer que amo. Me estoy muriendo. Dadme un poco de tiempo. Ayudadme.

Era todo lo que quería, todo lo que necesitaba mientras la abrazaba. Quería que Kahlan viviera, que estuviera bien y sana.

Sin soltarla, volvió a dejarse fluir en el torrente. Atrajo el dolor hacia sí, sin hacer caso del peligro, aceptándolo, absorbiéndolo con todas sus fuerzas.

Al mismo tiempo, dejó fluir su amor, su calor, su compasión.

Kahlan lanzó un grito ahogado.

Richard vio que sus propios brazos brillaban, como si un espíritu se hubiera introducido en su cuerpo. O quizá era él el espíritu, aunque no le importaba. Lo único que le importaba era sanar a Kahlan al coste que fuera. Pagaría cualquier precio.

Kahlan ahogó un grito al sentir el poder que la invadía. Notó un hormigueo en las piernas. Era la primera vez que las sentía desde que Drefan la había apuñalado.

Richard la rodeaba con sus brazos cálidos y amorosos, y parecía resplandecer.

En comparación con eso, el éxtasis que sentía en la sliph era una tortura. Eso iba más allá de cualquier cosa que hubiera sentido en su vida. Notaba el calor de Richard y su magia sanadora que le recorría todas las fibras del cuerpo.

Era como volver a nacer. En su interior brotaban la vida y la fuerza. De los ojos se le escapaban lágrimas de dicha mientras se abrazaba a Richard con todas sus fuerzas y notaba cómo la magia de él la llenaba por completo.

Cuando finalmente Richard se separó de ella, Kahlan podía moverse sin dolor. Podía mover las piernas. Se sentía entera y curada.

Richard le limpió la sangre de los labios, mirándola intensamente a los ojos.

Arrodillados en el suelo, juntos, Kahlan lo besó y notó el sabor de las lágrimas saladas de él.

Se apartó, aferrándole los brazos y sin apartar la mirada de sus ojos, como si lo viera bajo una nueva luz. Acababan de compartir algo inefable y que escapaba a su comprensión.

Kahlan se levantó y le ofreció una mano para ayudarlo. Richard levantó una mano hacia la suya, pero, de repente, cayó de bruces al suelo.

—¡Richard! —Se arrodilló junto a él y le dio la vuelta. Él apenas respiraba—. Richard. Por favor, Richard, no me dejes. ¡Por favor, no me dejes!

Se aferraba a sus hombros masculinos. Richard ardía de fiebre, tenía los ojos cerrados y su respiración era superficial y muy dificultosa.

—Oh, Richard, lo lamento tanto... Perdí el libro. Richard, por favor, te quiero. No mueras y me dejes sola.

—Toma. —Una voz resonó en el cuarto.

Kahlan levantó la cabeza. Era una voz que sonaba irreal. ¿A quién podía pertenecer? De repente lo supo. Giró rápidamente y vio la faz plateada de la sliph contemplándola. Su brazo de plata líquida sostenía el libro negro.

—El amo lo necesita. Tómalo —le dijo.

Kahlan no vaciló ni un segundo.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias, sliph!

Inmediatamente se arrodilló y buscó la arena de hechicero que Richard solía llevar en las bolsas de cuero, pero Richard no llevaba su ancho cinturón.

Corrió hacia Cara, que seguía atada de pies y manos. La mord-sith inclinaba la cabeza de un lado a otro y murmuraba entre dientes, como si aún no se hubiera dado cuenta de que Richard la había curado. Seguía perdida en la cárcel de su terror privado.

Zedd le había explicado que el don no curaba enfermedades de la mente.

—¡Cara! Cara, ¿dónde escondisteis a Richard? ¿Dónde están sus cosas?

La mord-sith no respondió. Kahlan recogió rápidamente el cuchillo del suelo y le cortó las ataduras. Cara se quedó inmóvil. Kahlan le cogió la cara con las manos, obligándola a mirarla.

—Cara, todo ha pasado. Las ratas se han ido. Se han ido. Estás a salvo. Richard te curó. Estás bien.

—Ratas —farfulló Cara—. Quítamelas. Por favor, por favor...

Kahlan la abrazó.

—Cara, ya no las tienes. Cara, soy tu hermana del agiel. Te necesito. Por favor, Cara, habla conmigo, por favor.

Cara se limitó a balbucir algo.

—Cara —sollozó Kahlan—, Richard morirá si no me ayudas. Hay miles de habitaciones en el Alcázar. Tengo que saber dónde lo escondisteis. Por favor, Cara, Richard te ayudó. Ahora él necesita tu ayuda o morirá. El tiempo apremia. Richard te necesita.

La mord-sith enfocó la mirada, como si estuviera despertando.

—¿Richard?

—Sí, Richard. De prisa, Cara. Necesito el cinturón de Richard. Lo necesito o morirá.

Cara bajó las manos y se frotó las muñecas. Los cortes causados por las cuerdas habían desaparecido. Se palpó el estómago. Incluso las viejas cicatrices habían desaparecido.

—Estoy curada —murmuró—. Lord Rahl me ha curado.

—¡Sí! Cara, te lo ruego, Richard se está muriendo. Tengo el libro, pero necesito lo que Richard lleva en el cinturón.

De repente, Cara se incorporó, se cubrió el pecho con el uniforme de cuero rojo y se abrochó dos botones para que no se abriera.

—El cinturón. Sí. Vos quedaos con él. Yo voy a buscarlo.

—¡De prisa!

Cara se levantó, se tambaleó un poco antes de recuperar el equilibrio y luego salió disparada. Kahlan abrazaba contra el pecho el libro mágico negro. Se inclinó sobre Richard. Apenas respiraba. Kahlan era consciente de que en cualquier momento podía exhalar su último aliento. Había agotado sus fuerzas para curarlas a ella y a Cara.

—Queridos espíritus, ayudadlo. Dadle un poco más de tiempo. Os lo imploro. Ha sufrido mucho. Por favor, dadle un poco más de tiempo para que pueda destruir este libro perverso.

Se inclinó sobre él y lo besó en los labios.

—Aguanta, Richard. Aguanta por mí, te lo suplico. Si puedes oírme, tengo el libro y sé cómo destruirlo. Por favor, aguanta un poco más.

Kahlan se arrodilló en un lugar limpio, cerca de la puerta, y abrió el libro por la tercera página, para estar preparada cuando Cara volviera.

Al mirar la página tuvo la visión de un paisaje yermo formado por arena y dunas que se extendían hasta el horizonte de la imagen espectral que emanaba del libro. Al fijarse en ese lugar yermo, vio runas en la arena, líneas que formaban dibujos geométricos.

La mirada se vio atraída hacia un dibujo de líneas que se arremolinaban y se retorcían. Allí, en las runas, había una luz que lanzaba destellos de todos los colores, brillantes, que la llamaban.

—¡Madre Confesora! —gritó Cara, zarandeándola—. ¿No me oís? Tengo el cinturón de lord Rahl.

Kahlan parpadeó y sacudió la cabeza, tratando de aclararse la mente. Rápidamente cogió el cinturón, soltó el botón de hueso de la solapa del compartimento en el que Richard guardaba la arena de hechicero, y dentro encontró la bolsita de cuero con la arena blanca.

Esparció una pizca de arena blanca en el libro con Cara detrás de ella, tocándole un hombro.

Los colores bulleron y se retorcieron, dando vueltas sobre ellos mismos. Kahlan apartó con dificultad la vista y metió de nuevo la mano en el compartimento, del que sacó la otra bolsita de cuero, la de la arena negra de hechicero. La abrió cuidadosamente usando los dedos. Dentro vio arena negra como la noche.

De repente, se detuvo, intranquila. Tenía la impresión de que olvidaba algo. ¡Las palabras! Nathan le había dicho que pronunciara las palabras, los tres repiques, antes de echar la arena negra. Tres palabras. ¿Cuáles eran?

No las recordaba. Trataba desesperadamente de rememorarlas, pero se escondían en los más recónditos recovecos de la mente. Los pensamientos se le enredaron en lazos de terror. Por mucho que lo intentara, no recordaba.

Richard se las había escrito en la palma de la mano. Kahlan se volvió para leerlas allí, pero lo que vio la dejó paralizada.

Drefan, apoyado contra el pozo de la sliph, en el mismo lugar en el que había caído, se aferraba de un modo u otro a un hilo de vida y empuñaba la espada. Richard estaba tendido en el suelo, a su alcance. Drefan se disponía a matarlo.

—¡No! —gritó Kahlan.

Pero la espada ya había iniciado el descenso. Una risa débil pero maníaca flotó en el aire.

Kahlan alzó un puño al aire invocando el rayo azul que protegiera a Richard, pero éste no llegó. Los espíritus le habían vedado el acceso a su poder.

Cara se abalanzaba ya hacia Drefan, pero estaba demasiado lejos. No iba a llegar a tiempo. La espada había recorrido ya la mitad del camino.

Un brazo plateado emergió del pozo y aferró el brazo de Drefan, inmovilizándolo. Kahlan contuvo la respiración. Otro brazo de plata líquida rodeó la cabeza de Drefan.

—Respira —susurró con una voz que prometía la satisfacción de la lujuria más desenfrenada y el éxtasis—. Deseo que me complazcas. Respira.

El pecho de Drefan se hinchó al inspirar a la sliph. Entonces se quedó inmóvil, manteniendo a la sliph en sus pulmones. La sliph lo soltó, y Drefan se desplomó de lado. Al espirar, soltó a la sliph. Pero ésta salió de su boca y su nariz no plateada, sino roja.

Kahlan sintió algo en sus entrañas, una liberación profunda y, de pronto, se unió de nuevo con su poder. Fue un reencuentro dulce que le hizo lanzar una exclamación de gozo íntimo y eufórico.

Drefan había muerto. «Mientras ambos viváis», habían dicho los espíritus. Su juramento ya no tenía valor. Los vientos le habían devuelto el poder.

Kahlan salió de su estupor cuando oyó un jadeo de Richard. De nuevo la asaltó el pánico, corrió a gatas hasta Richard y le dio la vuelta a la mano derecha, donde había escrito el mensaje. Le abrió los dedos a la fuerza.

Las palabras se habían borrado. El acto de partir a Drefan y su propia sangre habían borrado las palabras.

Kahlan gritó de rabia y frustración. Rápidamente volvió junto al libro abierto. No lograba recordar. La mente le dolía de frustración; no lograba recordar las palabras.

¿Qué iba a hacer?

Tal vez bastaría con echar encima el grano de arena negra. No. Sabía demasiado de magia para desoír las instrucciones de un mago como Nathan. Se apretó la cabeza con las manos, como si intentara sacar las palabras a la fuerza. Cara se arrodilló a su lado y la agarró por los hombros.

—Madre Confesora, ¿qué pasa? Tenéis que daros prisa. Lord Rahl apenas respira. ¡Rápido!

—No recuerdo las palabras —admitió Kahlan, llorando—. Oh, Cara, no las recuerdo. Nathan me las dijo, pero las he olvidado.

Volvió a gatear hacia Richard y le acarició la cara.

—Richard, despierta, por favor. Necesito esas palabras. Por favor, Richard, ¿qué palabras eran? ¿Qué tres palabras eran?

Richard luchó por tomar aire y jadeó por el esfuerzo. No iba a despertarse. No iba a salvarse.

Kahlan corrió de nuevo hacia el libro y cogió bruscamente la bolsa con arena negra. Tendría que hacerlo sin esas palabras. Tal vez funcionaría. Sí, funcionaría. Tenía que funcionar.

Las manos no le respondían. No, no podía hacerlo. Sin las tres palabras no daría resultado. Lo sabía. Se había criado entre hechiceros y conocía la magia; debía seguir las instrucciones de Nathan al pie de la letra. Sin las tres palabras no funcionaría.

Cayó hacia adelante, lanzando un gemido, y golpeó el suelo de piedra con los puños.

—¡No recuerdo las palabras! ¡No las recuerdo!

Cara le pasó un brazo alrededor, hizo que se sentara y la sujetó en un cariñoso abrazo.

—Calmaos e inspirad. Muy bien. Soltad el aire. Inspirad otra vez. Ahora imaginaos a ese hombre, a Nathan. Imaginad que os está diciendo las palabras y que vos os sentís muy feliz porque sabéis que podréis salvar a Richard.

Kahlan lo intentó. Puso tanto empeño que sintió deseos de gritar.

—No me acuerdo —sollozó—. Richard se morirá porque soy incapaz de recordar tres palabras estúpidas. No recuerdo los tres repiques.

—¿Los tres repiques? —preguntó Cara—. ¿Queréis decir Reechani, Sentrosi, Vasi? ¿Esos tres repiques?

—Sí —contestó Kahlan, atónita—. Ésos son los tres repiques: Reechani, Sentrosi, Vasi. ¡Reechani, Sentrosi, Vasi! ¡Los recuerdo! ¡Gracias, Cara! ¡Ahora los recuerdo!

Cogió un grano de arena negra de hechicero entre el pulgar y el índice.

—Reechani, Sentrosi, Vasi —repitió sólo por si acaso, y dejó caer el grano de arena negra en el libro.

Ambas mujeres contuvieron la respiración.

Lentamente, la habitación comenzó a zumbar. Era como si el aire danzara y vibrara. Del libro brotaban luces de todos los colores que se retorcían, giraban, palpitaban y latían. La luz crecía en intensidad junto con el zumbido, hasta que Kahlan tuvo que apartar los ojos.

Rayos de luz recorrieron los muros de piedra. Cara se cubrió el rostro con una mano, y Kahlan la imitó, pues la luz era tan intensa que no bastaba con desviar la mirada.

Entonces comenzó a crecer una oscuridad tan absoluta como la negrura de una piedra noche o la misma cubierta del libro. Éste absorbía de nuevo la luz y el color, hasta que la habitación quedó sumida en la oscuridad total.

En las profundidades de esa oscuridad absoluta nacieron unos gemidos tan terribles que Kahlan se alegró de no poder ver su origen. Los gemidos de las almas llenaron la habitación, dispersándose en un frenesí ciego y desesperado, girando en un remolino frenético, sin rumbo, salvaje.

Una risa distante que Kahlan, a su pesar, conocía muy bien se apagó en un lamento que se prolongó hasta el infinito.

Cuando la luz de las velas regresó, el libro había desaparecido dejando solamente un montoncito de ceniza.

Kahlan y Cara se precipitaron hacia Richard, que abrió los ojos. Aunque no tenía buen aspecto, parecía más alerta. Su respiración era más fuerte y regular.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Puedo respirar. La cabeza ya no me duele.

—La Madre Confesora os ha salvado —anunció Cara—. Como siempre os digo, las mujeres son más fuertes que los hombres.

—Cara —susurró Kahlan—, ¿cómo es que conocías los tres repiques?

Cara se encogió de hombros.

—El legado Rishi conocía las palabras junto con el mensaje de los vientos. Cuando dijisteis «los tres repiques», simplemente me vinieron a la mente a través de la magia de Rishi, del mismo modo que me llegaron los demás mensajes.

Kahlan hundió la cabeza en el hombro de Cara, profundamente aliviada, incapaz de expresar su gratitud con palabras. Con la misma empatía silenciosa, la mord-sith le acarició la espalda.

Richard parpadeó y cerró los ojos con fuerza, tratando de aclararse la mente. Cuando se incorporó, Kahlan fue a abrazarlo, pero Cara se lo impidió.

—Por favor, Madre Confesora, ¿me permitís que lo abrace yo primero? Me temo que, una vez que empecéis, ya no tendré oportunidad.

—Tienes mucha razón —repuso Kahlan con una sonrisa—. Abrázalo cuanto quieras.

Mientras Cara abrazaba a Richard y lo estrujaba con todas sus fuerzas, susurrándole palabras afectuosas y sentidas al oído, Kahlan se levantó y miró a la sliph.

—Nunca te lo podré agradecer suficientemente, sliph. Has salvado a Richard. Eres una amiga y tienes mi aprecio eterno.

La cara de la sliph se deformó en una sonrisa de satisfacción y miró el cuerpo de Drefan.

—No poseía magia, pero utilizó su talento para detener la hemorragia y vivir lo bastante como para intentar matar al amo. Quienes no tienen magia mueren al respirarme. Me alegra haberlo llevado al mundo de los muertos.

Richard se levantó sobre las piernas aún temblorosas y enlazó a Kahlan por la cintura.

—Sliph, también tienes mi gratitud. No se me ocurre qué puedo hacer por ti pero, si está en mi mano dártelo, pídeme lo que quieras.

—Gracias, amo. Me gustaría que viajaras conmigo. Te sentirás complacido.

Aunque todavía se tambaleaba, los ojos de Richard recuperaron su chispa.

—Sí, viajaremos. Primero tengo que descansar para recuperarme y recobrar las fuerzas, pero luego viajaremos, te lo prometo.

Kahlan cogió la mano de Cara.

—¿Estás bien? ¿Quiero decir si estás bien... de todo?

Cara hizo un gesto de asentimiento, aunque con la mirada atormentada.

—No me he librado de los fantasmas del pasado, pero estoy bien. Gracias por ayudarme, hermana del agiel. No ocurre a menudo que una mord-sith pueda confiar en que otros la ayuden, pero, con Richard como lord Rahl y vos como Madre Confesora, todo es posible.

»Mientras sanabais a la Madre Confesora relucíais, como si un espíritu estuviera con vos —dijo a Richard.

—Creo que los buenos espíritus me ayudaron. Estoy convencido.

—Yo reconocí al espíritu. Era Raina.

Richard asintió.

—Tuve la sensación de que era ella. Cuando estuve en el mundo de los espíritus, Denna me dijo que Raina está en paz y que sabe que la queremos.

—Creo que deberíamos decírselo a Berdine.

Richard abrazó también a Cara por la cintura y los tres juntos caminaron hacia la puerta.

—Sí, eso haremos.

31

Varios días después, cuando Richard se había recuperado casi por completo, Jorin Bashkar, rey de Jara y tío de Tristan Bashkar, llegó a Aydindril encabezando su compañía de lanceros reales. En cada una del centenar de lanzas que llevaban había clavada una cabeza.

Desde una ventana, Kahlan observó cómo los lanceros, bajo la atenta mirada de soldados d'haranianos, formaban un pasillo perfectamente recto a lo largo de la entrada del Palacio de las Confesoras. En las lanzas que sostenían los dos jinetes jarianos situados al principio, uno frente al otro, ondeaban las banderas de Estado. Jorin Bashkar, seguido por su astrólogo Javas Kedar, esperó hasta que los lanceros estuvieron perfectamente alineados, con sus armaduras relucientes bajo el sol, antes de desfilar majestuosamente hacia el palacio entre ambas hileras de cabezas inclinadas.

—Ve a buscar a Richard —ordenó Kahlan a Cara sin dejar de mirar por la ventana—. Que se reúna conmigo en la cámara del consejo.

Antes de que Kahlan tuviera tiempo de dar media vuelta para irse, Cara ya había salido por la puerta.

Kahlan Amnell, Madre Confesora, sentada en el sitial bajo las figuras de Magda Searus, la primera Madre Confesora, y su mago Merritt pintadas en la enorme bóveda que remataba la cámara del consejo, esperaba a su propio mago.

El corazón le dio un brinco al verlo entrar en el salón con la capa dorada ondeando a su espalda y vestido con las prendas negras ribeteadas de oro de mago guerrero. Se adornaba con un amuleto de oro y rubí que le pendía del pecho y sobre el que incidían los rayos de sol que atravesaba al caminar, así como con brazaletes de plata bruñidos y brillantes. La Espada de la Verdad que llevaba al cinto atrapaba la luz y emitía una estrella de luz solar que relucía en el suelo de mármol pulido.

—¡Buenos días, mi reina! —saludó, y su voz resonó en la enorme estancia—. ¿Disfrutando de vuestro último día de libertad?

Kahlan raras veces se reía en la cámara del consejo, pues siempre le había parecido poco apropiado. Pero entonces lanzó una risa cantarina que reverberó en el salón grande y tenebroso. Los guardias sonrieron.

—Estoy perfectamente, lord Rahl —respondió mientras él subía al estrado.

Cara y Berdine le pisaban los talones, seguidas a su vez por Ulic y Egan, que tomaron posiciones a ambos lados.

—¿Qué ocurre? —preguntó en tono más serio—. Me han dicho que el rey de no sé dónde acaba de llegar con un centenar de cabezas clavadas en lanzas.

—Es el rey de Jara. ¿Recuerdas? Le enviaste la cabeza de Tristan para exigir su rendición.

—Oh, ese rey. —Richard tomó asiento en una butaca junto a ella—. ¿De quién son las cabezas?

—Supongo que ahora lo averiguaremos.

Los guardias abrieron la puerta doble. La luz que entró perfiló las dos figuras que se acercaban. Al llegar frente al estrado, el rey extendió su capa violeta ribeteada de zorro blanco inmaculado e hincó una rodilla, ejecutando una profunda reverencia. Detrás de él, el astrólogo se inclinó apoyando ambas rodillas en el suelo.

—Levantaos, hijos míos —dijo Kahlan. Era la respuesta formal a la reverencia.

—Madre Confesora, me alegro de volver a veros —la saludó el rey Jorin.

Jorin era esbelto, con el pelo canoso meticulosamente cortado y echado hacia atrás como si estuviera siempre de cara al viento. Llevaba una espada de elegante vaina, se adornaba con cintas, fajín y

manto rojo y azul bordado con hilo de oro, así como con insignias con piedras preciosas, que hacían de él uno de los reyes más espléndidos que Kahlan conocía.

—Y yo me alegro de veros a vos, rey Jorin. Os presento a lord Rahl —dijo con un gesto—, amo del imperio de D'Hara, y mi futuro esposo.

El rey enarcó una ceja.

—Sí, eso tengo entendido. Mis felicitaciones.

—Os envié un mensaje —intervino Richard—. ¿Cuál es vuestra respuesta?

Kahlan pensó que aún le quedaba mucho trabajo por hacer para enseñar a Richard a comportarse con el debido decoro diplomático.

El rey se rió a carcajadas.

—Será un placer formar parte de un imperio liderado por alguien que no me abruma con palabrería vacía. —Levantó un pulgar señalando al astrólogo a su espalda—. No como otros.

—¿Significa eso que os rendís? —insistió Richard.

—Naturalmente, lord Rahl, Madre Confesora. Una numerosa delegación de la Orden Imperial llegó a Sandilar y nos invitó a unirnos a la Orden. Por indicación de Javas Kedar, mi astrólogo, esperábamos una señal. Tristan quiso llevar las cosas a su manera y tratar de cerrar un trato favorable con la Orden Imperial.

»Cuando estalló la peste pensamos que era una demostración del poder de la Orden y debo admitir que nos asustamos. Pero cuando lord Rahl eliminó la plaga, para mí fue señal suficiente. No dudo de que Javas descubrirá pronto la señal apropiada en el cielo que confirme mi decisión. Y si no, cambiaré de astrólogo.

Javas Kedar, rojo hasta la raíz de los cabellos, hizo una reverencia.

—Como ya dije a Su Alteza, como astrólogo real que soy, confirmaré vuestra decisión sin ningún problema.

—¡Más te vale! —replicó Jorin, mirándolo con ceño por encima del hombro.

—¿Y las cabezas? —preguntó Richard.

—De la delegación de la Orden Imperial. Os he traído sus cabezas para mostraros mi sinceridad. Quería demostraros que tomo esta decisión con convencimiento. Me pareció una respuesta adecuada para personas que no tienen nada de humanas y son capaces de iniciar una plaga de peste que mate indiscriminadamente. Con eso han dejado clara su verdadera naturaleza y que todo lo que dicen son mentiras.

Richard inclinó la cabeza delante del monarca.

—Os doy las gracias, rey Jorin.

—¿Quién ordenó que cortaran la cabeza a mi sobrino Tristan?

—Yo lo hice —contestó Richard—. Desde un balcón, con la Madre Confesora a mi lado, vi con mis propios ojos cómo Tristan entraba en la alcoba de la Madre Confesora y apuñalaba un camisón relleno con estopa que habíamos colocado en la cama. Él pensó que la apuñalaba a ella.

El rey se encogió de hombros.

—La justicia se aplica a todos, sin importar la condición. No os guardo ningún rencor. De todos modos, Tristan no servía bien a su pueblo. Espero con anhelo el día en que podamos librarnos de la amenaza de la Orden Imperial.

—Nosotros también. Con vuestra ayuda, ese día está ahora mucho más cercano.

Mientras el rey se retiraba para firmar los documentos y discutir aspectos de logística con el mando d'haraniano, Richard y Kahlan se levantaron para irse, pero un guardia los detuvo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Kahlan.

—Tres hombres solicitan ver a lord Rahl.

—¿Tres hombres? ¿Quiénes son?

—No han dado sus nombres, Madre Confesora, pero han dicho que son raug'moss.

Richard volvió a sentarse.

—Que pasen —ordenó.

Kahlan le cogió la mano por debajo del escritorio y se la apretó para darle ánimos, mientras tres figuras cubiertas con capas de lino, anchas capuchas echadas por encima de la cabeza y manos unidas al frente, se acercaban al estrado.

—Yo soy lord Rahl —declaró Richard.

—Sí —dijo el que estaba delante—, sentimos el vínculo. Os presento al hermano Kerloff —añadió señalando a un lado—, y al hermano Houck. —Al retirarse la capucha quedó al descubierto un rostro muy arrugado y una cabeza con pelo canoso que raleaba—. Yo soy Marsden Taboor.

Richard los observó con recelo.

—Bienvenidos a Aydindril. Me han dicho que queríais verme. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Estamos buscando a Drefan Rahl —contestó Marsden Taboor.

Richard pasó el pulgar por el borde del escritorio sin perder de vista a los tres hombres.

—Lo lamento, pero vuestro sumo sacerdote ha muerto —anunció.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada.

—¿Sumo sacerdote? —preguntó Marsden Taboor con gesto sombrío—. Yo soy el sumo sacerdote de los raug'moss, y no ha habido ningún otro desde que Drefan nació.

—Pero Drefan nos dijo que él era el sumo sacerdote.

Marsden Taboor se frotaba las sienes, buscando las palabras adecuadas.

—Lord Rahl, me temo que vuestro hermano era muy dado a... fantasear. Si os dijo que él era el sumo sacerdote de los raug'moss, os engañó por razones que no me atrevo a imaginar.

»Su madre nos lo entregó cuando era muy pequeño. Nosotros lo criamos, aunque sabíamos qué haría su padre si llegaba a descubrir que tenía un hijo sin el don. Drefan podía ser... peligroso. Cuando nos dimos cuenta lo mantuvimos confinado dentro de los límites de nuestra comunidad, para impedir que hiciera daño a alguien.

»No obstante, tenía talento para la curación, y nosotros siempre confiamos en que un día haría las paces consigo mismo. Confiábamos en que a través de la curación encontraría un camino para demostrar su valía por derecho propio.

»Hace poco desapareció. Varios de nuestros sanadores aparecieron muertos. Los habían asesinado de un modo terrible: torturándolos. Desde entonces, buscamos a Drefan. Lo hemos seguido, y allí por donde ha pasado ha dejado un rastro de mujeres asesinadas de manera similar.

»Drefan era muy desabrido con las mujeres. Tampoco su padre las trataba muy bien. Aunque físicamente Drefan escapó de su padre, me temo que en espíritu no lo consiguió.

»Espero y deseo que aquí no hiciera daño a nadie.

Richard reflexionó en silencio antes de contestar.

—Sufrimos una plaga de peste, una plaga terrible. Murieron miles de personas. Drefan, sin pensar en su propia seguridad, defendió los nobles ideales de los raug'moss y atendió sin descanso a los enfermos. Enseñó a otros lo que sabía y, gracias a eso, seguramente previno muchas muertes. A su propia manera, mi hermano ayudó a detener la plaga, y murió haciéndolo.

Marsden Taboor unió las manos al frente de nuevo escrutando los ojos de Richard.

—¿Así es como deseáis que sea recordado?

—Drefan era mi hermano. En parte gracias a él aprendí el poder del perdón.

Kahlan apretó la mano de Richard por debajo de la mesa.

—Gracias por recibirme, lord Rahl —dijo Marsden Taboor, e hizo una reverencia—. Tu luz nos da vida.

—Gracias —susurró Richard.

Los tres sanadores se iban ya cuando Marsden Taboor se volvió.

—Yo conocí a vuestro padre. Vos no os parecéis a él. Drefan sí se parecía. Muy poca gente llorará la muerte de vuestro padre o de vuestro hermano.

»Veo en vuestros ojos que, además de guerrero, sois un sanador, lord Rahl, un verdadero sanador. Al igual que un sanador, un mago debe mantener el equilibrio o está perdido. Por fin D'Hara tiene un buen líder. Si nos necesitáis, acudiremos.

Ulic lanzó un suspiro cuando la puerta se cerró.

—Lord Rahl, hay más representantes que también desean veros.

—Si es que ya estás bien —añadió Cara.

—Siempre hay alguien que quiere vernos. —Richard se levantó y ofreció su mano a Kahlan—. El general Kerson los recibirá. Nosotros tenemos algo más importante que hacer, ¿verdad?

—¿Estás seguro de que ya estás lo bastante fuerte? —inquirió Kahlan.

—Nunca he estado mejor. No habrás cambiado de idea, espero.

Kahlan sonrió mientras aceptaba la mano y se levantaba.

—Eso nunca. Si lord Rahl se ha recuperado por completo, ¿a qué estamos esperando? Yo lo tengo todo preparado.

—Ya era hora —murmuró Berdine.

Mientras esperaban a Richard, Kahlan trató de tranquilizar a Cara.

—La sliph no nos mentiría, Cara. Si ella dice que puedes viajar, es que puedes.

La sliph había probado a Cara, Berdine, Ulic y Egan, pues como guardaespaldas que eran todos querían ir con Richard y Kahlan para protegerlos.

Sólo Cara pasó la prueba de la sliph. Richard lo atribuyó a que había estado en conexión con el líder andoliano, el legado Rishi, que debía de tener elementos de ambos tipos de magia. Pero a Cara le disgustaba todo lo relacionado con la magia, y la sliph era tan mágica que le repelía.

Kahlan le susurró al oído:

—Has superado pruebas peores que ésa en esta misma habitación. Soy una hermana del agiel; no te soltaré las manos en todo el viaje.

Cara miró primero a Kahlan y luego a la sliph.

—Hazlo, Cara —suplicó Berdine—. Tú serás la única mord-sith presente en la boda de nuestro lord Rahl y de la Madre Confesora.

Cara se inclinó hacia Berdine. La frente le temblaba.

—Lord Rahl te curó una vez. —Berdine asintió—. ¿Desde entonces has sentido un vínculo, no sé..., especial con él?

—Sí. Por eso quiero que vayas. No te pasará nada. Sé que Raina también querría que fueras. Además —añadió, propinando un manotazo con el dorso de la mano a Ulic en el estómago—, alguien tiene que quedarse para mantener a raya a Ulic y Egan.

Los dos guardias pusieron los ojos en blanco.

Cara posó una mano sobre un brazo de Kahlan y se inclinó para susurrarle al oído:

—Desde que lord Rahl os curó... ¿También vos lo... habéis sentido?

Kahlan sonrió.

—Ya lo sentía antes de que me curara. Se llama amor, Cara. Es apreciar realmente a otra persona, no sólo porque estás vinculada a ella, sino porque compartís algo en el corazón. Cuando Richard te sanó, sentiste su amor por ti.

—Pero eso ya lo sabía antes.

Kahlan se encogió de hombros.

—Tal vez lo sentiste de manera más intensa.

—Es posible que lord Rahl sea un hermano del agiel —comentó Cara, haciendo rodar su agiel entre los dedos.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos, supongo que nos hemos convertido en una especie de familia.

Ése fue el momento elegido por Richard para entrar.

—Estoy listo. ¿Nos vamos ya?

Richard no podía llevar consigo la Espada de la Verdad cuando viajaba en la sliph, pues la magia de la espada lo mataría durante el viaje. Había ido a dejar la espada en el enclave del Primer Mago, donde estaría segura y nadie podría robarla. Excepto Zedd, claro. Pero Zedd había muerto. Al menos, eso pensaba Kahlan, aunque Richard estaba convencido de lo contrario.

—Bueno Cara, ¿vienes o no? —preguntó Richard—. Me encantaría que vinieras. Significaría mucho para los dos.

Cara sonrió.

—No me queda más remedio que ir. Vos sois incapaz de protegeros solo. Sin una mord-sith al lado, estaríais indefenso.

Richard se volvió hacia la cara plateada que los contemplaba.

—Sliph, sé que en otra ocasión te adormecí, pero no te mantuviste dormida. ¿Por qué?

—No me pusiste en un estado de sueño profundo del que sólo alguien como tú puedes despertarme, amo. Simplemente descansaba. Mientras descanso otros pueden llamarme.

—No podemos permitir que otros te utilicen. ¿No puedes negarte? ¿No puedes simplemente desoír su llamada? No podemos permitir que lleves por toda la Creación a los hechiceros de Jagang y a otra gente como ésa para que causen problemas.

La sliph lo miró con expresión pensativa.

—Quienes me crearon me hicieron así. Tengo que viajar con todos los que pueden pagar el precio de poder requerido. —Avanzó hacia el borde del pozo para estar más cerca de él—. Pero si estuviera dormida, sólo tú tendrías poder para llamarme, amo, y los otros no podrían utilizarme.

—Ya intenté dormirte y no funcionó.

Nuevamente la sliph sonrió.

—Antes no tenías la plata necesaria.

—¿Plata?

La sliph extendió un brazo y tocó los brazaletes.

—Plata.

—¿Quieres decir que cuando crucé las muñecas para adormecerte no funcionó porque no llevaba estos brazaletes? ¿Pero que si ahora lo hago, funcionará?

—Sí, amo.

Richard se quedó un momento pensativo.

—¿Te duele o algo así cuando te sumes en el sueño profundo?

—No. Para mí es el éxtasis, porque cuando duermo me reúno con el resto de mi alma.

—¿Qué? —exclamó Richard, asombrado—. ¿Cuándo te duermes vas al mundo de las almas?

—Sí, amo. Me está prohibido revelar cómo se me puede dormir, pero tú eres el único amo y, ya que deseabas saberlo, no te enojarás por habértelo dicho.

Richard lanzó un suspiro de alivio.

—Gracias, sliph. Nos has mostrado cómo impedir que te utilice quien no debe. Me alegra saber que estarás complacida de dormirte.

»Cuida de todo mientras estamos fuera —encargó Richard a Berdine, y la abrazó.

—Entonces, ¿me dejáis a mí al cargo?

—Los tres quedáis al cargo —replicó Richard, receloso.

—Lo has oído, ¿verdad, ama Berdine? —preguntó Ulic con retintín—. No quiero que más tarde digas que no has oído esas órdenes.

Berdine le hizo una mueca, mientras Richard ayudaba a Kahlan a encaramarse al pozo.

—Sí, lo he oído. Los tres estamos al cargo.

Kahlan se ajustó el cuchillo de hueso en el brazo y la mochila en la espalda. Luego cogió a Cara de la mano, encima del pozo.

—Sliph —dijo Richard con una amplia sonrisa—, deseamos viajar.

32

Respira.

Kahlan exhaló la embriagante sustancia plateada, inspiró aire y, con él, el mundo. Sentadas en el borde del pozo de la sliph, Kahlan palmeó a Cara en la espalda.

—Respira, Cara. Vamos, suéltala. Suelta a la sliph y respira.

Finalmente, Cara se dobló sobre sí misma, expulsó a la sliph de los pulmones y, de mala gana, tomó aire. Kahlan recordó cuánto le había costado la primera vez no sólo respirar a la sliph, sino después inspirar de nuevo aire. Durante todo el viaje, Cara había aferrado con fuerza las manos de Richard y Kahlan.

—Ha sido... maravilloso —admitió la mord-sith con una sonrisa tonta.

Richard las ayudó a bajar. Kahlan se ajustó el cuchillo de hueso en el brazo y la mochila en la espalda. Era agradable vestir de nuevo las ropas de viaje, por mucho que Cara opinara que la veía rara con pantalones.

—Aquí es donde deseabais viajar. El tesoro jocopo —dijo la sliph.

Richard recorrió la cueva con la mirada. Tenía que agachar la cabeza, porque el techo era muy bajo.

—Yo no veo ningún tesoro.

—Está en la cámara de al lado —le informó Kahlan—. Parece que alguien nos esperaba y ha dejado una antorcha encendida.

—¿Estás lista para dormir? —preguntó Richard a la sliph.

—Sí, amo. Anhelo reunirme con mi alma.

Kahlan se estremeció al pensar en lo que la sliph había sido y en lo que los magos habían hecho con ella.

—¿Te sentirás... desgraciada si tengo que despertarte de nuevo?

—No, amo. Existo para complacer.

—Gracias por tu ayuda, sliph. Todos estamos en deuda contigo. Que duermas bien.

La sliph le sonrió mientras Richard cruzaba las muñecas, cerraba los ojos e invocaba la magia.

La reluciente cara plateada, en la que se reflejaba la luz titilante de la antorcha, se suavizó y se fundió de nuevo en la masa de azogue. Los puños de Richard comenzaron a brillar, mientras que sus brazaletes de plata se iluminaron tan intensamente que Kahlan era capaz de ver a través de ellos, a través de la carne y el hueso de Richard. Se tocaban formando dos bucles idénticos sin fin: el símbolo del infinito.

La reluciente masa plateada se contagió de ese brillo a medida que la sliph se sumergía más y más en el pozo, primero lentamente y luego cada vez más rápidamente, hasta que desapareció en la lejana oscuridad del fondo.

Richard cogió la antorcha de carrizo, y los tres avanzaron por un túnel ancho y bajo que serpenteaba a través de la roca color marrón oscuro. Finalmente, llegaron a una gran cámara.

—El tesoro jocopo —anunció Kahlan, señalando a su alrededor.

Richard levantó la antorcha. La luz se reflejó en miles de chispas doradas. La cueva estaba llena de oro en casi todas las formas imaginables, desde pepitas y burdos lingotes hasta estatuas.

—Bueno, ya veo por qué lo llaman el tesoro jocopo —comentó Richard y señaló los estantes—. Parece que falta algo.

Kahlan vio a qué se refería.

—La última vez que estuve aquí esos estantes estaban atestados de rollos de vitela. Y falta otra cosa —dijo, olfateando el aire—. Antes el aire de aquí era viciado. Ahora ya no.

Recordó que le había producido arcadas, tos, y que la cabeza le daba vueltas por el hedor. En el suelo de la cueva vieron un montón de cenizas humeantes. Kahlan lo revolvió con la punta de la bota.

—Me pregunto qué habrá pasado.

La llama de la antorcha se agitaba y ondeaba mientras ascendían por el sinuoso túnel hasta salir al alba dorada. Bandas delgadas de nubes color violeta flotaban en el aire del amanecer. Un dorado luminoso, más deslumbrante que el tesoro jocopo, formaba un halo alrededor de las nubes.

Verdes pastizales se extendían a sus pies. Olían a fresco y a limpio.

—Se parece a las llanuras Azrith en primavera, antes de que el calor ardiente del verano las convierta en yermos —comentó Cara.

Anchas franjas de flores silvestres nacían a sus pies y se dirigían, más o menos, hacia la aldea de la gente barro. Kahlan cogió a Richard de la mano. Era una mañana perfecta para dar un paseo por los prados primaverales de la Tierra Salvaje. Era el día perfecto para casarse.

Mucho antes de llegar a la aldea oyeron el sonido sordo de los tambores que se propagaba por la llanura. Risas y canciones flotaban en el aire matinal.

—Parece que la gente barro está celebrando un banquete —dijo Richard—. ¿Qué crees que celebran?

No las tenía todas consigo. Kahlan sentía lo mismo; normalmente los banquetes se celebraban para llamar a los espíritus de los antepasados, como preparación de una reunión.

Chandalen les salió al paso cerca de la aldea. Llevaba una piel de coyote, como los ancianos de la tribu. Se había untado el pelo con barro pegajoso. Llevaba el pecho desnudo, los pantalones ceremoniales de piel de ciervo, su mejor cuchillo y su mejor lanza.

Se acercó a Kahlan con rostro sombrío y le dio una bofetada.

—Fuerza a la Confesora Kahlan.

Richard agarró a Cara por la muñeca.

—Tranquila —murmuró—. Ya te lo explicamos. Es así como se saludan.

Kahlan le devolvió la bofetada, con lo cual mostraba su respeto por la fuerza del otro.

—Fuerza a Chandalen y a la gente barro. Me alegra estar de nuevo en casa. ¿Ahora eres un anciano? —preguntó, tocando el pellejo de coyote.

—Así es. El anciano Breginderin murió por la fiebre. Yo soy su sucesor.

Kahlan sonrió.

—Sabia elección.

Chandalen se puso frente a Richard y lo observó un momento. Ambos habían sido rivales en el pasado. Finalmente le propinó un bofetón más fuerte que el que había dado a Kahlan.

—Fuerza a Richard el de genio pronto. Me alegra volver a verte. Y me alegro de que vayas a casarte con la Madre Confesora, así no elegirá a Chandalen.

Richard le devolvió el bofetón con igual energía.

—Fuerza a Chandalen. Te doy las gracias por haber protegido a Kahlan en vuestro viaje juntos. Te presento a nuestra amiga y protectora, Cara.

Chandalen era un protector de su gente, por lo que esa palabra tenía un significado especial para él. Alzó el mentón y miró a la mujer a los ojos. Luego la abofeteó con más fuerza que a Richard y Kahlan.

—Fuerza a la protectora Cara.

Tuvo suerte de que Cara no llevara sus guanteletes, si no, le habría roto la mandíbula de tan fuerte como lo golpeó. Chandalen sonreía de oreja a oreja cuando enderezó el cuello.

—Fuerza a Chandalen —saludó Cara y añadió dirigiéndose a Richard—: Me gusta esta costumbre. —Con un dedo resiguió algunas cicatrices de Chandalen—. Muy bonitas. Ésta de aquí es excelente. El dolor debió de ser exquisito.

Chandalen miró a Kahlan con el entrecejo fruncido y le dijo hablando en su propio idioma:

—*¿Qué significa esa última palabra?*

—*Que el dolor debió de ser muy intenso.*

Kahlan había enseñado a Chandalen su lengua, y el hombre barro la hablaba muy bien, aunque aún no la dominaba.

—Sí —dijo sonriendo con orgullo—, fue muy doloroso. Lloraba por mi madre.

—Me gusta —declaró Cara.

Chandalen la observó de la cabeza a los pies, fijándose en el cuero rojo y en su figura.

—Tienes buenos pechos.

Inmediatamente, Cara empuñó el agiel. Kahlan la detuvo.

—La gente barro tiene costumbres distintas —susurró—. Para ellos, eso significa que eres una mujer sana y fuerte, capaz de engendrar hijos y de criarlos para que crezcan saludables. Para ellos es un cumplido que no tiene nada de incorrecto. —Se inclinó hacia la mord-sith y bajó la voz para que Chandalen no pudiera oír—. Te aconsejo que no le digas que te gustaría que se limpiara el barro del pelo, pues te estarías ofreciendo a darle esos hijos.

Cara asimiló la información y la consideró cuidadosamente. Al fin se volvió, se inclinó un poco y se levantó el uniforme para mostrar una cicatriz especialmente desagradable.

—Ésta también fue muy dolorosa, como la tuya. —Chandalen gruñó apreciativamente—. Tenía más, delante, pero lord Rahl las hizo desaparecer. Es una lástima; algunas eran en verdad notables.

Richard y Kahlan caminaban detrás de Chandalen y Cara. El hombre barro le mostraba sus armas y hablaba sobre los mejores lugares para herir al enemigo. Cara parecía impresionada con los conocimientos de Chandalen.

—Chandalen, ¿qué pasa? —le preguntó Kahlan—. ¿Por qué celebráis un banquete?

El hombre barro la miró por encima del hombro como si la tomara por loca.

—Es un banquete de boda. De vuestra boda.

Kahlan y Richard intercambiaron una mirada.

—¿Cómo sabíais que vendríamos para casarnos?

Chandalen se encogió de hombros.

—El Hombre Pájaro me lo dijo.

Una multitud los rodeó al entrar en la aldea. Los niños correteaban alrededor de ellos para tocar al hombre y a la mujer barro viajeros, que era como llamaban a Richard y a Kahlan. Sus conocidos se acercaban a saludarlos con suaves manotazos.

Savidlin saludó a Richard con una palmada en la espalda, mientras que su mujer, Weselan, los abrazó y besó a ambos. Su hijo, Siddin, rodeó con sus brazos una pierna de Kahlan sin dejar de parlotear en el idioma de la gente barro. Qué agradable era volver a alborotarle el pelo. Ni Richard ni Cara entendían a nadie; sólo Chandalen hablaba su lengua.

—*Hemos venido a casarnos* —explicó Kahlan a Weselan—. *He traído el hermoso vestido que me hiciste. Espero que no hayas olvidado que quiero que seas mi dama de honor.*

—*No lo he olvidado* —repuso Weselan con una sonrisa radiante.

Kahlan se fijó en un hombre de larga melena plateada, vestido con pantalones y túnica de piel de ciervo, que se les acercaba.

—Ése es su líder —explicó a Cara en un susurro.

El Hombre Pájaro los saludó con las suaves palmadas que eran de rigor en la aldea. Abrazó a Kahlan paternalmente.

—*La fiebre ha pasado. Supongo que el espíritu de nuestro antepasado te ayudó.* —Kahlan asintió—. *Me alegro de que estéis en casa. Me encantará casarte con Richard el de genio pronto. Todo está preparado.*

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Richard.

—Todo está preparado para nuestra boda.

Richard frunció el entrecejo.

—Me pone nervioso que la gente sepa cosas que nosotros no hemos dicho.

—*¿Richard el de genio pronto está alterado? ¿Nuestros preparativos no le hacen feliz?*

—*No, no es eso. Todo es espléndido. Lo que pasa es que no entendemos cómo supisteis que vendríamos para casarnos. Estamos desconcertados. Ni siquiera nosotros lo sabíamos hasta hace un par de días.*

El Hombre Pájaro señaló hacia uno de los cobertizos abiertos, aguantados por postes y con tejado de hierba.

—*Ese hombre de ahí nos lo dijo.*

—¿De veras? —dijo Richard, extrañado, cuando Kahlan se lo tradujo—. Bueno, ya es hora de que conozcamos a ese hombre que sabe más de nosotros que nosotros mismos.

Kahlan sorprendió al Hombre Pájaro rascándose una mejilla para disimular una sonrisa.

No fue nada fácil abrirse paso entre la multitud. Todos los habitantes de la aldea se habían reunido en el espacio al aire libre y estaban de celebración. Músicos y bailarines embelesaban a niños y adultos por igual. La gente se detenía para charlar con Richard y Kahlan cuando pasaban. Los jóvenes, especialmente las muchachas que en el pasado se mostraban tan timoratas, los felicitaban con atrevimiento. Kahlan pocas veces había asistido a un acontecimiento tan festivo.

En diversos cobertizos sin paredes se preparaban comidas. La gente barro, seducida por los diferentes aromas, se apiñaba para degustar los platos. Un contingente de mujeres jóvenes circulaban ofreciendo comida en cuencos y bandejas.

En uno de los fogones, mujeres especialmente seleccionadas preparaban un plato singular que solamente se servía en los banquetes. Nadie quería degustarlo. Eran las mujeres las que lo ofrecían, siguiendo un protocolo estricto, a personas determinadas.

A Cara le disgustaba que la gente se apiñara en torno a sus protegidos, aunque se esforzó por ser tolerante, sin dejar de vigilar, preparada para entrar en acción. No empuñaba el agiel, aunque Kahlan sabía que lo tenía al alcance de la mano.

Mujeres jóvenes iban y venían del cobertizo sin paredes que había indicado el Hombre Pájaro, llevando bandejas con platos más tradicionales. Richard, con Kahlan de la mano, fue avanzando entre el gentío bordeando la plataforma.

Finalmente atravesaron la muchedumbre y llegaron frente a la plataforma. Se quedaron paralizados.

—Zedd —musitó Richard.

Era el abuelo de Richard, ataviado con lujosas prendas de color negro y violeta, y en actitud de majestuoso reposo. El típico alboroto de su melena blanca y ondulada mermaba un poco el efecto. El huesudo y anciano mago alzó la vista. Las mujeres le ofrecían bandejas con comida para que eligiera. Junto a él se sentaba con las piernas cruzadas una mujer baja y rechoncha con vestido negro y capa también negra.

—¡Zedd! —exclamó Richard, subiéndose de un salto a la plataforma.

Éste le sonrió y lo saludó con la mano.

—¡Oh!, por fin has llegado, muchacho.

—¡Estás vivo! ¡Sabía que estabas vivo!

—Pues claro que estoy... —Fue todo lo que pudo decir antes de que Richard lo cogiera en brazos y lo estrechara con tanta fuerza que el pobre mago apenas podía ni respirar.

»¡Richard! —chilló, dándole puñetazos en los hombros—. ¡Córcholis, Richard! ¡Vas a aplastarme! ¡Suéltame!

Richard lo dejó en el suelo, y entonces fue el turno de Kahlan para abrazarlo.

—Richard siempre dijo que estabas vivo, pero yo no le creía.

—Me alegro de verte, Richard —dijo la mujer baja, levantándose.

—¿Ann? ¡Tú también estás viva!

La Prelada sonrió.

—No gracias al loco de tu abuelo. Supongo —agregó, mirando a Kahlan con expresión perspicaz— que ésta es nada más y nada menos que la Madre Confesora.

Richard la abrazó antes de proceder a las presentaciones. Zedd aprovechó para dar un bocado a una torta de arroz.

Por indicación de Richard, Cara se adelantó, pero se presentó ella misma.

—Soy la guardaespaldas de lord Rahl.

—Ésta es Cara —la corrigió Richard, mirándola a los ojos—, y es más que mi guardaespaldas. Es amiga nuestra. Cara, te presento a mi abuelo, Zedd, y a Annalina Aldurren, Prelada de las Hermanas de la Luz.

—Ahora estoy retirada —dijo Ann—. Encantada de conocer a una amiga de Richard.

—No puedo creer que estés aquí —dijo Richard a Zedd—. Es la mejor sorpresa que podríamos tener. Pero ¿cómo sabías que vendríamos a casarnos?

—Lo leí. Está todo escrito —contestó Zedd con la boca llena.

—¿Lo leíste? ¿Dónde?

—En el tesoro jocopo.

—¿Hay cosas escritas en todo ese oro? —preguntó Kahlan.

Zedd agitó la torta de arroz.

—No, no, en el oro no. En el tesoro jocopo. Las profecías. Todos esos rollos eran el tesoro jocopo. Los quemamos para impedir que cayeran en manos de la Orden Imperial. Antes de destruirlos leí unos pocos y encontré una profecía que decía que os casaríais. Ann descifró el día exacto; sabe mucho de profecías.

—Bueno, no era de las difíciles —se explicó Ann—. Todas eran fáciles. Por eso habrían sido tan peligrosas en manos de Jagang. Estuvo a punto de cogerlas.

—¿Y vosotros vinisteis para destruir esas profecías? —preguntó Richard.

—Sí. —Zedd levantó los brazos y lanzó un resoplido—. ¡Pero qué mal lo pasamos antes de llegar hasta aquí!

—Fue terrible —confirmó Ann.

Zedd apuntó a Richard con un dedo escuálido.

—Mientras tú te lo pasabas en grande en Aydindril, nosotros hemos tenido problemas de verdad.

—¿Problemas? ¿De qué tipo?

—Terribles —repitió Ann.

—Pues sí —corroboró Zedd—. Nos capturaron y nos tuvieron prisioneros en condiciones horribles. Fue espantoso. Sencillamente espantoso. Nos salvamos por los pelos.

—¿Quién os capturó?

—Los nantong.

Kahlan carraspeó.

—¿Los nantong? Pero ¿qué razón tenían para capturaros?

Zedd se alisó la túnica.

—Pensaban sacrificarnos. Estuvimos a punto de convertirnos en sacrificios humanos. Hemos estado en peligro de muerte todo el tiempo.

Kahlan acogió sus palabras con escepticismo.

—¿Me estás diciendo que los nantong se han atrevido a emprender de nuevo sus rituales prohibidos?

—Fue por algo de las lunas. Se temían lo peor y solamente trataban de protegerse.

—De todos modos, tendré que visitarlos y comprobarlo.

—Os podrían haber matado —dijo Richard.

—Paparruchas. Un mago y una hechicera son más listos que una banda nómada de nantong. ¿No es cierto, Ann?

La interpelada parpadeó.

—Bueno...

—Sí, bien, como Ann dice, la cosa fue un poco complicada. Pero fue horrible, eso os lo aseguro. Y luego nos vendieron como esclavos.

—¿Esclavos, vosotros? —Richard no salía de su asombro.

—Pues sí. Nos vendieron a los si doak, que nos obligaron a trabajar como esclavos. Pero no les gustamos por culpa de Ann y decidieron vendernos a los caníbales.

Richard se quedó boquiabierto.

—¿Caníbales?

—Por suerte —prosiguió Zedd, risueño—, los caníbales resultaron ser la gente barro. Hablaron con Chandalen, que me conocía de antes. Chandalen siguió la corriente a los si doak y nos compró para liberarnos de la esclavitud.

—¿Por qué no os escapasteis de los si doak? —preguntó Kahlan—. Tú eres mago, y Ann es hechicera.

Zedd se señaló las muñecas desnudas.

—Nos pusieron unos brazaletes mágicos. Estábamos indefensos. Totalmente indefensos. Fue horrible. Éramos esclavos indefensos bajo el yugo de los si doak.

—Eso suena terrible. ¿Cómo os quitasteis los brazaletes? —quiso saber Richard.

—No pudimos —admitió Zedd, levantando los brazos en alto.

—Bueno, ahora ya no los lleváis.

—Sí, bueno —dijo Zedd, rascándose el mentón—. Eran brazaletes mágicos. Yo... nosotros fuimos muy listos y no tratamos de usar magia, lo cual los hubiera fijado aún con más fuerza a nosotros. Sólo tuvimos que esperar, sin emplear la magia, hasta que perdieron su poder. Cuando nos alejamos de los si doak y estábamos quemando los rollos, se cayeron ellos solos.

—¿Ése fue vuestro plan desde el principio?

—¡Naturalmente!

Ann asintió.

—Confía en el Creador y él te revelará su plan.

Zedd alzó un dedo hacia Richard en gesto admonitorio.

—La magia es peligrosa, muchacho. Como ya aprenderás un día u otro, lo más difícil de ser mago es saber cuándo no usar la magia. Y ésa fue una de esas veces.

»Teníamos que encontrar el tesoro jocopo. Pero, con tantas dificultades, sabía que nuestra mejor oportunidad era no usar la magia. Y funcionó. Lo cual demuestra que tenía razón —sentenció, cruzándose de brazos.

Chandalen tomó la palabra.

—Vinieron muchos soldados de por ahí —dijo señalando al sudeste—. Era una patrulla de exploradores muy numerosa que buscaban las cosas que Zedd quemó. Mientras él y Ann las quemaban, mis hombres y yo luchamos contra el enemigo.

»Hacia el oeste se libró una gran batalla contra el grueso del enemigo. El ejército de la Orden fue destruido. Hablé con un tal Reibisch, que me dijo que alguien llamado Nathan lo había enviado a destruir a nuestro enemigo.

Richard sacudió la cabeza.

—Todo esto es muy confuso.

—Bueno, bueno —repuso Zedd girando la mano—, un día aprenderás, Richard. Esto de ser mago es muy complicado. Un día, cuando decidas utilizar tu don para algo más que hacer arrumacos a tu enamorada mientras que yo me juego el pellejo por ahí, ya te darás cuenta. Por cierto, ¿qué has estado haciendo mientras otros hacían todo el trabajo?

—¿Que qué he estado haciendo? —Kahlan sonrió poniéndole una mano encima del hombro, mientras Richard pensaba por dónde empezar—. Pues ahora yo soy lord Rahl, ya sabes.

Zedd gruñó y se sentó en la plataforma de madera.

—Así que eres lord Rahl... Supongo que el papeleo tiene que ser extenuante —comentó mientras cogía un pimiento asado.

Richard se rascó la cabeza mientras Ann se sentaba.

—Zedd, ¿me puedes explicar algo? ¿Por qué los libros que se guardan en el enclave privado del Primer Mago están apilados en columnas a punto de caerse?

—Es una especie de trampa. Recuerdo cómo están apilados y me daría cuenta si alguien los tocara. —De pronto abrió desmesuradamente los ojos color avellana—. ¿Qué? ¡Córcholis, Richard!, ¿qué fuiste a hacer allí? ¡Es un lugar muy peligroso! ¿Cómo entraste? ¡El amuleto! —exclamó, señalando el pecho de Richard—. Es de allí. ¡Córcholis, Richard! ¿Y dónde está la Espada de la Verdad? ¡Te la confié! ¿No habrás sido tan estúpido para dársela a otro?

—Esto... No podía viajar en la sliph con ella, así que la dejé en el enclave del Primer Mago para que nadie pudiera cogerla.

—¿La sliph? ¿Qué es una sliph? Richard, tú eres el Buscador. Debes llevar la espada; es tu arma. No puedes dejarla tirada por ahí.

—Cuando me la entregaste, me dijiste que la espada era solamente una herramienta y que la verdadera arma es el Buscador.

—Es cierto. Pero no creí que prestaras atención. Espero que no hayas tocado los libros. No sabes lo suficiente para leer ninguno.

—Sólo uno: *Tagenricht ost fuer Mosst Verlaschendreck nich Greschlechten.*

—¡Bah! Eso es d'haraniano culto. Ya nadie conoce el d'haraniano culto. Al menos, un libro que no puedes leer es inofensivo. ¡Pero aún no me has dicho cómo entraste en el enclave!

—No fue tan difícil. —El regocijo desapareció de su rostro cuando añadió—: Fue mucho más fácil que entrar en el Templo de los Vientos.

Zedd y Ann se levantaron como impulsados por un resorte.

—¡El Templo de los Vientos! —exclamaron a una.

—*Sumario y juicio del Templo de los Vientos*, ése era el libro. He tenido que aprender d'haraniano culto. —Richard rodeó con un brazo los hombros de Kahlan—. Jagang envió a la Hermana Amelia al templo. Entró a través del llamado Vestíbulo de los Traidores. Tuvo que traicionar al Custodio para entrar.

»Robó magia para iniciar una plaga que mató a miles de personas. Los primeros afectados fueron niños, por orden de Jagang. Tuvimos que asistir, impotentes, a la muerte de amigos y niños.

»El único modo de detener esa plaga era entrar en el templo, si no, se desataría un infierno que habría acabado con casi todo el mundo.

Una de las mujeres encargadas de preparar la carne especial se acercó con una bandeja en la que se habían dispuesto cuidadosamente tiras de carne seca. Primero le ofreció a Chandalen, pues era uno de los ancianos de la tribu. Éste le dio un mordisco mirando a Richard a los ojos.

Richard sabía de qué era esa carne. Tomó un pedazo grande. En el pasado, Kahlan siempre se había negado a comer ese plato, pero en esa ocasión aceptó un trozo. Chandalen observó cómo comía.

Luego le tocó el turno a Zedd y finalmente a Ann. Kahlan iba a decir algo, pero Zedd la hizo callar con una mirada fulminante. Todos comieron en silencio hasta que Richard preguntó:

—¿Quién es?

—El comandante de los soldados de la Orden que vinieron aquí y nos atacaron para tratar de conseguir el tesoro jocopo que Zedd quemó.

Ann levantó la vista.

—¿Quieres decir que...?

—Estamos librando una batalla de supervivencia. Si perdemos, todos moriremos, y el hombre que inició la plaga entre los niños será quien gobierne a los supervivientes —declaró Richard—. Jagang pretende eliminar todo tipo de magia. Los que queden con vida serán sus esclavos. La gente barro hace esto para descubrir qué se oculta en el corazón del enemigo y salvar a sus familias. Ann, come para conocer mejor al enemigo —le ordenó con una mirada penetrante.

No había hablado como Richard, sino como lord Rahl.

Ann se lo quedó mirando un momento a los ojos antes de comenzar a masticar. Todos comieron una tira de carne del enemigo para conocerlo mejor.

—La Hermana Amelia —susurró Ann—. Si ha estado en el Templo de los Vientos, ahora debe de ser más que peligrosa.

—Está muerta —replicó Kahlan, todavía atormentada por los recuerdos de lo sucedido. Los ojos interrogadores de la Prelada exigieron más detalles—. Sí, estoy segura. Yo misma la maté atravesándole el corazón con una espada. Había clavado un dacra en la pierna de Nathan e iba a matarlo.

—¡Nathan! Tenemos que partir enseguida en su busca. ¿Dónde fue eso? ¿Dónde está?

—¿Tenemos? —inquirió Zedd con cara de pocos amigos.

—Ocurrió en Tanimura, en el Viejo Mundo, justo después de regresar Richard del Templo de los Vientos. Nathan me ayudó a salvar la vida de Richard diciéndome los tres repiques.

Zedd y Ann pusieron unos ojos como platos y contuvieron la respiración. Finalmente se miraron el uno al otro.

—Los tres repiques —repitió Ann con cautela—. Quieres decir que simplemente dijo «los tres repiques», pero no te los reveló, ¿no es eso?

—Sí lo hizo: «Reechan...».

Ann y Zedd levantaron los brazos al unísono.

—¡No! —gritaron a la vez.

—¿Acaso Nathan no te dijo que solamente los poseedores del don pueden pronunciar los tres repiques en voz alta? —Ann se había puesto escarlata—. ¿Ese viejo loco no te avisó?

—Nathan no es ningún viejo loco —lo defendió Kahlan, enojada—. Me ayudó a salvar a Richard. De no ser por los tres repiques, Richard habría muerto cuando volvió del Templo de los Vientos. Tengo una gran deuda con Nathan. Todos la tenemos.

—Yo le debo un collar al cuello antes de que provoque quién sabe qué terrible catástrofe —masculló Ann—. Zedd, tenemos que encontrarlo, y pronto. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Y tenemos que hacer algo sobre... este asunto.

—Las pronunciaste mentalmente, ¿no es eso? —preguntó Zedd a Kahlan—. No dijiste los tres repiques en voz alta, ¿verdad? Dime que no pronunciaste las palabras en voz alta.

—Tuve que hacerlo. Cara las recordaba y las dijo. Y luego yo las repetí un par de veces.

Zedd se estremeció.

—¿Las dijiste más de una vez?

—Zedd —murmuró Ann—, ¿qué vamos a hacer ahora?

—¿Por qué? ¿Qué problema hay? —intervino Richard.

—Nada de lo que tú debas preocuparte. Pero no volváis a pronunciarlas en voz alta. Ninguno de vosotros.

—Zedd —musitó Ann—, si Kahlan ha liberado...

El mago levantó una mano para hacerla callar.

—¿Qué queríais que hiciera? —preguntó Kahlan a la defensiva—. Richard había absorbido la magia del libro que la Hermana Amelia había robado a los vientos. Tenía la peste. Estaba al borde de la muerte. Sólo le quedaban unos minutos de vida, como mucho. ¿Hubiese sido mejor dejarlo morir?

—Pues claro que no, querida. Hiciste lo correcto —la tranquilizó Zedd—. Ya hablaremos de esto más tarde —susurró a Ann.

—Sí, claro —dijo ella—. No podías hacer otra cosa. Todos te lo agradecemos, Kahlan. Hiciste bien.

Zedd se ponía serio por momentos.

—¡Córcholis, Richard! El Templo de los Vientos está en el inframundo. ¿Cómo lograste llegar?

Richard miró hacia la fiesta.

—Tenemos que explicaros todo lo ocurrido o al menos una parte. Pero hoy es el día de nuestra boda. —Richard esbozó una sonrisa que a Kahlan le pareció forzada—. Es una historia difícil de contar. Prefiero que no sea hoy. Ahora mismo no puedo...

—Pues claro, Richard —accedió Zedd, acariciándose la barbilla lampiña con un pulgar—. Lo entiendo. Tienes toda la razón. Otro día. Pero el Templo de los Vientos... —No pudo resistirse a formular una pregunta—. Richard, ¿qué tuviste que dejar atrás en el Templo de los Vientos para volver?

Richard compartió una larga mirada con su abuelo.

—Conocimiento.

—¿Y qué te llevaste de allí?

—Comprensión.

Zedd envolvió a Richard y Kahlan en un abrazo protector.

—Bien por ti, Richard. Y también por ti, Kahlan. Os felicito a ambos. Os habéis ganado este día. Dejemos de lado todo lo demás y celebremos vuestra boda.

33

Durante todo el día disfrutaron de la compañía de amigos y seres queridos: charlaron, rieron y se unieron a la fiesta de la gente barro. Kahlan trató con todas sus fuerzas de olvidar que su vestido azul de boda tenía un escote tan pronunciado que exhibía los pechos, aunque no era fácil, pues la gente barro no paraba de alabarlos. Richard le preguntaba qué decían todo el tiempo, y Kahlan decidió mentirle; le dijo que la felicitaban por el vestido.

Cuando el sol tiñó de dorado el cielo, llegó por fin la hora.

Kahlan agarró la mano de Richard como si fuera lo único que la mantuviera en tierra firme. Y a Richard le costaba apartar los ojos de Kahlan con su vestido azul de boda. Cada vez que la miraba, sonreía sin poderlo evitar.

El corazón de Kahlan se hinchó de júbilo al ver cuánto le gustaba a Richard el vestido que Weselan le había hecho. Había soñado tanto que lo llevaba, había soñado tanto con ese momento. Muchas veces había temido que nunca llegara. Siempre sucedía algo que lo retrasaba, pero por fin estaba pasando.

Richard repitió las palabras de la gente barro sin saber que la estaba felicitando por sus bonitos pechos; pensaba que la cumplimentaba por el vestido. Todos sonrieron con satisfacción al oírle pronunciar esas palabras en su idioma, felices de que compartiera su misma opinión sobre Kahlan. Ésta notó que se sonrojaba.

Richard estaba sencillamente magnífico con su uniforme negro y dorado de mago guerrero. Cada vez que lo miraba, se le escapaba una sonrisa. Se casaba con Richard. Por fin. Las rodillas le temblaban bajo el vestido azul.

Cara, de pie detrás de ella, la tranquilizó tocándola con la mano. A su lado, Weselan no cabía en sí de orgullo. Savidlin se había colocado al otro lado de Richard y estaba radiante. Zedd y Ann ocupaban una posición más retrasada. Zedd comía algo.

Kahlan rogó en silencio a los buenos espíritus que esa vez nada saliera mal y que por fin pudieran casarse. No podía evitar pensar que en el último segundo algo impediría que se unieran.

El Hombre Pájaro se irguió ante ellos con las manos juntas. Detrás de él, todos los habitantes de la aldea se habían reunido frente a los novios para oír los votos.

Cuando todo quedó en silencio, el Hombre Pájaro tomó la palabra. Los miedos de Kahlan comenzaron a disiparse para ser reemplazados por una alegría anticipada. Chandalen, situado junto al Hombre Pájaro, iba traduciendo las palabras del hombre barro para que Richard y otros presentes las entendieran.

—Estas dos personas no nacieron gente barro, pero han demostrado ser de los nuestros en su fuerza y en su corazón. Ellos se han unido a nosotros, y nosotros a ellos. Son nuestros amigos y nuestros protectores. El hecho de que deseen casarse como gente barro es buena muestra de sus corazones.

»Como miembros de nuestro pueblo, han decidido contraer matrimonio no sólo ante los de este mundo, sino también ante los del otro mundo y, al hacerlo, han llamado a los espíritus de nuestros antepasados para que nos acompañen en este día de celebración y alegría. Damos la bienvenida en nuestros corazones a nuestros antepasados para que compartan nuestro gozo.

Richard le apretó la mano con fuerza, y Kahlan se dio cuenta de que pensaba lo mismo que ella: era real, por fin, y era tal como ambos siempre habían soñado, o incluso mejor.

—Ambos sois gente barro y os unís no sólo por las palabras que pronunciaréis ante vuestra gente, sino también por vuestros corazones. Son palabras sencillas, pero las cosas sencillas entrañan un gran poder.

Miró a Richard a los ojos.

—*Richard, ¿aceptas a esta mujer por esposa, y juras amarla y honrarla en todo y para siempre?*

—Lo juro —declaró Richard con voz alta y clara que todos pudieron oír perfectamente.

A continuación, el Hombre Pájaro miró a Kahlan, y ésta tuvo la convicción de que no hablaba solamente como representante de su pueblo, sino que hablaba en nombre de los espíritus. Casi le parecía oír las voces de los espíritus que resonaban en la del Hombre Pájaro.

—*Kahlan, ¿aceptas a este hombre por esposo, y juras amarlo y honrarlo en todo y para siempre?*

—Lo juro —respondió Kahlan con voz tan clara como la de Richard.

—*Entonces, ante vuestra gente y también ante los espíritus, os declaro marido y mujer para toda la eternidad.*

Todos los presentes guardaron un absoluto silencio hasta que Richard la cogió en sus brazos y la besó. Entonces estallaron los vítores.

Kahlan apenas los oía. Le parecía vivir un sueño. Después de tanto soñarlo, por fin se había hecho realidad: estar en brazos de Richard, tenerlo, ser su mujer y él su marido. Para siempre.

De pronto todo el mundo los abrazaba: Zedd, Ann, el Hombre Pájaro y los ancianos, Weselan y las demás esposas, y también Cara con lágrimas en los ojos.

—Gracias a ambos por llevar un agiel en vuestra boda. Gracias a eso, Hally, Raina y Denna están presentes. Gracias por honrar el sacrificio de las mord-sith.

Kahlan se enjugó una lágrima que le rodaba por la mejilla.

—Gracias por afrontar la magia de la sliph para acompañarnos en este día, hermana.

Todos los habitantes de la aldea querían felicitar a los nuevos esposos. Kahlan temió que los aplastaran. La gente les ofrecía comida, flores y otros obsequios sencillos pero sinceros.

La celebración continuó alrededor de la tarima de la ceremonia. Kahlan intentaba hablar con todo el mundo y dar las gracias a todos, como hacía Richard, hasta que la capa dorada de éste comenzó a ondear mientras Richard preguntaba a uno de los cazadores de Chandalen por la batalla que habían presenciado.

Pero no soplaba viento.

Richard se enderezó. Su mirada de halcón recorrió las cabezas congregadas ante la plataforma e instintivamente buscó la espada, pero no la llevaba.

Al fondo, la multitud se quedó en silencio. Zedd y Ann se colocaron junto a Richard y Kahlan, mientras que Cara, agiel en mano, trataba de meterse entre ellos para ponerse en primera fila. Pero Richard la empujó suavemente hacia atrás.

Toda la aldea había quedado en silencio. La gente barro se abría para dejar pasar a dos figuras. Algunas personas agarraban a sus hijos y retrocedían. Susurros de preocupación se propagaron entre el gentío.

Cuando las dos figuras solitarias, una alta y otra pequeña, se acercaron más, Kahlan vio que se trataba de Shota y de su ayudante, Samuel.

La bruja, tan deslumbrante como de costumbre, se subió a la tarima. Sus ojos almendrados sin edad no se apartaban de Kahlan ni por un instante. Al llegar frente a ella le cogió una mano y la besó en la mejilla.

—He venido a felicitarte, Madre Confesora, por tu éxito y también por tu matrimonio.

Kahlan estrechó a la bruja entre sus brazos, olvidando toda precaución.

—Gracias por venir, Shota.

Ésta sonrió con la mirada fija en los ojos de Richard y le acarició la línea de la mandíbula con una uña pintada.

—Una lucha dura, Richard. Muy dura. Te mereces la victoria.

Kahlan se volvió hacia la multitud silenciosa. Sabía que la gente barro temía tanto a la bruja que ni siquiera osaba pronunciar su nombre. Era comprensible; ella había sentido algo muy parecido.

—*Shota ha venido para ofrecernos sus mejores deseos en el día de nuestra boda. Nos ha ayudado en nuestra lucha. Es una amiga, y espero que le deis la bienvenida a esta fiesta, porque se merece estar aquí y porque yo deseo que participe.*

Inmediatamente se dispuso a traducírselo a Shota.

—Acabo de decirles que...

La bruja levantó una mano, sonriente.

—Sé lo que les has dicho, Madre Confesora.

—*Bienvenida a nuestra aldea, Shota* —la saludó el Hombre Pájaro.

—*Gracias, Hombre Pájaro. Te doy mi palabra de que hoy no os causaré ningún daño.*

»Una tregua por un día —dijo mirando a Zedd.

—Una tregua —repitió Zedd con una sonrisa astuta. Samuel estiró uno de sus largos brazos hacia el silbato de hueso tallado que el Hombre Pájaro llevaba colgado al cuello con una cinta de cuero.

—¡Dame! ¡Mío!

Shota le propinó un manotazo en la cabeza.

—Samuel, compórtate.

El Hombre Pájaro sonrió. Se quitó la cinta con el silbato por la cabeza y se lo tendió a Samuel.

—*Un regalo para un amigo de la gente barro.*

Samuel lo cogió con suavidad. Sus labios se curvaron en una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes siniestramente afilados.

—*Gracias, Hombre Pájaro* —le dijo Shota.

Samuel sopló el silencioso silbato y, por la cara de satisfacción que puso, parecía que era capaz de escuchar su sonido. La gente comenzó a reír entre dientes y a hablar de nuevo. Kahlan comprobó, muy aliviada, que no aparecían buitres en respuesta a la silenciosa llamada del silbato. Afortunadamente, Samuel no sabía cómo llamar a determinados pájaros. El hombrecillo sonrió mirando el silbato y se lo colgó al cuello. Luego volvió a coger a Shota de la mano.

La fascinante mirada de la bruja envolvió a Richard y Kahlan. En ese momento, todos los demás desaparecieron. Fue como si los tres se hubieran quedado absolutamente solos.

—Espero que no penséis que, porque he venido a felicitaros, olvidaré la promesa que os hice.

—Shota... —empezó Kahlan.

La bruja la hizo callar levantando un dedo. Sus ojos eran a la vez hermosos y aterradores.

—Ambos os habéis ganado esta feliz boda. Me alegro por los dos. Por respeto a todo lo que habéis hecho por mí, honraré vuestros votos y os protegeré del modo que pueda. No obstante, no olvidéis nunca que no permitiré que un hijo varón nacido de esta unión viva. Lo digo muy en serio.

—Shota —Richard comenzaba a enfurecerse—, no permitiré que me amenaces...

Shota levantó un dedo otra vez, entonces para acallar a Richard.

—No es ninguna amenaza, sino una promesa. No me mueve la animosidad hacia vosotros, sino que lo hago por el bien de todos los seres vivos. Nos aguarda una dura batalla. No permitiré que un hijo vuestro reduzca nuestras oportunidades de victoria. Jagang ya es peligro suficiente.

Por alguna razón, Kahlan se había quedado sin palabras, igual que Richard. Kahlan creía a la bruja cuando decía que no actuaba por maldad. Shota le tomó una mano y le puso algo.

—Éste es mi regalo para ambos. Lo hago por amor hacia vosotros y hacia todo el mundo. —Sonrió de manera peculiar—. ¿Os parecen palabras extrañas en boca de una bruja?

—No, Shota —contestó Kahlan—. No sé si creerte cuando afirmas que matarías a nuestro hijo, pero sé que no lo dices con odio.

—Bien. Lleva mi regalo, siempre, y todo saldrá bien. Fíjate bien en lo que digo: nunca jamás te quites el regalo cuando estéis juntos, y siempre seréis felices. Si no me haces caso, sufriréis las consecuencias de mi promesa. —Miró a los ojos de Richard y añadió—: Lucha contra el Custodio y no contra mí.

Kahlan abrió la mano y vio una delicada gargantilla de oro, de la que colgaba una piedra pequeña y oscura.

—¿Por qué? ¿Qué es esto?

Shota le puso un dedo bajo el mentón y le levantó la cara para mirarla a los ojos.

—Mientras lo lleves, no concebirás.

—Pero y si... —protestó Richard con una voz extrañamente dulce.

De nuevo Shota lo hizo callar alzando un dedo.

—Os amáis. Disfrutad de ese amor y el uno del otro. Habéis luchado mucho para estar juntos. Celebrad vuestra unión y vuestro amor. Ahora ya os tenéis el uno al otro, tal como queríais. No lo echéis por la borda.

Tanto Richard como Kahlan asintieron. Por alguna razón, Kahlan no sentía enfado, sino solamente alivio porque Shota no iba a hacer nada que estropeara su matrimonio. Era como si fuese irreal, como un acuerdo formal sobre una extensión de tierra lejana y perdida que dos países reclamaran, como tantos de los acuerdos que se habían tomado en la cámara del consejo bajo su presidencia. Era algo desprovisto de emoción. Un simple convenio.

La bruja dio media vuelta para marcharse.

—Shota —la llamó Richard. Ésta lo miró—. ¿No te quedas? Has hecho un largo viaje.

—Sí —intervino Kahlan—. Nos gustaría mucho que te quedaras.

Shota sonrió al típico modo de las brujas mientras contemplaba cómo Kahlan se ponía la gargantilla.

—Basta con que me lo hayáis pedido, pero el viaje es largo y debemos irnos ya.

Kahlan bajó corriendo los escalones y cogió una pila de pan de tava. Envolvió el pan en un pedazo de tela que encontró en la misma mesa. Se reunió con Shota al pie de la escalera.

—Toma esto para el viaje, como agradecimiento por haber venido y por el regalo.

La bruja besó a Kahlan en la mejilla y aceptó el obsequio. Samuel no trató de arrebatárselo; parecía ya satisfecho. De pronto Richard apareció al lado de Kahlan. Shota sonrió levemente y también lo besó en la mejilla. La bruja tenía una extraña mirada nostálgica.

—Gracias a los dos.

Y luego desapareció. Simplemente desapareció.

Zedd y Ann seguían sobre la plataforma, junto con Cara y el resto de la gente.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Zedd a Richard y Kahlan—. Primero me ofrece una tregua y luego se larga sin decir ni media palabra.

—Pero ¿qué dices? Si ha hablado con nosotros...

—¿Cuándo? —preguntó Zedd, mirando a su alrededor—. Se ha esfumado sin darme tiempo de decirle nada.

—Yo también quería hablar con ella —dijo Ann.

Kahlan miró a Richard, que a su vez miró a Zedd.

—Nos ha dicho cosas muy bonitas. Seguramente no quería que se las oyerais decir.

—De eso no hay duda —dijo Zedd y se rió.

Kahlan tocó la piedra negra que le colgaba de la gargantilla. Enlazó la cintura de Richard y lo atrajo hacia ella.

—¿Tú qué crees? —susurró.

Richard miraba fijamente por donde se había marchado Shota.

—De momento tiene razón: estamos juntos. Eso es lo que queríamos. Por el momento deberíamos alegrarnos de que por fin nuestro sueño se haya hecho realidad y que podamos estar juntos. Estoy cansado de tantos problemas, y aún no hemos vencido a Jagang. De momento sólo quiero estar contigo y amarte.

—Creo que tienes razón —repuso Kahlan, apoyando la cabeza sobre él—. No compliquemos las cosas de momento.

—Ya nos preocuparemos por lo que ha dicho más adelante. ¿De acuerdo? —le dijo con una sonrisa.

Kahlan se olvidó de Shota y del futuro, y le devolvió la sonrisa, pensando sólo en el presente.

—De acuerdo.

La fiesta se prolongó hasta más allá de la medianoche. Kahlan sabía que probablemente seguiría hasta el alba, pero le susurró al oído de Richard que prefería no quedarse hasta el final. Richard la besó en la mejilla y luego pidió al Hombre Pájaro que los excusaran. Deseaban retirarse a la casa de los espíritus. Esa casa tenía un significado especial para ambos.

—*Ha sido un día muy largo. Que durmáis bien* —les dijo el Hombre Pájaro.

Después de dar las gracias a todos, se retiraron. Luego, en la quietud de la casa de los espíritus, iluminados por el suave resplandor del fuego que la gente barro mantenía siempre encendido, por fin se quedaron solos.

Las palabras fueron insuficientes mientras se miraban el uno al otro a los ojos.

Berdine contempló, muy erguida, cómo la puerta doble se abría violentamente. Doce mord-sith vestidas con el uniforme rojo irrumpieron en tromba en el Palacio de las Confesoras.

Los soldados resbalaban sobre el suelo de mármol tratando de apartarse lo más rápidamente posible, aunque al mismo tiempo sin dar impresión de que se apresuraban. En un abrir y cerrar de ojos volvieron a ponerse en guardia a distancia prudencial. Las doce mujeres no les prestaron ninguna atención. Una mord-sith no se fijaba en la existencia de los soldados d'haranianos a no ser que le dieran algún problema.

El grupo se detuvo. Nuevamente, el silencio se apoderó del vestíbulo.

—Berdine, me alegro mucho de verte.

—Bienvenida, Rikka —repuso Berdine con un asomo de sonrisa—. Pero ¿qué estáis haciendo aquí? Lord Rahl os dijo que os quedarais en el Palacio del Pueblo esperando su regreso.

Rikka recorrió el entorno con la mirada antes de fijar de nuevo los ojos en Berdine.

—Oímos que ahora está aquí y hemos decidido venir para estar más cerca de él y protegerlo. Las otras se han quedado en palacio, por si acaso regresa inesperadamente. Cuando lord Rahl vuelva a casa, regresaremos con él.

Berdine se encogió de hombros.

—Ahora considera que éste es su hogar.

—Como él quiera. Ya estamos aquí. ¿Dónde está, para que podamos presentarnos ante él y protegerlo?

—Se ha ido para casarse. Bastante lejos de aquí, en el sur.

Rikka frunció la frente.

—¿Por qué no estás con él?

—Me ordenó que me quedara y me ocupara de todo en su ausencia. Cara lo acompañó.

—¿Cara? Bien. Cara no permitirá que le pase nada. —Rikka se quedó un momento pensativa y volvió a torcer el gesto—. ¿Lord Rahl se casa?

—Está enamorado.

Las demás mord-sith se miraron unas a otras, mientras Rikka se ponía en jarras.

—Enamorado. Un lord Rahl enamorado. No sé, pero me cuesta imaginármelo. ¡Bah! —resopló—, seguro que trama algo. Bueno, no importa; lo descubriremos. ¿Y las demás?

—Hally murió ya hace tiempo, en batalla, protegiendo a lord Rahl.

—Una muerte noble. ¿Y Raina?

Berdine tragó saliva e hizo esfuerzos para que la voz no le temblara.

—Raina murió hace muy poco. La mató el enemigo.

—Lo lamento, Berdine —dijo Rikka, mirándola a los ojos.

—Gracias. Lord Rahl lloró por ella, como también lloró por Hally.

Se hizo el silencio en el vestíbulo. Todas las mord-sith miraban a Berdine con expresión de incredulidad.

—Ese lord Rahl nos va a traer problemas —rezongó Rikka.

Berdine sonrió.

—Creo que él diría algo muy similar de vosotras.

Kahlan gruñó ante la insistente llamada a la puerta. Fuese quien fuese, no servía de nada no hacerle caso. Besó a Richard y se envolvió en una manta.

—No te muevas, lord Rahl. Yo me libraré de ellos.

Descalza, cruzó la estancia sin ventanas y en penumbra. Al abrir la puerta entrecerró los ojos para protegerse de la súbita luz.

—Zedd, ¿qué pasa?

El anciano mago estaba comiendo una pieza de pan de tava. En la otra mano llevaba una fuente llena de pan, que le ofreció a Kahlan.

—Pensé que tal vez tendríais hambre.

—Sí, gracias. Muy amable de tu parte.

Zedd dio un mordisco al pan sin perder detalle del alborotado pelo de Kahlan. Lo señaló con el pan enrollado.

—Nunca lograrás deshacer esos enredos, querida.

—Gracias por tu consejo en cuestión de peinados.

Empezó a cerrar la puerta, pero Zedd se lo impidió interponiendo una mano.

—Los ancianos comienzan a preocuparse. Les gustaría saber cuándo recuperarán su casa de los espíritus.

—Diles que cuando haya acabado aquí. Ya les avisaré.

Cara, con su mejor ceño de mord-sith, apareció detrás de Zedd.

—Me encargaré de que no os vuelva a molestar, Madre Confesora.

—Gracias, Cara.

Kahlan le dio con la puerta en las narices al sonriente Zedd. Luego corrió hacia donde esperaba Richard. Dejó la fuente a un lado y cubrió a Richard con la manta.

—Un suegro latoso —le explicó.

—Lo he oído. Pan de tava y enredos en el pelo.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

Richard la besó, y ella se acordó; Richard le estaba demostrando parte de su magia.

FIN